ACANTILADO



Helen Oyeyemi
Lo que no es tuyo no es tuyo
TRADUCCIÓN DE MARÍA BELMONTE

LO QUE NO ES TUYO NO ES TUYO

HELEN OYEYEMI

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE MARÍA BELMONTE

ACANTILADO
BARCELONA 2020

TÍTULO ORIGINAL
What Is Not Yours Is Not Yours

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 — 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

ISBN: 978-84-17902-16-2

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL
enero de 2020



Ábreme con cuidado.

Escrito en el sobre de una carta de Emily Dickinson a Susan Huntington Gilbert, el 11 de junio de 1852.

LIBROS Y ROSAS

Para Jaume Vallcorba.

Érase una vez una niñita que fue encontrada en una capilla del monasterio de Santa María de Montserrat, en Cataluña. Era una mañana de abril. La niña era tan minúscula y estaba tan encogida que, a primera vista, la cesta parecía vacía. La niña había quedado oculta en un rincón, pero aun así logró deslizarse, valiente, hasta el extremo de la manta para asomarse a echar un vistazo. El monje que encontró la cesta buscó en vano una explicación cuando su mirada se encontró con los ojos de madera de la Virgen de Montserrat, que llevaba siglos sosteniendo a su hijo en el regazo, un niño de manto dorado que no respira ni crece. Mientras miraba a la divina señora, el monje fue consciente de su amor infinito y cayó de rodillas ante ella pidiéndole que le dijera qué debía hacer. Ya en el suelo, descubrió que se había arrodillado sobre un trocito de papel que la niña, al moverse, había arrojado fuera de la cesta. La nota decía así:

> 1. AQUÍ TENÉIS A UNA VIRGEN NEGRA, ASÍ QUE SABRÉIS QUERER A ESTA NIÑA TANTO COMO YO. POR FAVOR, LLAMADLA MONTSERRAT.
> 2. ESPERADME.

La niña llevaba al cuello una cadena dorada en la que había una llave. Mientras crecía, se probaron en vano todas las cerraduras de puertas y armarios del monasterio. Tenía que seguir esperando, y para Montse aquella idea, propuesta o promesa—¿cómo llamarla?—constituía tanto un consuelo como una gran frustración. Si hubiera sido una niña blanca los monjes de Santa María de Montserrat la habrían puesto bajo la tutela de una familia del lugar, pero era negra, como la cara y las manos de la Virgen que ellos adoraban. Le pusieron de apellido Fosc,[1] no sólo porque era negra sino por lo oscuro de su origen. Por su parte, los monjes se esforzaron por aprender todo lo necesario sobre los cuidados de un bebé. Pecaron de indulgentes con demasiada frecuencia y discutieron mucho sobre si ese grado extremo de cariño era un pecado mortal o venial. En cualquier caso fueron los

monjes benedictinos quienes alimentaron, vistieron y pasearon a Montse. Y también ellos soportaron sus berridos mientras le salían los dientes e hicieron repicar durante horas las campanas de la iglesia el día que dijo sus primeras palabras. Ni de pequeña ni de mayor tuvo jamás Montse la menor duda sobre la devoción de sus numerosos padres, y en parte fue ésta la que le ofreció consuelo cuando, primero en el colegio y más tarde en la ciudad, la miraban de forma extraña o la insultaban; tales palabras y miradas a veces la dejaban cabizbaja unos cuantos pasos, pero la tristeza nunca le duraba demasiado. Ella era hija de la Virgen de Montserrat y de forma herética e instintiva sentía que la propia Virgen no era sino el símbolo de una poderosa Madre-Hermana, alegre y afligida al mismo tiempo. Una diosa que no la guiaba o protegía sino que siempre iba con ella y cuya presencia tangible se sumaba a la suya cuando era necesario.

Cuando Montse tuvo edad suficiente entró a trabajar en una mercería en Les Corts hasta que los parientes de la señora Cabella no quisieron hacerse cargo del negocio y la tienda cerró.

«Eres una chica trabajadora, Montse—le dijo la señora Cabella—, y sé que llegarás lejos si te dan la oportunidad. Ya conoces esa monstruosidad en el Paseo de Gracia, la Casa Milá. La gente la llama La Pedrera porque parece una cantera, un montón de piedras puestas unas encima de otras. Una chica honrada y formal puede encontrar allí trabajo como lavandera. ¿Te parece bien? Entonces, vete a ver a la señora Molina, la mujer del conserje. Dile que te envía Emma Cabella. Dale esto».

Y la señora escribió una recomendación cuya lectura hizo ruborizar a Montse.

A la mañana siguiente fue a ver a la señora Molina a La Pedrera. Ésta la mandó arriba, a ver a la señora Gaeta, que le dio su aprobación y le entregó un delantal. Tras ponérselo, trabajó, trabajó y trabajó sin parar hasta que las semanas se fueron convirtiendo en meses. Montse trabajaba el doble de rápido para que la señora Gaeta no se diera cuenta de que, además de la ropa de los residentes que le habían sido asignados, lavaba también la de la familia Cabella. En La Pedrera el personal cambiaba sin parar, y sin previo aviso cada semana aparecían chicas nuevas, mientras otras desaparecían sin despedirse. La señora Gaeta conocía todas las caras y todos los nombres, aunque los uniformes hicieran que las propias chicas tuvieran dificultades para reconocerse. Era la señora Gaeta quien daba trabajo a las chicas y también quien las despedía si no se esforzaban lo suficiente. Se paseaba por el ático agitando un abanico lacado en rojo mientras inspeccionaba todas las actividades que allí se llevaban a cabo. Los residentes de la Casa Milá consideraban una joya a la señora Gaeta y a

las lavanderas les caía bien porque a veces se unía a ellas cuando se ponían a cantar; era como si alguna vez hubiera sido una de ellas, a pesar de las telas de damasco y camafeos que ahora llevaba. También les gustaba la señora Gaeta porque era excitante oírla hablar: lanzaba los juramentos más contundentes e inusuales que habían escuchado jamás, cosas realmente irrepetibles, y todo ello con una voz ligeramente estremecida, como el sonido de un arpa. Su política era emplear a mujeres de aspecto saludable que no fueran a desarrollar problemas de espalda prematuramente. Pero no siempre acertaba. Había chicas que envejecían de la noche a la mañana. Otras eran inesperadamente perezosas. Las mujeres que se preocupaban por su reputación tampoco duraban mucho en la lavandería del ático: buscaban y encontraban trabajo en edificios más normales.

Existía la opinión generalizada de que la mansión mandada construir por la familia Milá era un completo fiasco. La culpa recaía fundamentalmente en el arquitecto. Contó con los materiales adecuados pero saltaba a la vista que no supo hacer buen uso de ellos. Un edificio de piedra, vidrio y hierro debería ser austero y sobrio, una atalaya desde la que vigilar de forma benevolente la sociedad. Pero la blanca piedra del edificio se ondulaba como si reaccionara a la mano que hubiera descubierto su punto más placentero al tacto. Un famoso periodista había descrito este efecto como «de una perniciosa sensualidad». Y por si esto fuera poco, todo el edificio resplandecía con un escandaloso tono rosáceo al amanecer y a la puesta del sol. Los ciudadanos respetables no podían evitar sentir que la casa expresaba la actitud de sus habitantes, que tenían que estar locos o bien dedicarse sin interrupción a actividades indecentes. Pero a Montse la casa en la que trabajaba le parecía hermosa. Se ponía en una esquina de la acera, levantaba la mirada y lo que veía colmaba sus sentidos. Para Montse, La Pedrera era un lugar magnífico. Pero entonces su gusto carecía de refinamiento. Su mayor tesoro era un trozo de estaño brillante que había ganado en el tiro al coco de una feria, un hecho que no puede omitirse.

Sin embargo, había un puñado de personas cultas que compartían la admiración de Montse por La Pedrera; una de ellas era la señora Lucy, que vivía en el segundo piso y discutía frecuentemente con quien hiciera falta sobre si su hogar era o no un crimen estético. De vez en cuando venían periodistas a entrevistarla y cuando se marchaban hacían un último comentario despectivo, pero la señora Lucy se negaba a que tuvieran la última palabra y se quedaba allí discutiendo a voz en grito. Siempre se planteaba la cuestión de los ángulos rectos: ¿cómo podía soportar la señora Lucy vivir en una casa sin un solo ángulo recto…, ni tan siquiera en el mobiliario?

«Pero, vamos a ver, ¿quién necesita ángulos rectos?», preguntaba

la señora Lucy mientras cerraba de un portazo la puerta del vestíbulo y subía riéndose las escaleras.

La señora Lucy era pintora y sus ojos recordaban el amanecer. Al igual que Montse, llevaba una llave colgando de una cadenita en torno al cuello, pero, a diferencia de aquélla, decía a la gente que tenía cincuenta años y les lanzaba miradas desafiantes confiando en que le dijeran lo bien que se conservaba. (En realidad tenía treinta y cinco años, sólo cinco más que Montse. Una de las lavanderas había escuchado a un galerista rogarle que dejara de decir que tenía cincuenta años. Lucy respondió que recientemente había acudido a exposiciones de algunos colegas y quería descubrir si los hombres de cincuenta años que pintaban como ella eran tratados con reverencia porque tenían esa edad o por alguna otra razón). Aparte de eso, las criadas estaban un poco decepcionadas con la señora Lucy. Esperaban de una artista que ganduleara por la casa con un pijama escarlata, bebiera cócteles para desayunar y alternara con apuestos granujas y fragantes sirenas. En cambio Lucy mantenía un riguroso horario de trabajo. Mercè, su asistenta, trató de defenderla alegando que bebía el café de la mañana en un florero, pero nadie se lo creyó.

Montse se las arregló para ser ella quien entregara la colada a la señora Lucy; ello significaba tener que asumir otras varias entregas para que su jefa, la señora Gaeta, no sospechara. En el apartamento de la señora Lucy había un taller en el que solía empezar sus obras y luego las transportaba a su verdadero estudio. Treinta segundos en el apartamento de Lucy bastaban para que Montse pudiera echar un buen vistazo a esas pinturas incipientes. Lucy se dio cuenta enseguida de que Montse sentía curiosidad por su trabajo y empezó a dejar abierta la puerta del estudio mientras bosquejaba un lienzo. Llamaba a Montse para que juzgara cómo iba progresando el cuadro. «Fíjate en esto…», decía deslizando los dedos sobre un color que se iba oscureciendo en la distancia. El esfuerzo que ponía al dibujar hacía que se le tensaran todos los miembros. Montse veía cómo a veces se quedaba sin aliento aunque apenas se hubiera movido. Era consecuencia de arrebatarle imágenes al aire: el aire se cobraba algo a cambio.

Montse preguntó a la señora sobre la llave que llevaba al cuello. En realidad no se lo preguntó directamente, simplemente se puso a hablar para poder quedarse un poco más. Pero la señora Lucy le explicó que la llevaba porque estaba esperando a alguien; entonces Montse sin darse cuenta exclamó: «¡¿Usted también?!». Lucy la miró divertida: «Sí, yo también. Supongo que todos esperamos a alguien». Y se lo contó todo mientras servía el café para las dos en floreros. (¡Era verdad! ¡Era verdad!).

«Dos mujeres sin un céntimo coincidieron en una celebración en

Sevilla». Así comenzó el relato de la señora Lucy. El acontecimiento era la reunión que cada cinco años celebraban los graduados de una promoción de la universidad de Sevilla: ninguna de las dos mujeres había asistido jamás a esa universidad, pero se colaron en la reunión y todas las personas con las que se encontraron afirmaban recordarlas. Hubo incluso muchos comentarios sobre lo guapas que seguían estando aquellas antiguas compañeras. Las impostoras habían investigado el asunto y sabían lo que tenían que decir y las preguntas que debían hacer. Se llamaban Safiye y Lucy y nadie hubiera adivinado su pobreza, ya que habían dedicado la mayor parte de la tarde anterior a liberar diversas prendas de ropa exquisita de sus guardianes.

Las dos pobretonas conocían todos los gajes del oficio y la incapacidad para reconocerse mutuamente fue uno de los principales inconvenientes de ser impostoras eficientes. Ambas mujeres iban de ciudad en ciudad bajo infinidad de personalidades y ambas pensaban que la colaboración era para los débiles. Lucy y Safiye no habían acudido a esa reunión en busca de amistad o de amor; estaban allí para hacer contactos. Antes, cuando se habían deslomado en un trabajo honrado—Lucy en una panadería y Safiye en un matadero—, a menudo se preguntaban si sería cierto que había personas a las que les caía dinero simplemente porque tenían aspecto de estar acostumbradas a disponer de él a montones. Como estaban bendecidas con rostros fáciles de olvidar y el don de la desvergüenza, ambas se dedicaron a poner a prueba esa teoría y habían descubierto que funcionaba. A Safiye le gustaba contemplar cuadros y necesitaba dinero para crear su colección. Lucy era una artista siempre necesitada de pintura, pinceles, trementina, luz adecuada y lienzos suficientes sobre los que cometer errores útiles. Lucy estuvo casada durante un tiempo con un tipo raro de payaso, de esos que no dan miedo a los niños: «Después de todo, es uno de los nuestros, lo puedes ver en sus ojos», se decían. «Qué gracioso que sea tan alto». Pero a Lucy y su marido no les había funcionado demasiado lo de estar casados: el vínculo resultó más pesado de lo que su desenfadado noviazgo les había permitido imaginar, aunque estaban de acuerdo en que había merecido la pena intentarlo. Mientras esperaban el divorcio, el marido de Lucy le enseñó los juegos de manos que terminaría por utilizar para desvalijar cualquier bolsillo que se le pusiera a tiro. La noche que conoció a Safiye le robó los pendientes directamente de sus orejas y cuando se retiró a un rincón tranquilo de la mansión para inspeccionarlos descubrió que eran de bisutería. Luego se dio cuenta de que le faltaba su pulsera de metal y enseguida se percató de que sólo se la podría haber quitado la persona a la que ella había robado; las baratijas y aquellas delicadas orejas la habían despistado. Lucy,

arrinconada por un banquero cuyo falso recuerdo de haber estado enamorado de ella desde el primer curso podría resultar rentable, vaciló entre una decisión sensata y otra temeraria. Pero Lucy siempre apostaría por la temeridad. Encontró a Safiye en el jardín apoyada contra una lámpara de aceite y pudo comprobar que no era la única mujer insensata del mundo, ni siquiera de aquella reunión, porque Safiye tenía el brazalete pulido de Lucy en la mano y lo hacía girar hacia uno y otro lado para atrapar luciérnagas en la ondulante y transparente manga izquierda de su vestido. Y todo ello a riesgo de prenderse fuego, aunque desde donde Lucy se encontraba Safiye parecía estar hecha de fuego, con el brazo izquierdo lleno de lucecitas danzando que parecían brotar de su propia carne. Eso o estaba volviendo a convertirse en fuego.

Abandonaron temprano y a toda prisa la reunión junto con un pequeño grupo de asistentes incapaces de seguir fingiendo que todo había sido un éxito. Tras meterse en la cama de Lucy, ya no salieron de allí en días. ¿Cómo habrían podido, si Lucy conseguía colmar todos los deseos de Safiye con la punta de los dedos y si cada lengüetazo juguetón de Safiye llevaba a Lucy al borde del éxtasis? Se quedaron dormidas mientras cada una planeaba escapar en mitad de la noche. Después de todo, su pasión las dejaba completamente inermes y eso era algo que les daba pánico. Planearon escapar, pero se despertaron entrelazadas. A Lucy le tocaba decidir si Safiye se quedaba o no. Porque, ¿quién sabía lo que Safiye podría exigir de repente y conseguir de Lucy? «Deja de respirar. Deja de tomar té». La situación mejoró cuando se les ocurrió que también podían hablar; a medida que iban conociéndose se dieron cuenta de que lo que les atemorizaba era que su yo se agotara. Pero, por el contrario, cuanto más amaban más quedaba por amar. A veces era necesario separarse durante meses para birlar objetos valiosos utilizando métodos que evitaban describir con detalle. Lucy enviaba a Safiye cuadros y flores de azahar, y Safiye mandaba un flujo constante de potenciales modelos a Lucy. Las enamoradas discutían sobre ello; a Lucy le parecía que Safiye trataba de engatusarla para que llevara una vida respetable. Lucy se había prometido que sólo pintaría retratos de personas que le resultaran fascinantes y era un engorro tener que inventar excusas para no aceptar encargos de retratos.

—No pasa nada, simplemente no se te da bien hacer regalos—decía Lucy con una sonrisa que pretendía ser conciliadora.

Los regalos no importaban cuando estaban juntas y los regalos no deberían importar cuando estaban separadas. Pero Safiye se sentía ofendida.

—¿Pero de qué hablas? ¡No vuelvas a decir que soy mala haciendo regalos!

Si Lucy hubiera podido retirar algunas de sus palabras, habrían sido las que le dijo a Safiye sobre sus regalos poco adecuados; si no las hubiera pronunciado, Safiye jamás habría decidido robar aquel regalo con que demostrarle que estaba equivocada y no la habrían atrapado.

Las amantes pasaron juntas la Navidad y luego se separaron: Lucy partió hacia Grenoble y Safiye hacia Barcelona. Se escribían a la lista de correos de sus ciudades y a comienzos de abril Safiye le contó en qué consistía el día de Sant Jordi. «Lucy, aquí es costumbre intercambiar libros y rosas el día 23 de abril. ¿Lo haremos nosotras?».

Lucy se puso alegremente manos a la obra. Primero consiguió papiro y confeccionó un libro, página por página; las cosió todas y elaboró una cubierta de cartón. Luego llenó cada página de recuerdos; dibujó capullos de rosas inglesas y rosas chinas en plena floración, rosas Bourbon de color rosa trepando por muros y arriates rebosantes de rosas mosqueta. Dibujó todas las rosas que había visto en su vida de la forma más realista que pudo (cuando sombreaba los pétalos, el papel rugoso se convertía en seda) y en esas perdurables formas se las ofreció a Safiye. La confección de ese libro de rosas coincidió con un período en la vida de Lucy en el que estaba ganando dinero sin tener que engañar a nadie. Se había topado con un jugador empedernido que observó que ella le calmaba los nervios de forma milagrosa. Cuando ella se sentaba a su lado siempre ganaba al blackjack, por lo que acordaron que él le daría el diez por ciento de las ganancias de cada noche. Este hombre sólo jugaba cuando las apuestas eran altas, de manera que ganaba mucho dinero y ambos estaban contentos. Lucy no sabía lo que sucedería cuando se les acabara la suerte; lo único que esperaba era que no se pusiera violento con ella, porque entonces ella tendría que hacer lo mismo. Sería una pena porque el hombre le gustaba. Nunca le ponía las manos encima, siempre preguntaba cómo estaba Safiye y estaba muy enamorado de su esposa, que también lo amaba y creía estar casada con un vigilante nocturno. La mujer del jugador habría enloquecido de miedo si hubiera visto lo cerca que estaba cada noche de perder los ahorros de toda una vida, pero no sospechaba nada, así que le preparaba cenas ligeras para comer en el trabajo, algo que el hombre no podía ni siquiera mirar (su estómago siempre se revolvía cuando tenía que desafiar a la Diosa Fortuna), así que Lucy se comía sus cenas y las disfrutaba mucho, y el sabor de las aceitunas aliñadas con hierbas permanecía en su boca, y cuando bebía vino podía saborear todo el verdor de las uvas.

Desde donde Lucy se sentaba junto a su jugador podía mirar a través de una ventana de dos hojas; desde allí veía una larga calle que conducía hasta el pie de una montaña. Lo que más le gustaba a Lucy de aquella vista era que a medida que la noche iba dando paso al

amanecer, la montaña parecía deslizarse por la calle. Avanzaba de puntillas, como si temiera que alguien la sorprendiera. En la medida en que una efímera cosa hecha de carne y hueso puede recordar (o presagiar) lo que es ser piedra, Lucy comprendía el deseo de la montaña de ponerse a escuchar en la ventana de un antro de jugadores y reconfortarse al calor de toda la esperanza y la desolación que flotaban en el ambiente. Le habría gustado que la montaña consiguiera un día encogerse hasta convertirse en un guijarro para poder entrar rompiendo el cristal y deslizarse hasta un rincón desde donde absorber felizmente la vida tabernaria mientras el lugar permaneciera abierto. Lucy trató de escribir algo a Safiye sobre lo que veía a través de esa ventana, pero le pareció que su descripción de la montaña resultaba tan nostálgica que resultaba desagradable leerla. No envió la carta.

Safiye había comenzado a trabajar como doncella de una señora, un puesto adecuado para ella, que contaba con la paciencia necesaria: puede llevar meses descubrir dónde se encuentra la caja fuerte en una casa, y no digamos averiguar el código que permite acceder a su contenido. Pero ¿era realmente ése el plan de Safiye? Lucy tenía la impresión de que se estaba dejando arrastrar de nuevo por la engañosa vida convencional. En sus conversaciones, Safiye sacaba a colación incómodos temas como «el futuro», la necesidad de seguridad y la posibilidad de realizar a lo sumo una operación más. De vez en cuando Lucy dejaba de trabajar en el libro de las rosas para escribir y enviar breves notas:

> Safiye:
>
> He estado tan ocupada que no he tenido tiempo de pensar; me temo que sólo podré enviarte un regalito para el día de Sant Jordi sobre el que me hablaste en tu carta. Imploraré perdón cuando te vea.

Safiye replicaba:

> Por pequeño que sea tu regalito, estoy segura de que el mío aún lo es más.
>
> Te reirás cuando lo veas, Lucy.

Lucy respondió:

> ¡Siempre tan competitiva! Sea lo que sea que estés haciendo, procura que no te atrapen. Te quiero, te quiero.

El 23 de abril Lucy recogió en Correos un sobre donde Safiye había

escrito a mano su nombre. Contenía una llave colocada en una cadenita y un mapa de Barcelona con una pequeña rosa negra dibujada en él. Lucy rebuscó en el sobre pero no había nota alguna. «Ni siquiera ha sido capaz de enviar un libro», pensó Lucy, chasqueando la lengua un tanto decepcionada. Todavía no había enviado el libro que ella había confeccionado y mientras hacía cola empezó a pensar en quedárselo.

La mujer que le antecedía en la cola estaba leyendo el periódico y Lucy vio el rostro de Safiye—más bien una reproducción del mismo bastante mal bosquejada—y leyó la palabra BARCELONA en los titulares. Sintió que se le helaba el corazón, como si la sangre se le hubiera espesado y no pudiera correr por las venas. Leyó lo suficiente para comprender que la policía buscaba a una doncella con relación a un asesinato y a una serie de delitos de los que se sospechaba era la autora bajo otros nombres.

¿Asesinato? Imposible. Safiye no. Lucy retrocedió hasta que encontró una pared en la que apoyarse. Se quedó allí descansando hasta que se sintió capaz de caminar hasta la estación donde compró billetes y un periódico del que leyó una única página mientras esperaba la llegada del tren. Iría hasta donde le llevara el mapa que tenía en el bolso, encontraría a Safiye, ella le explicaría todo y ambas se partirían de risa. Estaba claro que tendrían que abandonar Europa. A lo mejor incluso tendrían que ganarse la vida honradamente, como proponía Safiye, pero, por favor, por favor, por favor… Esta súplica se repitió en su interior durante todo el viaje (cambió tres veces de tren y duró casi todo el día). Cada vez que cogía un nuevo tren, una montaña parecía seguirla—cada vez que miraba por detrás de su hombro, allí estaba, infatigable—. Le gustaba pensar que era su montaña, la que vio por primera vez en Grenoble, que ahora se aliaba con ella hasta que encontrara a Safiye.

El mapa de Safiye condujo a Lucy hasta una puerta toscamente labrada en un muro. No parecía una puerta que pudiera abrirse, sino una tapia para ocultar un fallo en la pared de ladrillo. La llave entraba en la cerradura y Lucy se adentró en un jardín tapiado rebosante de rosas. Caminó envuelta en oleadas de perfume, levantando a su paso enredaderas de eglantina y escaramujo mientras pequeñas mariposas de color azul pálido se dispersaban en todas direcciones. Safiye había dicho que Lucy se reiría al ver el tamaño de su regalo y quizá lo hubiera hecho de haberla encontrado. Al fin y al cabo nunca antes le habían regalado un jardín secreto. Pero los periódicos decían que esa mujer que se parecía a Safiye había matado a su patrona, y Lucy temía que fuera cierto y la razón de ese regalo. Cuando oscureció pensó en quedarse a dormir entre las rosas del jardín, como si las perfumadas ráfagas del aire pudieran aportarle alguna respuesta. Pero era más

práctico encontrar a Safiye que soñar. Pasó dos semanas dando vueltas por la ciudad, escuchando lo que se decía de la doncella que había asesinado a su señora. No se atrevió a regresar al jardín de las rosas, pero tenía la llave en torno al cuello con la esperanza y el temor de que alguien la reconociera. Pero no fue así y optó por regresar a Grenoble antes de que se le agotara el dinero. Su jugador estaba en el hospital. Había sufrido graves pérdidas en la mesa de blackjack. Su mujer descubrió al fin lo que se traía entre manos y demostró poseer una fuerza totalmente inesperada («fuerza sobrehumana», en las palabras de él mismo): le rompió ambos brazos y luego se fue a vivir con un carpintero que le había estado haciendo compañía mientras él se dedicaba a sus operaciones financieras. A pesar de todo, se alegró de volver a ver a Lucy: «¡La fortuna me sonríe de nuevo!». ¿Qué podía hacer Lucy? Le preparó sopa y cuando no estaba junto a la cabecera de su cama se dedicaba a robar carteras para pagar las facturas del hospital. Todavía siguen siendo amigos: él se quedó impresionado por los cuidados que ella le dedicaba y ella se sorprendió de que a él nunca se le ocurriera culpar a nadie de sus problemas.

Pocas semanas después de su regreso a Grenoble hubo un temporal de primavera que llenó las calles del musgo de las cimas de las montañas. La tormentosa noche convirtió la ventana de la habitación de Lucy en una puerta; sumida en el sueño, Lucy comenzó a percibir que había algo más que lluvia golpeando el cristal…, alguien estaba llamando. Medio dormida, se dirigió tambaleándose a la puerta para correr el cerrojo. Cuando Safiye se deslizó por fin dentro del cuarto, tiritando y empapada hasta los huesos, se besaron durante largo tiempo, se besaron hasta que Lucy se despertó del todo por el castañeteo de los dientes de Safiye contra los suyos. Lucy cogió una toalla y, mientras Safiye realizaba un conmovedor amago de striptease ante ella, envolvió a su amada para que entrara en calor y la abrazó sin preguntar lo que tenía que preguntar.

Al cabo de un rato, mientras Safiye hablaba, su voz estaba tan inalterada que parecía más un recuerdo que algo presente y real.

—Hoy he preguntado por ti e incluso he caminado detrás de ti por la calle durante un buen rato. Compraste un lazo para el sombrero y una bolsa de cebollas y con el lazo has hecho un negocio redondo. A veces incluso he pensado que me descubrirías, pero ahora sé que no. Se te ve muy bien. Estoy orgullosa de ti. En cambio yo tan sólo he conseguido coger una llave y embrollarlo todo. Yo te quería dar…, yo te quería dar…

—Duerme—le dijo Lucy—. Duerme y no digas nada.

Esto fue lo único que consiguió decirle. Pero Safiye había venido a explicarle lo de la llave: «La llave, la llave…», era como una obsesión, y no se dormiría hasta que Lucy la hubiera escuchado.

Desde el principio a Safiye le había provocado una ligera aversión la forma de hablar de su patrona, la señora del Olmo:

—Esa mujer tenía una noción del intercambio muy curiosa… Cuando se acordaba de alguien que le había dado algo, siempre le parecía poco y estaba convencida de que el otro se había quedado la mejor parte. En cambio, cuando recordaba haber dado ella algo, siempre era tanto que casi se arruinaba.

Aparte de eso, a Safiye no le agradaba ni le desagradaba particularmente la señora del Olmo, y prefirió concentrarse en crear su inventario mental de los tesoros de la casa, que eran muchos. También estaba la llave que la mujer llevaba en torno al cuello. Jugueteaba con ella mientras entrevistaba a un jardinero tras otro; Safiye asistía a las entrevistas, tomaba notas y leía las referencias de los candidatos. Pero ninguno de ellos parecía capaz de cumplir el requisito de absoluta discreción exigido por la señora del Olmo: el jardín debe estar cuidado, pero también mantenerse en secreto. Finalmente Safiye le ofreció sus propios servicios como jardinera. Para entonces ya se había ganado la confianza de la señora del Olmo, que le permitía atravesar la ciudad con ella hasta la puerta del jardín, abrirla y hasta mirar el interior. Safiye comprendió inmediatamente que aquel lugar no se sometería jamás a la mano de ningún jardinero; también descubrió que los rosales eran regalos perpetuos, ofrecían un estudio pródigo en milagros donde Lucy podría trabajar, deleitarse y estudiar el color. La señora del Olmo ordenó a Safiye que esperara fuera, entró en el jardín y cerró la puerta tras ella. Al cabo de media hora volvió a salir sin aliento y con las mejillas encendidas:

—¿Cómo si acabaran de besarla?—preguntó Lucy.

—Nada de eso. Más bien parecía como si la hubieran agarrado y sacudido como un termómetro de mercurio defectuoso. Le pregunté si había alguien más en el jardín y me respondió hecha una furia: «¡No! No, ¿por qué lo preguntas?». La señora del Olmo había cogido un magnífico ramo de rosas amarillas con vetas de color lavanda, unas flores tan vívidas que la mano que las sostenía parecía de cartón. La señora del Olmo mantuvo las flores en el regazo durante todo el trayecto en coche a casa y para cuando llegamos ya se había tranquilizado. Pero yo pensaba que había alguien más en el jardín: si no, la pregunta no le habría molestado tanto, ¿no crees?

—Cuando yo estuve no había nadie más—dijo Lucy.

—¡Así que estuviste allí!—exclamó Safiye.

—Sí, y sólo había rosas.

—Sólo había rosas…

—Así pues, ¿cómo conseguiste la llave?

Ahora ambas se miraban fijamente, Safiye tratando de detectar

incredulidad y Lucy, una mentira.

—Por la noche fui al salón de mi patrona para ver si deseaba algo más antes de que me fuera a dormir. Las otras dos personas que tenía empleadas eran un cocinero y una criada para todo y no vivían con nosotras, así que ya se habían ido a su casa. Llamé a la puerta y nadie me respondió, aunque escuché un sonido.

—¿Un sonido? ¿Una voz?

—Sí…, bueno, no. Era un crujido, como un picaporte oxidado girando, o como el chirrido de los goznes de una puerta de madera forzada, aunque yo diría que era, estoy casi segura, el sonido de algo que crecía. A veces pienso que si pudiéramos escuchar crecer a los árboles los oiríamos… crujir… de esa manera. Volví a llamar y el crujido se detuvo y dio paso al silencio. Un silencio que me dio muy mala espina. Entonces pensé que tenía que hacer algo…, si dejaba la puerta cerrada y luego resultaba que alguien podría haberse salvado si la hubiera abierto a tiempo, no habría podido soportarlo…, así que tenía que abrir la puerta a toda costa. Recé para que estuviera cerrada, pero se abrió, y vi a la señora del Olmo en pie junto a la ventana, a la luz de la luna y de espaldas a mí. Sujetaba una rosa en las manos como si fuera a bebérsela. Estaba de pie, muy tiesa; nadie está en pie de esa manera, ni siquiera los bailarines en el escenario…

—¿Muerta?

—No, si te parece estaba echando un sueñecito. ¡Joder, pues claro que estaba muerta, Lucy! ¡Completamente muerta! Encendí la lámpara de la mesa y me acerqué. Tenía los ojos abiertos y en ellos se podía percibir cierto *entendimiento*…, por un momento pensé que iba a hacerme callar; parecía comprender lo que le había sucedido y estar a punto de decir: «*¡Chsss!* Ya lo sé, ya lo sé, y tú no tienes que saberlo». Era una imagen espantosa, no sabes qué espantosa era. Pero cuando bajé la vista y miré el resto del cuerpo para tratar de olvidar el rostro, vi tres cosas en rápida sucesión: una, que el color de la rosa que sujetaba era diferente del color de las rosas del jarrón del alféizar de la ventana. Las del jarrón eran amarillas con vetas de color lavanda, como te he dicho, y la que tenía ella en la mano era naranja con vetas marrones.

Lucy hizo mentalmente las mezclas de colores. ¿Qué convierte el amarillo en naranja y el azul o el morado en marrón? El rojo.

—También vi que tenía un agujero en el pecho.

—¿Un agujero?

—Una pequeña y precisa incisión—aclaró Safiye golpeando suavemente en el centro del pecho de Lucy—. Iba de un lado a otro y, sin embargo, no había sangre.

(Toda estaba en la rosa).

—¿Y qué más?

—El tallo de la rosa era naranja. —Safiye se puso a temblar de nuevo—. ¿Cómo podía contar eso a la policía? ¿Cómo iba a decirles que fue así como la encontré? A la rosa le había crecido una especie de cola. Larga, curvada, espinosa. Salí huyendo.

—Después de coger la llave—le recordó Lucy.

—Cogí la llave y salí corriendo.

Las amantes cerraron los ojos para dejar de pensar y de los pensamientos pasaron al sueño. Cuando Lucy se despertó, Safiye se había ido. Dejó una nota—«Espérame»—y ésa fue la única prueba de que la visita nocturna no había sido un sueño.

Diez años después, Lucy seguía esperando. La espera había cambiado su vida. En primer lugar, abandonó Francia y se fue a España. El nombre que utilizaba ahora era su auténtico nombre, el que Safiye conocía, para que así pudiera encontrarla. Utilizar su nombre real significaba que debía mantener limpia la reputación asociada a él. Enseñó el libro de rosas que había hecho para Safiye al propietario de una galería de arte; el hombre le pidió que pusiera precio, de modo que pidió una cantidad que ella misma encontraba escandalosa. A él le pareció razonable y se la pagó en el acto. Luego le pidió más libros. Y así fue como Safiye consiguió que Lucy terminara llevando una vida respetable.

La separación de Safiye impulsó a la señora Lucy a pintar paisajes en los que la buscaba. Ella apenas se autorretrataba, pero Safiye aparecía en todos sus cuadros y mirarlos hacía que el espectador participara en la búsqueda de una mujer perdida, una búsqueda angustiada, porque de algún modo verla en estas pinturas nunca significaba que la hubiera encontrado. Lucy también pintaba otros temas; estaba trabajando en su propia visión del Juicio de Paris y Montse había estado dedicando sus pausas para comer a posar para el estudio de Afrodita. Pero como Montse era una persona inquieta, continuamente había que decirle: «¡No, no, no, quédate como estabas!». Luego la señora Lucy se acercaba y le levantaba la barbilla o deslizaba los dedos por su pelo para que le cayera sobre los hombros de una manera determinada. Y la contemplación de aquel delicioso ceño fruncido sobre los ojos que la miraban aturdía de tal manera a Montse que se sentía feliz sólo por estar exactamente donde estaba siempre que la señora Lucy estuviera también.

Pero estos no eran los cuadros que se vendían. Fueron las pinturas de la mujer perdida las que hicieron famosa a la señora Lucy. Se creía que la mujer perdida era una representación de la propia pintora, pero si alguien hubiera preguntado a Montse sobre el asunto ella hubiera estado en desacuerdo: ya conocía muy bien algunas de esas pinturas

cuando encontró unas cuantas de ellas expuestas. Los domingos por la mañana era el día en que se paseaba en silencio entre ellas. Safiye cruzaba un valle nevado de espaldas al espectador y no dejaba huellas. En otra pintura Safiye descendía por una escalera de nubes; y en el siguiente cuadro se había convertido en una mujer de cabello gris con los ojos cerrados que se transformaba en polvo mientras se borraba con una pequeña brocha que sostenía en la mano izquierda.

—¿Y el jardín?—preguntó Montserrat.

Lucy sonrió.

—Sigue siendo mío. Voy allí una vez al año. La cerradura nunca cambia; creo que el lugar ha sido olvidado por completo. Aunque quizá algún día ella me estará esperando allí.

—¡Ojalá!—mintió Montse—. Pero ¿no hay ningún peligro en ese lugar?

—Entonces, ¿crees lo que ella me contó?

—Pues… sí.

—Gracias, gracias por decirlo aunque no lo creas. Los periódicos dijeron que la señora Fausta del Olmo fue apuñalada…, lo que explicó Safiye se aproximaba bastante…

Montse pensó que ni siquiera en ese momento sería difícil transformar una media duda en algo más sustancial. Podría decirle, simplemente: «Me conmueve su constancia, señora, pero creo que está esperando a una asesina». No tenía nada de extraño que Safiye hubiera huido de una muerte tan extraña, pero que hubiera tenido la presencia de ánimo para coger la llave ya era mucho más raro. O había que ser Safiye, pensaba Montse, para comprenderlo. E incluso siéndolo, Montse no estaba segura de lo que habría hecho o dejado de hacer en esa situación. Si ésa era la manera de averiguar quién es realmente uno, entonces no quería saberlo. De modo que sí, Montse podía contribuir a que la señora Lucy siguiera albergando sus dudas, pero no era decente aprovechar esa ventaja.

—¿Y qué pasa con tu propia llave, Montserrat?

La llave de Lucy centelleaba mientras que la de Montse tenía un aspecto triste y mortecino; quizá sólo estuviera chapada en oro. La frotó con el delantal.

—Creo que es pura chatarra.

Todas las tiendas estarían cerradas para cuando Montse acabara de trabajar y al día siguiente era Sant Jordi, de modo que Montse corrió a la librería de enfrente y eligió un libro con una cubierta bonita para regalárselo a la señora Lucy. Este recado, junto con la larga historia que le había contado la señora, hicieron que Montserrat llegara una hora tarde a la lavandería. Trabajó hasta mucho después de la hora de

la cena, escurriendo ropa blanca bajo la vigilante mirada de la señora Gaeta, maldiciendo en silencio las ilusiones espaciales que disimulaban el hecho de que la habitación era tan estrecha como un ataúd. Por fin la señora Gaeta inspeccionó su trabajo y la dejó marchar. Sólo hizo una observación sobre el vergonzoso retraso de Montse después de la hora del almuerzo: «¡Que no se repita!».

Montse se retiró a la habitación y a la cama que compartía con otras tres lavanderas más o menos de su mismo tamaño. Por lo general hablaban hasta caer dormidas. Las cuatro eran buenas amigas; no les quedaba más remedio. Aquella noche Montse se metió la primera en la cama y las otras tres se fueron sumando una a una hasta quedar arrinconada contra la pared del dormitorio, demasiado cansada para sumarse a la conversación.

Mientras Montse había estado compensando las horas perdidas, sus compañeras asistieron a un concierto en el que habían visto fugazmente a algunas de las parejas que más daban que hablar de La Pedrera. Por ejemplo a los Artigas, del tercero, y a los Valdés, del cuarto, lanzándose sonrisas fúnebres. El señor Artigas y la señora Valdés eran amantes con el consentimiento tácito de sus cónyuges. El marido de la señora Valdés, mucho más joven que ella, era un hombre agradable pero muy afectado por lo que consideraba un defecto fatal del diseño del edificio. El ascensor sólo paraba cada dos pisos, lo que obligaba a encontrarse con los vecinos al subir o bajar el tramo extra de escaleras. Así fue como la señora Valdés y el señor Artigas se conocieron por primera vez. El señor Valdés esperaba que la relación de su esposa con ese «pisaverde» de Artigas fuera un capricho pasajero. La mujer de Artigas no podía esperar tanto y había hecho unas muy poco discretas averiguaciones sobre la contratación de un sicario hasta que su marido la había contenido jurando que se quitaría la vida si dañaba un solo pelo de la cabeza de la señora Valdés. ¿Por qué Artigas no se divorció de su mujer y pidió a la señora Valdés que dejara a su marido y se casara con él? Lo hubiera hecho sin pensárselo dos veces si él se lo hubiera propuesto (al menos eso dicen las habladurías). Pero el señor Artigas era incapaz de pedir semejante cosa. Su amante era la compañera más encantadora que jamás había conocido, pero su esposa era una heredera. Ningún hombre en su sano juicio deja a una heredera a menos que sea por otra. «Quizá en otra vida, amor mío», decía Artigas a la señora Valdés, lo cual le producía el llanto más gozoso. Y así, entre sus no tan secretas citas, Artigas y la señora Valdés se devoraban con la mirada, la señora Artigas rabiaba como una posesa, y el señor Valdés esperaba pacientemente que se realizaran sus esperanzas cada vez más mermadas. Mientras los residentes redactaron una petición enviada a los propietarios del

edificio, pidiendo que tanto Artigas como Valdés se fueran a la calle. Al conserje y su esposa les gustaba el pobre señor Valdés, pero también firmaron la petición porque la reputación de La Pedrera ya era lo suficientemente mala y era dudoso que aquella escandalosa paz durase. Laura, la compañera del otro lado de la cama de Montse, estaba aceptando apuestas.

La mañana del día de Sant Jordi, antes de comenzar a trabajar, Montse subió por las escaleras hasta el tercer piso. Las blancas paredes y las sinuosas formas de las ventanas la envolvieron con la rotunda geometría de una concha marina. Un libro y una rosa, eso era todo lo que llevaba. «Para Lucy, de su Afrodita». La señora no estaba en casa. Debía de estar en el jardín con sus otras rosas. Montse depositó su regalo ante la puerta del apartamento de la señora Lucy, con la rosa sobre el libro. Luego se fue a trabajar.

—Montserrat, ¿has visto el periódico?—le gritó Assunta entre las tinas de lavar.

—Nunca leo el periódico—respondió Montserrat mientras trataba de desenredar un montón de hebras de hilo.

—Montserrat, Montserrat la de la llave—canturreó Marta a su lado.

Las otras lavanderas la corearon hasta que Montse dejó la aguja y dijo:

—Está bien, ¿cuál es el chiste, chicas?

—Están hablando de un anuncio que sale esta mañana en *La Vanguardia*—dijo la señora Gaeta, colocando el periódico sobre la tapa de la cesta de costura de Montse. Mientras leía, a Montse se le iban cayendo hilos bajo las líneas.

> ENZO GÓMEZ DE GÓMEZ, CRUZ Y MOLINA, ESPERA CONTACTAR CON UNA MUJER LLAMADA MONTSERRAT QUE POSEE UNA LLAVE DE ORO DE CUATRO CENTÍMETROS.

Sin decir palabra la sagaz señora Gaeta cogió un hilo escarlata de cuatro centímetros de largo y lo colocó sobre la llave de Montse. Las longitudes coincidían. La señora Gaeta colocó una mano sobre el hombro de Montse y luego se dirigió hacia el centro de la habitación para inspeccionar una pila de ropa recién lavada antes de enviársela a su propietario. Los murmullos en torno a Montse se fueron volviendo ensordecedores.

—No vayas, Montse, ¡es una trampa! Es lo mismo que pasó en ese episodio de *Relámpagos, un veneno indetectable*.

—Ya está Cecilia confundiendo la vida con una de sus queridas radionovelas… ¡Menuda imaginación más sórdida!

—¡Reconócelo, Montse! No se te da bien lavar ropa; ¡tú has nacido para ser rica!

—Y no te olvides nunca, Montse, de que yo, Laura Morales, siempre te he querido… ¿Te acuerdas de cuando compartí mi almuerzo contigo justo el primer día que llegaste?

—Cuando se instale en su nueva mansión nos puede invitar a pasar un fin de semana. ¡Venga, Montse! Sólo un fin de semana al año.

—¡Chicas, chicas!—intervino por fin la señora Gaeta—. Me duele la cabeza. Callaos o tendréis que poneros a buscar trabajo en el infierno.

Montse no apartó la mirada de su labor. Era la única manera de mantener la cabeza fría.

El abogado Enzo Gómez examinó las manos y el uniforme de Montse antes de mirarla a los ojos. Tenía las manos ásperas a causa de los jabones y el agua; a duras penas pudo reprimir el impulso de ocultarlas en la espalda. En lugar de ello abrió el cierre de su cadena y le entregó la llave. Le dijo su nombre mientras él hacía tintinear un manojo de llaves en su bolsillo.

—La única forma de averiguarlo es probando la cerradura. Así que vamos allá—dijo él.

La ruta que tomaron era familiar.

—A veces voy a una galería de arte que está justo en la misma calle—comentó Montse, haciendo una seña, y al decirlo, él la miró fijamente.

—¿Vas a veces a la Galería Salazar?

—Sí…, exponen cuadros de…

—No sé mucho de los artistas actuales; sólo los maestros antiguos son fiables… Pero allí es adonde vamos, a la Galería Salazar.

Gómez se detuvo, sacó una carpeta del maletín y leyó en voz alta lo que ponía en una hoja de papel:

> A pesar mío pero de acuerdo con la promesa que hice a mi hermano Isidoro Salazar, yo, Zacarías Salazar, dejo la biblioteca de mi casa en la calle Alhambra, n.º 17, a una tal Montserrat, que vendrá con la llave de la biblioteca como prueba de su derecho. Si la reclamante no apareciera en el plazo de cincuenta años tras mi fallecimiento, que se cambie la cerradura de la biblioteca para poner fin a todo este disparate. Porque si no se puede encontrar a la madre, ¿cómo se va a encontrar a la hija?

Enzo volvió a guardar la carpeta.

—Espero que tú seas la auténtica—dijo—. Hoy he conocido un montón de Montserrats por este asunto, la mayoría de ellas unas oportunistas. Pero tú…, espero que seas tú. ¿Qué sabes de la familia Salazar?

—Sé que el viejo Zacarías Salazar era un multimillonario, que no tuvo hijos biológicos pero sigue apadrinando muchas obras de arte a través de su mecenazgo…

—Veo que te has leído a fondo el catálogo de la galería.

Un empleado de la galería les abrió la puerta y les guio por una serie de corredores empapelados con motivos dorados hasta que llegaron a la biblioteca, una habitación solitaria al fondo de un pasillo. Montse fue vagamente consciente de que Enzo Gómez se enjugaba la frente con un pañuelo mientras ella metía la llave en la cerradura y la hacía girar. La puerta se abrió dejando a la vista una habitación con elevadas estanterías y ventanas aún más altas que seguían la curva de un techo abovedado. La lavandera y el abogado permanecieron en pie frente al estante más cercano a la puerta. Se estrecharon la mano mientras la luz del atardecer iluminaba las lámparas de araña sobre sus cabezas. El abogado recordó la razón de su estancia allí y se dirigió hasta la mesa más cercana para extraer, una vez más, papeles de su maletín.

—Me alegro por ti, Montserrat—dijo, ordenando los papeles sobre la mesa con ligeros golpecitos—. Si necesitas de mis servicios en el futuro no dudes en ponerte en contacto conmigo. —Y dicho esto hizo una inclinación de cabeza, le estrechó la mano y la dejó sola en la biblioteca sin volver la vista atrás. Mientras se alejaba, el temblequeo del dobladillo de sus pantalones fue el único signo visible de sus emociones.

Montse se paseó entre los estantes hasta que la oscuridad lo envolvió todo. Pensó que si la biblioteca era realmente suya debería abrirla al público; contenía más libros de los que era posible leer en toda una vida. Libros sobre el arte de tragar sables y formas de vida descubiertas en el océano, cleidomancia y auroras boreales y otros temas que recordaron a Montse la cantidad de cosas maravillosas que existían en el mundo; cosas que sólo había visto en sueños y quería volver a ver, y uno de esos libros, cualquiera de ellos, la conduciría de nuevo hasta aquellas visiones y luego a otras, para que no dejara de ver portentos mientras estuviera despierta. También estaba el olor de los libros encuadernados en cuero y otro aroma débil pero inequívoco: rosas. Se cubrió la cara con las manos y lloró. Se sentía perdida. Había llevado la llave durante tanto tiempo para llegar a este lugar y ahora no sabía dónde estaba. El aroma de las rosas se volvió más intenso, se secó las manos en el delantal, encendió una luz y abrió la carpeta que Enzo Gómez le había entregado.

Esto es lo que leyó:

Montserrat, quiero mucho a tu madre. Quería a todos los que compartían mi casa conmigo. Soy tonto pero no tanto como para rodearme de gente en la que no confío. Yo no sabía lo que sucedía en los pisos de abajo; los de arriba somos los últimos en enterarnos. Las cosas habrían podido ser muy diferentes. Habrías tenido un hogar aquí, yo te habría mimado y con el tiempo habrías adoptado unos fabulosos aires de grandeza, todo lo cual habría sido maravilloso.

Como te decía, yo quería a todos los que vivían conmigo, pero sentía un cariño especial por Aurelie. Ahora soy un hombre viejo—un viejo libertino mejor dicho—, y mi memoria comete todo tipo de traiciones; sólo he conservado unos cuantos recuerdos: algunas palabras que me hacían feliz porque las decía la persona correcta en el momento adecuado y algunas imágenes porque conformaban su propio momento. Una de esas imágenes es la radiante sonrisa de tu madre, siempre ligeramente inquieta, como si incluso en el momento en que te complacía se preguntara «cómo es posible que sea tan encantadora». Espero que tú estés disfrutando ahora mismo de esa sonrisa. Espero que haya vuelto contigo.

Permíteme decir otra cosa inútil: nadie me podrá hacer creer que Aurelie me robó. La única persona que posiblemente tuvo en mayor estima que yo a tu madre fue mi hermano, Isidoro. Él me dijo que le debería donar mi biblioteca. Luego me dijo que ella preferiría que se la diera a su hija. «Hazlo o te acosaré hasta la muerte», escribió. El resto de esta casa está dedicada ahora al arte; hace mucho tiempo que ya no vivo aquí, ni visito la casa. Pero la biblioteca es tuya. Así que disfrútala, querida.

ZACARÍAS SALAZAR

P. D. Encontré la carta de Aurelie para ti entre los papeles de mi hermano. No estoy seguro de cómo llegó allí.

La carta de Aurelie hizo que Montse se pusiera en pie y recorriera los pasillos entre las estanterías mientras la leía, deteniéndose de vez en cuando para sentarse en las cómodas sillas dispersas aquí y allá por la biblioteca. Luego levantaba la mirada de la hoja de papel y recorría las estanterías, contemplando el pasado.

Querida Montserrat:

No me extenderé demasiado porque estoy volviendo a buscarte, así que realmente todo esto no es necesario. Supongo que en realidad me he puesto a escribir para que mi cabeza vuelva a funcionar correctamente. Será duro dejarte aunque sólo sea por poco tiempo pero Isidoro pensó que, en el peor de los casos (que no se producirá), la llave de la biblioteca te traerá aquí de algún modo.

Te contaré la historia de tu llave: un deseo me la trajo hasta mí. Era mi cumpleaños, mi décimo tercer cumpleaños, y Fausta del Olmo era la única que lo sabía. Hay personas a las que los secretos atraen como la mermelada a las hormigas. Fausta es una de ellas. Investiga toda clase de cosas no expresadas y ocultas (no para darlas a conocer, sino para destruirlas y que nadie sepa que existieron). Eso es lo que hace que se acelere su corazón, la destrucción de cimientos invisibles. ¿Por qué? Porque le parece divertido. El amo nos habló una vez de una prima suya, una chica encantadora y alegre, pero tocada del ala, nos dijo. Esta prima se suicidó un día, de repente. Lo hizo después de hablar con una amiga por teléfono. Esa amiga se pasa ahora los días rebuscando en su cabeza las calamitosas palabras que tuvo que pronunciar y ella misma se ha vuelto loca. Mientras el amo nos lo contaba, yo miraba a Fausta del Olmo por el rabillo del ojo. Se estaba riendo por lo bajo y el amo no se percató hasta que la risa de Fausta fue tan estridente que comenzó a atragantarse. Explicó que estaba anonadada por la tristeza y el misterio de lo sucedido, y se santiguó. Pero para entonces yo la temía tanto que no me atreví a contradecirla. No hay quien pueda con Fausta, porque cree en el infierno. El amo piensa que esa creencia la mantiene en el buen camino, pero la verdad es que ella está tan segura de que terminará allí que ya ni se preocupa. Cuando Fausta me trajo un pequeño pastel con una velita y me dijo que pensara un deseo, mi reacción fue decir que no. Es una tontería, pero no quería que Fausta conociera mi cumpleaños por si de algún modo tuviera el poder de quitármelo. Si lo hubiera hecho, yo no habría nacido nunca, no habría tenido la posibilidad de ser yo ni de escuchar la aterciopelada voz de tu padre, ni de enamorarme de él. Tu padre se escapó, y si alguna vez llego a encontrarle no podré parar de abofetearle por lo que hizo, por la forma tan cobarde en que me dejó aquí. Yo todavía no sabía que estaba embarazada, pero estoy segura de que él sí lo sabía. Tuvo que haber desarrollado cierta clase de instinto para esas cosas. Una vez comenzó a decir: «Los niños son tan…», y pensé que iba a decir algo poético, pero terminó la frase diciendo «…caros».

¡Te tendría que estar explicando lo de la llave! Cuando soplé mi vela de cumpleaños mi deseo fue tener un millón de libros. Creo que lo deseé porque en aquella época mis sonrisas siempre eran forzadas y yo quería que eso cambiara y ser realmente más feliz.

El amo tiene un marido, Pasqual Grec. No es que se casaran por la Iglesia, pero vivían como esposos. Algunos de los demás criados pretenden no tener ojos en la cara y dicen que Pasqual es sólo un buen amigo del amo, pero Fausta del Olmo dice que duermen en la misma cama y que como son ricos pueden hacer lo que les dé la gana sin importarles lo que los demás puedan pensar de ellos. Parece que tu llave no quiere que hable de ella, pero lo haré, te prometo que lo haré. El amo y Pasqual tienen peleas, quizá unas tres veces a la semana. El amo no es un hombre que se enfade a menudo, pero le gusta discutir de un modo que enfada a muchas personas. Y Pasqual es amante del aire libre y no le gusta esperar demasiado entre cacerías; así que cuando se siente intranquilo hay peleas, quizá tres por semana. El amo se retira a la biblioteca durante algún tiempo y come y cena allí, y Pasqual sale con los caballos. Pero cuando el amo sale de la biblioteca está mucho más sereno. Pensé que eran los libros los que calmaban al amo. Millones de libros—al menos es lo que parecen cuando echas una mirada fingiendo que no te interesa en absoluto—. Y el día en que pedí mi deseo, la llave de la biblioteca cayó en mis manos. El amo la había dejado en el bolsillo de una bata que me había enviado para lavar. Podría haberse tratado de cualquier llave, pero no fue así. La llave y la oportunidad de utilizarla se presentaron a la vez porque el amo y Pasqual habían decidido pasar el invierno en Buenos Aires. Por entonces yo estaba embarazada de cuatro meses y tenía que vendarme el vientre para ocultarte y poder seguir trabajando en la casa. Por la noche iba a la biblioteca y allí encontraba paz y valor.

No sabía por dónde empezar así que simplemente busqué un nombre que conocía hasta que di con la vida de Juana de Arco, entonces me senté y leí desesperadamente; leí sin parar hasta el final como si alguien me persiguiera por las páginas con un cuchillo de carnicero. La noche siguiente leí la vida de Galileo más despacio; tardé cuatro noches en terminarla porque su destino era difícil de asumir. No cesaba de repetir «qué cabrones», y en una ocasión, después de decirlo, escuché un ruido en un rincón de la biblioteca. Una biblioteca por la noche está llena de sonidos: los libros no leídos no pueden esperar más y anuncian su contenido, algunos haciendo alardes, otros tímidamente, y otros de forma taimada. Pero el sonido que escuché no era causado por un libro. Era como una tos o un estornudo reprimido o un carraspeo, o una mezcla incontenible e impulsiva de los tres. Luego todo quedó en silencio. Hasta los libros se callaron. Miré la estantería que tenía frente a mí; leí cada uno de los títulos, lomo tras lomo. Había un hueco entre los libros en el que aparecían dos ojos. No eran los del amo, ni los de Pasqual, ni los ojos de alguien que yo conociera.

Reuní el valor para preguntar:

—¿Qué está haciendo aquí?

—¿Qué está haciendo USTED aquí?—preguntó el hombre. Por su voz deduje que no se encontraba bien y mi miedo se disipó; pensé que ambos teníamos nuestras razones.

—¿No ve que estoy leyendo?—le contesté—. Quizá usted debería también leer en lugar de ESPIAR a la gente.

—Quizá—aceptó—. Pero creía que usted podía ser como la otra.

—¿La otra?

—Sí. Pero no le diga que me ha visto.

—¿Por qué no?

—Porque entonces sabrá que yo la he visto a ella… y no quiero que lo sepa hasta que haya hablado con mi hermano.

—¿Su hermano?

—Ya está bien de cháchara, ladronzuela. Ahora tengo que descansar. Pero prométame que no se lo dirá a ella.

No tuvo que describírmela: la persona de la que hablaba sólo podía ser Fausta. No tenía ninguna gana de saber qué era lo que había hecho esta vez.

—No soy una ladrona—protesté—. Y no le diré nada a ella. De todos modos no lo he visto, sólo he visto sus ojos.

—¿De veras? ¿Y qué te parecen mis ojos, ladronzuela?

—Son los ojos de un viejo amo—respondí, y coloqué *La vida de Galileo* delante de mi cara hasta que le oí alejarse.

Se dirigió hacia el fondo de la biblioteca y subió por unas escaleras (yo no sabía que había una escalera en la biblioteca hasta que le escuché a él subirla), así que mira, Montserrat, y verás que hay una, construida entre dos estanterías, que conducen a una puerta que está en mitad de la pared. Por esa puerta se entra en una ala de la casa que sólo conocen unos pocos criados, aunque todos sabíamos que Isidoro Salazar, el hermano pequeño del amo, vivía en esa parte de la casa. Vivía es un decir: todos sabíamos que se estaba muriendo allí y no quería que nadie le hablara ni que se hablara de ello. Un cocinero especial le preparaba la comida según ciertos principios nutricionales de inmortalidad de los que un doctor suizo había hablado al amo, y Fausta nos dijo que ella ponía la mesa y servía las comidas en las habitaciones de Isidoro. Él esperaba en la habitación de al lado mientras ella lo hacía, y comiera lo que comiese o dejara de comer, siempre se estaba muriendo. Más tarde, cuando pensé en ello, lamenté haber agravado con mis palabras los males de Isidoro.

Al día siguiente, después de que Fausta le hubiera dejado el almuerzo, escribí en un trozo de papel: «Nunca debí comportarme así con usted. La doncella grosera y desconsiderada de la biblioteca», corrí hasta su habitación y deslicé la nota bajo su puerta. Evité la

biblioteca durante una temporada, y regresé sólo cuando pude escuchar el parloteo de los libros desde el dormitorio de las doncellas donde yo dormía, al otro lado de la casa. Aquella noche él no estaba, pero cuando fui a la estantería en busca de Galileo, vi una nota pegada al libro contiguo. Decía así: «Para la linda ladrona. Lee este libro y luego busca otros».

Algunos de los libros que me recomendó me gustaron; otros me parecieron un rollo. Di vueltas una y otra vez a sus recomendaciones en mi mente. Uno de los libros que eligió era un delgado volumen de poesía que no me dijo gran cosa; lo rechacé con un verso de otros poemas que me había sugerido: «Tal vez rime mas carece de armonía». Respondió con una carta realmente larga y airada: creo que era el autor de esos poemas. No me parecieron buenos.

Isidoro no se acercaba a mí, ni siquiera cuando yo empecé a desear que lo hiciera. Pasábamos las noches leyendo juntos, cada uno a un lado de una estantería, sin hablar, escuchando a los libros que nos rodeaban. Según Stendhal se tarda aproximadamente un año y un mes en enamorarse, si todo va bien. Quizá nosotros fuimos más rápido porque las cosas a nosotros no nos iban bien: cada día me resultaba más difícil mantenerte en secreto y él no podía olvidar que se estaba muriendo; luchó contra el sueño hasta que las pesadillas vinieron a apoderarse de él por la fuerza. Una noche se quedó dormido en la biblioteca: lo había hecho ya otras dos veces, pero por respeto hacia él me marché por una ruta por la que podía pasar sin verle. Pero cuando le oí decir: «No, no…», me acerqué a él sin pensar y me incliné para tratar de averiguar si debía despertarle. Era más joven de lo que traslucía su mirada. No sé qué enfermedad tenía—su efecto era debilitante—, pero al contemplar su rostro me di cuenta de que estaba desmerecido. Se puede apreciar el carácter en el rostro de un durmiente, y el suyo era poderoso. Era el rostro de un hombre orgulloso, vengativo y en absoluto ingenuo, un hombre que se hace preguntas que todavía no ha terminado de responder y que tenía respuestas para algunas de las preguntas que yo me hacía. Abrió sus ojos de anciano y aspiró una profunda bocanada de aire, como si con ella me estuviera absorbiendo a mí. Debía de parecer que yo estaba a punto de besarle. Nuestras caras estaban muy próximas y mi cabello nos rodeaba a modo de cortinas; si nos besábamos sería nuestro secreto. Lo besé. Luego le pregunté si le había dolido. Dijo que no estaba seguro y que mejor lo probáramos de nuevo. Luego me besó. Después de aquello yo no quería separarme de él, pero tenía que estar de vuelta en la cama para cuando las otras doncellas comenzaran a despertarse.

Montserrat, escribí que estar enamorada de tu padre estuvo bien, pero estar enamorada de Isidoro Salazar fue como un sueño. No por el

dinero ni nada semejante. Aquel hombre amaba locamente y sin importarle el plazo de tiempo que sus doctos médicos le habían dicho que le quedaba; me hacía sentir como si nos hubiéramos conocido desde siempre y como si siempre fuese a estar a mi lado. Cuando Fausta del Olmo me llevó aparte y preguntó: «¿No tienes nada que contarme?», tendría que habérseme helado la sangre, pero no fue así. Al fin y al cabo podía estarme preguntando por el embarazo.

Más allá de la escalera de Isidoro había una puerta que llevaba a un jardín vallado. El jardín también era de Isidoro; él mismo plantó todas las rosas y las cuidó hasta que se puso demasiado enfermo para hacer más que pasar las tardes junto a ellas. Íbamos allí a menudo. Desde la parte superior del jardín hasta el fondo había un largo trecho, así que tenía que ayudarlo a tramos. Sí, lo llevaba a la espalda, aunque cueste creerlo. Él estaba somnoliento debido a la medicación —la dosis era cada vez más fuerte—, pero incluso en medio de la neblina medicinal se acordaba de ti y exclamaba: «¡El bebé!». Yo le decía que a ti no te importaba (y no te importaba, ¿verdad?) y que su peso contribuía a equilibrarme. Cuando nos tumbábamos en la hierba se mostraba más lúcido. Amaba mucho sus rosas; una noche le dije que no moriría, que se convertiría en las rosas.

—No me importaría esa clase de muerte si fuera verdad—dijo lentamente—. Pero, espera un momento…, las rosas también mueren.

—Bueno, después de rosa te convertirás en otra cosa. Quizá en una avispa, porque así podrás ir picando a la gente a la que no le gustan tus poemas.

Fue por aquella época cuando comencé a encontrar regalos en mi cama. Pequeños objetos que cada vez se fueron haciendo más grandes. Un peine de nácar, una bolsa de cuero, un chal de cachemir verde. Le dije a Isidoro que dejara de hacerme regalos. Las otras criadas hacían preguntas. Al principio Isidoro se limitaba a sonreír, pero cuando me pidió que le enseñara los regalos, me di cuenta de que estaba perplejo y que no procedían de él.

—¿Estás segura de que no tienes nada que contarme?—me preguntó Fausta del Olmo.

Quizá no fuera más que un rayo de sol que iluminó sus ojos, pero juraría que miró de reojo mi vientre. Añadió que el amo regresaría en dos semanas. Ni siquiera le respondí. Me empujó sin venir a cuento—si no me hubiera agarrado a la barandilla de la escalera me habría caído—y mientras pasaba a mi lado susurró:

—¿Por qué tienes que ser tú la que le visita?

Aquella tarde encontré el último regalo debajo de mi almohada. Era un anillo de diamantes. Guardé la cajita en el bolsillo de mi delantal y la llevé ahí hasta la noche, cuando fui a la biblioteca. Le mostré el anillo a Isidoro y le pregunté qué debía hacer. Dijo que tenía

que casarme con él. Él había ordenado a Fausta del Olmo que pusiera el anillo debajo de mi almohada; estaba seguro de que ella era la responsable de los otros regalos, aunque no tuvieran nada que ver con él. Fausta estaba tramando algo, pero nada importaba, o nada importaría, si me casaba con él.

—No hay tiempo que perder—dijo Isidoro.

Lo único que logré fue mirarle con la boca abierta, y luego dije que sí. Como me pidió que buscara un cura a toda prisa desperté a Fausta del Olmo y le rogué que me ayudara. Ella me miró con extrañeza y dijo:

—¿Para qué quieres un cura?

—Me caso esta noche con Isidoro Salazar—respondí.

—¿De veras? Supongo que también es el padre de tu hijo, ¿no?—murmuró mientras sus ojos le chispeaban como siempre que lograba descubrir un secreto.

—Por favor, date prisa.

Fausta del Olmo se puso un abrigo y unas zapatillas y salió en busca de un cura. El religioso no tardó en llegar; era un hombre tranquilo y de rostro afable. Tomó mi mano preguntando cuál era el problema.

—¿Pero no le has dicho que se trata de una boda?

Fausta se encogió de hombros con aire nervioso y yo volví a temerla. Algo iba mal. Llevé al sacerdote a la biblioteca, y Fausta del Olmo nos siguió. Isidoro no estaba allí, pero cuando abrí la puerta de la biblioteca oí cerrarse con un portazo otra puerta, en el otro extremo de la sala. Isidoro había visto a Fausta y escapado a la rosaleda. Fui en su busca, pero Fausta y el cura no me siguieron (se quedaron hablando mientras Fausta señalaba algo...). Ahora me doy cuenta de que era la puerta de la habitación de Isidoro lo que estaba señalando.

Isidoro no estaba en el jardín; tras buscarle durante un rato volví a la biblioteca, pero también estaba vacía. Entonces escuché un gran barullo y conmoción en el resto de la casa, pasos que subían y bajaban por el ala donde estaban las habitaciones de Isidoro. Las vi por primera vez aquella noche; por dentro, quiero decir. El cura que Isidoro y yo habíamos mandado buscar estaba rezando sobre un cuerpo cerúleo que yacía en la cama. Cuando el cura terminó sus oraciones me dijo que no debía tener miedo de decirle la verdad, que nadie me castigaría y que había hecho bien mandándole llamar.

—¿Qué quiere decir?—respondí.

—Este hombre lleva muerto por lo menos un día. No, no lo niegue, jovencita. Observe lo rígido que está. Estaba muy enfermo, ¡pobrecito!, así que para él ha sido una liberación. Usted ha venido esta mañana y lo ha encontrado así, ¿no es eso lo que ha ocurrido? El

amo está fuera, así que durante todo el día no supo a quién contárselo hasta que la preocupación le hizo concebir toda esa historia de una boda. ¿No es así?

Todos los criados estaban escuchando, pero respondí que no, que se equivocaba. Me llevé la mano al bolsillo para sacar el anillo y mostrárselo, pero el anillo había desaparecido también.

—¡Mi anillo!—exclamé volviéndome hacia Fausta del Olmo, que replicó con la vocecita más dulce y apagada.

—¿Qué anillo, Aurelie? Ten cuidado con lo que dices.

Después de oír eso dejé de hablar. Contemplé el cuerpo que yacía en la cama y me dije a mí misma que era Isidoro y nadie más. Era un hecho que tenía que asumir—las cosas se torcerían mucho para mí si me negaba a asumirlo—, por duro que fuese.

El cura se marchó, prometiendo escribir al amo en cuanto llegara a casa y todos los criados se fueron a la cama. Fausta fue la última en abandonar la habitación de Isidoro, cerrando la puerta tras ella tan despacio como si hubiera alguien durmiendo dentro. Luego me cogió del brazo y me arrastró escaleras abajo hasta el dormitorio de las doncellas, donde iban a juzgarme. ¿Yo estaba loca o era una vulgar mentirosa? Habían esparcido todos los pequeños regalos que había recibido y estaban hablando de ellos; Fausta les dijo de dónde provenían. Les explicó que yo me había apoderado de la llave de la biblioteca de un bolsillo del amo y había estado vendiendo libros valiosos. Deduje que eso era lo que había estado haciendo Fausta antes de que la interrumpiera con mis visitas a la biblioteca.

—Pero hay que ser idiota para gastar el dinero en estas cosas—me reprochó la cocinera, restregándome el chal verde por la cara.

—Algunas personas son incapaces de pensar en el futuro—añadió Fausta del Olmo.

Otras dos doncellas no se habían entrometido en la conversación y miraban como si no la creyeran del todo. Tal vez tuvieran sus propios problemas con ella. Pero luego Fausta anunció que hasta Isidoro Salazar sabía que yo era una ladrona. Les mostró algunos de los mensajes que me había dejado en la biblioteca, trozos de papel que debió de dejarme durante los días en que no acudí. La palabra *ladronzuela* las convenció. El amo es un hombre desprendido y robarle provoca todo tipo de problemas innecesarios. Ahora que algunos de sus libros habían desaparecido podía volverse mucho menos generoso. Las criadas me sacaron del dormitorio. Fueron a la cocina donde cogieron cacerolas y sartenes que hicieron sonar mientras gritaban: «¡Vergüenza, vergüenza!». Me quedé en la cama sin moverme y me tapé la cabeza con las sábanas, pero ellas gritaban sin parar. Rodearon mi cama gritando «¡Vergüenza, vergüenza, vergüenza!», tan alto que todavía puedo oírlo, «¡Vergüenza, vergüenza, vergüenza!». Salí

huyendo y Fausta y las demás me persiguieron chillando por los pasillos con cacerolas y sartenes. Alguien me arrojó una espátula y luego me lanzaron cucharas, algo que puede parecer chistoso a toro pasado, pero que alguien te arroje cucharas de plata en una casa a oscuras es algo terrorífico; las ves brillar contra las paredes como pequeñas espadas antes de golpearte. Habría sido peor si me hubieran arrojado cuchillos: habían perdido completamente la cabeza.

Conseguí encerrarme por los pelos en la biblioteca y cerré la puerta con llave tras de mí. Escribí, escribo esta carta para ti, Montserrat. Las criadas han dejado de hacer ruido y se han ido a dormir. Nacerás pronto, quizá hoy, o mañana. Te siento cerca. Sé dónde tengo que dejarte. En cuanto a esta carta, se la entregaré a las rosas, y luego debo marcharme de aquí una temporada. ¿Cuánto tiempo? Hasta que esté segura de lo que ocurrió, o al menos entienda el orden correcto en que sucedió. ¿Le di de algún modo más tiempo de vida del que él habría tenido solo? Durante todo el tiempo que llevo escribiendo esta carta he sentido los ojos de Isidoro fijos en mí. Parece decirme que podríamos habernos casado, y que si hubiera llevado al cura en lugar de a Fausta podríamos habernos casado. Está claro que en realidad no puede estar diciéndome nada: lo he visto muerto. ¿Por qué no tengo miedo?

Mientras leía la carta de su madre, Montse no dejó de recorrer la biblioteca. Luego fue hasta la puerta del jardín de Isidoro y la abrió con la misma llave. En el exterior, alguien, sobresaltado, dio unos cuantos pasos hacia atrás. Era la señora Lucy.

—Vi luz por el resquicio de esa puerta—explicó Lucy—. Era algo nuevo. —Miró por encima del hombro de Montse—. Te cambio una rosa por un libro—añadió.

NO SÓLO DE DISCULPAS VIVE LA MUJER

외로워서밥을많이먹는다던너에게
권태로워잠을많이잔다던너에게
슬퍼서많이운다던너에게
나는쓴다
궁지에몰린마음을밥처럼씹어라
어차피삶은너가소화해야할것이니까

[Para ti que comes mucho arroz porque te sientes solo, | para ti que duermes mucho porque estás aburrido, | para ti que lloras mucho porque estás triste | escribo esto. | Mastica bien los sentimientos que se te atraganten | tal como masticarías el arroz.| ¿Acaso no hay que digerir también la vida?].

CHUNG YANG HEE, «Arroz»

—Sé bueno con *Boudicca* y *Boudicca* será buena contigo—dijo Chedorlaomer.

Boudicca y yo nos miramos a través del cristal azulado de la pecera de Ched y yo pregunté:

—¿Me dices otra vez qué es?

A simple vista *Boudicca* es una masa neblinosa de un tóxico color verde que acecha en medio de las frondas de algas y tiene el mismo aspecto que un vertido tóxico. Pero Ched posee un certificado que garantiza que la especie a la que pertenece *Boudicca* es *Betta splendens*, coloquialmente conocida como el pez luchador de Siam por su tendencia a pelearse con todos los habitantes de la pecera. Es algo admirable. A *Boudicca* le da igual que sus compañeros sean grandes o bonitos; si se acercan a su territorio acabará con ellos, aunque tenga que esperar hasta que se duerman o, en caso de que el otro pez se niegue simplemente a pelear con ella, se comerá los huevos que ha puesto y luego bailará a su alrededor mientras la afligida madre queda destrozada por la pena.

Así que ahora *Boudicca* vive sola, que es exactamente lo que siempre ha querido.

Tengo la sensación de que Ched, el eterno soltero, ve en *Boudicca* una versión ictiológica de sí mismo, aunque nunca lo haya expresado de viva voz, o al menos no a mí. No hablamos de ese tipo de cosas. Pero aunque Ched y *Boudicca* sean en cierto sentido la misma persona, el hecho es que el hombre es capaz de alimentarse por sí mismo mientras que el pez necesita que alguien le suministre alimento un par de veces a la semana.

Ched me llamó para decirme que se marchaba fuera durante dos años y esperaba que yo pudiera hacerme cargo de *Boudicca*. ¡Dos veces a la semana durante dos años! Y eso sin contar que la casa de Ched es horripilante. La Casa de las Cerraduras se llama. Ésa es su dirección: Casa de las Cerraduras, Ipswich, Suffolk. Viaja mucho y yo tengo un juego de llaves para realizar las tareas propias de un buen amigo, como regar las plantas, cuando las tenía, recoger el correo, etcétera, pero cuando voy allí no me quedo demasiado tiempo. Todavía no me ha sucedido nada mientras estaba allí. Al menos de momento. Pero cada vez que entro en esa maldita casa tengo la sensación de que saldré enloquecido. Y todo por las puertas. No permanecen cerradas a menos que se eche la llave. En cuanto lo has hecho se escuchan sonidos detrás de ellas; sonidos que te convencen de que has dejado a alguien encerrado dentro. Pero si no se cierran con llave, se salen a medias del marco y te impiden ver el camino hasta la otra habitación, como si hubiera alguien detrás sujetándolas con ese propósito. Las ventanas se comportan de la misma manera: no se abren del todo a menos que las levantes lentamente, con mucha firmeza, más que haciendo fuerza. Ched es el único que tiene maña para hacerlo. Al parecer, el primer propietario de la casa se dedicó con un entusiasmo especial a ajustar las cerraduras: sentir y escuchar la llave girando hasta encontrar el punto en el que la cerradura debe ceder. De modo que para él aquella casa era una fuente inagotable de emociones.

A Ched también le va mucho esa casa, porque es grande y la consiguió barata, y porque en realidad no se siente cómodo en situaciones demasiado normales. Él suele escuchar voces. Nadie más las escucha, pero hay que decir en su favor que no están sólo en la cabeza de Ched. En este mundo existen voces informes; cantan sin parar, como lo han hecho desde el principio de los tiempos y como lo harán hasta el final. Ched toma prestadas sus melodías y las incluye en las canciones que escribe. Para la letra utiliza rimas de nuestro pueblo, de esas a las que ya nadie presta atención porque recomiendan vivir según un código que sin duda le convertiría a uno en un perdedor. Cosas como vivir honestamente y hacer el bien. Aunque tu trabajo sea una tarea humilde, pase lo que pase, hazlo bien, hazlo bien…

Las canciones de Ched se convirtieron en grandes éxitos fuera de nuestro país. Ched se hizo famoso en Internet, en revistas y en todo tipo de medios. Fue algo digno de verse. Su madre todavía me pregunta: «¿No crees que la gente exagera con nuestro querido Chedorlaomer? Esas chicas que gritan y se desmayan porque les ha mirado o por lo que sea. No es más que un chico de Bezin».

Ése es el poder de las voces auténticas, tronco.

Y ahora que ya saben que Ched y yo somos de un pueblo pequeño, a lo mejor están diciendo: «Ah, vale, por eso ese tío cree en voces que no existen». Pero, en serio, si vives en un pueblo pequeño de un país que ni siquiera está seguro de ser un país, ves montones de cosas mucho más raras que un chamán (eso es lo que Ched es, o era antes de empezar a ganar dinero con las voces). Cada día había noticias que te hacían exclamar: «¡Vaya! ¡No me diga!». Por ejemplo, algún nuevo impuesto que sólo tenía que pagar la gente sin dinero. O se descubría que otro miembro de la policía local era en realidad un mafioso. O incluso que un miembro de la mafia era en realidad un policía infiltrado. En una ciudad cercana abrió un restaurante de origen otomano; no servía comida sino que tenía una carta de aguas minerales de decenas de páginas de longitud y venían modelos a beberla mientras nosotros jugábamos al fútbol con sus guardaespaldas. En términos aún más locales, estaba aquel chaval de nuestra escuela que tenía un nombre muy corriente y decidió pelearse con todos los chicos de nuestro distrito postal para ganarse el derecho a ser el único que llevara ese nombre (¿se lo imaginan?). Yo era uno de los chicos de su lista y ya se metían conmigo porque no tenía padre. ¿Puede haber un lugar más ridículo para nacer que donde el hecho de no tener padre es razón suficiente para darte capirotazos en la frente e insultarte y luego meterse contigo cuatro contra uno cuando te sientes ofendido? No es culpa nuestra que Ched y yo seamos absurdos. ¿Cómo no íbamos a serlo?

Ched era un chico de aspecto ridículo que se desarrolló de repente y se convirtió en un tipo muy guapo de la noche a la mañana. Como eso no gustó, también se metieron con él por ello. Pero Ched había estado pensando y el resultado fue ir por ahí ofreciendo ayuda a los otros chicos que tenían el mismo nombre que yo, sosteniendo que si combatíamos individualmente por nuestro pequeño problema nos ganarían fácilmente, pero si le hacíamos frente juntos, ninguno de nosotros tendría que cambiar de nombre. Pero como los otros temían la duplicidad más que ninguna otra cosa (y no les faltaba razón ya que la duplicidad era todo lo que conocíamos) decidieron que era mejor arriesgarse por su cuenta.

Sin embargo yo creía en Ched. Con la solemnidad de una pareja que pronuncia sus votos, deslizamos un puño de hierro en los dedos

del otro, de cuatro nudilleras por mano. Luego me dirigí hacia el chico que creía que no tenía que compartir su nombre con nadie más y sin mediar palabra le quité de un golpe el cuenco de natillas de chocolate que estaba comiendo. Se quedó tan atónito que permaneció en pie señalándome mientras sus amigos se acercaban a zancadas como gacelas sedientas de sangre. Ni siquiera comprobé que Chedorlaomer estuviera guardándome las espaldas, pero confiaba en que lo hiciera y lo hizo. Fue un gran día, un día en que un plan sencillo funcionó. Al final aquel tipo se cambió de nombre. Y desde entonces todo fue rodado entre Ched y yo. Tenía la suerte de ser un año mayor que yo, y cuando terminó el instituto y se fue de nuestro centro, me pareció que yo era el único cuerdo del manicomio. Cada día había que aguantar más chorradas. Pero Ched me esperaba en la puerta del colegio y siempre me decía cosas que me levantaban el ánimo.

Por eso es muy extraño que Chedorlaomer se fuera a hacer el servicio militar obligatorio. Sólo tienen que hacerlo quienes poseen pasaporte, y yo creía que él había renunciado al suyo, como yo.

—No, nunca te dije eso—replicó Ched.

—Pero ¿por qué lo conservas? ¿No has visto las cosas que escriben sobre ti en el pasaporte? Te has vendido, eres escoria, bla-bla-bla. ¿Qué se supone, que te has propuesto cambiar las ideas de la gente? ¿Y por qué las de esas personas en particular? Creía que nosotros…

—Sí, ya sé lo que creías—me interrumpió Ched.

Se rio y me pasó la mano por el pelo. El suyo había desaparecido por completo: acababa de volver del barbero. La falta de pelo le hacía parecer más joven y también más dentudo. Como un peligroso perro callejero al que es posible llevar a casa, aunque a riesgo de que te la destroce.

—Ha llegado el momento de formar parte de algo impersonal—me explicó—. No hay nada como el deber. ¿Les gusto a esas personas? ¿Me gustan ellas a mí? ¿Soy uno de ellos? Todas esas preguntas son irrelevantes. Todos mis esfuerzos cotidianos estarán concentrados en una sola prioridad: defender el perímetro.

Otras cosas que me dijo mi mejor amigo: que dos años pasan enseguida y que entretanto esperaba que su casa de cerraduras se convirtiera en una especie de santuario para mí. Habría sido un discurso realmente bonito si *Boudicca* no me hubiera estado mirando todo el tiempo de forma siniestra. «Eh, tú… Olvídate una sola vez de darme de comer, una sola, y eres hombre muerto». Musité que tenía muchas cosas entre manos pero que vería lo que podía hacer.

Nunca le confieso a Ched que muy menudo las cosas que dice se cumplen. Lo hago por su bien, desde luego, para que siga siendo

humilde. Pero he aquí un ejemplo: en el último par de semanas he ido siete veces a la Casa de las Cerraduras. Cuatro veces a dar de comer a *Boudicca* y caminar a lo largo de su pecera (la primera vez me echó una carrera hasta la esquina más lejana y el resto de las veces me dio la espalda). Las demás visitas son por el santuario, supongo, tal como dijo Ched. Todo lo que he visto u oído de él desde su marcha son fotografías borrosas de su llegada a los barracones; subidas a diversas webs de fans. No ha llamado ni respondido a los correos electrónicos, de manera que paseo por el ala de la casa que él prefiere, paso por las ventanas desde las que se ve la fuente. Una figura femenina de peltre está en pie con el agua hasta las rodillas, recogiendo unos chorros con las manos ahuecadas y dejándolos correr. Tiene los ojos cerrados, como si fuera sumamente feliz. En la sala desde la que contemplo la fuente, las cortinas están tan inmóviles que ni siquiera el aliento basta para convencerme de que aquí dentro hay aire. La puerta de entrada es la única que cierro tras de mí, de manera que cuando recorro la casa todas las puertas están entreabiertas. Sigue siendo espeluznante, pero resulta tranquilizador al mismo tiempo. La casa está maravillosa, dichosamente vacía: nadie más aparecerá en el hueco entre las puertas, ese hueco es un paso seguro entre todos esos umbrales que he cruzado sin pensar.

En cuanto al trabajo: dirijo una clínica para la empresa de mi tía Tomasina. Una «Clínica dietética basada en el método suizo», según rezan los folletos publicitarios. Esto quiere decir básicamente que la gente viene aquí para pasar tres días de sueño profundo continuado e inducido por fármacos y durante los cuales se les administran vitaminas mediante un gotero. Es un trabajo al que me aferré como remedio contra la dependencia de Ched cuando éste abandonó Bezin. No era tan tranquilo como esperaba; la mayor parte del sueño que tiene lugar aquí es un sueño intranquilo. Hay mucha cháchara y gimoteos lastimosos. Ninguno de los durmientes está bien en realidad. La parte positiva es que los resultados son visualmente impresionantes; la mayoría de clientes pierden una talla al cabo de las setenta y dos horas. La tía Tomasina lo experimentó ella misma antes de probarlo con nadie. Cuando era joven debió de sucederle algo horrible—nunca ha contado una palabra de ello—y se tomó lo que creyó una dosis letal de valeriana antes de acostarse; al despertar tres días más tarde estaba divinamente esbelta. «Esto llegará a ser popular», se dijo a sí misma. Y tenía razón. La mayor parte de los días la sala de espera está llena de clientes que realizan alegremente compras en sus ordenadores portátiles; el nuevo vestuario que acaban de adquirir les estará esperando en sus casas tras su sueño embellecedor. Evidentemente, no es posible mantener el peso perdido

de manera tan drástica, lo que convierte a la clínica en un gran modelo de negocio. Mensualmente enviamos a nuestros clientes felicitaciones de cumpleaños y navideñas; son parte de la familia.

Tenemos médicos para asegurarnos de que nadie sufra complicaciones graves a raíz de nuestro tratamiento, de modo que mi trabajo consiste en controlar y responder a las quejas y a las expectativas poco realistas. Puedo fingir simpatía durante días; la tía Tomasina dice que soy un psicópata y que fue bueno contar con las influencias adecuadas a una edad temprana. También hago turnos de noche, ya que no se puede tener siempre encerrado a todo el mundo en sus habitaciones y porque soy bueno con los sonámbulos. La semana pasada tuvimos dos. Un tipo se levantó y se empezó a quitar los tubos porque no estaba acostumbrado a dormir en verano en interiores. Creció en una zona sísmica y a su familia se le ocurrió la estrategia de dormir en un campo cercano para evitar que la casa se les viniera encima. Mi compañero de turno lo llevó de vuelta a la cama con palabras tranquilizadoras sobre la seguridad, pero cuando me tocó a mí, simplemente murmuré: «Estás interrumpiendo el proceso, colega, ¿quieres que ella lo lamente o no?», y de inmediato se echó a correr dormido por el pasillo y hubo que impedirle que se volviera a conectar él mismo a la máquina de las vitaminas. Lo que había escrito como respuesta a la pregunta sobre el objetivo del tratamiento en el cuestionario de ingreso era: SER SEXI PARA QUE ELLA LO LAMENTE.

La otra sonámbula estaba simplemente muy hambrienta. No se puede engatusar a nadie que se encuentra así. Esta clienta se levantó y se puso a buscar comida con tal determinación que hubo que elevarle mucho la dosis de medicación. Durante un par de horas pareció que su hambre era más fuerte que la medicina. No participé en la tercera intervención y permanecí en la sala de control contemplando la cámara: era fascinante verla asomarse apenas a la vigilia gritando, «patatas fritas, patatas fritas…», pero finalmente volvía a caer en un pesado sueño y allí se quedaba. En última instancia quedó contenta con los resultados, pero, aparte de la desorientación habitual, se la veía realmente pensativa, como preguntándose: «¿Ha merecido la pena?». Probablemente no volverá.

A mi compañera de turno, Tyche, no le gustan los sonámbulos, algo que curiosamente le ayuda a manejarlos. Ellos deben de decir que los cuida y no los juzga como yo. Tyche es una persona a la que Ched debería conocer. Trabaja en la clínica sólo a tiempo parcial; su tarjeta de visita dice que el resto del tiempo hace INVOCACIONES-TRABAJILLOS. Las invocaciones, según dice, son algo que aprendió mientras trataba de aprender otra cosa. Así que se parece al descubrimiento de la tía Tomasina para perder peso. La belleza de

Tyche es curiosamente cinética: va y viene y vuelve a desaparecer. O quizá lo que pasa es que deja que la observes durante el primer segundo en que la ves y luego hace que desaparezca esa exquisita primera impresión durante un rato para poder dedicarse a sus cosas. Luego, en algún momento en que no está hablando o cuando vuelve repentinamente la cabeza, te impacta de nuevo. Hay una constelación de cuatro estrellas en su muñeca que también va y viene. Cuando aparece, su aspecto pasa por diversos grados de permanencia: a veces parece dibujada con kohl y otras se diría que es un tatuaje. Un día se lo mencioné, pero ella se lo tomó a risa: «¿No será que me miras demasiado? ¿Va todo bien con tu novio?». En mi calidad de casamentero presto más atención a su aspecto del que prestaría a nadie en mi propio interés.

Respecto a sus cualidades internas: es poderosa. No sólo para conseguir que la gente le escuche en lugar de mirarla, sino… Creo que se cura a sí misma. Lleva un anillo de casada, y yo hice una referencia a su marido, pero ella hizo un gesto con la mano y dijo: «¿Lo dices por esto? Lo encontré». Luego me lo contó. Un tiempo atrás había estado con alguien que insistía en mantener la relación en secreto, hasta el punto de que hacían ver que no se conocían si había alguien delante. Tenía una capacidad especial para elegir como compañeros a analfabetos emocionales y dudaba de poder conseguir algo mejor. También suponía que la relación iría dejando de ser tan secreta. Pero las cosas no cambiaron y aunque mantuvo en secreto su compromiso con su novio su cuerpo se rebeló y trató de que pusiera fin al asunto: se puso enferma. Se le empezó a caer el pelo y se le escamó la piel. Tenía frío todo el tiempo y sólo se dormía si recitaba invocaciones.

Nadie acudía, pero una noche, en el pub que había debajo de su casa, encontró un anillo en el fondo de la pinta de cerveza que estaba bebiendo. El anillo era más pesado de lo que parecía y lo reconoció sin recordar exactamente dónde lo había visto antes. Como en el pub nadie parecía saber nada sobre el anillo, lo llevó a la comisaría de policía, y al final de mes regresó a buscarlo porque nadie se había interesado por él, de modo que era suyo. Cuando se lo ponía, sentía que existía un amor. Un amor para ella, sólo para ella…, proveniente de todas las personas. Y estaba presente todo el tiempo. De ese amor no había fotografías, ni declaraciones escritas, ni recuerdos, salvo el anillo. Si ésta era la única manera en que lo invocado se presentaba ante ella, le bastaba; estaba contenta. La mano que llevaba el anillo se volvió más tersa y se resarció de las pérdidas.

«¿No llevaban también anillos de casadas algunas monjas?», le pregunté. Ella asintió con la cabeza y dijo que eso era algo en lo que pensaba mucho.

Mejor será que me apresure a presentársela a Ched antes de que las

monjas la atrapen.

Las voces de Ched son intimidatorias: no lo dejarán actuar a menos que sea para siempre. Tyche puede ser la respuesta.

Pero ¿por qué hablo del celibato de Ched como si fuera algo que hay que arreglar? Porque quizá estoy tan en deuda con él por tantas cosas que no se me ocurre otra manera de corresponderle. Puede que me haya vuelto un predicador desde que tengo una pequeña familia propia. El escenario en nuestra casa cambia cada día. Mi novio comparte la custodia de sus dos hijas con su ex mujer, cuyo calendario siempre está variando, de manera que las niñas pueden estar o no con nosotros.

Dayang tiene dieciséis años y es la mayor; Aisha es dieciocho meses más joven. Day es aplicada y formal, se preocupa por todo, como su padre: lleva un kit de primeros auxilios completo en la mochila del colegio y me regaña por llamar a su novio con un nombre diferente cada vez que lo veo. Diré en mi defensa que el chico tiene un aspecto diferente cada vez que viene a casa, pero a Day le preocupa que piense que tiene otros novios. Eso sería una catástrofe porque el señorito-al-que-le-cambia-la-cara es el Único. Cuando le pregunto cómo lo sabe me replica que cómo supe yo que su papá era el único: «Hay cosas evidentes, ¡jolines!».

Day está bien, pero Aisha es mi preferida y mi niñita entrometida. Es la que interpela a su padre al menos una vez al día: «Pero ¿por qué eres así?». Si no está cultivando algo (ella es la responsable de que Noor encuentre hongos venenosos en sus zapatos) o elaborando algo (ella es la causa de que sea mejor no dejar ninguna taza ni vaso a su alcance cuando está en casa), pasa a tu lado cantando y meneando la cola (ha utilizado la máquina de coser para confeccionar una serie de colas que sujeta a sus vestidos: una cola de zorro, una cola de dragón, una cola de tigre y otra de pavo real; en las ocasiones especiales se las pone todas a la vez). El mes pasado, cuando Matyas Füst sacó un nuevo álbum, Aisha celebró una fiesta para escucharlo con cinco amigas íntimas. También ellas llevaban colas…

Aquéllos fueron los días buenos, cuando el amor de Aisha por Matyas Füst era la simple adoración de un ídolo. Tenía las paredes cubiertas de pósteres del músico; a veces se enfadaba con él por ser más atractivo de lo que a ella le parecía tolerable y golpeaba su cara en el póster para deshacerse a continuación en frenéticas disculpas y cubrirlo de besos. A Noor o a mí nos hacía comprarle ciertas cosas porque había leído una entrevista en la que mencionaba que a Füst le gustaba este o aquel perfume o color en una mujer. Todas las contraseñas de Aisha en Internet eran una variante de su lema oficial: «Matyas Füst es Amor, Matyas Füst es Vida».

Ched, que había estado con Füst unas cuantas veces, me dijo que no dejaría a ninguna hija suya acercarse a ese «gilipollas», pero la primera vez que le escuché decirlo me tomé el comentario con muchas reservas. Para empezar, la cortés negativa de Aisha de perder la chaveta por la amistosa estrella pop de su barrio era un golpe para el ego de Ched. Luego había otros pequeños pero importantes factores: Füst era diez años más joven que Ched y era bien sabido que Füst componía, arreglaba y escribía las letras de sus canciones, casi todas exitosas, sin la intervención de voces extrañas. Era lógico que a Ched no le gustara. Füst siempre salía en las fotografías vestido con jerséis de cuello vuelto de color gris oscuro, estaba prometido con una solista del ballet Bolshói, no iba a discotecas, le gustaba el cine de autor, asistir a alguna cena de vez en cuando y la compañía de su gato, *Kleinzach*. Un tipo bien afeitado, con un tono de voz que recordaba los susurros postcoitales, ése era Matyas Füst. La manera en que cantaba *Estrellita, ¿dónde estás*? no era para tomárselo a broma.

Ched llevaba fuera aproximadamente un mes cuando llegué a casa y descubrí que las cosas se habían puesto feas en el campo amoroso. Noor estaba haciendo la cena, comprobando cada paso de la receta aunque se la supiera como si la hubiera escrito él mismo. Ésos son los encantos no tan ocultos de un hombre que dedica tiempo a cada detalle…, especialmente cuando lo distraes para que te preste toda su atención. No me acordé de preguntar por las chicas hasta que casi habíamos terminado nuestra cena a altas horas de la noche. Un mal padrastro.

—Esto…, ¿han cenado ya las niñas?

Noor negó con la cabeza.

—Prometieron que comerían algo más tarde.

—Ahá… ¿Y por qué?

—No estoy seguro. Mal de amores, creo.

—¡Ah!, ¿así que el señorito al que le cambia la cara ya no es el único?

—No, no se trata de Day, bueno, sí, pero sólo porque no puede dejar que Aisha pase por todo esto sola.

Las hermanas estaban acurrucadas en la cama de Aisha con un ordenador portátil en el medio. Apagaron el ordenador cuando entré en la habitación y me dejaron inspeccionar las paredes desnudas preguntándome qué había ocurrido. Las dos chicas tenían los ojos enrojecidos y negaban rotundamente estar enfadadas. Cuando salí de su cuarto oí claramente que Day decía: «Tienes que dejar de ver eso», y Aisha respondió: «Ya lo sé, pero no puedo». Y luego añadió: «Igual no es verdad, Day. Probablemente no sea verdad»; y Day respondió:

«¡Ay, Aisha!».

Noor y yo vimos el vídeo en el piso de abajo. Se titulaba «Una pregunta sobre Matyas Füst». A Noor le resultaba duro verlo de una vez y lo detenía continuamente. Aquel visionado tan cobarde habría sido motivo de disputa en una situación normal, pero en aquella ocasión estuve de acuerdo con él. El vídeo comenzaba con la imagen de una mujer en ropa interior sentada en el suelo, con marcas por todo el cuerpo. Muchas de las marcas eran pinchazos de agujas, pero abundaba más un tipo de marcas que no quisiera que Day y Aisha llegaran a conocer nunca: moratones dejados por puños y botas. Temía el final del recorrido de la cámara cuando ésta llegara al rostro de la mujer y no supe qué pensar cuando vi que estaba intacto, incluso era de una sutil belleza. Sin maquillaje, cabello limpio y pardusco, podría tener cualquier edad entre veinticinco y cuarenta y cinco años. He visto a chicas que se le parecían trabajando de camareras en bares cutres por todo el continente quitarse las manos de sus clientes del trasero sin volverse a mirar a quién pertenecía la mano, con un gesto tan automático e impasible como si estuvieran apartando moscas.

Se puso una camiseta y miró a la cámara durante unos instantes antes de comenzar a hablar. A juzgar por su mirada se diría que había perdido el juicio por algo y probablemente no hubiera podido decir su nombre si se lo hubieran preguntado. Su inglés distaba mucho de ser fluido, pero como se encontraba en estado de shock no se molestaba en pronunciar bien y simplemente decía lo que tenía que decir dejando que nosotros lo descifráramos. Quería que supiéramos que el «artista» Matyas Füst la había recogido en la esquina de una calle pocas horas después de dar un concierto en Greenwich del que se habían agotado las entradas. Pasó el resto de la noche con él durante la que no se mostró precisamente divertido. «Cuéntanos algo más sobre ti», pidió la persona que sostenía la cámara (creo que era una mujer y trataba de sonar amable, pero su voz estaba cargada de ira). La mujer que aparecía en la pantalla contó obedientemente que a menudo se ponía en las esquinas de las calles para ganar algún dinero y que por lo general no tenía suerte. Los hombres a los que hacía señas solían darse cuenta enseguida, al verle las muñecas, de que se había pasado de la raya, y no querían saber nada más. Pero a Matyas Füst eso no le importó: se había peleado con la zorra de su controladora novia y había hecho todos los esfuerzos del mundo para no pegarle. Dar de puñetazos a una primera bailarina con un buen puñado de afectuosos familiares y amigos habría sido un error demasiado grave. Así que fue en busca de alguien por quien no se preocupara nadie. «Y me encontró… a mí…», dijo la mujer en la pantalla, y se puso a gimotear. Noor pulsó pausa de nuevo y salió de la habitación, subió al piso de arriba y llamó a la puerta de la

habitación de Aisha. «Venid a cenar», dijo, y ellas contestaron que bajarían en un minuto.

Horas más tarde seguían sin aparecer. Para entonces habíamos visto el resto del vídeo. Todo el asunto no duraba más que tres minutos y treinta segundos, pero tratamos de verlo a través de los ojos de Aisha y Day, mientras aquella mujer nos contaba que después de mantener relaciones sexuales, Füst la había insultado y ella le abofeteó. Tras recibir la bofetada, él sonrió (ella se tiró de las comisuras de los labios para que pudiéramos ver cómo había sonreído), le dijo que ella «lo había provocado» y empezó a pegarle hasta que ella no pudo tenerse en pie. Según contaba la joven, ella le devolvió los golpes, incluso cuando estaba a sus pies, pero él le pegaba cada vez más fuerte. Luego él se incorporó, seguro de su fama y su suerte, arrogante, y se encogió de hombros cuando ella le dijo que no iba a mantener la boca cerrada. Matyas Füst se había encogido de hombros y de inmediato le había preguntado si pensaba que a alguien iba a importarle una mierda lo que le hubiera pasado a una desgraciada como ella. Una yonqui anónima con un inglés al que todos consideran la hostia. «Mírate y mírame», le dijo, y le arrojó un poco de dinero diciéndole que haría mejor manteniendo la boca cerrada y que se gastara el dinero, o que lo guardara para un día lluvioso. Luego volvió con su novia. Debieron de reconciliarse porque la mujer del vídeo había visto fotos de ellos compartiendo una cena romántica en un restaurante, y habían dejado caer insinuaciones sobre sus planes de boda. «Lo busqué en Google». La mujer de la pantalla parecía orgullosa de su diligencia. Luego nos hizo una pregunta sobre Matyas Füst: «¿A alguien le preocupa que haya hecho daño a una persona como yo?». Simplemente se lo estaba preguntando. «Gracias. Que tengan un buen día».

Aisha vino cargando el portátil en los brazos. Day llegó después, haciendo gestos de impotencia con las manos.

—No es sólo el vídeo. Son los comentarios—nos explicó cuando nos vio.

Ah, sí, los comentarios.

Como Noor no quería mirarlos, Aisha y yo leímos algunos en voz alta. Muchos decían: «¡Qué acusaciones más guays, yonqui, LOL!»; «¿No lo habrás soñado? LMAO»;[2] «La gente es capaz de decir cualquier cosa con tal de arruinar la reputación de una buena persona, ¡no te rindas, Matyas!».

Pero esto no era lo peor. Mientras leía, Aisha se iba poniendo pálida: «¡Anda ya! ¿De qué se queja esta tía? Le ha pagado, ¿no? Ella le pegó, ¿o no? Si hasta lo admite. ¿Crees que le puedes pegar a alguien y marcharte de rositas?». Luego leí yo: «Se podría dar por

satisfecha. Probablemente en su país los hombres tratan peor a las putas como ella. ¡Y encima se ha tirado a Matyas! Matyas Füst puede pegarme siempre que quiera, guapa. LOL».

Luego había incluso apologías del artista: «Aunque sea verdad, ¿es toda la verdad? Sabemos que Matyas es incapaz de repartir leña así por las buenas, así que tenemos que preguntarnos qué hizo ella…».

Day nos enseñó una captura de pantalla que había guardado. Había colgado un comentario suyo: «Tíos, ¿habláis en serio? Estoy horrorizada y realmente asustada por ésta y por el resto de reacciones que estoy viendo… Éste no es el mundo en el que quiero vivir». Había recibido tantos comentarios recomendándole que se matara que decidió borrar su cuenta.

—Sigo pensando que no es verdad—dijo Aisha—. No puede haber hecho algo así.

Cuando Noor empleó un tono apaciguador para indicar que el vídeo llevaba colgado medio día, había recibido medio millón de visitas y el equipo de abogados de Matyas estaría removiendo Roma con Santiago si el vídeo no tenía ningún fundamento real, Aisha comentó a regañadientes:

—¡Pero si todavía no ha dicho nada de nada!

—Probablemente hará una declaración por la mañana—dijo Noor.

Nosotros éramos los hombres en las vidas de Day y Aisha, y les estábamos fallando. No hacíamos lo que se esperaba de nosotros, lo cual resultó evidente por la forma en que Day y Aisha nos miraban, o mejor dicho, por la forma en que evitaban mirarnos.

Por la mañana no hubo declaración alguna de Füst. Noor parecía aliviado (y avergonzado de sentirse aliviado) cuando dijo: «Parece que ella no tiene ninguna prueba, y él va a pasarlo por alto o a negarlo». Por la tarde tuvieron noticia de que había un testigo de la paliza y, una hora más tarde aproximadamente, los abogados de Füst anunciaron que se presentaría voluntariamente en comisaría para ser interrogado.

En la clínica me costaba concentrarme y mezclé los registros de salida de modo que los clientes que se marchaban pudieron leer detalles sobre la falta de autoestima de otros pacientes, con el consiguiente ultraje de descubrir que no eran únicos. Tyche Shaw y yo volvimos a compartir turno y obtuvimos permiso para ofrecer sesiones de sueño suplementarias para todos y evitar así que nos demandaran. Pero al igual que Aisha, Tyche se había vuelto adicta al clip de YouTube. Durante la pausa se dedicó a verlo una y otra vez en su teléfono hasta que se le agotó la batería.

—Me ha parecido un vídeo muy duro—le dije.

—¿De verdad?—respondió—. ¡Pero si no es más que alguien hablando de cuando le dieron una paliza! No hay balas, ni sangre, ni bombas, ni nada de eso. Comparado con otras cosas que se pueden ver en ese sitio no es nada.

—Pues no sé, no puedo explicarlo…

—Bueno, espero que esta chica vea el recuento de visionados y lo acepte como respuesta a su pregunta sobre si a la gente le importa lo que le ha pasado. La cifra iguala la de las imágenes de los mejores delanteros marcando los goles más geniales. De manera que no es que seamos indiferentes…, lo que pasa es que tenemos una forma muy jodida de preocuparnos…

La novia de Matyas Füst hizo una declaración mientras salíamos del trabajo: estaba estupefacta y disgustada por los «hechos descritos en el vídeo» y pensaba visitar a la víctima para ver si podía hacer algo por ella. Jamás había visto la cara violenta de Matyas pero no podía negar que había tenido algunos problemas y que pasaron una temporada separados mientras él realizaba una terapia de control de la ira.

—Nada de cárcel para Füst… Una multa y algo de terapia—predijo Tyche, mientras admiraba una foto de la primera bailarina, que era delgadísima, etérea y todo lo demás.

—Ya… Pues lamento no estar de acuerdo—respondí.

—Te apuesto cien libras—repicó Tyche levantando la mano.

—Supongo que todo esto te parece una tontería, pero conozco a una chica que está muy afectada por el asunto.

Tyche suspiró.

—¿Era una fan?

—Creo que sigue intentando serlo, incluso aferrándose a cualquier falsa esperanza.

Tyche lanzó un suspiro aún más hondo.

—Ya me dirás si puedo ayudar en algo.

—Muy bien, gracias…

Habría querido preguntar a Tyche qué creía que podía hacer ella por una chica a la que no conocía—por simple curiosidad, sin hostilidad—, pero me tuve que ir corriendo a la Casa de las Cerraduras. Terry, el hombre que hacía el mantenimiento de la pecera de *Boudicca*, me esperaba para entrar. Cuando Terry se marchó, me quedé unas horas en la casa leyendo en voz alta todo lo nuevo que se publicaba sobre Matyas Füst a *Boudicca*, que no dejó de mostrar en todo momento un aspecto convenientemente incrédulo. La mujer que había aparecido en YouTube estaba contenta de haber tenido la oportunidad de ser la mujer que había recibido los golpes, así que no

presentaría cargos. Ella golpeó primero a Füst—lo cual había sido una respuesta exagerada a ciertas palabras que él dijo, y la respuesta de éste también fue exagerada—, y lo único que ella pedía era que se reconociera este detalle. Quería transmitir una disculpa sincera. De manera que Matyas Füst también debía de estar preparando una disculpa sincera.

«¿Habrá leído los comentarios?», me preguntaba yo. ¿Comprendía la mujer del vídeo de YouTube que el público no la apoyaba? Presentaba sus peticiones con una alegría tan plácida como si estuviera hablando a una concha marina o a un teléfono hecho añicos; como si las fans de Matyas Füst no estuvieran realmente buscándola, probablemente, para acabar con ella. Incluso quienes comenzaron a condenar a Füst pensaban que sus disculpas deberían ir dirigidas hacia otra parte («La que me da pena de verdad es su novia», decían). Y a quienes afirmaban *desear* tomar partido por la mujer de YouTube les incomodaba que ella hubiera grabado el vídeo con sus acusaciones estando colocada. Sin embargo, quizá no hubiera sido capaz de hablar de ello estando sobria.

Noor envió un mensaje diciendo que pensaba quitarle a Aisha el ordenador hasta que el caso Füst amainara. Al parecer había pasado toda la tarde dedicada a una larga e inconexa discusión con sus amigos mediante una videoconferencia a seis. Atacó la reputación de Füst, luego la defendió, la atacó de nuevo, regañó a los amigos que habían renegado del artista por su falta de fe, maldijo la infinita estupidez de sus imperturbables fans y les amenazó con ponerse una máscara de Füst y pegarles a ver qué les parecía. Se saltó de nuevo la cena y tenía fiebre. ¿Cuándo iba a llegar yo a casa?

Dos primicias: estaba reacio a abandonar la casa de Ched y reacio a volver a la mía. Dije que iría al gimnasio. Ched tiene un gimnasio en casa; hace mucho ejercicio y su cuerpo es su plan de emergencia en caso de que vuelva a ser feo. No sé por qué mentí.

Aisha lo superará. Pero ¿qué será de sus colas y de sus proyectos de cultivo y de la ginebra tan potente que estaba perfeccionando? «Esa ginebra nos va a hacer más ricos que toda una red de contrabandistas de licores de los años veinte», le decía yo para ver si eso la provocaba.

A Aisha le gustaba el dinero, pero ahora resulta que le gustaba porque pensaba que le serviría para conseguir cosas relacionadas con Matyas Füst. Lo que preocupa a Noor es que tres ídolos de Aisha han caído del pedestal al mismo tiempo: él, yo y Matyas Füst. Las chicas parecían compadecernos por nuestra debilidad. Noor nos dio un áspero discurso sobre procesos judiciales y funcionamiento de los medios. Y yo me mantenía sumido en el silencio, en un incómodo

silencio. Es horrible que las chicas nos hayan descubierto, ¿no? Nunca pretendí dar una imagen de firmeza. Al menos no adrede.

—¿Qué es lo que te preocupa de verdad, Noor?

Revolvió papeles en el maletín, colocó bien los bolígrafos, se puso bien la corbata.

—Pues que…, que creo que las he perdido. Así, sin más, de la noche a la mañana. Su madre dice que están bien con ella…

Le aflojé un poco el nudo de la corbata, sólo un poco. Seguía luciendo bien, así que no se pudo quejar.

—En fin, yo no las conozco ni la mitad de bien que tú, pero diría que simplemente están reflexionando.

Basta ver los principales vínculos afectivos de Noor y su ex mujer para darse cuenta de que han sido mejores padres de lo que piensan. Por más que Day y Aisha aprecien la fortaleza, la falta de ella no es razón para dejar de respetar a una persona.

Durante unos meses no hubo novedades de Matyas Füst; yo seguía el asunto (además de otros) y leí que todos los periodistas habían conseguido la misma noticia jugosa: estaba terminando la terapia de control de la ira y seguía preparando la disculpa. A esa noticia se añadía otra procedente de la mujer de YouTube: «La sigo esperando».

Fue por esa época cuando Ched y yo empezamos a hablar de nuevo, no muy a menudo, pero lo suficiente. Cuando entraba o salía de la Casa de las Cerraduras, el teléfono sonaba y era Ched. Su existencia de entonces se limitaba según él a la instrucción y otras tareas. Estaba tan cansado que se quedaba dormido a mitad de una frase. Era bueno hablar con él, no sólo porque era él, sino porque no sabía nada del incidente que había sacudido mi casa. Cuando le hice un breve resumen, me dijo:

—Ah, sabes que la disculpa que Füst está preparando será una canción, ¿no? Y que se va a convertir en un himno del arrepentimiento. Probablemente se llamará *Un vestido hecho de agujas*.

—Genial, mañana me pasaré por la casa de apuestas.

Había algo más de lo que quería hablar con él mientras estuviera al teléfono. Cuando contestaba a sus llamadas necesitaba medio segundo para reajustar su saludo, y sonaba como si estuviera decepcionado de que fuera yo quien contestara. En fin, decepcionado quizá sea una palabra demasiado fuerte. Era más bien como si yo no fuera su opción favorita. Lo que me parecía bien, salvo que yo soy la única persona que tiene llaves de su casa. Su madre ha tratado de tener un juego durante años sin éxito.

—¿Y qué tal te va? ¿Has conocido a alguien?

—No estoy seguro—respondió—. Creo que sí.

—¿Y esa persona tiene llaves?

Tras muchas preguntas, finalmente confesó que no había dado un juego de llaves a nadie y que nunca se había encontrado con esa mujer en persona, pero estaba casi seguro de que tenía llaves porque a veces contestaba al teléfono cuando llamaba. Cuando dijo eso ajusté mi posición para poder ver todas las puertas abiertas y dije:

—Es fantástico, Ched. Me alegro mucho por ti.

—No te emociones demasiado—me advirtió—. De momento sólo es una voz bonita, nada más, como una de tantas que cantan. Salvo que ésta sólo habla.

—¿Le has preguntado cómo ha entrado?

—Desde luego.

—¿Y qué te dijo?

—Me animó a hacerle una pregunta más interesante.

Miré a *Boudicca*; con razón había engordado últimamente.

—Quizá también le da de comer a tu pez.

—Ja, ja, quizá. Pero ya que hablamos de esto, ¿te puedo pedir un favor? No creo que quiera ser vista, así que cuando entres, si crees que ella está por ahí, márchate inmediatamente, ¿de acuerdo?

—Claro, Ched, cuenta con ello.

Simplemente era un día cualquiera en las vidas de dos chicos de Bezin. A pesar de todo, comprobé cada habitación de la casa de Ched antes de marcharme. Su sistema de alarma estaba en perfecto orden y nadie había tocado ningún objeto valioso. Por ahora.

La novia telefónica de Ched me valió la primera sonrisa directa de Aisha en semanas.

—¡Qué tontos sois los tipos!—dijo cariñosa.

Pero cuando una serie de mensajes de texto aparecieron en su teléfono, su sonrisa se desvaneció como si nunca hubiera existido.

—¡Preparaos!—gritó Noor desde la habitación de al lado—. ¡Es la disculpa de Matyas Füst!

Day no estaba dispuesta a renunciar a su baño de espuma relajante:

—Ah, no, paso de disculpas, muchas gracias.

Así que Aisha atrapó un par de burbujas de espuma, se abalanzó sobre el ordenador de Noor y dijo: «Adelante». Vimos y escuchamos a Matyas Füst cantando una canción sobre una chica que recorría la Tierra con un vestido hecho de agujas que no podía quitar sin hacerse daño. Personas con buenas intenciones intentaban sacar las agujas y darle algo suave y cálido para que se lo pusiera, pero las agujas les pinchaban tanto los dedos que al final desistían. Luego la chica se encontraba con un hombre malo que le clavaba aún más

profundamente las agujas. No con un martillo sino con las manos, por el placer de compartir con ella la tortura. Por fortuna, el hombre malo se desangró antes de llegar a matarla a ella…, y resultaba que los huesos del malvado eran magnéticos (?). Quizá no entendí bien esa parte de la canción, pero fueran magnéticos u otra cosa sus huesos, a ella le extraían las agujas y se las clavaban a él, que moría en una terrible agonía, y así acababa. Yo esperaba que Füst terminara guiñando un ojo, pero no lo hizo.

—Lo que más me gusta de esta canción es que comienza hablando sólo de ella y termina hablando sólo de él—dijo Noor, mientras actualizábamos la página e inmensos corazones rojos se acumulaban en los comentarios debajo del vídeo.

«Matyas comprende».

«Así es exactamente como me siento hoy».

«Gracias Matyas».

«Creo que todos estaremos de acuerdo en que no debería haberlo hecho, pero ahora ha hecho lo correcto».

«Te perdonamos».

Todo lo que pude decir fue:

—Es increíble…

¿Qué ha pasado desde el «Füst debería disculparse ante la mujer a la que golpeó» al «Füst debería pedir disculpas a su novia» y el «Füst debería pedirnos disculpas a nosotros»?

Aisha habló a través de la burbuja de espuma que se había metido en la boca, se la quitó y empezó de nuevo:

—¿Puede que sea una obra de arte conceptual? Algo parecido a lo que pasa en una de las películas favoritas de Matyas. ¿No podría ser la mujer de YouTube una artista que ha creado un concepto que utilizan los medios para mostrarnos algo sobre la fama, sobre su… su toque mágico? ¿Qué pasaría si ese toque fuera un puñetazo? Ahora ella es famosa. Puede que esté tratando de que pensemos en las diferentes formas en que la gente se hace famosa. Sobresaliendo en algo o sufriendo en público. ¿Puede que lo que ese testigo vio fuera una performance? ¿Y si hubiera llegado a un acuerdo con Matyas y él le diera una paliza por el concepto? ¿No os parece que no hay forma de evitar que alguien te acabe dando un puñetazo? Da igual quien seas, es una realidad de la vida. Así que, ¿no es un poco mejor si consigues elegir quién te da una paliza? ¿Sabéis?, si yo pudiera elegir, también lo habría elegido a él.

Aisha iba bien hasta que Noor, que me había impedido contestar a cualquiera de sus especulaciones, le preguntó:

—¿De veras, cariño?

Entonces hundió la cabeza en el jersey de su padre y se puso a

chillar. No sabíamos si lo hacía por congoja, rabia, alegría o simplemente por lo mucho que le costaba quitarse a Matyas Füst de la cabeza.

La rehabilitación de Matyas Füst estaba en pleno apogeo. El cursillo terapéutico obligatorio había acabado, pero él seguía haciéndolo por voluntad propia. Su novia regresó discretamente a su casa y él estaba realizando un montón de obras benéficas. Las obras benéficas fueron para mí la gota que colmó el vaso. Antes de explicar el papel que pude o no desempeñar en la crisis mental y física de otro hombre, tengo que darme un poco de autobombo, pero seré breve. Sí, tuve que ser yo quien lo hiciera; nadie más comprendió lo paciente que fui durante el proceso de duelo de Aisha en medio del resto de acontecimientos dignos de lástima que se producían en el mundo. La propia Aisha estaba ansiosa por lograr que le importara un bledo el «caso Füst», pero no es posible darse prisa en este tipo de cosas. Las carcajadas con que Aisha recibió la sencilla y digna aceptación de la disculpa de Matyas Füst por parte de la mujer de YouTube no fueron ideales. Habría sido mejor, un poco menos opaco, que dijera unas palabras, así que me tocó ser paciente con sus arrebatos. ¡Más paciente que el mismísimo Jesús!

La primera noticia que tuve de mi aportación a la obra benéfica de Matyas Füst fue un e-mail que llegó mientras yo estaba en el trabajo, recopilando comentarios de clientes satisfechos. El e-mail me agradecía que hubiera pujado hasta diez mil libras—¡había ganado la subasta!—y expresaba la esperanza de que mi hija Aisha disfrutara del concierto privado que Matyas Füst daría para ella. ¡Diez mil de mis queridas libras, tan laboriosamente ahorradas, por Matyas Füst!, eso fue todo lo que pude calcular. Ah, y vi flechas rojas entre los dos. Diez mil libras para Matyas Füst. Luego viví una especie de entreacto, en el que iba desde el teclado del ordenador a la pared más próxima agitando las manos y ahogándome. Tyche entró en mi despacho, echó una mirada a la pantalla del ordenador, me tiró un vaso de agua a la cara y se marchó. Esto sirvió para que pudiera volver a sentarme, al fin. Cinco minutos más tarde, Aisha me llamó por Skype desde el ordenador del colegio. Acepté la llamada, me coloqué frente a la cámara y grité su nombre hasta que aparecieron sus mensajes:

DIOS MÍO, PORFA, CÁLMATE
TIENES QUE CALMARTE
VOY A CANJEAR EL VALE
REPITO: ¡VOY A CANJEAR EL VALE!

—¿Qué vale?—pregunté a la cámara.

Aisha hizo un gesto con la mano para que esperara, revolvió en su mochila y me enseñó un vale que yo le había dado por su último cumpleaños, el último de un taco de seis. Escrito con mi letra aparecía en él el siguiente texto: «Este vale te da derecho a una audiencia completamente imparcial y sin malos rollos».

—¡Ahhhhhhhhhh!—exclamé golpeándome el pecho, tratando de que me entrara algo de aire en los pulmones—. Vale, como quieras, estoy listo.

—He utilizado tu tarjeta de crédito de emergencia—confesó Aisha—. Ya sabes que papá siempre me pregunta por qué soy así, y lo único que puedo decir es que siento ser así. Pero creo, no, estoy segura de que si le mirara a los ojos… Ya sé que es un montón de dinero. En realidad no pensaba que ganaría la puja. No sabía que tenías tanto dinero en la cuenta. Pero trata de entenderme. Te devolveré todo el dinero. Voy a conseguir un empleo, voy a fabricar cosas y a venderlas a porrones.

—Está bien—le respondí—. Está bien.

Mis pulsaciones estaban volviendo a la normalidad. Aisha había dado por hecho que yo no querría ser la clase de tío que se pone en ridículo al retirar una donación de diez mil libras que hizo por una causa que lo merece enormemente. Pero yo soy esa clase de tío, así que podía hacerlo perfectamente.

La ex mujer de Noor vino a tomar café y habló de buscar ayuda psiquiátrica para Aisha, sobre todo porque Day había descubierto que Aisha compró desde el ordenador portátil un litro de ácido sulfúrico casi puro (noventa y seis por ciento). Los tres permanecimos en silencio con nuestras tazas de café, imaginando a Aisha y Füst juntos en una pérgola decorada con guirnaldas mientras Füst cantaba a voz en grito, tal vez su último éxito *Vestido hecho de agujas*, y luego, mientras las últimas notas de la canción se desvanecían, Aisha quitaba el tapón de la botella de ácido sulfúrico oculta bajo el vestido y lo lanzaba al aire. Durante casi una semana Noor no podía mirar a Aisha sin gritarle:

—¿Quién eres?

Todo lo que sacamos de Aisha fue una risa amarga, y yo traté de consolarla diciéndole:

—Le han perdonado, Aish. Todo el mundo le ha perdonado. —Pero me callé, porque la risa dio paso a una mirada, y esa mirada me dejó helado.

Ched pensaba que todo se habría solucionado si la disculpa hubiera sido algo que Aisha pudiera considerar real, pero el asunto no

terminaría a menos que ella pudiera vengarse o presenciar la venganza contra Matyas Füst. Tyche le dio la razón, aunque con un ligero matiz: Aisha sería capaz de superarlo si Matyas Füst fuera capaz de expresar una disculpa sincera por lo que había hecho.

—Al menos… eso es lo que me pasaría a mí—añadió Tyche, mientras hacía girar su anillo de casada en el dedo—. Quiero decir que lo insultante de *Vestido hecho de agujas* es que como canción está bien, pero como disculpa es un cachondeo. Pero ¿sabes qué? Al menos hemos sacado una buena canción de todo ese asunto, al menos escribió una buena canción por ella…

La constelación en la muñeca de Tyche aquel día era claramente un tatuaje un tanto macabro. Me quedé pensativo durante mucho tiempo o lo que me pareció mucho tiempo antes de preguntar si podía hacer algo por Aisha.

—Puedo hablar con ella—dijo Tyche.

No me fue permitido escuchar sus conversaciones, pero sé que tenían que ver con la invocación de una diosa y Tyche estaba bien preparada para ello. Llegó a nuestra casa vestida con un elegante traje negro y con una cartera llena de imágenes y diagramas que ella y Aisha estudiaron con mucho detalle.

—Que sepas que nos decidimos por Hécate—me aclaró Tyche mientras se marchaba.

—¿Ah, sí? ¿Quién es?

—Ah, nadie de quien tengas que preocuparte…

—Vamos, cuéntame al menos lo básico.

—Bueno…, es la diosa que vigila los grandes viajes del interior al exterior, o viceversa. Es la encargada de ese paso que te lleva de un estado a otro, alguien a quien te encuentras en las encrucijadas, por ejemplo. Crees que la ves pero no registras lo que has visto hasta que es demasiado tarde para dar marcha atrás. Guarda tres llaves…, algunos dicen que son las llaves del infierno, otros que son el acceso al pasado, el presente y el futuro. Y…, ¡eh!, no me estás prestando atención…—Tyche se detuvo en actitud guerrera ante la puerta—. Imagíname a mí plantada ante esta puerta, y también en cualquier otra puerta que atravieses, a veces tridimensional y a veces etérea, según me apetezca estar en el momento en que trates de pasar a mi lado—dijo—. Imagínate que eres incapaz de impedir que entre, imagínate que eres incapaz de echarme porque soy la dueña de todos los umbrales. Y para colmo imagíname con tres caras. A ésa estamos enviando a tener una pequeña charla con Matyas Füst.

—¡Vale! ¿Por qué no empezaste por ahí en lugar de soltarme todo ese rollo benevolente? Pero espera un momento, Tyche, ¿no es un

poco demasiado…?

Ya se había marchado.

Ya está otra vez aquí el verano, y sólo a una semana de que Ched regrese del servicio militar escribo esto desde un banco junto a la fuente de la Casa de las Cerraduras. La mujer con la voz que le gusta a Ched ha venido mientras yo estaba dando de comer a *Boudicca*, así que me he marchado.

De todos modos, aquí están los acontecimientos de los últimos meses sin comentarios, porque al fin y al cabo, ¿quién soy yo para hacer comentarios?

- El día después de que Tyche y Aisha celebraran su reunión, un aviso bordeado de negro apareció en uno de los periódicos nacionales:

D.E.P. Matyas Füst.
Feliz cumpleaños Matyas Füst.
Y buena suerte. Tu renacimiento será difícil.

Naturalmente el aviso suscitó muchas preguntas dado que Matyas Füst estaba vivo y, en aquel momento, se encontraba bien. Fue imposible descubrir quién era el responsable del aviso.

- El día después de que apareciera el aviso, Matyas Füst telefoneó a un programa de radio que se emitía a las cinco de la tarde, muy popular entre los que volvían del trabajo en todo el país, y anunció que le gustaría disculparse por su disculpa, dictada más por la razón que por los sentimientos. También pidió que sus fans dejaran de insultar a la víctima de su ataque, ya que «había aguantado demasiado» y no había pedido ni un penique de compensación más allá del trato que hicieron al principio. Los presentadores del programa tuvieron que pedirle que repitiera su declaración de arrepentimiento varias veces porque su llanto la hacía ininteligible.

- Más o menos una semana después, Füst interrumpió la grabación en directo de un programa de variedades para declarar que estaba siendo «acosado» y que temía por su vida, que le pinchaban con agujas y le pillaban las manos en las puertas. Cuando miembros del público señalaron que no estaba herido, se mostró confuso y dijo que todo había ocurrido «por dentro, donde nadie podía verlo». Antes de que la retransmisión se detuviera también pudo declarar que creía que al atacar a la mujer que encontró en la calle estaba siguiendo el mal ejemplo de su padre, que había pegado a su madre delante de él. Sus padres emitieron un comunicado conjunto que básicamente se reducía a lo siguiente: «No tenemos ni idea de por qué está diciendo esas cosas pero nos está causando dolor». La novia de Füst se marchó de nuevo de su casa diciendo que su plan era «centrarse en su carrera», lo cual

tenía su gracia y resultaba encantador porque si había alguien centrado en su carrera era esa primera bailarina, pero a juzgar por sus declaraciones estaba convencida de que no se le notaba. En cuanto a su ex novio, algunos parientes próximos se mudaron a su casa para «cuidarlo». Los parientes próximos no pudieron impedir que telefoneara a programas de radio ni que apareciera en los magacines matinales de la televisión para disculparse de sus anteriores disculpas y expresar nuevas disculpas. En su aparición más reciente en televisión terminó haciendo la siguiente reflexión: la calidad probablemente era mejor que la cantidad, así que se tomaría tiempo para encontrar una forma auténtica de expresar sus pensamientos. Le habían dicho que la clave de una verdadera disculpa era saber identificar realmente el error que uno había cometido. Esperaba ser capaz de hacerlo pronto.

- Se dijo que profesionales sanitarios se habían unido a los parientes cercanos instalados en el hogar de Füst, pero se escapó de todos ellos y estuvo en paradero desconocido durante seis meses.

- Se descubrió que Füst había pasado las noches al raso durante todo el invierno—había sido tan crudo que resultaba sorprendente que hubiera sobrevivido—. Concedió una entrevista a un respetado cronista de fenómenos paranormales. Creo que con la entrevista pretendía disipar los rumores sobre su locura, pero tuvo el efecto contrario. Especialmente cuando hablaba de «ellas». «Ellas» exigían que se disculpara y dijera a continuación que sus disculpas eran poco sinceras. Dijo que ellas eran tres mujeres y, sin embargo, era una sola, y que una de ellas le había librado de su dolor para que las otras pudieran devolvérselo y así sucesivamente. Dijo que pudo haber muerto durante el invierno pero que ellas quisieron mantenerlo vivo con el fin de que aprendiera lo que podía decir o hacer para quitárselas de encima. Si había alguien que supiera cómo convencer a esta mujer de que él estaba arrepentido, Matyas Füst rogaba que le dijeran el secreto a cualquier precio.

- Aisha puede haber abandonado sus colas para siempre, pero las plantas curativas florecen en su jardinera de la ventana, está trabajando para reducir el efecto afrodisíaco de un remedio para el dolor de cabeza muy eficaz, y espera con ilusión el inminente libro de Matyas Füst: *La disculpa de un paria*. Está de acuerdo en que Füst está muy cerca de identificar su error y dice que debe seguir intentándolo.

¿TU SANGRE ES TAN ROJA COMO ÉSTA?

I. (NO)

Siempre decías, Mirna Semiónova, que no estábamos hechas la una para la otra. Y cuando lo decías se me caía el alma a los pies, pero siempre te contestaba que te equivocabas. Te lo demostraré. Te lo demostraré. Tengo algo que otras amantes darían cualquier cosa por poseer: un recuerdo perfecto de la primera vez que te vi. Yo tenía quince años, y mi guapo y lacónico hermano de dieciocho era el más grande de mis héroes. Le seguía a todas partes; en fin, a veces él trataba de esquivarme, pero normalmente no se molestaba en hacerlo. Ése es el don que tiene Arjun; no esforzarse nunca demasiado, hacer siempre lo justo. En cualquier caso sabía cómo comportarse con la gente: cuándo había que establecer contacto visual, cuándo dejar vagar la mirada en lontananza con aire pensativo y cómo demostrar que uno presta atención a lo que le dicen. Fue su ruptura con Jyoti lo que le hizo mejorar sus competencias sociales. Durante tres años Jyoti le había estado avisando una y otra vez de su tendencia a no escucharla, ni a ella, ni a nadie. «¿Se te ocurre pensar que quizá llegue un día en que puedas echar de menos algo realmente importante, Arjun?—le dijo—. ¿Algo que sólo se puede decir una vez?». Él trató de concentrarse, o al menos afirmó que se estaba esforzando, pero seguía sin lograr sintonizar. Cuando Jyoti hablaba él la miraba con adoración pero sin escuchar una sola palabra, y con todos los demás se quedaba simplemente en silencio para luego introducir un comentario general en el espacio que le quedaba para intervenir. ¡Vaya usted a saber en qué estaba pensando!

Un día Jyoti quedó con él en el café que hay debajo de casa para mantener una conversación decisiva. Le dijo que tenía que pedirle un favor y que si él ni siquiera se molestaba en considerar hacérselo, entonces, no había ninguna razón para que continuaran juntos. «Jyoti, tienes toda mi atención. Dime, te escucho», dijo él inmediatamente.

Quince minutos más tarde, ella miró el reloj, le dio un beso en la mejilla y salió sonriente del café. Había quedado con una amiga y llegaba tarde, pero él había aceptado hacerle el gran favor que le había pedido. El único problema era que no tenía ni la más remota idea de qué favor se trataba. A las cuatro palabras de Jyoti él ya se había perdido.

Preguntó a una señora que estaba sentada cerca si había escuchado la conversación, y si por casualidad podría decirle qué le habían pedido, pero la señora era mayor y dijo: «Lo siento cariño, soy un poco dura de oído».

Una pareja frente a él negó categóricamente haber escuchado nada, incluso después de que les dijera que el futuro de su relación dependía de ello (a fin de cuentas estaban en Inglaterra, donde no meterse en los asuntos de los demás es una especie de religión civil). De manera que lo único que le quedaba por hacer era esperar la llamada furiosa de Jyoti en que ella le diría ES INCREÍBLE, y él le juraría que recuperaría su amor algún día, cuando fuera mejor persona. Yo aprendía un montón de cosas de Arjun. Y muchas más que me quedaban por aprender. En aquellos tiempos, cuando alguien me hablaba, yo repetía, en mi aturdimiento, todo lo que me decían, mezclando las palabras y repitiéndolas lo más deprisa que podía. Digamos que la culpa era de los problemas del crecimiento o del fantasma con quien compartía mi habitación.

Mirna, antes de conocerte yo sólo podía hablar con mi hermano y con el fantasma. Había algo desorganizado en la forma que ella (el fantasma) tenía de hablar que se me pegaba. Además, ella ya me había avisado de que cuando me hiciera mayor ya no podría verla más. «¿Cómo sabré que me he hecho mayor?». Cuando comenzara a utilizar palabras cuyo significado desconociera, dijo ella. Contesté que ya lo hacía y ella dijo que sí, pero que yo me preocupaba por ello y los mayores no. (Evidentemente la estoy parafraseando; cuando pienso en su sintaxis es como escuchar una canción reproducida al revés). Así que tenía la inquietud de que iba a encontrarme de repente teniendo una conversación que me convertiría en adulto, una conversación que me impediría ser capaz de ver las cosas y las personas como realmente son. Mi hermano sabía de la existencia del fantasma, pero la describía como una alarmista, y como según él tenía que salir más, me invitó a la fiesta de cumpleaños de su amigo Tim, que cumplía diecinueve. En esa fiesta te conocí, Mirna.

—Si quieres, esta noche puedes ser mi pareja—me propuso Arjun.

—¿No pensará la gente que es repugnante?—pregunté yo.

—¡Qué va!... En cualquier caso, a las tías les gustan los tipos que son majos con sus hermanitas con problemas verbales—me tranquilizó

—. Da la impresión de que tienes un lado bondadoso y esas cosas.

—¡Menos mal! ¡Odiaría interponerme entre tú y las tías!

—No te preocupes por eso, Radha. Es imposible. —(Etcétera…).

Sé lo que es tener un hermano con el que le gusta hablar a la gente, así que me llevé un libro por si Arjun me dejaba plantada. Pero se quedó conmigo, me presentó al chico del cumpleaños, llamó a sus amigos para que me observaran bebiendo tranquilamente, como él, una cerveza tras otra, y se comportó en general de una manera que me hizo sentir como algo más que un molesto moscardón. Luego un chico se acercó a nosotros—bueno, a Arjun, en realidad—, un chico anodino, debo decir, pese a que tenía el pelo verde. Tenía aspecto de estar ensayando, y estaba practicando en silencio frases que había preparado, y Arjun me dijo en voz baja:

—Me pregunto que estará tramando éste.

El chico, Joe, era primo de Tim.

—Joe, ¿tú eres el que va a la escuela de marionetas?—preguntó Arjun.

—Sí…

—Genial—dijo Arjun—. ¿Qué te cuentas?

—Te gustan las chicas, ¿verdad?—preguntó Joe.

Arjun entornó los ojos y se encogió de hombros; si hubiera llevado mangas me habría reído en una de ellas. Joe tenía un billete de veinte libras y se disponía a dárselo a mi hermano en aquel momento si se acercaba a cierta chica, bailaba con ella, le daba conversación y fingía disfrutar de su compañía durante un par de horas. En cuanto me di cuenta de lo que le estaba pidiendo pensé: «Esta vez hasta Arjun se va a quedar sin palabras». Pero no debía de ser la primera vez que se lo proponían (¿cómo pueden ser tan inhumanos los adolescentes?), porque preguntó:

—¿Tan fea es? No he visto a ninguna chica a la que calificaría por debajo de siete esta noche. Una buena noche, diría yo.

El chico tuvo el buen gusto de sonrojarse.

—No, no es tan fea. Sólo que… no es mi tipo.

—¿Por qué la has traído entonces, si no es tu tipo?—preguntó Arjun.

—Fue un reto—respondió Joe, compungido—. No suelo hacer esta clase de cosas (se lo puedes preguntar a Tim), créeme si te digo que no me quedó más remedio. No pensé que diría que sí, pero lo hizo.

—No pagues a la gente para que salga con ella, colega.

—No sé qué más hacer. Se lo tiene que pasar bien. Es la hija del director de mi colegio. No creo que vaya a pedirle que me eche ni nada parecido, puede que ni siquiera le diga nada. Pero es su hija.

—Más vale prevenir que lamentar—concedió mi hermano.

Mirna, para entonces yo ya estaba mirando alrededor para ver si te descubría (¿qué nivel de falta de atractivo en una persona obliga a la gente a pagar para no tener que mirarla o hablar con ella?), y cuando Joe dijo que había tratado de hablar contigo pero tú te sentaste y empezaste a leer un libro, te busqué con mucho más interés.

—¿Qué clase de persona se lleva un libro a una fiesta?—preguntó Arjun inexpresivamente, sin mirarme, pero hizo un pequeño gesto de asentimiento que yo interpreté como una sugerencia de que buscara a esa chica.

—¿Cómo se llama?—pregunté.

Joe me lo dijo. Te encontré medio hundida en un puf, haciendo como que leías ese denso libro de texto que le quita al arte de las marionetas toda su gracia, ése en el que tu padre cree ciegamente: *Guerra entre los dedos y el pulgar*, de Brambani. Maldito sea el plasta de Brambani. Quizá sus lecciones sean más fáciles de digerir filtradas a través de lágrimas tenazmente reprimidas. Llevabas una ristra de bombillas de colorines en torno al cuello. Creo que entendí lo reconfortantes que eran las luces que llevabas. A veces sueño que me caigo, algo que resulta más aburrido que aterrador porque consiste sólo en caer y caer hasta que ya no lo soporto más y, entonces, una soga me detiene en seco y pienso: «Bueno, al menos ya no seguiré cayendo». Era evidente que no había llegado a tu vida demasiado pronto. Me miraste, y así es como te vi la primera vez: vi tus ojos como flechas de pedernal y tu barbilla alzada contra el mundo, y vi la curva de tus labios, que es tan bella que resulta casi irreal: tus ojos dejan congelada a una persona, pero luego la llama vacilante de tu boca ejerce toda su atracción.

Doy las gracias al bueno de Joe por haberse comportado de forma tan nerviosa y estúpida aquella noche. Descubrí que te podía hablar con frases completas y normales. Fue sencillo: si te hablaba, quizá tú me besarías. Y yo tenía que conseguir un beso tuyo: ver tus labios y no besarlos hubiera supuesto mi ruina…

Y en cuanto a mí, creo que viste a una niña con un vestido gris mirándote boquiabierta como si fueras el sentido de la vida. Me empezaste a hablar inmediatamente como si tuvieras un niño sentado en la falda. Me dijiste que las historias vienen en nuestra ayuda cuando las necesitamos. Habías realizado recientemente un vuelo desde Praga, me dijiste, y el avión atravesó un túnel de nubes terroríficamente largo con turbulencias.

«Todos en el avión estaban alucinando, excepto una chica sentada a mi lado—me contaste—. Estaba leyendo un libro, quizá un poco más rápido de lo habitual, pero totalmente imperturbable. Le dije: "¿Te has fijado que quizá estemos a punto de estrellarnos?". Y ella contestó: "Sí, ya me he dado cuenta, y por eso es más importante aún que sepa

cómo termina esta historia”».

Te saqué a bailar, te pedí que me enseñaras algunos de los ejercicios que realizabas para tener flexibilidad en las manos, que me hablaras de tu colegio y de sus clases llenas de alumnos obsesionados con llegar a dominar el arte de las marionetas. Me gustaba cómo sonaba. Tus ojos se iban entrecerrando mientras hablabas de tu último curso allí: los dos mejores alumnos podían elegir a otros dos buenos alumnos y ayudarles durante su primer año. Estaba muy claro que tenías pensado ocuparte del futuro de otro marionetista. Creías en la labor que pueden desempeñar las marionetas: lo habías visto con tus propios ojos. Antes de que tu padre comenzara a enseñar, en la época en que se dedicaba a los espectáculos de marionetas, viste a uno de sus títeres de varilla ponerse de rodillas ante una chica sentada un poco alejada del resto de colegiales. Esa chica había estado mirando con el pelo cubriéndole la cara, ocultando sólo en parte una espantosa cicatriz; sus ojos relucían de odio. No necesariamente de odio a tu padre o a las marionetas o a los otros niños, sino de un odio a la fantasía, que no sanaba y solamente resultaba útil a las personas que no lo necesitaban. El hombre marioneta de larga barba bajó del escenario, se acercó a la chica y se arrodilló ante ella (evidentemente tu padre manejaba la marioneta, y todas las miradas del público estaban fijas en su rostro, aunque a juzgar por su expresión de asombro todos se convencieron de que la marioneta había actuado repentinamente por su propia voluntad).

—Princesa, soy Merlín, vuestro Merlín—dijo el hombre marioneta a la chica—. A vuestro servicio para siempre.

—¿A mi servicio?—replicó la chica con recelo y al borde de montar en cólera—. Intenta burlarte de mí y verás. Yo, ¿una princesa? Y tú, ¿a mi servicio?

—Exactamente.

La mano del títere se movió lentamente, con reverencia; contuvo el aliento aunque no hubiera aliento que retener y la chica permitió que aquella mano de madera le acariciara suavemente la mejilla. Y al observarles, uno estaba absolutamente seguro de que a ninguna mano de carne y hueso se le hubiera permitido acercarse tanto.

—Ésta es la señal mediante la que te reconocemos—le explicó la marioneta—, pero si lo deseas puedes continuar como estás, disfrazada.

Tu padre y su marioneta regresaron al escenario, sin volverse en ningún momento hacia la chica, tal como lo dicta el protocolo relativo a la forma de alejarse de la realeza. El profesor de la chica lloró, pero ella tan sólo parecía estar pensando. Siguió pensando durante el segundo acto de la obra, pero al tercer acto aplaudía y se reía tan fuerte como el resto de sus compañeros. No sé muy bien por qué pensé

que cuando llegaras al final de esa historia sería un buen momento para besarte; no me sorprendió del todo que las cosas no salieran bien.

—Jovencita, me siento halagada (y tentada), pero… ¿se puede saber cuántos años tienes?—preguntaste.

Luego dijiste que yo era demasiado joven. Demasiado joven, no adecuada para ti, bla, bla, bla. Siempre hay alguna excusa…

Joe y Arjun aparecieron con nuestros abrigos y tú sacaste el libro del bolsillo del mío.

—¿Qué libro es?

Fue el destino. Sí, el destino hizo que el libro que llevaba conmigo fuera una novela escrita por mi bisabuelo, un texto que no podías leer porque él había prohibido de manera permanente que su obra fuera traducida al inglés, al ruso o al francés. Se mantuvo firme en su creencia de que estos tres idiomas destrozan cualquier obra traducida. Como a la gente le gusta infringir las normas, existen varias traducciones no autorizadas de los libros de mi bisabuelo circulando por Internet, pero todos ellos demuestran su teoría.

—Dime nada más cómo empieza—me pediste, y yo abrí el libro para traducirte el principio.

Te gustó: una mujer abre la puerta principal y encuentra un cadáver pegado a la puerta, pero antes de que el cuerpo pueda irrumpir en el umbral de su casa, dice: «¡Ah, no! ¡Nada de eso!», lo empuja con una escoba y lo arrastra a toda prisa hasta la puerta de atrás.

—Espera—empezaste a decir, mientras yo caminaba del brazo de mi hermano—, espera, Radha, tengo que saber…

—Al menos le pondría un ocho de nota—comentó mi hermano, sorprendido.

(Tienen mi permiso para ponerlo de vuelta y media por calificar el aspecto de una chica del uno al diez). Cuando llegué a casa el fantasma supo inmediatamente que había ocurrido algo. Dijo que se había estado preguntando cuándo conocería a alguien.

—Si yo…, no sé, si por alguna especie de milagro tuviera relaciones con alguien, ¿dejaría de poder verte?

Por un momento el fantasma pareció cobrar vida, luego se apagó de nuevo y dijo que no, que tendría que seguir aguantándola. Y se alegró cuando al día siguiente me telefoneaste para pedirme que te tradujera el siguiente párrafo del libro de mi bisabuelo. Colgaste en cuanto lo hice, pero el fantasma dijo que volverías a por más, y lo hiciste. Comenzaste a hablarme un poco después de la traducción diaria, haciéndome preguntas sobre mí, sobre cómo me había ido el día y qué música estaba escuchando cuando tú llamabas.

—Me alegra que te guste, no sé cómo se llama esta canción, pero

probablemente tiene unos cuantos años más que nosotras. La verdad es que aquí tenemos de DJ a un fantasma nostálgico—dije yo, y tú te reíste, pensando que había hecho una broma.

El fantasma observó que un día la traducción llegaría a su fin.

—Sí, pero qué más da. Sólo estamos en la mitad del segundo capítulo. Y después de este libro quedan otros quince del mismo autor.

El fantasma me preguntó si pensaba que mi bisabuelo estaría impresionado por el uso que estaba dando a su arduo trabajo.

—¡Vamos, fantasma!, ¿se puede saber qué tienes en contra del amor?

Nada, dijo el fantasma, un tanto mosqueado. No tenía nada en absoluto en contra del amor. Sólo preguntaba.

El fantasma demostró estar de mi lado cuando te oyó mencionar que eras uno de los dos alumnos de último curso que tenían que elegir a un recién llegado para hacer de tutores.

—Va a ser divertido. Tenemos que observar a los candidatos a través de ventanas ocultas en una sala insonorizada para que no escuchen cómo les abucheamos o les vitoreamos.

Me pareció una cosa horrible pero el fantasma echó el aliento sobre el cristal de la ventana y escribió NO TE CORTES.

—¿Quién es el otro alumno?—pregunté—. ¿No será Joe el del pelo verde?

—Ja, ja, ja, no. Aunque es muy bueno en espectáculos de títeres de cachiporra. Papá dice que llegará a ser muy bueno. El otro alumno es un chico llamado Gustav Grimaldi. Aunque a mí no me gusta cómo lo hace; es muy descuidado. Y yo diría que sus marionetas tienen un espíritu nihilista, no sé si entiendes lo que quiero decir.

—Nihilista…, bueno…, suena mal—respondí sujetando el teléfono con el hombro mientras googleaba «niléista».

—A veces sus marionetas no hacen nada. Simplemente las deja ahí sentadas, mirándonos. Luego hace que se miren unas a otras y luego otra vez a nosotros hasta que da la sensación de que tienen información, cierta clase de información espantosa sobre todos y cada uno de nosotros, y empiezas a pensar que ojalá decidan mantener la boca cerrada para siempre. No tiene ninguna gracia, no entiendo por qué decide montar un espectáculo así cuando podría hacer muchas otras cosas. A él no deberían dejarle que eligiera a ningún nuevo alumno. Si hay alguien capaz de introducir elementos desagradables en nuestro grupo, ése es Grimaldi.

—Menos mal que yo estoy supersana. ¿Tienen que tener los candidatos experiencia con marionetas?—pregunté, y cuando dijiste que de hecho tu padre prefería que la gente llegara totalmente en blanco, pregunté si con quince años era demasiado tarde para

empezar.

—No, si te lo tomas en serio. ¿Vas en serio tú?

—Todo lo seria que puedo ser. Ni siquiera estoy segura al cien por cien de no ser yo misma una marioneta—dije.

—¡No me extraña que me gustes!—respondiste. El fantasma chocó los cinco conmigo—. Necesitas una marioneta—continuaste diciendo—. La competencia por las plazas es feroz, y la gente es capaz de cualquier cosa por destacar. Algunos construyen sus propias marionetas. Yo lo hice, con papel y alfileres. La cosa se destruyó en mitad de la función, pero yo lo introduje en la historia.

A mamá y papá no les entusiasmó mi nueva ambición profesional. «Acuérdate de tu tío Majhi, el mimo Majhi, ¿tú crees que realmente queremos a alguien más como él en la familia?». Mis padres han trabajado mucho: no conviene importunarlos con algo que podría no funcionar. El asunto era conseguir primero que me admitieran y hablar con ellos después. Compré un títere de guante de piel marrón. Venía con un pequeño maletín negro y llevaba el pelo con la raya en medio. La precisión de su raya me hacía sentir incómoda; en cierto sentido era demasiado humano y al mismo tiempo dejaba muy clara su condición de no humano. Le compré un sombrero de copa para no tener que pensar en su pelo de tela cayéndole desde el centro del cuero cabelludo textil. Me echaste una mano con ciertos conceptos básicos de la ventriloquía, aunque se suponía que tú no podías ayudar a nadie—fue entonces cuando comencé a esperar que dejaras de decir que yo no era adecuada para ti—, y enseñé a mi títere a contar chistes con un aire melancólico y afligido, plenamente consciente de lo malos que eran. A veces te reías y luego mi títere se ponía a llorar lastimeramente. Cuando tú manejabas el títere éste pasaba de coqueto a suicida, totalmente resuelto a lanzarse desde grandes alturas o por la ventana. Me di cuenta de que no ponías voz ni inventabas una historia para el títere, sino que tú eras su voz y su historia. Me hubiera gustado admirarlo, pero creía estar contemplando una angustiosa forma de hurto, dado que la marioneta no podía hacer nada salvo sufrir que la abrieran como a una ostra.

Decidimos que a mi títere le vendría bien que continuáramos con nuestras traducciones diarias del libro de mi bisabuelo, línea a línea, primero en hindi, luego en inglés, mientras tú escuchabas embelesada y luego repetíamos la línea en ruso y en francés. Así destrozamos el libro. No me di cuenta de ello hasta aproximadamente una semana antes de mi audición, cuando releí el último capítulo del libro, que todavía tenía que traducir para ti, y las brillantes palabras volaron por mi mente como cometas. Esa sensación había desaparecido de los

otros capítulos; de algún modo se había escurrido. Y le dije a mi títere de guante que no iba a decir las palabras finales del libro.

El fantasma estuvo de acuerdo, pero también estaba segura de que no me elegirías a mí si mi títere no decía las palabras que tú y yo habíamos planeado juntas que dijera. El fantasma incluso me aconsejó que no me molestara en presentarme. Como es natural, yo no hice caso de su consejo. Un par de días más tarde, la sala de espera de tu imponente escuela me envolvió en una niebla marmórea mientras observaba a otros aspirantes practicar con sus marionetas. Algunos eran más actores que marionetistas, pero otros manejaban sus *marottes*, títeres y marionetas *bunraku* con una facilidad y un cariño que no existían entre mi títere de guante y yo. Creo que el alma debe de ser pesada y tranquila, Mirna, lo deduzco de los movimientos ligeros y bruscos de las marionetas, que carecen de alma. La chica que estaba a mi lado era muy guapa: rastas desaliñadas, hoyuelos y piel del color del cielo nocturno, ya sabes, con ese resplandor que se funde con la oscuridad. Pero yo me consideraba comprometida, así que me limité a preguntarle dónde estaba su marioneta. «Es ésta», me dijo sacando una cajita del bolsillo de su chaqueta y extrayendo de ella una pieza de ajedrez de porcelana. Una reina color ciruela, con una corona como único rasgo distintivo y una ligera ondulación que indicaba la existencia de caderas y pecho.

—¿La has hecho tú?

—No, la he encontrado. Ya sé que no parece una marioneta, pero lo es. Lo sé porque cuando la cogí por primera vez dije algo que no había dicho nunca. La volví a dejar y cuando la cogí de nuevo dije lo mismo de nuevo sin querer, y volví a repetirlo; era algo que no había dicho antes, aunque las palabras fueran las mismas.

—¿Cuál es su rutina?

—De momento sólo hace esa pregunta, pero espero poder aprender a que haga otra.

—¿Y cuál es la pregunta?

La chica parecía incómoda. Señaló su placa de identificación:

—Soy yo, por cierto.

Tyche Shaw. Como mi placa se hallaba oculta en mi pelo, le estreché la mano y dije:

—Radha Chaudhry. ¿Cuál es la pregunta de tu marioneta?

Tyche musitó algo en voz tan baja que no pude escucharlo. Decidí no preguntar de nuevo—quizá se estaba reservando para la audición—cuando ella repitió:

—¿Es tu sangre tan roja como ésta?

Una pieza de ajedrez haciendo una pregunta personal, posiblemente una de las preguntas más personales que se pueden

hacer. No sabía cómo responderla. Por orden mía mi títere de guante meneó la cabeza, «No, sin duda tu sangre es más roja». Tyche hizo girar a la reina morada en la palma de la mano e hizo de nuevo la pregunta; esta vez la nota de desafío abandonó su voz y la pregunta resultó graciosa; la siguiente vez que la pieza de ajedrez planteó la pregunta sonó preocupada, como si buscara una comparación con la que establecer la normalidad. A continuación vino la frustración (después de todo, la pieza de ajedrez ni siquiera era roja…, por lo tanto, ¿tan roja como qué, en comparación con qué?). A juzgar por lo que dijiste de las marionetas de Gustav Grimaldi supuse que desaprobarías absolutamente la pregunta que planteaba el títere de Tyche Shaw; en realidad, te iba a parecer horrible. Pero la pregunta de esta diminuta reina era de largo alcance: cuando hablaba ya no podías pensar en nada más que en su pregunta, y en cómo contestarla. Lo más afilado que llevaba encima era un broche: quizá debería pincharme el dedo con la aguja del broche y luego veríamos.

—Eres buena, Tyche—dije, y no fui la única que abandonó la sala en busca de aire fresco.

Varios candidatos desmoralizados me siguieron y mantuvieron conversaciones de última hora con sus marionetas.

—No voy a ser capaz de hacer esto por ti—me dijo mi títere de guante.

—Shhh, no voy a dejar que pienses que es tu culpa—le respondí—. Voy a tener que encontrar otra manera de demostrárselo a Mirna.

En la pared, delante de mí, había una fotografía enmarcada, y cuando dije tu nombre te vi en la imagen. Bueno, vi tu espalda y tu larga y brillante cola de caballo balanceándose. La imagen es en blanco y negro, y tú estás corriendo, y proyectas una serie de sombras que se arraciman en torno a ti, como un ramo. Hay una figura corriendo un poco por delante de ti y al principio esa figura parece ser también una sombra, aunque se vuelve a mirar hacia atrás y ello le da una personalidad totalmente independiente. Los rasgos de la figura son inexpresivos, pero se mueven: una especie de duende se agita en su interior, no suave, sino convulsivamente. Una belleza que te desconcierta hasta que estallas en lágrimas, ésa fue mi presentación a Rowan Wayland. Tú y la marioneta—decidí que era una marioneta—saltabais de rectángulo en rectángulo. Una puerta abierta vista a través de una puerta abierta, y en la esquina de aquella lejana habitación había un armario, caído de lado. Había un letrero en la puerta del armario (cuando incliné la cabeza vi que el letrero rezaba: JUGUETES).

Es una foto en la que las líneas se apartan bruscamente unas de otras, y techos y suelos apuntan en direcciones diferentes, razón por la cual el mundo que representa no parece tener fin. Al mismo tiempo

corrías por el lugar, te difuminabas por los bordes, la marioneta apenas se difuminaba y miraba hacia atrás, no a ti, sino a mí. Parecía como si ambas corrierais para salvar la vida, por miedo a que yo os la arrebatara. O puede que estuvierais echando una carrera hasta la puerta de aquel armario, una carrera para llegar a casa. JUGUETES, rezaba el letrero, pero los letreros no son garantía de nada. De cualquier modo, yo también quería ir y deseaba que la marioneta me tendiera la mano, o me hiciera señas, o hiciera algo más que devolverme la mirada con esa extraña tolerancia.

Cuando dijeron mi nombre en voz alta entré en la sala de audiciones y mi títere de guante hizo un débil intento de comer un terrón de azúcar de un cuenco que había sobre una mesa, hasta que sucumbió a la desesperación y decidió dormirse. Al cabo de un minuto se oyó un carraspeo al otro lado de la sala y escuché, Mirna, cómo me dabas una oportunidad por el altavoz:

—Señorita Chaudhry, ¿Tiene algo preparado? Sólo le quedan diez minutos y, como ha podido ver, en la sala de espera hoy estamos examinando a muy pocos candidatos.

Este recordatorio no me hizo efecto; seguí como estaba hasta que alguien llamó a la puerta de la sala de audiciones y luego entró, mirando primero el reloj y luego a través de la pared de espejo hacia el lugar donde yo suponía que estabas sentada. El que entró era un chico: tenía una mano a la espalda y creo que lo hubiera encontrado amenazante de no ser por la profunda paciencia que reflejaban sus enormes ojos.

—Soy Gustav—me dijo—. Dame tu marioneta y tendrás otra nueva.

—¿Qué vas a hacer con la mía?

—Depende de ella. Puede dormir todo lo que quiera y comer todo el azúcar que desee, hacer nuevos amigos, quizá cambiarse la raya del pelo si se atreve. Rápido, coge ésta.

Le entregué mi títere de guante y recibí a cambio una marioneta de latón.

—Ésta es del armario del almacén. Lleva tiempo sin salir de allí… Muchos piensan que no se puede trabajar con ella; está embrujada—me explicó Gustav por encima del hombro mientras salía de la sala. Estupendo.

Armonizar los movimientos de la nueva marioneta parecía imposible: sujeté el comando de madera que controlaba todos sus hilos correctamente, ninguno de ellos estaba enredado, lo cual se debía a la hábil labor de Gustav, no a la mía. Aunque ambos

permanecíamos quietos sentí que la marioneta avanzaba hacia mí y, sin moverme, me encogí.

—Cinco minutos—anunciaste por el altavoz, sin ocultar la incredulidad en tu tono.

Hablé a la marioneta en el inglés del espejo que habla mi amiga fantasma. Le pregunté si estaba embrujada o algo peor. Respondió con ansiedad, como haces en un país extranjero cuando necesitas ayuda y te encuentras con alguien que habla tu idioma.

—Bastante peor—fue su respuesta—. Bastante peor. Y si te ayudo ahora, luego me tendrás que ayudar tú a mí.

—¿No me pedirás que haga daño a alguien?—pregunté.

—Nunca.

—Entonces, acepto.

—Bien. Traduce simplemente lo que diga. Yo hablaré; no te preocupes del comando. Yo me adaptaré a tu postura y así resultará mejor.

Habló como lo hace mi amiga fantasma (no puede ser que todos los fantasmas hablen de la misma manera; yo ya lo sabía incluso entonces) y yo traduje. No fue muy largo:

—No soy una marioneta encantada—dijimos—, estoy viva. Me llamo Gepetta y hace mucho tiempo fui aprendiz de dos titiriteros cuyos nombres se veneran en este lugar. Yo me ocupaba de los títeres del taller: hacía las veces de enfermera, los reparaba y me aseguraba de que durasen. Sus amos se hicieron viejos y murieron, así que me quedé con los títeres. No estaban vivos, aunque sólo a un paso de la vida, siempre a un paso. Los títeres saben cuándo están cerca de la vida humana y necesitan que la vida humana esté cerca de ellos; los ayuda a evitar ir… por el mal camino.

»Empecé a entrenar a otros en el cuidado de los títeres. En mis tiempos parecía que ese conocimiento estaba desapareciendo… Entrené a unos cuantos chicos y chicas que querían aprender, pero hubo una plaga. No una plaga que se manifestara en la piel; ésta se propagaba por el aire. Mis aprendices murieron y también yo tendría que haber muerto, pero mis responsabilidades para con las marionetas lo impidieron.

»Cada títere sacrificó algo: una pierna, un brazo, el torso, la cabeza, etcétera. “Reemplazarás esas cosas cuando estés lista”, dijeron.

»Reunieron un cuerpo, pero no juntaron las piezas.

»“Mira tu nuevo cuerpo. Te apañarás con él”, dijeron.

»Dije que no lo haría, pero sucedió que de hora en hora yo dormitaba un poquito y cuando me despertaba otra parte de mí había sido repuesta. Empezó por mi mano izquierda y terminó con mi pie derecho. Imaginaos: mirar hacia abajo, a tus pies humanos con un par

de ojos de latón. Y luego me hice más pequeña, y toda de una pieza, como soy ahora. Mi nombre es Gepetta; hacía tiempo que tenía ganas de contar todo esto, pero nadie me había ayudado a hacerlo…

Así fue como conocí a mi amiga Gepetta. Y como sabes, Mirna Semiónova, tres días más tarde me llamaron de tu escuela, nuestra escuela, y descubrí que Tyche Shaw me estaba esperando. Y tú estabas allí, y también Gustav Grimaldi. Luego me enteré de que había sido aceptada y fui hacia ti. Sonreíste y dijiste:

—Buen trabajo.

Pero fue Gustav quien me dio la mano y dijo:

—Bienvenida, Radha. ¡Vamos a hacer cosas estupendas juntos!

Mi amiga fantasma tenía razón. Te desobedecí, así que me elegiste. Pero ¿qué té llevó a elegir a Tyche? Incluso entonces fui capaz de ver que harías todo lo posible por acabar con ella.

«¿Por qué me dices todo esto de nuevo?», me preguntas con impaciencia.

Pero las personas no se recuperan fácilmente de la tristeza de descubrir que no siempre es la afinidad lo que las une (no siempre, ni sólo), que pueden sentirse inclinadas a anular la obra de otro. Tú hiciste mucho por mí—se me hiela la sangre sólo de pensarlo—, pero ya sabes que extraigo fuerzas de recordar que tus primeras intenciones eran honestas.

II. (SÍ)

Radha y Gustav tuvieron un comienzo poco prometedor. Ella me llevó a su primera reunión y los tres paseamos por Berkeley Square. «Hola, Gepetta», me dijo Gustav. Él siempre me saluda aunque yo no le responda nunca. Su educación es asunto suyo. Radha echó migas de pan a las palomas. Gustav no se quitó las gafas de sol en ningún momento y habló sin parar sobre la obra de varios cineastas de mediados del siglo XX de los que Radha nunca había oído hablar. Tuve la impresión de que Radha creía que si aprendía algo de Gustav sería por casualidad, pero la vi cambiar de opinión cuando éste le presentó a sus marionetas. «Tú has traído a la tuya—dijo a Radha, señalándome con un gesto—. Y yo he traído las mías».

Cuatro de ellas le acompañaron a esta reunión; de cada uno de los bolsillos de su abrigo asomaban dos. Todas ellas eran unas encantadoras fatalistas, nunca se apresuraban por nada, dispuestas

siempre a posponer la acción hasta que las cosas se hubieran resuelto por sí mismas sin que nadie de la *troupe* levantara un dedo. El líder del grupo era un sofisticado y desaliñado títere llamado Hamlet. Fue Hamlet quien se convirtió en el mentor extraescolar de Radha, además de en su profesor, provocador, animador y co-conspirador. En aquellos tiempos, todos olvidábamos de quién eran las manos y las voces de las que Hamlet y compañía hacían uso, y al día siguiente Radha informaba a Gustav sobre el dominio de algún pequeño truco en el control de la voz como si él no hubiera estado en la misma habitación que nosotros. Al principio parecía que este tipo de despistes desagradaba mucho a Gustav, pero a medida que nos íbamos sintiendo más cómodas con él empecé a darme cuenta de que cuando Radha le contaba algo extraño o divertido que Hamlet u otro de sus títeres habían hecho o dicho, lo que Gustav expresaba en realidad era un interés contenido. Estaba observando un proceso del que todavía no estábamos al tanto.

Caí en la cuenta mucho antes que Radha. Ella hablaba a la *troupe* de Gustav de un modo que nunca hubiera empleado directamente con él. A medida que crecía la confianza, también lo hacía la simpatía entre Radha y las marionetas de Gustav, que se dedicaban a hacerla reír y se presentaban en masa en la puerta de la clase al final del día para acompañarla a la parada del autobús, gritando: «¡Dejen paso a la jefa!». Gustav la rodeaba con su títeres favoritos: Hamlet, con su corte de pelo a lo taza; Chagatai, asesino y tritón al mismo tiempo (mata marineros con su seductora voz de falsete); Brunilda, la constructora de barcos, y un astronauta llamado Petrushka que contestaba a cualquier pregunta que se le hiciera con todo lujo de detalles. También había una habichuela saltarina del tamaño de un bebé conocida como Loco Dempsey. Su amo caminaba detrás de Radha, con los brazos en alto mientras manejaba el comando sobre su cabeza. Bajo el mando de Gustav todos los hilos permanecían separados; Radha se maravillaba de ello y se apoyaba en él para no ser el cuerpo que enredara esas nítidas líneas. Él daba unos golpecitos a algunos de los comandos que ella manejaba, bajaba los brazos para guiarla (sin hacer demasiada fuerza, porque es mucho lo que uno puede hacer con los codos). Silbaba una animada polonesa y se dejaba guiar por los gestos de Radha haciendo desfilar a Brunilda y a Loco. Radha parecía tan feliz que yo pensaba que después vendría algún tipo de confesión, pero, en lugar de ello, se volvía hacia mí y me decía: «Ésta no puede ser la misma pandilla de la que me habló Mirna».

Aquella noche, fuera de un Kentucky Fried Chicken, una adivina tomó las dos manos de Radha y le dijo que poco a poco se estaba enamorando de un hombre invisible; ella se quedó confusa y se

mantuvo despierta hasta el amanecer preguntándose quién podría ser…

No sabía si había que compadecer, felicitar o regañar al chico Grimaldi: era una manera de mantener en secreto una relación amorosa, pero no había forma de saber cuáles eran sus sentimientos o si ésta era una seducción rutinaria para él. Pónganse en su lugar: desciendes de generaciones de personas que hablan y han hablado fundamentalmente a través de marionetas… y, por lo tanto, eres una especie de campeón en un limbo psicológico. Y encima te gustan las chicas de ojos brillantes que ven cosas ocultas y de cabello oscuro del que recuperan de vez en cuando notas olvidadas para sí mismos. Luego conoces una nueva. ¿No tratarías de saber cuánto te puedes acercar a ella sin que se dé cuenta?

A Radha le dio por comprobar constantemente su teléfono aunque sin un objetivo claro: la mayor parte de mensajes eran de Tyche Shaw, que le parecía celosa y protectora al mismo tiempo, y con la que habría preferido no tener que tratar en absoluto. Tyche estaba en las islas Orcadas con Mirna y su padre y, además de confiar en Radha para mantenerse al día sobre las tareas de la escuela de marionetas, insistía en mostrarse amistosa y en preguntar por cuestiones personales. Ignorante de que tuviera alguna, Radha le enviaba fotografías de ella sentada en el bordillo de la acera frente a su casa bebiendo batidos caseros con su hermano. Yo también salía en la foto, sentada sobre los hombros de Arjun. Como nunca le dirigía la palabra, él me veía como una especie de accesorio de moda de Radha. En aquel tiempo, una de mis mayores diversiones era estar a solas con él y abrir y cerrar a veces la boca cuando él parpadeaba.

«Gepetta, A. J. y yo en la esquina bebiendo zumo todo el día. ¿Qué tal tú y mi esposa?».

Eso era todo lo que Tyche necesitaba para inundar de angustia la bandeja de entrada de Radha, que contribuía involuntariamente a aumentar al responder únicamente con emoticonos.

> Por dónde empezar… Bueno, todo lo que hago cabrea a «tu esposa».
>
> Sigo respondiendo a sus preguntas retóricas & no me atrevo a responder sus preguntas no retóricas.
>
> Ah, y su especialidad parece consistir en decir de repente cosas horribles.
>
> La clase de cosas que debes olvidar para poder seguir viviendo, ¿te lo puedes creer?
>
> Hizo un comentario sobre mis manos y deseé cortármelas & tirarlas lejos. ¿Te ha hablado alguien alguna vez así?

No importa, lo que hago ahora es evitar mirarme las manos, ¡ja, ja!, sollozo.

Nunca he sido buena dando respuestas, así que cojo piedras y finjo que se las lanzo cuando me da la espalda.

Por cierto ¿qué tal te va con Gustav?

Radha, ¿qué es exactamente lo que te gusta de esta RETORCIDA?

Su padre cree sinceramente que es humana…

Por cada diez mensajes de Tyche había quizá tres o cuatro de Mirna (todos alabando a Tyche) y uno de Gustav. Una noche, justo cuando Radha se había tumbado en la cama, le envió una foto de su marioneta de guante Cheon Song Yi empuñando una barra de labios a modo de espada. Texto adjunto: «Que alguien la detenga». Todo lo que podía verse de Gustav era el carnoso y bien formado labio inferior manchado de rosa orquídea por el ataque de Song Yi. Él estaba colocado detrás de la marioneta, pero era una de esas fotos en las que el fondo se vuelve muy paulatinamente el primer plano. Al primer golpe de vista Radha resopló y puso los ojos en blanco. Luego ladeó la cabeza, volvió a mirar y lentamente cruzó y descruzó las piernas. Mientras seguía estudiando la foto, trazó distraídamente la forma de su propia boca y se chupó la punta del dedo índice. El fantasma de la habitación y yo nos miramos y acordamos en silencio abandonar la habitación.

Echaba de menos el deseo. Y me alegraba de que el corazón de mi amiga tuviera un rompecabezas sobre el que trabajar mientras sufría por Mirna Semiónova. Aunque fue necesario dejar a Gustav, Radha pudo elegir otros mentores. Sus compañeros de clase eran un grupo amistoso, carentes del espíritu competitivo que hubiera gustado a sus profesores. Trabajaban en las ideas de los demás. Sus marionetas intercambiaban trajes, accesorios, frases pegadizas y a veces incluso personales. Esta clase de camaradería hizo que el ostracismo de Rowan Wayland fuera mucho más notorio.

En la hora que dedicaban cada semana a la asignatura de historia de los títeres Radha y los demás jugaban con papel, hacían marionetas con articulaciones y con pies y manos que giraban como veletas. Aprendían las aventuras de Polichinela, una figura de nariz ganchuda que no cree en nada. El lugar y el siglo de su nacimiento son esa clase de cosas sobre las que discuten las personas cultas con chaquetas de tweed, pero durante un par de siglos ha estado presente en Austria, donde su nombre es Kasper y deja de lado su ingenio para concentrarse en la brutalidad hasta que la última marioneta a su

alrededor cae muerta y luego su amo tiene que ocuparse de que no vaya también a por el público. En Hungría es el seco y sardónico Vitéz László; en Francia el centelleo vuelve a su mirada y se convierte en Polichinelle, un demonio del más alegre de los infiernos. En Inglaterra, Punch es un tipo susceptible; cualquiera que pase delante de él y lo mire de forma equivocada será estrangulado con una ristra de salchichas. Cuando adopta su personalidad turca, Karagöz es demasiado perezoso para dedicarse a asesinar, aunque tiene un arsenal de insultos para lanzar contra cualquiera que se interponga entre él y sus comidas. Pero en todas partes pone mucho cuidado en no hablar del pasado. Y sea lo que sea que le preguntes, él no lo hizo y no tiene la menor idea de quién puede ser el responsable; de hecho, no sabe nada de nada, no estaba «allí», ¿te enteras?, él ha estado «aquí» todo el tiempo… Y por cierto, ¿dónde estabas tú?

Cuando Radha y yo entramos en la clase de historia de los títeres, lo primero que observamos fue el océano de espacio que rodeaba a Rowan Wayland y, por precaución, elegimos asientos que respetaran su soledad. Le mirábamos, pero no podíamos decidir si mantener la distancia era acertado o no; nadie hablaba con él. El propio Wayland se comportaba como si su estatus de paria fuera natural y andaba por el edificio con la vista al frente y el cuello subido hasta las orejas. A Radha le daba la extraña sensación de un extra en el rodaje de una película. Nos llevó dos semanas cambiar de asiento movidas por la curiosidad. «A lo mejor es simplemente un incomprendido», dije yo. Radha estuvo de acuerdo en correr el riesgo.

Tenía un par de agujas rojas y una madeja de lana sobre los libros y hacía punto mientras esperaba a que llegaran los profesores. Las personas que hacen punto suelen exhibir una delicada confianza mientras confeccionan sus patrones. La forma de tejer de Rowan no era ésa. Observaba el progreso de su calcetín con una insistencia que no admitía concesiones, como si hubiera aprendido que ésa era la única manera de asegurar que cada punto se quedara donde él lo había colocado. Nos sentamos a su lado, Radha dijo hola, y siguió repitiéndolo hasta que él la miró de reojo.

—Me llamo Radha—dijo antes de que él pudiera desviar la mirada.

—Muy bien—dijo él—. ¿Por qué…? Quiero decir, ¿qué quieres?

—Nada—respondió Radha, con esa alegría inocente que la hace tan querida para mí—. Sólo te saludaba. Ésta es Gepetta.

Me sonrió y siguió haciendo punto. A la primera, segunda, o incluso tercera mirada era difícil precisar por qué lo evitaban tanto. El efecto que causaba el físico de Rowan—mandíbula de divinidad clásica, ojos con largas pestañas, piel oscura, una mata de pelo echada a un lado—era parecido al de un relámpago. A plena luz del sol el color auténtico de su pelo es azul marino, y cuando se rasca la cabeza,

como hace a veces cuando está pensando, se le hace una raya en el cabello dejando a la vista dos diminutas espirales de hueso en la parte delantera del cráneo. Sí, cuernos. No amenazantes (creo que sólo pretendían dar un toque juguetón). El problema de Wayland es que es una marioneta construida a escala humana. Sin amo y totalmente vivo. Por muy suave que parezca su piel, es todo de madera y no se sabe exactamente qué es lo que le da vida: nada palpita en su pecho. Rowan para mí es masculino porque se mueve y habla con una gracia que me recuerda a los chicos y los hombres de mi juventud veneciana. Para Mirna es femenina. Para Radha y Gustav, Rowan es masculino y femenino al mismo tiempo. Quizá porque proyectamos en él lo que nos atrae; quizá es así de ambiguo. Él se encoge de hombros y dice: «Decide tú. Aunque fundamentalmente soy árbol». Sus compañeros ya tenían bastante con sus desconcertantes oleadas hormonales. Así que la mayoría de ellos se mantenían alejados de él, aunque estoy segura de que todos soñaban con él, ella o ello, un cuerpo con una incitante exuberancia de matices, el tal Rowan que lo es todo pero fundamentalmente árbol. Estoy segura de que Rowan Wayland aparecía incesantemente en los sueños de todos.

Es tan esquivo como todos los Polichinelas que he conocido. Le haces una pregunta y él consigue que tú la respondas por él. Rowan y Radha en realidad nunca pasaron de lo que ella llamaba una relación entre «un bomboncito y su admiradora». Yo era la única con la que el bomboncito entabló amistad, lo cual me sorprendió. Recuerdo que Radha me presentó al fantasma de su habitación esperando que llegáramos a conocernos o al menos deseando que lo hiciéramos ya que hablábamos el mismo idioma. Pero ese fantasma es un poco demasiado distante incluso para su propio bien.

Rowan Wayland, por su parte, me llama «Gepetta, la Emperatriz de la Luna». Como ninguno de los dos necesita dormir, tomamos autobuses nocturnos y compartimos auriculares para escuchar podcasts sobre labores de punto. Si alguien del autobús repara en nosotros, piensa que está borracho. He estado tratando de que me revele cómo llegó a estar vivo. He comparado mi estado con el suyo y llegado a la conclusión de que es mejor el suyo. Él respira; yo no. No es que crea que alguna vez volveré a tener un cuerpo (el que solía tener, quiero decir). Los que me crearon de esta forma hicieron lo que hicieron y ya está. Yo estaba en camino de desaparecer y pensaron que me estaban ayudando; en cambio, convirtieron movimiento y lenguaje inteligible en una moneda con la que adquirir identidad individual.

Este anhelo de consideración es la única diferencia real entre mi yo juvenil y la vieja Gepetta de hoy. Las marionetas que me crearon se quedaron estupefactas cuando las vendí. Estupefactas porque las

marionetas no necesitan dinero, pero también por el cuidado que puse en separarlas (eso no podían comprenderlo en absoluto). No mandé a dos a la misma casa, ni siquiera a ciudades cercanas. Consulté mapas y me aseguré de que cada una de esas marionetas estuviera separada por bosques y desiertos, e incluso por ríos. La posibilidad de que puedan reunirse es casi imposible para ellas, para nosotras. Me pregunto si eso rompió su vínculo, pero ser capaz de encontrar la respuesta a esa pregunta significaría que mi proyecto ha fallado. La ruptura debe ser tan absoluta que ninguna palabra pueda recuperarse jamás: ése es mi éxito.

Al final de la segunda semana de ausencia de Tyche y Mirna, hubo que entregar una redacción. El tema era algo así como «¿Qué puede hacer una marioneta?». Se pedía a los alumnos que escribieran sobre lo que esperaban lograr y, aunque la redacción recibiría una nota, se mantendría en privado. En un ambiente tan propenso a divulgar los avances en público, aquel ejercicio representaba una rara oportunidad de ser sincera sin ponerse una misma en situación desventajosa; por ese motivo, los profesores impusieron un límite de palabras para que las cosas no se descontrolaran. Rowan afirmaba que el título le dejaba la mente en blanco, así que le dicté la redacción palabra por palabra. ¿Qué puede hacer una marioneta? Entre nosotros no existía una respuesta que no fuera cínica, así que me limité a reunir unas cuantas líneas que recordaba de conferencias que había dado Brambani cuando todavía estaba escribiendo *Guerra entre los dedos y el pulgar*. El papel del marionetista es preservar durante todas las etapas de la vida el asombro infantil, etcétera. La redacción de Radha fue tan breve que sólo llegó a la mitad de palabras exigidas; copió y pegó el párrafo que ya había escrito y añadió una línea al principio explicando que estaba utilizando la técnica de la repetición para aumentar el énfasis. Había que presentar una copia en papel de la redacción, de modo que Tyche envió la suya por correo electrónico a Radha, que la entregó sin leerla y se marchó de la mano con el chico Grimaldi. Rowan Wayland interceptó la redacción de Tyche antes de que llegara al despacho de la señora Alfarsi, y se llevó un dedo a los labios cuando empecé a preguntarle qué estaba haciendo. La leyó dos veces y luego la leí yo, para averiguar qué andaba buscando.

> La noche pasada no hubo luna y cogimos un bote hasta Scapa Flow. En el cielo había una luz entrecortada por columnas de nubes que giraban y se intercalaban entre las franjas de luz. Polvo y fuego de dragón. «Ésa es la Vía Láctea. Lo que podemos ver de ella, al menos», dijo el profesor Semiónov.

Era tan hermosa que no podía dejar de mirarla por miedo a que desapareciera, o resultara ser una ilusión gigantesca. Quizá fue el balanceo de la cubierta, o a lo mejor estuve mirando durante demasiado tiempo, pero al cabo de un rato sentí que todo se me venía encima, la luz, las nubes y la oscuridad, incontables estrellas y planetas volando como flechas lanzadas por un arco oculto más allá. No es que los tres que estábamos en la barca fuéramos su objetivo; era un accidente de escala. Aplastamos hormigas continuamente cuando caminamos por un parque. Pensé que el mejor plan era escapar antes de que el cielo se desplomara, saltar al mar y ahogarme directamente. Otro plan era cerrar los ojos, pero Mirna me hizo seguir mirando el cielo. Dijo que su propio miedo había sido que esos pinchazos de luz siguieran creciendo y que mientras lo hacían ella se encogiera. Me obligó a seguir mirando hasta que el pánico desapareciera. Todo lo que yo sabía hacer con marionetas, todo lo que solía querer hacer, eran trucos inquietantes. Eso ya no basta. Quiero poner en escena pequeños espectáculos complicados, encontrar lugares aquí y allá donde podamos ver cómo seríamos si pudiéramos controlarlo todo. Fantasías crueles, tal vez, pero no pueden hacer más daño que ver fugazmente una galaxia.

TYCHE SHAW

—¡Cuánto dolor sienten los marionetistas de hoy!—exclamé al tiempo que Rowan me preguntaba cuánto creía que a Tyche le desagradaba Mirna, en una escala del uno al diez—. ¡Ocho!—dije—. A lo mejor ocho y medio. Aunque a juzgar por la redacción parece haber cambiado de opinión.

—Gepetta, a juzgar por la redacción, el desagrado pasa de diez. Mirna sabe cómo lograr que la gente haga lo que ella quiere, pero no sabe lograr que piensen de otro modo. Y, sin embargo, ahí está Tyche reclamando los objetivos de Mirna como suyos. ¿No te huele a chamusquina? Puede ser divertido sentarse y contemplar cómo Mirna es manipulada por una vez. Pero no puedo hacerlo.

—¿Por qué no? Yo sí.

Rowan me habló de una chica que respondía a todos los estímulos externos salvo al tacto humano. No podía sentirlo en absoluto y ésa era la razón de que desde que era pequeña las personas la asustaran y le fueran asustando cada vez más hasta que le resultó casi imposible soportarlas. Podía ver y sentir a sus congéneres humanos, pero establecer contacto físico con ellos era como tratar de atrapar el aire. Era como vivir con alucinaciones que ni desaparecían ni se hacían

tangibles. Lo peor era tener que fingir que ese hatajo de monstruos no era nada de lo que hubiera que preocuparse. Pronto aprendió que disgustarse era contraproducente porque entonces ellos trataban de consolarla con abrazos y cosas así. Ella decía lo que tenía que decir y hacía lo que tenía que hacer para evitar el contacto físico innecesario, pero su situación se complicó aún más por el efecto que su tacto tenía en los otros: era capaz de aliviar el dolor. No es que curara o absorbiera la fuente del dolor, era más bien que suprimía la sensación de dolor durante unas horas, o incluso medio día, dependiendo de la duración del contacto dérmico. Daba igual el tipo de mal que afligiera a una persona; si la chica le cogía de la mano, el dolor desaparecía y el vacío dejado por éste era llenado por otro tipo de impresiones diversas.

Esta capacidad suya, más que su insensibilidad hacia los demás, trastocó sus relaciones sociales más allá de lo imaginable. Las personas cercanas detectaban de algún modo lo que podía hacer por ellas y la buscaban sin ser conscientes siquiera de ello, y se aferraban a ella; amigos, familiares y extraños la utilizaban sin percibir lo que hacían, y se aferraban a ella tan fuerte que le crujían las costillas. Al parecer en aquella época a todo el mundo le dolía alguna cosa. Jóvenes melenudos acampaban en el umbral de su casa con sus guitarras y el padre de la chica tuvo que pasar parte de cada velada en pie delante de la ventana del salón para que los campistas tuvieran una buena visión de sus bíceps de leñador. La incongruente combinación de pelo blanco, barba y brazos musculosos hacía que los chicos se dispersaran con la confusa sensación de que Papá Noel estaba enfadado con ellos.

Para poder huir del contacto involuntario, la chica trató de identificar a quienes sufrían mayor dolor y pasaba noches en el hospital local sentada junto a ellos, tomándoles de la mano durante todo el tiempo que podía soportar. Trató de hacer lo mismo en el pabellón psiquiátrico, pero allí las medidas de seguridad eran más severas. Cuando regresaba a casa se quedaba junto a su madre, cuya adicción a los analgésicos la había inducido a infligirse heridas para así obtener recetas de medicamentos fuertes. Los nervios la atormentaban tanto que sólo la medicación impedía que sus gritos se convirtieran en una fuente de molestias públicas y domésticas. De lo poco que había sido capaz de explicarle, la chica sabía que su madre tenía pensamientos extraños que no podía contar a nadie. El interior de sus párpados se poblaba de estructuras gráficas, una minuciosa exposición de fotografías de rayos X. Madre e hija se querían, pero habían dejado de tratar de expresar su afecto; en lugar de mostrarlo de manera forzada, lo único que pedía la una a la otra era buena fe. Por mucho que la hija le ofreciera la mano a su madre, ésta la rechazaba. Era la lucha habitual entre quien ama aceptando una carga

y quien ama negándose a ser una. En realidad la necesidad de pastillas de la madre no estaba motivada por la necesidad de evitar el dolor, sino por la determinación de evitar cualquier tipo de sentimiento. Por eso las pastillas eran mejor remedio que la mano de su hija.

El padre de la chica era titiritero y un día le pidieron que hiciera una función en Praga; honor que hubiera sido difícil declinar. Ni en sus mejores sueños se le habría ocurrido que los titiriteros de esa ciudad lo tuvieran en cuenta, y mucho menos que le consideraran un colega. La esposa del profesor lo interpretó como la señal de que había llegado el momento de ser flexible o rendirse. Dijo a su marido que le vendría bien llevarse a su hija con él de viaje e ingresó en una clínica como respuesta a la inquietud que le producía a su familia dejarla sola. Así que la chica se vio de repente viviendo en Praga. Rowan no tenía ninguna opinión sobre Praga, pero yo la conozco un poco, y me parece apropiado que soltaran a alguien como Mirna Semiónova en una ciudad cuyas calles combinaban arcoíris filtrados en sepia con formas de una precisión espeluznante. Si de verdad es ésa la calle que Rowan mencionó, entonces Mirna y su padre vivían en un edificio que parecía una avenida de horcas de hormigón soldadas con acero. Aparte de obligarla a asistir al colegio, su padre dejó que hiciera lo que le diera la gana: era libre de asistir a sus ensayos y representaciones, o de mejorar su habilidad grafitera, meterse con los cisnes que nadaban a orillas del Moldava, o cualquier cosa que le pareciera una buena idea. Como a Mirna le encantaba contemplar a su padre con sus marionetas—él le enseñó la influencia que se podía tener desde una ligera distancia—pasaba tanto tiempo en el teatro que se convirtió en su segundo hogar. También inició una correspondencia con su madre que agradaba a ambas y les permitió descubrir que tanto la tarta de manzana como los arándanos siguen siendo comestibles tras un viaje de cuarenta y ocho horas en un servicio de mensajería. De vez en cuando hablaban brevemente de recuperación y Mirna empezó a percibir que cambiaba el lenguaje que su madre utilizaba para describir su dolor: usaba palabras más relacionadas con la resignación que con la renuncia.

Mirna se había hecho cargo de dos chicos que vivían en el piso de arriba, Jindrich y Kirill, los hermanos Topol. Mirna era la pasión de ambos chicos… La llamaban Londres y soñaban con poder salvarla de cualquier peligro. A veces uno de los hermanos la amenazaba para que el otro pudiera defenderla, aunque ella hubiera dejado bien claro desde el principio que lo único que les pedía era que murieran por ella única y exclusivamente si llegaba a ser necesario. Los Topol enseñaban checo a Mirna, de manera que ella tenía que darles sus

instrucciones mediante gestos, pero los hermanos la comprendían al momento. La muerte aparecía con frecuencia en sus pensamientos, algo por lo demás muy normal ya que Mirna se había convertido en participante en sus combates de lucha de los domingos por la tarde en el cementerio Olšany. Kirill era feroz y Jindrich se movía rápidamente, pero Mirna era aún más ágil y su brutalidad se veía acrecentada por su voluntad de no engañar. En lugar de ponerle las manos encima a su oponente, trazaba ochos hasta que lo agotaba y alguna amable rama de árbol le proporcionaba la altura para agarrar firmemente a Jindrich o a Kirill con ambos pies y tirarlo al suelo, con la humillación añadida de obligarlos a amortiguar la caída de ella con su propio cuerpo.

Con sus decenas de miles de tumbas, el cementerio de Olšany en Praga es como una gran población, una pequeña ciudad. Yo, Gepetta, estuve allí y sé que algo se mueve por ese lugar, algo pasa entre los árboles. No puedo decir qué es lo que se desplaza, porque nuestros caminos nunca se han cruzado, pero lo que sí he podido ver es que en algunos de los claros de Olšany, las hojas se juntan y forman sombríos puentes de rama a rama, y las cortezas de esos árboles se pelan mostrando un color que emite destellos de algo crudo y descompuesto, savia y huesos viejos. Los Topol y Mirna siguieron esta ruta, cambiando durante un mes sus escenarios de lucha, abriéndose paso con dificultad a través de la maleza, recibiendo ocasionales patadas voladoras (por muchas veces que suceda, siempre sorprende verse atacado por un arbusto) antes de descubrir al pequeño diablo de madera. Hacía semanas que el diablo de madera les había detectado. Lo habían tallado en madera de serbal y recordaba todos los dichos de los árboles, uno de las cuales era que no había que fiarse de los humanos. «En primer lugar, nos talan—dijo Rowan—. Segundo, están todos locos, aunque supongo que no pueden evitarlo, al tener sus raíces en el agua en lugar de en la tierra».

El diablo de madera no pudo evitar, sin embargo, reírse mucho de los que pasaban. Eran tan divertidos que ni siquiera podía sentir lástima por ellos. Estaban todo el tiempo pendientes del paso del tiempo. No podían dejar pasar ni sesenta minutos sin preguntarse unos a otros qué hora era; como si el tiempo fuera una moneda volátil que se pudiera poseer o perder, cuando en realidad el tiempo no era sino una niebla que cubría inexorablemente todos sus actos y palabras, que eran olvidados o recordados erróneamente. La tarea oficial del diablo de madera era guardar la tumba de un alquimista llamado Rowan Wayland. La tumba estaba vacía, de hecho era una de las siete dispersas por todo el continente, y las otras seis también estaban vacías. En tanto que alquimista, a Wayland le hizo gracia pensar que era posible dar a entender que había tenido tanto éxito en su profesión

que no quedaba absolutamente el menor rastro de que hubiera muerto. Su plan había funcionado. Habían pasado seis siglos y los residentes de las calles cercanas al cementerio todavía no eran capaces de descartar la posibilidad de que estuviera rondando por allí. Cada 14 de julio sin falta el Ayuntamiento recibía una bolsa de oro antiguo de un benefactor anónimo; el pago simbólico por la tumba de Wayland. En realidad era algo improbable que el pago proviniera del propio Wayland, dado que la principal razón de que el rey Rodolfo hubiera ordenado la ejecución del alquimista era su incapacidad de producir oro a partir de metal común tal como había prometido. Wayland tenía buenos amigos. Se las arreglaron para enterrar una marioneta de madera en lugar de su cuerpo. El alquimista había huido de territorio checo y había proseguido su carrera en otras cortes reales.

El diablo de madera había pasado por muchas cosas desde que se descubrió que era el único habitante de la tumba: lo habían encerado y barnizado, sujetado con estacas a la tierra, congelado, empapado y secado de nuevo. Incluso había visto al viajero de los árboles: «Girando como una rueda». La vida del diablo de madera era tenue y vaga, sólo un poco más intensa que la de los títeres inanimados, y se debía al hecho de que la primera impresión que causaba era de humanidad. Los visitantes del cementerio que se acercaban por detrás al diablo de madera tendían a confundirlo con alguien de la misma edad que Mirna Semiónova tenía por aquella época, y entablaban confiadamente conversaciones, aunque cuando descubrían su error se sentían avergonzados o extrañamente asqueados. En cualquier caso, contar con una dirección fija fomentaba su actitud silenciosa. El diablo de madera disponía de un buen observatorio y fue el público secreto de unos cuantos combates Topol-Semiónova. Al diablo le preocupaba un poco que Mirna y los chicos se convirtieran en una molestia cuando le descubrieran. Pero había un árbol que el diablo de madera consideraba como su madre, porque cuando todavía era un retoño le había murmurado para tranquilizarlo. El árbol todavía le protegía y murmuraba lo que los árboles más viejos de Olšany siempre habían murmurado: «*To pominulo; stejně může i tohle*», ‘Aquello ya pasó; esto también pasará’.

El árbol tenía razón. Aquella situación no era única. Lo más seguro era que los chicos huyeran despavoridos en cuanto le vieran.

Mirna vio al diablo antes que los hermanos Topol y se acercó sin hacer ruido. Leyó el nombre en la lápida y retiró un poco de liquen del pelo del diablo. Su amabilidad dejó a éste totalmente perplejo. Era muy raro que nadie sintiera curiosidad por saber cómo era al tacto y más aún que alguien lo tocara voluntariamente. Y hasta entonces

nadie se había sentido tan complacido por lo que había descubierto.

Los chicos rozaron el colmo de la descortesía al utilizar los hombros del diablo para colgar sus abrigos. Como las llaves de casa que llevaba Mirna siempre se le caían de los bolsillos, las dejó en el regazo del diablo antes de darle una palmadita cariñosa en la barbilla y decir: «Gracias, Rowan». Tras una elaborada secuencia de estiramientos, Jindrich y Kirill estuvieron listos para luchar, y Mirna hacía de árbitro. Era una tarde muy poco habitual para el diablo de madera, quien se había dado perfecta cuenta del brazo que Mirna había deslizado casualmente sobre sus hombros, como si ambos fueran amigos que hubieran llegado juntos a ese lugar.

A la hora de cenar, los chicos se pusieron de nuevo las chaquetas. Pero Mirna se dejó las llaves de su casa y no las echó de menos hasta que llegó a la puerta y metió la mano en el bolsillo de los tejanos.

Su padre estaba todavía en el teatro, así que los Topol se la llevaron a su casa para pasar con ella toda la velada. Después de cenar, Kirill ajustó la luz de la lámpara hasta que creó las condiciones idóneas para hacer sombras chinescas y Mirna hizo una pequeña representación. Sus improvisados títeres de sombra peleaban entre ellos, se llevaban las manos a la cabeza: «¡Qué vamos a hacer! ¡Qué vamos a hacer!…». Una criatura con cabeza de cuchara apareció de repente entre los títeres y entabló amistad con el más joven. «Le prometí que podría vivir con nosotros…», pero la madre sombra lo prohibía: «¡De ninguna manera! Deja que siga su camino, hijo». El chico montó una tienda en el jardín y cortésmente invitó a entrar a la criatura de cabeza de cuchara, como si estuviera en su casa. La criatura de cabeza de cuchara ofreció marcharse ya que no quería causar molestias a nadie, pero el chico insistió. El padre sombra estaba agujereando la tienda con un tenedor cuando sonó el timbre en casa de los Topol. El timbrazo fue seguido de un insistente toque con los nudillos y luego del sonido de unos pesados zuecos que se alejaban ruidosamente a toda velocidad. Mirna y el señor Topol salieron a la calle pero lo único que encontraron fue transeúntes con calzado silencioso normal. Las luces del piso de Mirna estaban encendidas; llamó a la puerta mientras se despedía del señor Topol, pero cuando la puerta se abrió, aparentemente sola, supo que su padre no estaba en casa. No era la clase de persona que se ocultaba detrás de la puerta al abrirla.

De todas formas, dijo en voz alta: «¿Papá?», pero no obtuvo respuesta. No empezó a temblar hasta que vio su llavero en la mesita del pasillo. Por un momento pensó en salir corriendo a buscar a Jindrich o a Kirill, o a ambos, pero no le apetecía darle la espalda a aquella puerta abierta; además, la señora Topol se había estado

quejando de un fuerte dolor de cabeza toda la velada y no sabía cuántas veces más podría evitar educadamente sus furtivos intentos de tocarla sin que la situación se volviera incómoda. Así que llamó por teléfono a Jindrich Topol, aunque sólo estuvieran separados por un tramo de escaleras, le habló de tonterías y siguió hablando de cosas sin importancia mientras recorría el piso habitación por habitación. Todo estaba como siempre, salvo en su dormitorio. Al mirar debajo de la cama, como persona versada en procedimientos de búsqueda gracias a la literatura de terror, Mirna encontró a Rowan Wayland tumbado en el suelo, rezumando odio hacia las llaves. Dejan un llavero a tu cuidado y aunque declinas toda responsabilidad no eres capaz de deshacerte de él. Tampoco puedes regalarlo: ¿a quién podría alguien bienintencionado regalar una llave? Rowan siempre metida en algo, uniendo caminos y puertas de acceso aunque se quede bien quietecita; es casi imposible imaginar su capacidad de intromisión. Como el diablo de madera sospechaba que las llaves causarían más problemas de los que resolverían, siguió a Mirna con un plan en mente: poner su granito de arena para restaurar el orden. La casa de Mirna parecía un escondite ingenioso, y estrictamente temporal. Pero con su típica malicia, las llaves que habían dejado entrar a Rowan no habían servido de nada cuando trató de salir.

Mirna había sido testigo de la gran cantidad de caricias que se prodigaban amigos, familias y amantes y los había despreciado arrogantemente por necesitarlas. Ahora que ella misma había sentido el tacto de Rowan y le había gustado, se acercó de nuevo tímidamente al diablo de madera, tocó su muñeca y sintió algo parecido a un atisbo de latido. Pensó que le resultaría duro vivir en adelante sin volver a sentirlo nunca más. A Rowan y Mirna les llevó algún tiempo entender las palabras del otro; se tenían que agarrar para poder pensar con claridad y luego entender. El que lo encuentra se lo queda, *Zabaveno nálezcem…*, y los humanos sólo viven unos pocos años, así que después Rowan podría volver a casa, de vuelta al estado de semisueño y a las voces que no le pedían nada. Mirna y él dedicaron tiempo a explicar la situación al profesor y la señora Semiónova. Esperaron hasta que la familia volvió a reunirse en Londres y lo que más les preocupaba era que la señora Semiónova pudiera llamar a un exorcista y el profesor tratara de descubrir cómo hacer más marionetas vivientes desmontando a Rowan. Pero los Semiónov no eran esa clase de personas. Había unas cuantas palabras de Neruda que les encantaban:

> Yo no sé nada de la luz, de dónde
> viene ni dónde va,

yo sólo quiero que la luz alumbre…

Rowan hizo una pequeña inclinación para indicar que había dicho todo lo que deseaba decir.

—¿Qué vas a hacer?—pregunté yo.

Suspiró.

—Me temo que lo de Mirna no está saliendo bien. Parece que lo único que ha aprendido es una forma de quitar el dolor sin tocar a nadie.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Que el método consiste en provocar el dolor primero. Pero no te preocupes, me encargaré de ella y también de Tyche. Lo importante es que, puesto que deseas alterar tu estado, ese deseo no se te conceda a través de mí, a ser posible.

No respondí, dado que me había dicho tantas cosas sobre las que pensar.

«¿Cuánto puedo contarle a Radha?

»Todo lo que pueda servir para cambiar sus sentimientos.

»Es decir, nada.

Rowan me llevó a casa en su mochila—a casa de Radha, no a la de Mirna—. Gustav abrió la puerta. Tras él Radha estaba practicando un baile coreográfico con Petrushka y Loco Dempsey, entrando y saliendo de diferentes pares de zapatos.

—Lo siento—dijo Rowan, mientras me dejaba en el umbral de la puerta.

—¿Por qué?—preguntó Gustav, riendo, pero Rowan se limitó a ponerse los auriculares y se alejó.

Tyche y Mirna regresaron de Escocia con nuevas y delicadas constelaciones: Tyche llevaba una tatuada en el brazo izquierdo y Mirna en el derecho. Habían elegido una constelación de cuatro brillantes estrellas denominadas Camaleón. Rowan miraba impasible mientras Mirna colocaba notas en el armario de Tyche para que ésta las leyera más tarde. Tyche murmuraba las respuestas en el oído de Mirna y ésta sonreía de tal modo que la mayoría de presentes tomaron la sonrisa por una confirmación de intimidad amorosa, aunque yo lo dudaba, conociendo como conocía la aversión de Mirna hacia todo lo carnal. En cuanto a Radha, no dejó de batallar: admiró los tatuajes, siguió poniendo nerviosa a Mirna llamándola alegremente «mi esposa» a la cara y la invitó a ella y a Tyche a ir a comprar títeres, aunque siempre volvía con las manos vacías de esas excursiones. La música era lo único que la delataba; descubrió que le hacía estallar en lágrimas con mucha facilidad y se saltaba tantos temas de su lista de

reproducciones que perdí los nervios y le apagué la música para siempre, de modo que trabajaba en su escritorio en medio de un silencio que parecía agradecer. Una noche encontró una llamada perdida de Gustav en su teléfono pero no la devolvió sino que se quedó levantada hasta muy, muy tarde, por si él volvía a llamarla. (No lo hizo). La verdad es que resultaba muy irritante lo atrevidos que eran esos dos cuando estaban juntos y lo tímidos que se volvían cuando estaban separados. Estaba a punto de darles un golpecito en la cabeza y decirles: «¿Qué pensáis hacer exactamente?», pero tenía esperanzas de que Gustav se decidiera. Rowan estaba más interesado en tejer un chal de copos de nieve, de manera que Radha continuó escribiendo sin estorbos para los títeres de Gustav. Estaba escribiendo el guion de su participación en el espectáculo de fin de curso de la escuela; el título de la obra era *Polixena la chivata* y todo lo que se me permitió saber al respecto fue que la mayor parte transcurría en un bar de karaoke para gánsteres.

La obra siguiente a *Polixena la chivata* corría a cargo de Tyche y Mirna, que estaban trabajando en una idea de Tyche que llamaron *El susto de tu vida o un trozo de queso*. Nosotros, el público, recibimos unas tarjetas con antelación: en una versión de la tarjeta se leía la palabra *susto*, y debajo de ella la instrucción de escribir un nombre (NO PUEDE SER EL TUYO); en la otra versión de la tarjeta se leían las palabras *trozo de queso*, y también había espacio para escribir un nombre que no fuera el propio. Estas tarjetas provocaron escalofríos de terror eufórico que no hicieron sino aumentar a medida que se acercaban el día y la hora de la representación. Las tarjetas dejaban traslucir una sospecha de la que no logran librarse muchos de los que trabajan en el teatro: que sólo puedes alardear de tu banalidad un tiempo, pues muy pronto llega el castigo. Se ha fijado una fecha y ese día tendrá lugar un gran sacrificio…

Entramos en el teatro de la escuela temblando de nervios. La tensión aumentó cuando nos entregaron bolígrafos a la entrada y nos informaron de que las elecciones hechas a lápiz no serían aceptadas. Cuando nos sentamos, nadie se quitó ni el abrigo ni los bolsos; todo el mundo estaba listo para evacuar inmediatamente el lugar. Pobre Radha y pobre Gustav…, la suya era simplemente una actuación que había que aguantar hasta el final en lo que esperábamos que llegara el susto o el trozo de queso.

La troupe de marionetas de Gustav ya estaba en el escenario, sentadas en sillas de espaldas a nosotros. Brunilda la constructora de barcos era la más alta y le podía ver la coronilla. Había algo extraño en la manera en que estaba colocada su cabeza. Ya sé que este comentario sobre la postura de un títere es raro, dado que las posturas

de los títeres son intrínsecamente extrañas. Pero con todo… Iba a comentárselo a Radha, pero como Tyche y Rowan estaban sentados detrás preferí no hacerlo. Tyche preguntó a Radha qué tarjeta le había tocado: «¿Susto o trozo de queso?». Radha sonrió con mucha dulzura y le respondió: «Espera y verás», y entonces Gustav entró en el escenario mientras sonaba *No Scrubs* de las TLC. De pronto, las sillas de las marionetas giraron y en un abrir y cerrar de ojos vimos que todas las marionetas tenían los cuellos rebanados y de ellos salían hilos, aunque los tajos habían sido tan brutales que incluso los hilos estaban cortados. Cuando Gustav las vio cayó desmayado: no se derrumbó exactamente, fue más como si lo hubieran arrojado desde lo alto. Cayó recto como una tabla, sin hacer ruido, y su caída nos resultó tan irreal como la mirada vidriosa con la que las marionetas contemplaban sus propios interiores. Tenían el tipo de expresión que sólo es posible alterar cuando se desmantela la marioneta y cada sonrisa, ceño fruncido o mueca suplicante desaparecen pieza a pieza. La risa fue la primera respuesta, quizá la única respuesta natural a semejante barbaridad. Que nos riéramos pareció algo planeado. Una mano desconocida había asesinado a títeres y titiritero; durante unos treinta segundos aproximadamente la escena era tan perfecta que nadie se atrevió a intervenir. Luego los amigos de Gustav comenzaron a llamarle, recordándole que siempre habían sabido que era demasiado serio para la comedia, pidiendo la siguiente escena, diciéndole que ya era hora de que se levantara, preguntándole si se encontraba bien. Desde donde nosotros estábamos parecía dormir cómodamente, y la canción *No Scrubs* seguía sonando sin parar hasta que Radha subió corriendo al escenario, tomó al chico en sus brazos, giró su cabeza hacia un lado y vimos que tenía los ojos abiertos. Finalmente quedó claro que Gustav no estaba durmiendo. Los de primera fila incluso le vimos los ojos: eran como un vacío visible. El profesor Semiónov también subió al escenario, le tomó el pulso y gritó que alguien llamara a una ambulancia. El profesor también llamó a su hija y ésta subió al escenario en medio de un tropel de alumnos enarbolando botellas de agua, bálsamo de tigre y bufandas mientras preguntaban: «¿Todavía respira? ¿Sigue respirando?».

Tyche, Rowan y yo fuimos los únicos que nos quedamos donde estábamos, lo cual probablemente nos hizo parecer culpables, pero aproximarnos al escenario nos hubiera desconcentrado. Mirna dijo algo a Radha que la hizo soltar a Gustav y volverse hacia los títeres mutilados, recoger sus cuerpos uno a uno, mientras deslizaba los dedos por el pelo de Hamlet, daba golpecitos en el casco de Petrushka, e iba cerrando ojos, par a par. Mientras lo hacía, Mirna estrechó el cuerpo de Gustav contra su pecho («¿Sabías que le gustara tanto?», oí que un chico preguntaba a otro), el cuerpo de ella contra el cuerpo de

él. Él movió la cabeza, pareció volver en sí y la apartó, mientras su mano buscaba la de Radha. Mirna se apartó asustada y se mezcló con la muchedumbre que abarrotaba el escenario. ¿Qué había pasado? ¿Fue suficiente la dosis que le había dado? ¿O fue la forma en que Radha se inclinó sobre él mirando esos ojos tan tristes, que se habían vuelto incluso más tristes desde el día en que la había elegido? Esto es lo que yo creo: lo que más les sorprendió fue descubrir que al mirarse de esa manera lastimaban a Mirna. Fue sólo un dolorcito, suficiente para acelerar su respiración. Tyche estaba sentada en el borde de su asiento tratando de decidir si ir junto a Mirna, y Rowan trató de que chocáramos los cinco, pero yo no le hice caso. «Lo sabía», dijo, y miró a su alrededor satisfecho, dando a entender que no sólo se refería a mi desaire.

AHOGAMIENTOS

Sucedió y no sucedió:

Un hombre arrojó una llave al fuego. Sí, hay quien hace esas cosas. En este caso fue para curar una fiebre. Probablemente no lo hubiera hecho de haber tenido la cabeza en su sitio, pero no es fácil pensar con claridad cuando uno debe el alquiler y no tiene dinero para pagarlo, y cuando alguien que depende de uno se pone enfermo por falta de alimento y encima hay que dejarlo solo para ir a buscar trabajo. Para colmo, cuando encuentra un empleo, sigue sin haber dinero suficiente para comida y cobijo, así que las preocupaciones no cesan ni un minuto. En realidad sería más sencillo que al llegar a casa esa persona que depende de uno lo recibiera enfadada, o incluso decepcionada. Pero regresar donde alguien que ha hecho débiles pero evidentes esfuerzos para que la casa esté más bonita mientras uno ha estado fuera, alguien que sólo dice «No te preocupes» y habla del mañana mientras lanza una mirada esperanzada, es realmente insoportable, como si el mañana estuviera en sus manos, o en las de cualquiera de nosotros…

También está el problema del delirio: ves cómo se propaga con furia en los ojos de otra persona y luego se apaga. Ése es el momento más peligroso; es imposible ver algo que te engulle por completo tan repentina y rápidamente. Las deudas de Arkady eran tantas que cuando se veía golpeado por extraños, ya ni se preocupaba por preguntar quiénes eran o por qué le zurraban: se limitaba a asumir que la causa era el dinero que debía. En lugar de responder a los golpes se concentraba en limitar los daños a sus órganos internos. Un amigo de un amigo suyo conocía a una mujer que compraba órganos antes de que murieran los donantes. Esta mujer compraba tus órganos y luego hacía que tu muerte resultara relativamente agradable, un accidente cuando menos lo esperaras, una inesperada forma de abandonar la vida. Una vez realizada la misión, ella pagaba la cantidad acordada al contado directamente a una persona de tu elección. Arkady sintió su corazón y pulmones durante todo el día, y como los notaba aún bastante bien concibió un plan Z. ¿Y por qué no ponerlo en práctica?

Arrojar la llave al fuego fue el primer paso del plan surgido de la fiebre de este hombre. El segundo paso implicaba raptar a una chica que había visto por los alrededores. No tenía nada en contra de la chica, y era un acto insólito en él, pero su desesperación lo estaba abocando a demorarse en las calles deseando la desgracia de todo el que pasaba. Por ejemplo, la doncella de esa señora que salía a toda prisa de la joyería: ojalá perdiera alguna joya de gran valor para que él pudiera encontrarla y revenderla. Que la doncella recibiera todo tipo de castigos por el descuido no le importaba lo más mínimo. Mientras pasaba por delante del café central en la avenida principal de la ciudad, deseó que un pulcro camarero que llevaba una bandeja cargada con un desayuno se resbalara y cayera al suelo para que él pudiera recuperar los panecillos aplastados. Pero ¿y si el camarero se había caído demasiadas veces y lo despedían? «Pues mejor que mejor, porque entonces yo podría ocupar su lugar».

La chica a la que había planeado secuestrar era la hija de un tirano. A casi todo el mundo le caía bien; era alta e imprecisa…, extremadamente imprecisa. Su tendencia hacia lo impersonal provocaba conversaciones de las que ambas partes se retiraban pensando, «En fin, no ha ido demasiado bien». Si mencionabas que no tenías un buen día podía salirte con que ciertos árboles obtenían agua de las nubes cuando no podían encontrar suficiente humedad en el subsuelo. Se la conocía como Irene Segunda o Irene la Justa, dado que tenía el don de distribuir equitativamente las tartas, los elogios, las culpas y otras fuentes de conflicto. En cuanto a sus rasgos faciales, no se parecía a nadie de su familia. De hecho se parecía a un hombre a quien su madre había amado en secreto durante años, pero al que ni siquiera había dirigido la palabra hasta el día en que el tirano decidió que su esposa, Irene Primera, fuera apedreada por adulterio. Le concedió una oportunidad, una sola: le pidió que explicara por qué sus ojos le decían que su hija era de hecho la hija de otro hombre, pero la mujer sólo respondió que no había explicación alguna.

El hombre a quien Irene Primera amaba oyó hablar del parecido entre él y la niña y acudió al palacio para tratar de detener la ejecución. Juró ante el tirano que él e Irene Primera no se conocían en absoluto, pero el tirano le echó de su casa e hizo un gesto a los verdugos para que se prepararan, momento en que el hombre al que Irene la Justa se parecía se abalanzó hacia el centro del patio donde Irene Primera permanecía en pie con los brazos formando un endeble escudo en torno a su rostro y su pecho. El hombre al que Irene la Justa se parecía se plantó delante de Irene Primera, dando la espalda a los verdugos y al tirano, y le dijo que lo mirara únicamente a él, y que todo iría bien. Al parecer pretendía protegerla de las piedras tanto como su cuerpo resistiera, lo cual le resultó intolerable al tirano; no

podía permitir que esos dos escaparan juntos. La sensación de acabar de presenciar las primeras palabras que se habían dirigido también flotaba en el ambiente. El tirano tuvo miedo de un hombre que no tenía escrúpulos en implicarse en semejante asunto, de manera que en lugar de proseguir con la ejecución hizo que su esposa regresara al palacio.

En cuanto al hombre al que Irene se parecía, pidió que se le permitiera ver a la niña una sola vez—confesó no haber sentido mayor curiosidad en su vida por nadie—, pero el tirano ordenó que lo ahogaran, lo mismo que había ordenado hacer con el resto de enemigos del Estado. Bastaba con que cualquier ciudadano dijera «El último rey fue mejor» para que, de un modo u otro, el padre de Irene se enterara y entonces ahogaran al pobre infeliz en las grisáceas tierras pantanosas situadas en el rincón más recóndito del país, lejos incluso de la granja más remota. La atmósfera del lugar donde se hallaban todos los ahogados era tóxica. El agua disolvía los huesos y el tejido muscular pero de las profundidades surgían burbujas de piel, en absoluto frágiles, algunas de ellas dispuestas a alzar el vuelo, como desvergonzados globos de cuero. Por todo el país había casas vacías a cuyos habitantes había eliminado el tirano; la ciénaga de huesos, pesas y plasma también contenía llaves de las casas, porque muchos habían sido ahogados completamente vestidos con los bolsillos llenos. Irene la Justa conocía la existencia de las llaves. Visitaba las tierras pantanosas cuando se sentía con ánimos, cruzando estrechos puentes de piedra con un farol en la mano. Fue allí a dar las gracias al hombre al que se parecía por lo que había hecho, pero no podía ser separado del resto de los ahogados; Irene la Justa hizo girar el farol a su alrededor y cuando sus lágrimas alcanzaron el agua transmitieron su propio significado mientras fluían de sus cuencas oculares a las de él.

Como entre aquellos a quienes el tirano aún no había ahogado existía un gran deseo de librarse de él, Arkady sabía que contaría con apoyos si llevaba a cabo su plan de secuestrar a la hija del tirano. El tirano había empezado siendo un rey normal, ni mejor ni peor que otros, hasta que se le ocurrió poner a prueba el alcance de su poder. En cuanto descubrió el inmenso poder que tenía en realidad, tomó medidas para conservarlo. Estableció un sistema de racionamiento, no porque los recursos fueran escasos ni porque hubiera necesidad de conservarlos, sino porque el tirano deseaba observar en secreto el mercado negro y ver qué trueques deseaba y lograba hacer la gente. No sólo de productos sino de tiempo… ¿Cuánto tiempo aguantaban sus súbditos en una cola para obtener mantequilla? ¿Y medicinas? Este tipo de cosas hacían que la vida de sus súbditos fuera más ardua que la de los súbditos de países vecinos.

Irene la Justa estaba segura de que su padre era detestado: sólo se reía cuando estaba a punto de dar una orden que iba a causar pánico generalizado. La joven era consciente de que si alguien descubriera el modo de perjudicar a su padre causándole daño a ella, se lo causaría sin ninguna duda. Pero estaba bien protegida, y no se había percatado de que la observaba de cerca una de esas personas capaces de fundir una llave.

El tirano había dejado huérfano a Arkady cuando ordenó que sus padres fueran ahogados en mitad de la noche. Al despertar en la casa vacía, el chico se preguntó por qué no había nadie que le diera de comer. El pequeño Arkady se preparó el desayuno aquel día y siguió haciéndolo hasta que no quedó más comida; luego salió a la calle y allí se quedó, dejando la puerta de su casa abierta por si alguien quería utilizar el hogar familiar.

En su camino se cruzaron dos compañeros: el primero fue Giacomo, que llegó a depender de él. Arkady escuchó por casualidad a un tendero tratando de hacer pagar a Giacomo tres veces el precio de una pastilla de jabón. «Ya sé que éste parece un jabón cualquiera, pero en realidad te deja tres veces más limpio…». Giacomo estaba reuniendo alegremente las monedas cuando intervino Arkady preguntando al tendero si le parecía bonito comportarse como un miserable y si le gustaría que a él le hicieran lo mismo. Giacomo no era una persona que supiera qué era una mentira ni por qué algunas personas mentían: su mente funcionaba a otra velocidad. No es que funcionara más lentamente, para ser exactos, sino tan sólo que necesitaba mucho tiempo para aprender algunas cosas, sobre todo las cuestiones prácticas relacionadas con las personas. Para Giacomo la luz era como levitar mientras que la oscuridad era una maldición. ¿Cómo había podido vivir hasta entonces sin que lo desgarrara una u otra? Además, era muy problemático: cogía cosas que luego tenía que pagar, pagaba por cosas que no tendrían que haber costado nada; enseñó a Arkady a tener paciencia y lo contemplaba con arrobo mientras decía: «Arkady es bueno». Pero el bueno era Giacomo. Su capacidad de otorgar a todos el beneficio de la duda nunca flaqueaba: los estafadores no pretendían perjudicar a nadie, ni los abusones, ni quienes golpeaban la mano de un niño para arrancarle un billete; ninguna de esas personas tenía la intención de hacer daño.

El otro compañero fue un cachorro de braco húngaro (ya se había convertido en un perro de pelo dorado) que comenzó a seguir un día a Giacomo y Arkady y no hubo manera de hacer que se fuera, por muy fiero que se mostrara Arkady. Como Giacomo tenía un alfabeto y unas reglas de cálculo numérico propios, era difícil que consiguiera un empleo remunerado, y el perro sólo representaba para Arkady una boca más que alimentar. Pero la insistencia y el meneo de rabo del

cachorro terminaron por ganar, así como su manera de comportarse, ya que habría podido jurarse que en otros tiempos fue un caballero y estaba a punto de recuperar ese estado: antes de comer, el perro siempre esperaba a que Giacomo y Arkady se sirvieran sus raciones de lo que hubieran conseguido, y cuando Giacomo lo instaba a comer antes, el perro tomaba la porción más pequeña y nada más. Giacomo le dio el nombre de *Leporello. Leporello* daba volteretas a veces, cuando él quería, y entonces los transeúntes le arrojaban monedas. Pero si se le pedía que actuara, siempre se negaba y miraba a Arkady como si le implorara que distinguiera entre un artista y un mero animador.

Los tres se instalaron en un edificio en el linde de la ciudad. La vista desde las ventanas de la vivienda era inesperadamente bonita y abarcaba millas y millas de tierras pantanosas en las que la masa de cuerpos ahogados parecía agua, simple agua turbia que se iba volviendo totalmente pura a medida que se precipitaba hacia el océano.

Un día, mientras Arkady estaba trabajando en uno de sus tres empleos, Giacomo llegó a casa tras un largo paseo, se detuvo en el piso equivocado del edificio y abrió la puerta de una vivienda que no era la que compartía con Arkady y *Leporello*. El inquilino no estaba en casa, de manera que Giacomo podría haber visto o cogido lo que quisiera. Pero lo que buscaba era una vista desde otra ventana y eso fue lo que se llevó: diez minutos mirando al mar. Pronto descubrió que la misma llave servía para abrir todas las puertas del edificio; el casero contaba con que no se le ocurriera a ninguno de sus inquilinos abrir puertas que no fuesen la suya. Cuando Giacomo transmitió a Arkady su descubrimiento, éste se empeñó en que cambiaran la cerradura. Podían asesinarlos mientras dormían, podían robarles en cualquier momento. Ya era suficientemente penoso vivir bajo el gobierno de un tirano que lenta pero progresivamente iba arrebatando la vida de todos los habitantes, como para que también los vecinos pudieran atacarles…

Giacomo se rio y arrastró a Arkady hasta uno de los pisos que estaban vacíos, encima del suyo; *Leporello* también fue y aulló a la luna mientras ésta les bañaba la cara. El resto de inquilinos de la vivienda, demasiado ocupados y cansados para ir a ningún lugar que no fuera su casa, siguió identificando sus puertas con cuidado.

Tras conseguir que Giacomo le prometiera que tendría mucho cuidado con esas invasiones de otros pisos y que *Leporello* le asegurara que se ocuparía de que Giacomo cumpliera su palabra, Arkady se sintió más tranquilo por un tiempo. Uno de sus empleos era el de ayudante de la doctora del tirano, que no quería ser conocida por su verdadero nombre—o tal vez todavía hubiera que descubrirlo—y se

hacía llamar Lokum. Al igual que las delicias turcas, dejaba rastro de su presencia—su dulzura o su perfume—en cualquiera con quien entrara en contacto: «Ah, de modo que has estado con ella…».

Lokum se ocupaba de que el tirano gozara de perfecta salud, y de que estuviera completamente enfermo de amor. Al igual que la esposa del tirano, Lokum no tenía amantes: cualquiera que pareciera susceptible de obtener sus favores era inmediatamente ahogado. Arkady barría y fregaba las habitaciones de Lokum, recogía y transportaba sus baúles de mimbre y también hacía de conejillo de indias en sus experimentos (éste era su trabajo favorito porque todo lo que tenía que hacer era sentarse en un taburete y probar delicias turcas de diferentes colores a las que la doctora había añadido distintos brebajes). También tenía que describir detalladamente lo que sentía en su cuerpo pocos minutos después de consumir cada dulce, pero algunos de los bocados le dejaban tan atónito que le resultaba imposible encontrar palabras para describirlos, aunque por lo general no le costaba mucho dar una descripción detallada, de modo que este trabajo le compensaba más que sus otros dos empleos, indudablemente más prosaicos.

—Abre la boca—pedía ella, y a continuación colocaba un perfumado dulce en su lengua.

Aunque él se había obligado a no comportarse como todos los que se acercaban a diez pasos de ella, una vez, cuando el dulce se disolvió en su lengua, se encontró a sí mismo murmurándole:

—Recuerdo un amanecer cuando mi corazón se enredó en un mechón de tu cabello.

Su respuesta habitual era un despido inmediato, se limitaba a señalar la puerta y decir: «Le ruego que se vaya con sus sentimientos por donde ha venido». Pero esta vez ella cogió un extremo del pañuelo que llevaba y se lo pasó alrededor del cuello, atrayéndole cada vez más y más cerca hasta que sus rostros se volvieron borrosos.

—Escucha—le dijo—, han ahogado a muchos por decir mucho menos.

Arkady no tuvo nada que replicar, ya que lo que Lokum acababa de decirle era la pura verdad. Pensó que ahí terminaría el asunto, pero cuando se disponía a marcharse ella le dijo que no volviera: según ella, los celos otorgaban a las personas una insólita perspicacia y era mejor que no estuviera al alcance del tirano si quería seguir con vida. Él protestó—sin el sueldo que ella le pagaba, Giacomo, *Leporello* y él mismo apenas podrían mantenerse a flote—, pero ella negó con la cabeza, le indicó con un gesto que guardara silencio y murmuró:

—Es por tu propio bien. —Tras lo cual esparció un puñado de dulces por el suelo y gritó—: ¡Ya está bien de torpezas!

Lo dijo lo suficientemente alto como para que la escucharan los guardas al otro lado de la puerta y lo empujó fuera, arrojando la bandeja tras él para redondear la escena del despido.

A Arkady no le gustó que Lokum decidiera lo que era bueno para él. Si quería que lo ahogaran era su problema. En las semanas que siguieron, la escasez de fondos lo fue ahogando: a las facturas sin pagar se sumaba el hecho de que nadie quería darle un empleo sin pedir referencias a Lokum, que se negaba a hacerle ningún favor. Giacomo y *Leporello* hablaban menos y miraban más por las ventanas. Arkady sabía que no estaban comiendo suficiente, pero Giacomo no era de los que se quejaban y a *Leporello* tampoco se le habría ocurrido. La fiebre de Giacomo no hizo su aparición hasta que se acumularon tres meses de alquiler por pagar y el trío fue expulsado del edificio y de las vistas a las que era tan aficionado Giacomo. Arkady consiguió encontrar una habitación pequeña con un hornillo para cocinar. Era una planta baja y Giacomo se sentía aplastado por los pisos que tenían encima. Se negó a salir. Preguntó dónde estaba la puerta y buscó las paredes con las manos. Cuando *Leporello* lo condujo hasta la puerta de la habitación, dijo: «Ésta no es». Y se quedó en una esquina guardando reverentemente en las manos una reliquia, la llave de su casa anterior. «La llave de donde realmente vivimos, Arkady…». Arkady no soportaba oírle hablar así.

Giacomo y *Leporello* habían robado la llave entre los dos; el perro realizó un espectáculo completo de acrobacias y, a continuación, en pie sobre sus patas traseras, ofreció gentilmente una pata delantera al propietario, mientras Giacomo se escapaba con la llave. Giacomo estaba convencido de que había logrado reunir todas las vistas que se apreciaban desde las ventanas. A veces había tratado de describir lo que contemplaba a Arkady, pero debido a la fiebre sólo lograba decir cosas incongruentes. Arkady arrebató la llave a Giacomo para poner fin a sus desvaríos y la arrojó al fuego para acabar con la nostalgia que envenenaba su cuerpo y confundía su mente.

«Aquí es donde realmente vivimos, Giacomo, aquí, en este sótano con una puerta que no consigues encontrar». Y dicho esto dio la espalda a los gruñidos de *Leporello* y a los sollozos de Giacomo y trató de recuperar la llave del hornillo. Se durmió con la intención de secuestrar a Irene la Justa por la mañana. Había comprobado que la contraseña del palacio no había cambiado. Se mostraría tan elocuente, rápido y decidido que la chica estaría en su poder antes de que ella o cualquiera se diera cuenta de la situación. Exigiría que el tirano dejara de oprimir al país de una vez por todas. También pediría dinero, montones de dinero. Y medicinas suficientes, caldo nutritivo de carne, buenas camas y toda la brisa del mar que tanto habían anhelado sus

amigos.

En sueños vio la llave retorciéndose en el fuego y unos rostros entre las llamas, tosiendo a causa del humo, cada uno de ellos abriéndose junto a los otros como los pétalos de un girasol. Pero de pronto lo despertaron unos policías. Lo deslumbraron enfocándole directamente las linternas en los ojos, lo zarandearon y ordenaron que confesara al momento, aprovechando que todavía estaban dispuestos a ser amables. ¿Confesar qué? Los policías se rieron ante su perplejidad.

—¿Confesar qué?—preguntaron—. Sabe perfectamente que el edificio del que fue desalojado por impago ha ardido hasta los cimientos durante la noche, porque el incendio lo provocó usted.

Casi la mitad de los inquilinos se encontraba fuera, en sus empleos nocturnos, pero el resto estaba en casa y hubo nueve que no pudieron escapar a tiempo. De manera que se le acusaba de nueve muertes. Arkady sostuvo que él no había provocado el incendio, que no había matado a nadie, pero también era consciente de que en los últimos tiempos había estado lleno de resentimiento y lo seguía estando, y cuando recordó la llave ardiendo comenzó a dudar… Pensó que si hubiera ido hasta el linde de la ciudad se acordaría, sin embargo, no estaba seguro… Preguntó quién le había visto prender el fuego, pero nadie dijo nada. Giacomo y *Leporello* estaban tan callados que Arkady se temió lo peor, pero cuando consiguió mirarlos vio que uno de los policías había logrado poner un bozal y una correa a *Leporello* y por gestos le indicaba que todo iría bien siempre y cuando Giacomo se quedara donde estaba. Después de que Arkady negara unas pocas veces más haber cometido el crimen del que lo acusaban, sacaron a sus amigos de la habitación. Giacomo preguntó por qué y le dijeron que su amigo había matado a varias personas y se negaba a confesarlo, de manera que tendrían que interrogarlo hasta que lo admitiera. Al oírlo Giacomo se volvió hacia Arkady y preguntó:

—Pero ¿cómo iba a hacer una cosa así Arkady, con lo bueno que es?

Arkady, olvidando que cualquier cosa que dijera podría ser tomada por una confesión, pidió a su amigo que comprendiera que él no pretendía hacerlo.

—No era mi intención, no lo sabía.

Giacomo asintió y respondió:

—Claro, ya lo sé.

Satisfecho con la autoinculpación de Arkady, el policía que sujetaba a *Leporello* permitió que el perro se levantara sobre sus patas traseras y rozara la mejilla de Arkady y luego su propio hocico; lo repitió unas cuantas veces como para tranquilizar a Arkady

indicándole que él cuidaría de Giacomo hasta que la verdad saliera a relucir. *Leporello* parecía confiar en que la verdad saldría muy pronto a la luz, y Arkady recordó al cachorro de braco que trató de espantar y se alegró de no haberlo conseguido.

Aunque Arkady se derrumbó y confesó después de que le mostraran las fotografías de los cinco hombres y cuatro mujeres que murieron en el incendio, su confesión no fue del todo satisfactoria. Se equivocó en la hora y en la situación exacta del incendio y su declaración tuvo que ser completada con información de su antiguo casero, quien lo identificó como culpable ante el jurado, apuntando hacia Arkady mientras describía la ropa con la que la policía lo había encontrado la mañana en que le arrestaron. Las incoherencias del relato de Arkady molestaron tanto a las autoridades que lo encerraron en una celda reservada a «locos peligrosos», aquellos que no tienen la menor idea de los actos que pueden llegar a cometer hasta que los cometen.

A Arkady le llevaban la comida y junto a su celda había un aseo para lavarse. Ya no tenía que hacer complicados cálculos sobre cómo ahorrar dinero para seguir tirando; al cabo de unos días su mente se tranquilizó, dejó de imaginar que Giacomo y *Leporello* le contemplaban tristemente desde la celda de al lado e incluso podría haber sido feliz si no hubieran estado a punto de acusarlo de unas muertes que habría deseado con todas sus fuerzas estar seguro de no haber causado. Su celda era inexpugnable: estaba protegida por un complicado sistema de timbres y alarmas. A menos que se abriera la cerradura principal con la llave expresamente fabricada para ella, no podría salir vivo de allí.

Al tirano, que tenía la llave de aquella celda, le gustaba visitarlo y mofarse de él hablándole del tiempo. Como jamás había sentido interés por los delitos de los otros locos peligrosos que habían ocupado anteriormente la celda, los había mandado ahogar sin más. Pero Arkady era la única persona con la que el tirano sentía afinidad, porque había confesado sus crímenes y no obstante era capaz de dormir. Arkady raras veces contestaba a sus preguntas, pero sin darse cuenta se ganó el afecto de los guardas porque cada vez que el tirano se despedía de él le preguntaba, aunque en una versión más educada, algo así como: «¿Usted no debería estar en esta celda conmigo, pedazo de mierda?». Por orden del tirano los guardas le retiraron la comida como castigo por su insolencia, pero no lo dejaron morir de hambre aunque podrían haberlo hecho. Una noche, Arkady escuchó incluso a uno de los guardas hablar de edificios con puertas que podían abrirse con la misma llave. Afirmaba haber oído hablar de aquel asunto, pero

su compañero lo cortó en seco: «Me gustaría saber cuándo vas a dejar de contar cuentos de hadas… Para que te enteres, ningún propietario permitiría una cosa así en una propiedad suya».

Lokum aceptó casarse con el tirano a condición de que no hubiera más ahogamientos y éste envió a Irene Primera e Irene la Justa al otro lado de la frontera, a un país vecino donde pudieran comenzar su nueva vida sin su molesta presencia. Tras una larga ausencia, el tirano se plantó ante Arkady para informarle de que había perdido la llave de su celda. La llave no podía repetirse porque el único artesano capaz de reproducirla había muerto ahogado hacía unos años. El tirano admitió que Lokum tenía razón al decir que los ahogamientos eran contraproducentes.

—Lo siento—se disculpó—. Quizá aparezca la llave uno de estos días, aunque de hecho ya estabas condenado a quedarte aquí el resto de tu vida.

—No importa—contestó Arkady, y como parecía que sería la última vez que el tirano acudiría a visitarle, añadió con aire despreocupado—: Salude a Lokum de mi parte.

El tirano observó atentamente a los carceleros para comprobar si ellos habían visto y oído lo que él acababa de ver y escuchar.

—¿Acaba de relamerse los labios?—preguntó, estupefacto.

Los carceleros dijeron que no podían confirmarlo, porque estaban concentrados vigilando cualquier posible amenaza que se aproximase.

—Hmmm… Bloquead la cerradura para que la celda acabe con él —ordenó el tirano mientras salía.

Los carceleros decidieron por unanimidad no aplicar de inmediato aquella orden, dejarla reposar: no era infrecuente que el tirano reconsiderara sus decisiones. Al día siguiente el tirano no mandó ningún recado, de manera que los carceleros decidieron dejarla reposar una noche más, y otra, y así hasta que estuvieron en condiciones de admitir ante sí mismos y ante los demás que aquella vez no iban a cumplir la orden. El primer paso hacia la rebelión fue descubrir que la desobediencia no suponía el fin del mundo… Con cautela, los carceleros hablaron con otros guardas del palacio y de los pasos fronterizos, y así comenzó un éxodo continuo y silencioso.

Los países vecinos recibieron a los fugitivos y con ellos saludaron la oportunidad de derrocar al tirano mientras que de paso le gastaban una broma al ayudar a que su territorio se fuera vaciando. Si el tirano observaba que las calles estaban más tranquilas de lo habitual, simplemente se decía: «Bah, supongo que mandé ahogar a mucha gente, ¿no?».

Probablemente tampoco le hubiera ayudado nada observar que a medida que los vivos se marchaban, las marismas se extendían cada vez más y más y el agua anegaba lentamente casas y cines, tiendas de comestibles, restaurantes y salas de conciertos. Si uno miraba la ciénaga (cosa que él no hacía nunca) podía ver personas desenredando sus cabellos y extremidades, intercambiando educadamente partes del cuerpo y llaves, volviendo a ocupar sus hogares, decidiendo qué cosechas cultivar y qué formas de energía aprovechar.

Mientras tanto, el tirano se estaba felicitando a sí mismo por cómo había tratado a Arkady. No le había gustado la manera en que Lokum le suplicó que perdonara la vida a Arkady y mucho menos la cara que puso cuando le dijo que sus súplicas llegaban demasiado tarde. No creía que tuvieran una relación amorosa (ese larguirucho pirómano no podía ni en sueños pretender ganarse la atención de Lokum), pero el comportamiento de Lokum era muy parecido al del hombre al que amaba Irene Primera. ¿Qué le pasaba a todo el mundo?

El tirano prendió fuego a Lokum el día de su boda. Gracias a Arkady, el fuego ocupaba ahora el primer lugar en la lista de métodos de eliminación. La obligó a caminar hasta el extremo del puente más largo que cruzaba las marismas, la roció con petróleo y le prendió fuego. Pero puesto que no se había preocupado de evitar inflamarse él mismo, el suceso se calificó de «tentativa de asesinato-suicidio». Dijeron *tentativa* porque cuando el tirano trató de huir, la mujer en llamas corrió tras él gritando que en aquel momento acababa de descubrir algo muy interesante: no podía matarla, nunca podría matarla… Lo rodeó con sus brazos y le transmitió el fuego que él había prendido. Todavía quedaba gran parte de él cuando el tirano se lanzó a la ciénaga, pero los ahogados, llevados por el rencor, lo auparon de nuevo a la superficie donde se asó hasta morir, mientras la novia se dirigía a la ciudad arrancándose al caminar retazos ennegrecidos del vestido de novia. Se cambió de ropa y llevó comida a la prisión donde se hallaba Arkady contemplando la gran pila de publicaciones que los carceleros le habían dejado antes de partir. Antes de que Arkady pudiera dar las gracias a Lokum por la comida (y, esperaba él, por la compañía), ella le dijo:

—Espera un momento.

Y salió corriendo de nuevo. Una hora más tarde regresó con sus dos amigos. *Leporello* le estrechó la mano y Giacomo le lamió la cara; era una broma que se habían prometido gastarle la próxima vez que le vieran, porque les parecía muy buena. Arkady dio las gracias a Lokum, que tampoco esta vez parecía dispuesta a quedarse:

—Tenemos que sacarte de aquí—le anunció, y se marchó de nuevo.

—Es otoño, ¿verdad?—preguntó Arkady a Giacomo. Había visto que los zapatos de Giacomo y las patas de *Leporello* estaban

empapados, aunque sólo se decidió a hablar del asunto una vez hubo terminado de comer.

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—No sé. ¿Puedes traerme unas hojas? Sólo un puñado…

Giacomo trajo brazadas de hojas multicolores y *Leporello* se abalanzó sobre ellas como una avalancha haciendo que los barrotes de la prisión de tiñeran de los más vivos rojos y amarillos.

—¿Giacomo?

—¿Sí, Arkady?

—¿Está bien que yo salga de este lugar? Esas personas que vivían en nuestro edificio…

—Hubo un incendio y no pudieron escapar. Hubieran salido de haber podido pero no pudieron, por eso murieron. Si puedes, tienes que escapar.

—Pero ¿soy culpable?

Giacomo no dijo ni que sí ni que no, sino que trató de mantener en equilibrio una hoja sobre la nariz de *Leporello*.

¿Qué fue de Irene la Justa? Llevaba meses viviendo muy feliz en una gran ciudad donde la mayoría de personas eran tan imprecisas como ella, o incluso más. Regentaba un pequeño y coqueto bar y pasaba los días charlando de naderías con los clientes y ocupándose de todas las minucias del negocio. Su madre se había ahogado poco después de llegar a la gran ciudad: pudo ser un accidente, aunque Irene no lo creía. El río Danubio atravesaba la ciudad donde ahora vivían y su madre solía decir que si pudiera ahogarse en algún río del mundo deseaba que fuera en el Danubio, una avenida fluvial que llevaría su cuerpo hasta los Cárpatos y de allí hasta cruzarse con el Iskar, que atraviesa las montañas de los Balcanes, lavando y lavando su cuerpo hasta que no quedara ni el más leve aroma de la vida que había vivido. Luego dejaría que el Iskar la llevara hasta depositarla en lechos de blancas y diminutas flores en valles muy, muy antiguos, en las altas laderas. O si se quedaba en el Danubio, que la arrastrara por millas y millas de canales para recoger agujas de pino de la Selva Negra. Todas las que cupieran en su regazo…

Al pensar en las palabras de su madre, Irene la Justa había viajado Danubio arriba y había entregado sus cenizas al río. Los recién llegados del territorio de su padre frecuentaban su bar y maldecían libremente el nombre del tirano mientras contaban historias que le intrigaban. Si lo que esas personas decían era verdad, los ahogamientos del tirano habían concluido. Se dijo que el territorio de su padre estaba anegado por las aguas en su mayor parte, que no había rey, ni bandera, ni soldados, que sólo quedaban las ciudades de

los ahogados, y parecía que se lo pasaban bien allí abajo. Irene la Justa oyó que una de las pocas tierras que no estaban sumergidas era notable por tener en ella una gran prisión. El hombre que dijo esto a Irene hizo una pausa antes de preguntarle si podía invitarle a una copa, y ella hizo una pausa aún más larga antes de aceptar. Era guapo pero el aroma que desprendía su colonia lo asociaba ella a los usureros. Aun así, se dijo, ¿acaso los usureros no pueden ser amigos afectuosos, o al menos buenos amantes?

«Hola, siento interrumpir—dijo una atractiva recién llegada mientras se sentaba junto al posible usurero—. ¿Podemos hablar en privado?».

Todo lo que Lokum quería saber era qué se había llevado consigo Irene la Justa cuando se marchó del palacio. Irene no tenía tiempo ni ganas de hacer una lista de artículos a la amiguita de su padre el tirano. Pero Lokum reformuló la pregunta y quiso saber si se había llevado algo de su padre cuando abandonó el palacio, y entonces Irene se acordó de la llave. Era sólo un objeto metálico que descansaba en su tocador, más grande que la mayoría de llaves que ella había visto, aunque suficientemente pequeña como para metérsela en el bolsillo mientras se despedía de su padre confiando en lograr causarle un último problema.

Justo antes de que Irene y Lokum alcanzaran las puertas de la prisión, Irene la Justa se inclinó por la borda de la barca y vio que su madre había encontrado el camino a la ciudad de los ahogados que ahora rodeaba el edificio. No estaba sola; con ella había un hombre, aquel a quien Irene la Justa nunca había conocido, aunque le habría gustado. Ambos la saludaron e Irene Primera levantó un dedo y luego meció un bebé invisible, movimientos fácilmente interpretables como un deseo de tener nietos. «Encantador», murmuró Irene la Justa, volviendo a sentarse recta en la barca y fingiendo no haber visto nada en absoluto.

PRESENCIA

El marido de Jill Akkerman llevaba semanas esperando tener una charla con ella, que estaba totalmente segura de que iba a ser desagradable. Las señales eran sutiles, pero al fin y al cabo era psicóloga. También él lo era. Ya le habían avisado de que probablemente aquél iba a ser su matrimonio más complicado. Durante el mes anterior a sus vacaciones de verano estuvo tan ocupado que ella apenas le vio aparecer por casa, y cuando lo hacía, ella utilizaba los códigos oficiosos del hogar para posponer la charla. Nada de malas palabras en la cama o en la cocina. Ninguno de ellos había establecido unas reglas, pero Jill y Jacob siguieron esforzándose por mantener incólumes sus comidas y sus sueños, que se convirtieron en parte de su código de conducta. Las conversaciones en el dormitorio y en la cocina tendían a los temas superficiales, de manera que, cuando no estaba trabajando, ella trataba de estar en esas habitaciones el mayor tiempo posible. Jacob había hecho mejoras en la casa según los deseos de ella; no hubo muchos cambios, sólo añadió algunas puertas de entrada. Ella prefería las habitaciones con un mínimo de dos puertas, para tener opciones, para no estar obligada a salir por el mismo sitio por el que había entrado. En el dormitorio ella iba, con sus libros y sus chismes, de la cama al suelo y viceversa. El sexo ni se planteaba. Él ni siquiera planteó jamás la cuestión, y se limitaba a contemplarla con un atisbo de malicia en los ojos. En la cocina ella lo limpiaba todo a fondo y afilaba los cuchillos hasta que se rompían. Jacob compraba más y se los regalaba con observaciones ingeniosas que ella se limitaba a escuchar vagamente, pues sólo oía el clamoroso miedo a que él pudiera añadir: «¿Puedes venir un momento al salón?».

Una vez la sorprendió en el salón, pero Jill se deslizó tan deprisa por la pared hasta llegar a la puerta más próxima, que derribó y rompió un jarro pintado que habían elegido juntos durante su luna de miel.

A Jill no le hubiera importado recibir consejo, pero al final decidió no mencionar a nadie la situación. Ni a su propio terapeuta, y desde luego tampoco a Lena o a Sam. Jacob estaba a punto de dejarla. Ella

no quería que lo hiciera, pero éste era su tercer matrimonio y el segundo de él; sabía de qué iban estas cosas. Había conocido a la nueva compañera de trabajo de Jacob en una cena y ésta, Viviana, iba bien vestida, tenía la voz ronca y, en general, era encantadora, conocía bien muchos temas y los que no conocía le inspiraban curiosidad. Jill se vio a sí misma llamándola Vi como hacía Jacob, y cuando Vi se levantó de la mesa unos minutos para responder una llamada de teléfono, Jill murmuró:

—¿Te has dado cuenta de que está enamorada de ti?

Jacob se rio y se inclinó hacia ella frunciendo los labios para darle un beso, pero ella le rechazó con un palito de pan.

—¿Has oído lo que te he dicho?

Él volvió a inclinarse hacia ella. No lo suficiente como para besarla, pero lo bastante cerca como para que su reflejo llenara casi completamente el iris de sus ojos: «Retrato de mujer de unos cuarenta y dos años enfadada, ¡vaya!, y tiene unas tetas realmente estupendas».

—Sí, has dicho que está enamorada de mí.

—Estoy totalmente segura de ello.

—¿Totalmente? Bueno, pues aunque tengas razón, ya se le pasará, Ji.

Ji. Vi. Y seguía llamando Di a su primera mujer.

—¿Por qué no aprovechas la ocasión y te escapas con ella para ser la media naranja de una atractiva mujer negra, intelectual, como siempre has deseado?

Los maridos uno y dos, Max y Sam, eran blancos. Sam era algo más joven que Jill, pero tanto él como Max parecían viejos cuando estaban a su lado. Bueno, no viejos, sólo mayores que ella. Sin embargo, ella y Jacob, uno junto al otro, parecían de la misma edad. ¿Y qué edad era ésa? Si no les conocías, ni siquiera podías hacer un cálculo aproximado. Jacob cogió un palito de pan, se comió la mitad y le clavó la mitad que quedaba en el brazo mientras preguntaba:

—¿Te parece bien lo que estás haciendo?

Raras veces conseguía apaciguarla. Jill no sabía qué pensar de la actitud de él con el resto de amigos, seres queridos, clientes, ni de los esfuerzos que hacía para asegurarse de que todo el mundo se sintiera bien. Cuando estaba con Jill, ésta solía preguntarse si no le había sido enviado para destruirla. Como cuando ella lo invitó a probar el primer lote de hojas de té del invernadero del que era copropietaria. Era la variedad Chun Mei, que sabía a dulce hierba primaveral. Él se acercó —incomprensiblemente, llevaba una camisa vaquera con tejanos—, tomó la taza de té que ella le ofrecía y se llenó la boca con la infusión. «¿Y en qué es mejor esto a una buena taza de Tetley?».

A Jill la combinación de gusto poco refinado y de camisa vaquera

con pantalones tejanos le provocó una sensación de dentera tan aguda que la mandíbula se le quedó inmovilizada durante unos minutos. El tiempo suficiente para que él desviara la mirada de ella y se marchara tan tranquilo. Pero él sabía lo que estaba haciendo, lo sabía. En algún momento, al acercarse a la veintena, ella había dejado de intentar no estar muy enamorada de él cuando detectó que, sin proponérselo, Jacob Wallace olía exactamente como una vela recién apagada. Pero si los sentimientos de él habían desaparecido, sería mejor que se marchara. Sus aportaciones a la cuenta bancaria conjunta triplicaban las de ella, pero estaba segura de no tener problemas por prescindir de alfombras tejidas a mano en el hogar o de hoteles boutique en el extranjero. Pero quedarse sin Jacob la iba a trastornar durante largo tiempo, así que no pensaba ponerle fácil que le soltara un rollo y se largara a continuación.

Cuando faltaba una semana para sus vacaciones de verano, Jacob casi cazó por sorpresa a Jill en una estación de metro. Acababa de sumar otro mes de transporte público a su pase del metro cuando un brazo la rodeó por el cuello y su marido le murmuró en el oído:

—Jill, Jill…, no puedes seguir así, tengo que preguntarte una cosa…

Ella podría haber fingido un sobresalto durante unos instantes y haberle dado un codazo en la ingle, pero se volvió hacia él y exclamó en tono reprobador:

—¿De quién fue la idea de casarse, eh? ¿Por qué no preguntas por ahí y luego vuelves y me lo dices?

No iba a permitir que él se fuera de rositas, sin más, pero tampoco le iba a dar el gusto de aferrarse a él. Si se cansaba de estar sola siempre podía encontrar otro marido.

(El otro día Jill se encontró casualmente con su ex Max fuera de la panadería de su amiga Mary, y él, rodeando su cuerpo con un brazo y lanzando una larga mirada de asombro, le soltó: «¡Santo cielo! ¡Pero qué deprisa te vas estropeando! Menos mal que me fui a tiempo mientras las cosas todavía estaban en su sitio, ¿eh?», aunque sus ojos contradecían claramente sus palabras. No es que estuviera dispuesta a volver con Max, con quien nunca conoció la felicidad conyugal. A ella le ponía nerviosa que casi todos los miembros de su familia política fueran banqueros suizos, y además estaban las terribles broncas nocturnas en las que se enzarzaban. Si ella protestaba por el desvergonzado revisionismo de Max al hacer referencia a algo que él mismo había dicho el día anterior, él decía que le preocupaba que Jill fuese tan negativa o le soltaba algún comentario mordaz que aparentemente alguien le había hecho sobre su conducta—no estaba claro si él se los inventaba o simplemente los archivaba—. Max nunca

dejó de gustarle, pero sólo pensar en él le agotaba).

Jill se dirigió al puesto azul donde se apilaban ejemplares del *Evening Standard*, pero Jacob le dio el suyo.

—Sé de quién fue la idea de casarse—le respondió—. No tengo que ir a preguntar por ahí, yo estaba presente. Y tú también, una tía buenísima más entre las muchas, muchísimas tías buenas de Londres, borracha, sentada en un sofá con uno de sus mejores amigos.

—Perdona…, puede que uno de los mejores amigos estuviera muy borracho, porque verme a mí como la reina de los beodos… Sólo estaba un poco achispada. Y no olvides mencionar que ese mejor amigo era un hombre moderadamente atractivo que no dio ni una muestra de interesarse por mí en los veintiocho años que hacía que nos conocíamos…

—Quizá pensó que era demasiado evidente. Quiero decir, ¿Jack y Jill? En cualquier caso, los dos teníais treinta y nueve años, estabais en la flor de la vida y, además, solventes; así que el tipo se armó de valor para decir…, espera, ¿qué dije?

«¿Crees que quizá amamos más a alguien cuando esa persona no sabe lo que sentimos?». Eso fue lo que dijo Jacob, y ella lo miró y le preguntó si estaba a punto de decirle alguna cosa rara, porque si ése era el caso prefería que no lo hiciera. Que le dijeran cosas raras formaba parte de su trabajo cotidiano, así que en aquel momento deseaba disfrutar de su tiempo libre. La respuesta de Jacob fue que estaba a punto de decir algo raro, pero sólo un poquito, y quizá lo que quería decir no sonara tan mal como pensaba. A lo mejor sonaba normal.

«Casémonos y tengamos magníficos niños afroasiáticos antes de que sea demasiado tarde», soltó Jacob después de que ella le hubiera indicado con un gesto que continuara hablando. Jill alargó un brazo y rellenó los vasos de ambos. Ya era muy tarde para niños. Entre sus anteriores maridos y ella habían bromeado muy seriamente sobre el hecho de que habría que esperar a que «terminara la guerra» para tener niños. Pero ninguna de las guerras en curso parecía que fuera a terminar nunca, por lo que ella no se veía en el futuro cargando con un niño. Ni física, ni mentalmente. Quizá eso es lo que siempre había pasado.

—No voy a casarme contigo, amigo.

—Ah, pero… Bueno, quiero decir, ¿por qué no? ¿Porque he dicho afroasiáticos? ¿Porque apenas nos conocemos?

Mentalmente ella replicó: «Simplemente porque no puedo seguir casándome, y también porque me revienta que me hagas visualizar otra vez mis dos bodas y una tuya sólo porque no se te ocurrió en su momento que quizá merecía la pena probarlo y ahorrarnos todo lo

demás».

Pero en voz alta dijo que eran demasiado viejos y añadió que no había necesidad de casarse. Podían salir juntos sin más, si él quería. Le aconsejó que lo dejaran reposar hasta que durmieran la mona. Puede que al despertarse él se diera cuenta de que sólo quería casarse porque había bebido mucho soju.

—Eso no disuadió al pretendiente rechazado—continuó Jacob, dejándose caer en el asiento del metro junto al de ella—. Hacía siglos que él deseaba casarse con aquella mujer, mucho antes de la constatación adulta de que el matrimonio no es necesario… Así que él le propuso matrimonio otra vez la noche siguiente. «No estamos obligados a tener niños», dijo, y luego cantó la canción coreana más cursi que fue capaz de recordar…

¿Estaba Jacob a punto de cantar *Qué tiene de malo mi edad* allí en el metro lleno de chicos y chicas, hombres y mujeres mirando? Ya los estaban mirando, porque no se había molestado en bajar la voz.

A pesar de todo ella defendió *Qué tiene de malo mi edad*.

—¡No es una canción cursi! Es tu forma de cantarla lo que la hace ñoña. Me gusta esa canción.

—A mí también. Pero me temo que es intrínsecamente sensiblera, Ji.

Jacob se volvió hacia Jill, abrió los brazos y comenzó a cantar en coreano una canción sobre alguien que se mira al espejo y pide al tiempo que se detenga. La letra se contagió a los labios de ella, y cuando él la estaba retando a que negara que su edad era perfecta para amar, ella le devolvió sus palabras con una sonrisa.

Mientras él cantaba, ella se dio cuenta de algo: él no estaba pensado en dejarla. No sabía qué quería preguntarle, pero sí que era algo completamente diferente. Ella le puso un dedo sobre los labios:

—Y cuando se casen, sus padres y todos los amigos se pondrán en pie y cantarán *Por fin*…

Pero Jacob hizo un tímido intento de morderla y luego dijo:

—¡Oye! Oye, Jill. ¿Estás pensando en dejarme?

Ella no respondió. Una de las cosas que había aprendido sobre él era que tenía un detector de mentiras incorporado y casi infalible, y repentinamente dejó de estar segura de si lo que había estado haciendo durante las últimas semanas era proyectar hábilmente su propio deseo de ser soltera de nuevo en él. Tal vez todas las despedidas y los abandonos que había sufrido Jill hubieran terminado haciendo imposible que fuera capaz de vivir con nadie.

Durante la mayor parte de sus vidas ella y Jacob habían temido lo mismo: que no se los considerase dignos de tener un hogar y

compartirlo con su familia. Ambos habían vivido en familias de acogida. Nadie les había dicho nunca que no fueran dignos, al menos no a la cara, pero sí habían oído hablar de que había adultos y niños que «no encajaban». Eran los adultos quienes lo decidían, y cuando se sacaba a colación lo de «encajar» siempre se referían al niño. Ello hacía que Jacob, Jill y Lena (hermana de leche de Jill durante un idílico aunque breve lapso) siempre estuvieran preparados para tener que dejar una casa o que los abandonaran. Jacob llegó a ser extremadamente hábil, un auténtico mediador, alguien a quien querías tener cerca porque te facilitaba las cosas, ya fuera por su poliglotismo o por su buena disposición para hacer lo que fuese necesario. Lena era bastante rebelde; solía llevar unas gafas de sol en la cabeza y una chapa donde podía leerse INFIERNO, que siempre señalaba cuando alguien le preguntaba de dónde «era originariamente». Pero al mismo tiempo era tan digna de confianza que corregir su conducta siempre parecía posible. Jill daba una impresión completamente falsa de persona obediente y necesitada de protección. «Ay, no soy más que un pajarito que no sobrevivirá al invierno a menos que me cobijes bajo tu protectora ala». Poco original, pero funcionaba.

Fueron a cenar a su restaurante favorito, lo cual resultó doblemente provechoso: delicioso brócoli a la brasa más la conversación sobre la pregunta de Jacob sin tener que llevársela a casa con ellos. Jacob propuso sacrificar sus vacaciones de verano por un proyecto suyo, una idea que estaba desarrollando como parte de su trabajo como terapeuta de duelos. Así que ésa era la pregunta que él llevaba rumiando durante semanas. ¿Te importa renunciar a tus vacaciones para poner a prueba mi proyecto? Ella se sintió avergonzada de que él creyera que debía preparar el terreno para preguntarle eso; era una cuestión que habría podido plantearse fácilmente a cualquier compañero desinteresado y resolverse sin mayor dificultad. Ella siempre lo había apoyado incondicionalmente y hasta la fecha creía haberlo expresado adecuadamente; pero ahora, mientras le oía hablar, se sentía profundamente desmoralizada. Su proyecto se centraba en un tipo especial de experiencia que un gran número de clientes decía haber vivido.

—Para simplificar al máximo las descripciones que me han dado, esta experiencia se presenta como… una implosión de la memoria. Y a medida que los individuos vagan a la deriva entre restos de recuerdos, desarrollan la apacible convicción de que no lo hacen solos. Las presencias que los acompañan son definidas como fantasmales, pero vivientes… A veces ocurre al cabo de minutos, o de horas: el doliente tiene la sensación de que ha regresado a un día en que el fallecido

estaba todavía vivo o de que el fallecido acaba de llegar al tiempo presente con él…, y lo que es interesante sobre estos lapsos que experimentan las personas es que casi siempre tienen lugar en condiciones físicas bastante similares.

—¿De manera que habéis organizado una especie de programa que induce esta sensación de… presencia?

—Bueno, eso es lo que pretendo. Evidentemente, sólo estaría destinado a los dolientes que necesiten esa sensación de vez en cuando y no puedan tenerla por sí mismos. Lo estamos llamando «Presencia». Y hemos conseguido un poco de financiación…

—Qué bien te lo montas.

—En realidad fue Vi quien consiguió la financiación. Es un prodigio en eso, tiene montones de contactos internacionales.

—Estoy segura de que ésa es sólo una de las muchas cualidades de Vi.

Jill trató de calcular rápidamente cómo le afectaba lo que acababa de descubrir de la relación entre Jacob y Vi. Sam tuvo sus aventuras y Jill llegó a entenderlas como una forma de establecer ciertos límites, como una medida contra el temor de que cualquiera pueda saber o sepa «todo» acerca de uno. No había nada que exasperara más a Jill que tener que comprender algo, y sin embargo en esta ocasión sus racionalizaciones podían no ser un grave problema, ya que estaba descubriendo que pensar que existían secretos y confidencias entre Jacob y Vi le producía algo así como un efecto mecánico: se estaba quedando sin aire y era muy poco el que volvía a entrar, respiraba como si la estuviesen estrangulando, y tuvo que sentarse sobre las manos para evitar el impulso de utilizarlas como tentáculos revolcándose por el suelo y aferrándose a cosas. Cuanto más le hablaba Jacob sobre sus experimentos, más se preguntaba ella si no era aquello una confirmación de que su temor inicial a que quisiera dejarla estaba justificado. Él estaba realmente dispuesto a hacer de conejillo de indias en su propio experimento, de ello no había duda, pero quizá también se trataba de la primera fase, la fase de prácticas, de un experimento llamado «Abandonar a Jill».

—Muy bien, te ayudaré. Pero como no conozco a nadie más capaz de pedirme que pase dos semanas fingiendo que ya no está en el mundo, dime una cosa: ¿no estás pensando en dejarme?—preguntó ella.

En los ojos de Jacob volvió a brillar un destello de socarronería.

—Métete esto en la cabeza, Jill Akkerman: no voy a dejarte. Y tú, ¿vas a dejarme a mí?

—No te voy a dejar, Jacob Wallace.

Ella lo vio examinar su expresión, postura y palabras con su

detector de mentiras. Supo que había superado la prueba cuando la mirada de Jacob perdió intensidad.

—¿Recuerdas a ese psicólogo que dijo que teníamos una dependencia poco sana el uno del otro?—preguntó el chico que aprendió coreano con Jill y con la pareja que finalmente la adoptó. Sus padres quisieron tener un nuevo idioma familiar y Jacob lo aprendió también para poder formar parte de aquella familia. Había sido un Akkerman honorario durante más de media vida.

—Sí… Le debemos nuestra profesión, creo. Nos hizo desear ver cómo sería su trabajo si alguien lo realizaba correctamente.

—A lo mejor tenía razón—dijo Jacob.

—¿Y eso?

—Quiero decir… Si hubiera sido sana habría sido más fácil renunciar.

Ella le sirvió más vino y brindaron por las dependencias poco sanas. Luego él le contó los detalles de la prueba de Presencia. Necesitaban dos bases. Jacob permanecería en su casa de Holland Park con la proyección de la presencia de Jill y Jill tendría que quedarse en su piso de Catford, un regalo de despedida de Max que ella habría rechazado si no hubiera sido el motivo de una nueva pelea con él. Los inquilinos actuales de Jill estaban en Praga hasta el otoño, y cuando les llamó para preguntarles si les parecía bien que se instalara en el piso durante un par de semanas, dijeron que estaban de acuerdo.

—Pero no rompas nada…—le rogó Radha.

Algunos obreros fueron al piso para hacer algunos ajustes en el cableado y ocultar el contenido de lo que parecían bombonas de gas en las paredes. Jacob le dio una lista completa de las sustancias que ella inhalaría. Aunque todas eran sustancias que se encuentran en la naturaleza, al mezclarlas las cosas se volvían diferentes.

—En resumen esto va a ser como un viaje de ácido de dos semanas, ¿no es así?

Jacob sólo dijo:

—No exactamente. Ya lo verás.

Una vez que se realizaron las necesarias modificaciones en ambas casas, Jill y Jacob registraron tres conversaciones cuyo objetivo era colocar a la persona en duelo en medio de una conversación familiar, del tipo que siempre mantenemos con amigos y familiares, repitiéndonos una y otra vez, volviendo sobre lo que ya sabemos unos de otros, para mostrar que todavía recordamos esas cosas y que no podríamos olvidarlas. Vi colocó una cámara en el despacho de Jacob y filmó su rostro mientras él y Jill repetían la conversación que mantuvieron en el metro sobre de quién había sido la idea de casarse.

También hablaron sobre sus primeras impresiones del otro y para cuando llegó la hora de filmar la tercera conversación no se les ocurría qué más querían decir, así que fue breve. El sexo regresó al dormitorio Akkermann-Wallace (de hecho a cada una de las habitaciones de ambas casas, y el sudor se fundió con el calor del verano).

Un día después, Vi les entregó una transcripción de lo que habían dicho en cada una de las conversaciones que filmaron en el despacho de Jacob, y Jill se sintió inicialmente ofendida (¿era ésta la forma que tenía Vi de decirles que se aseguraran de que sus afirmaciones coincidieran con lo que realmente sentían?), hasta que recordó que iban a grabar las tres conversaciones en su propio despacho, esta vez con la cámara enfocando el rostro de Jill. Tuvieron que hacer un esfuerzo para que las conversaciones estuvieran sincronizadas. Si ella o Jacob no podían sincronizarse desde sus respectivas bases, tendrían que ponerse auriculares y reincorporarse a la conversación, respondiendo a las palabras del otro con las frases tal como las recordaban.

Jacob la telefoneó cuando él y Vi llegaron a la prisión donde ella trabajaba. La ocasión no era propicia porque Jill acababa de establecer contacto visual por casualidad con el director de la prisión e hizo lo que solía hacer cuando esto sucedía: dirigirse al rincón más cercano y esconderse. Era muy consciente de que el director pensaba que ella no valía nada. No necesariamente como persona, sino como profesional en la prisión. «Dejar que los jóvenes delincuentes dediquen media hora a la semana a garabatear paisajes de color rosa en una máquina de escribir cromática no es muy útil para convertirles en mejores ciudadanos, ¿no es cierto?». Éste no era un resumen muy justo de su trabajo, pero desempeñarlo a conciencia era la única respuesta de Jill, amistosa hasta que surgía algún control burocrático. Una vez superado el incidente, volvía a ser una persona amable, incluso más amable que antes. Cuando Jill y Jacob hubieron repetido las tres conversaciones para la cámara, ella volvió al trabajo.

Jill tenía conocimiento de lo que los chicos habían hecho o al menos de lo que admitían haber hecho. Todos ellos recibían tratamiento; podían hablar con ella siempre y cuando trataran de decir lo que para ellos era verdad. Todo lo que decían era grabado y la puerta de su despacho permanecía abierta siempre que hubiera un chico con ella. En la puerta había un guarda, por si acaso, pero los problemas entre Jill y los chicos no eran frecuentes. Muchos la llamaban afectuosamente «señorita» («Dígame si alguien es grosero con usted, señorita. Sólo dígame su nombre, ¿vale?»), como si ella fuera su profesora favorita en la escuela. Jill tenía esperanza en ellos, pese a que cuando se quedaba a solas en su despacho las cosas que le

contaban la hicieran temblar como una medusa.

Ben y Solomon eran los dos chicos a cuyos progresos más tiempo dedicaba; aquella tarde fueron los dos a verla, uno después del otro. Ben era profundamente introvertido e inofensivo, y llevaba relativamente bien su encarcelamiento, aunque a Jill le habría gustado conseguir que expresara algo de emoción para poder confirmar o revisar sus impresiones sobre lo inofensivo que era y lo bien que llevaba su estancia en la prisión. Hablaba bien y podía entender todo lo que se le decía, pero era tan profundamente introvertido que a veces parecía que no sabía si había hablado o no; se mostraba molesto cuando ella lo forzaba a responder a sus preguntas: «Ya he contestado, señorita…», protestaba.

Recientemente habían encontrado un teléfono en la celda de Ben: no había llamadas entrantes ni salientes, ni mensajes grabados. Nadie se explicaba cómo había conseguido Ben el teléfono, pero era fácil saber cuánto tiempo hacía que lo tenía, porque el álbum de fotos estaba lleno de selfies. En cada una mostraba la misma pose, con los dedos levantados en el símbolo de la paz. Sólo cambiaba el entorno. Prefería las habitaciones vacías y, ocasionalmente, el telón de fondo eran dos o más de sus compañeros empeñados en romperse la crisma.

Solomon era mucho más comunicativo, pero eso no significaba que lo entendiera mejor. Su historial era bastante enigmático ya que su vida delictiva era relativamente reciente. Durante los primeros quince años de su vida, su expediente era intachable, hasta que un día se acercó a una banda cuyos miembros lo torturaban de vez en cuando, entró en ella y se convirtió en el líder. Su explicación sobre el cambio fue simplemente que «Había llegado la hora».

Jill sabía que el hermano pequeño de Solomon había estado enfermo durante años, y que el tumor cerebral remitió cuando Solomon tenía trece años. El inicio de la carrera de violencia criminal de Solomon coincidió—si es que realmente se trataba de una coincidencia—con la recurrencia de células cancerosas en el cerebro de su hermano. La situación hacía que Jill temiera por Solomon, y también que lo temiera. Él admitía que quería ayudar a su hermano, pero no decía mucho más al respecto. Era como un chico en un cuento de hadas: había una serie de cosas que debía hacer sin tener en cuenta lo que los demás pensaran de sus actos. Al final de todo habría una recompensa. Solomon acababa de enterarse por su familia de que el cáncer de su hermano había remitido de nuevo, pero el joven no había mostrado ningún alivio: las noticias sólo lograron que su mirada pareciera aún más abstraída en sus propios pensamientos. Cuando Jill trató de ver la vida con los ojos de Solomon, tuvo la impresión de que esto era lo que veía el muchacho: el azar ha elegido a tu hermano para lastimarlo, de manera que si eliges a otros al azar y los lastimas,

obtienes alivio para tu hermano. Si Jill no se equivocaba, Solomon se vería finalmente obligado a elegir a una persona al azar y matarla para que su hermano viviera. Gran parte de lo que ella le decía eran meros intentos de distraerlo, su intento de derribar la construcción lógica que él erigía. A veces a Jill le parecía que funcionaba. A veces, cuando ella le ayudaba a entender su conducta el muchacho lloraba. Pero como no era un llorica, las cintas no registraban sus remordimientos. Y cuando se preguntó a sí misma si recomendaría su excarcelación anticipada en un año, se dio cuenta de que tenía serias dudas de poder hacerlo. Era incluso posible que el chico llegara a obsesionarse, a desarrollar una fijación, y decidiera que la vida que debía eliminar por el bien de su hermano era la de su falsa amiga, la doctora Akkerman. No obstante, no estaba en absoluto segura ni tenía claro hasta dónde sería capaz de llegar Solomon hasta que lo contuvieran o qué daños sería capaz de hacer. Quizá ninguno, ojalá ninguno…

Sin embargo, como la responsabilidad de Jill era mencionar esta posibilidad, así lo hizo en los informes de aquella época.

«Disfrute de las vacaciones, doctora Akkerman», dijo Solomon cuando terminó la sesión.

Era el único chico que reconocía que no iban a verse durante dos semanas.

Jill llevó su maleta al piso de Catford y durmió allí la noche antes de que comenzara el programa Presencia. Como Jacob no había muerto todavía para ella, mantuvieron una conversación romántica por teléfono. Jill tenía permiso de Radha y Mirna para quitar cualquier imagen que pudiera interferir con la presencia de Jacob, de manera que mientras hablaba con su marido iba metiendo las fotos de la fotogénica pareja y de sus marionetas y amigos humanos (era difícil saber quién era quién) en un joyero. No escuchaba el eco de los desvaríos de Max ni de sus propios chillidos, y cuando entró en el dormitorio donde había dormido para no estar tentada de herir a Max durante la noche, la encontró llena de pequeños escenarios. Algunos de cartón, otros de madera y tela, y había también pantallas de seda para proyectar sombras.

—Parece como si en este lugar sólo se hubieran permitido peleas escenificadas—dijo Jill a Jacob.

Cuando abrió el frigorífico y advirtió que estaba lleno de botellas de una cosa llamada KOFOLA, le dijo a Jacob:

—Estaba pensando si no te será más fácil a ti sentir mi presencia allí que a mi sentir la tuya aquí. Tú nunca has estado en este lugar.

—Yo también siento curiosidad al respecto—le respondió Jacob—.

Las personas que terminen utilizando el programa Presencia tal vez necesiten viajar con él, utilizarlo en una nueva casa…

Faltaban dos minutos para la medianoche. Jill lanzó una mirada a su alrededor, a las pálidas paredes azules, y luego miró por la ventana, hacia el jardín comunitario, donde soplaba una brisa nocturna y las flores estaban completamente abiertas.

—¿Hay que apretar algún botón para… activar el programa o algo así?

—Vi lo hará a distancia.

—¿Para los dos?

—Sí…, buenas noches, Ji.

—Buenas noches.

Corrió las cortinas, se echó en la cama, apagó las luces y sintió que una ola de oscuridad tan profunda que sus ojos no lograban adaptarse a ella la clavaba a la cama, como si se hubiera desmayado… Eso era lo que le gustaba de perder el sentido, la relajante oscuridad que envolvía sus párpados. Al cabo de lo que le pareció una hora (¿o dos?) acercó el teléfono para ver la hora, pero como seguía sin ver nada decidió que era mejor seguir durmiendo.

Cuando se despertó estaba helada, los pies sobresalían por debajo de las mantas. Una cabeza había descansado sobre la almohada junto a la suya: las marcas se apreciaban claramente. Cogió la libreta y lo anotó todo. Aunque aquellas marcas fueran suyas tenía la sensación de no haber dormido sola. Eran las doce y media, más tarde de lo que se había despertado en mucho tiempo y la temperatura de la habitación era inusual para un mediodía de julio. Comprobó el termómetro y anotó la temperatura: era baja, pero la sensación térmica la hacía parecer aún más baja. Se puso dos jerséis, hizo té, se colocó los auriculares y abrió la primera conversación grabada en la pantalla del ordenador. Allí estaba Jacob, sonriéndole, hablando. Escuchó su propia voz en un tono mucho más bajo respondiéndole: «… Tu forma de cantar es lo que la hace ñoña. Me gusta esa canción…». Había secuencias de palabras que recordaba en el orden correcto, y trató de decirlas antes de que lo hiciera su voz grabada, pero estaba tan destemplada que sólo pudo escuchar y mirar en lugar de participar. Añadió esta observación a las demás en su libreta de notas.

Una visita a su invernadero en Sevenoaks produjo un descubrimiento: no se había despertado a las doce y media, pues todavía faltaban dos horas para que dieran las doce y media. Cuando consultó el teléfono en el tren la hora había cambiado, así que preguntó a cinco pasajeros, a seis… «Sí, sí, son las diez y media». Sam

y Lena estaban en el invernadero, cuidando de las plantas de té bajo las lámparas giratorias. Llevaban botas de flores a juego y Sam se anticipó a su burla:

—Ya sé, estamos hechos el uno para el otro.

Jill dudó antes de hablarles del programa Presencia. ¿Y si decían: «¿Jacob? ¿Qué Jacob?»? ¿Y si le recordaban con voces llenas de conmiseración que Jacob los había «dejado» hacía meses? No podía confiar en lo que les dijera dado que acababa de salir de un frigorífico y aterrizar en un soleado día de julio y el reloj no marcaba la misma hora en su piso que en el exterior. Aunque, en fin, eran sus amigos. Y, a ser posible, los amigos tienen derecho a saber cuándo una se ha vuelto completamente loca. Pero al parecer, todavía seguía estando cuerda. Lena y Sam le hicieron un montón de preguntas. Lena le examinó las pupilas y los dos querían ir al piso para comprobar los hechos. Lena estaba muy intrigada con los relojes de pared:

—¿En todos marcaba las doce y media? ¿Oíste si hacían tictac?

—Ahora que lo pienso, no; no hacían tictac.

A Sam lo que más le inquietaba era el frío.

—Habla con Jacob… Quizá en la siguiente fase os someta a prueba a los dos…

Dijeron que les gustaría eso. Ella no creía haberles contado nada que hiciera suponer que Presencia fuera algo divertido, así que probablemente tan sólo querían animarla. Sam le dio un puñado de hojas de Assam:

—Ya me dirás qué te parece.

De camino a casa se detuvo en un supermercado y compró productos de invierno: un medicamento para el resfriado, chocolate caliente, ingredientes para hacer sopa y ponches. Lo pagó todo en el terminal de cobro automático para no tener que charlar sobre los catarros veraniegos. Luego, comprobó la cuenta que compartía con Jacob y vio que había hecho un pago con tarjeta a un tal Waitrose hacía una hora, por una cantidad más o menos igual a la que ella había gastado. No lo mencionó en sus notas; eso era hacer trampa. Ella no debía saber si también él tenía frío.

Había olvidado cerrar la puerta de casa, otra cosa que, como lo de despertarse a las doce y media de la tarde, hacía años que no le ocurría. Se contaban historias de terror sobre Catford, pero se habría preocupado más si se hubiera olvidado de cerrar la puerta de Holland Park. Allí las cosas eran todavía más duras. Dejó las bolsas de la compra en la cocina y regresó a la puerta, cerrándola con un cuidado exagerado. Jacob salió de la habitación llena de escenarios de marionetas y miró a su alrededor haciendo un gesto de asentimiento.

—No está mal—dijo.

Según el reloj situado encima de su cabeza, todavía eran las doce y media. Dio un paso hacia ella y ella dio otro hacia atrás.

—¿Qué haces aquí?

—¿Por qué tiemblas?—fue la respuesta de él.

—Pues porque hace un frío horrible aquí.

Él le extendió la mano para que la tocara; estaba caliente, y ella la estrechó entre sus manos. Él hizo una mueca, retiró la mano y le trajo dos jerséis más para que se los pusiera. No necesitaba que le dijeran dónde estaban. Ella regresó a la cocina, buscó su libreta y lo anotó. Luego puso agua a calentar y Jacob preguntó si quería que encendiera la calefacción.

—Sí, por favor.

Puso té en la tetera y guardó la compra en los armarios. Cuando estuvo listo el té se sentaron en la sala; él dio un par de sorbos y dijo:

—Recuérdame en qué supera éste a una buena taza de Tetley.

En cambio a ella el té no le sabía a nada. Sudaba, pero Jacob no: parecía hallarse muy a gusto, como si estuviera en su casa. Se quitó un jersey para ver si así sentía menos el frío. Ponerse jerséis encima y encender la calefacción sólo hacía que sintiera más frío. Cuando miró a Jacob de lado se dio cuenta de que no era su marido. No tenía sombra y no olía como su marido—no olía a nada—, no tenía frío, podía beber té y ser sarcástico al respecto; aunque no tuviera sombra quizá a ella no le habría importado que él anduviera por allí si al menos oliera como debía. Pero tal como estaban las cosas, Jill estaba completamente segura de que aquella persona no era Jacob.

—Lo siento, pero creo que es mejor que te vayas—le pidió ella, consultando el reloj sin saber muy bien por qué—. Son las doce y media, ya te tienes que ir.

Jacob dejó la taza sobre la mesa.

—Está bien. Pero si me pides que me vaya, no volveré.

Ella le dio un golpecito en la rodilla.

—Está bien. Gracias por ser tan comprensivo.

Él se puso en pie y ella le imitó.

—Me voy, pero todo lo que hay entre nosotros seguirá igual.

Jill no pudo evitar reírse al escuchar aquella frase.

—Eres un sentimental, Jacob.

Él se rio también, y luego dejó de hacerlo bruscamente.

—No pretendía ser sentimental.

—Vale… Está bien… Adiós.

—Un placer verte—le contestó, y salió de la habitación.

Ella se quedó inmóvil durante cientos de latidos y miles de

escalofríos, pero no escuchó la puerta abrirse ni cerrarse. A las doce y media se levantó y comprobó si se había ido. Luego registró todo el encuentro en su libreta y telefoneó a Jacob infringiendo una regla de la prueba. Jacob tardó mucho en contestar el teléfono; estaba a punto de colgar cuando escuchó su voz a través de la línea:

—¿Ji?

—¡Jacob! ¿Estás bien?

—Sí…, ¿y tú?

—Sí, pero es que… ¿Tú me has visto ya en casa?

—No. Todavía no—le contestó él.

Había pasado otra cosa: Jacob había salido un momento y al regresar se había encontrado la puerta de casa abierta (ella se mordió el labio para no interrumpirle) y un intruso en el pasillo. Un tipo negro y viejo hablando en portugués, pidiendo disculpas por algo.

—¿Llamaste a la policía?

Jacob se quedó en silencio.

—¿No llamaste a la policía, Jacob?

Pensó que el intruso podía ser su padre.

—Ya sabes, mi padre biológico. Le pedí que hablara más despacio y entendí que estaba hablando de cuánto le pesaba yo en la conciencia.

—Interesante. ¿Sigue ahí contigo?

—No… En cuanto me di cuenta de quién era o podía ser o lo que fuera, le dije que se largara. Y adivina lo que dijo: «Está bien. Pero si me pides que me vaya, no volveré». Y yo respondí: «Vale, mejor que no lo hagas». Y entonces él añadió: «Me voy, pero todo lo que hay entre nosotros seguirá igual».

—No, no es posible que te haya dicho eso. Por favor, y tú cómo…

La voz de Jacob adoptó un tono sibilante e indeciso, cesó completamente y fue sustituida por una versión más uniforme y alegre. El audio de la segunda conversación que habían filmado.

—Para serte sincero, Jill, no creí que llegaras a ser adoptada. Ponías demasiado a prueba a las personas que trataban de acogerte… Cuando estabais en público te mostrabas totalmente intimidada y te apresurabas a hacer todo lo que te dijeran, como si te pegaran en casa. Y allí tampoco probabas bocado, ¿verdad?

—¡No! Me atiborraba de comida en el colegio para que pareciera que no me daban de comer. En mi recuerdo yo era una niña asustada —respondió Jill, en perfecta sintonía con la grabación de su propia voz.

—Pero los Akkerman no dejaban de decirte que te querían de verdad, incluso cuando montabas números como ésos Sabine te decía: «Lo siento y que Dios nos perdone, pero todavía seguimos

queriéndote», y ella y Karel no comían hasta que lo hacías tú…

—Y entonces yo me preocupaba por haber tensado tanto la cuerda y terminaba por darles de comer cucharadas de arroz, dos para cada uno y luego una para mí… Es importante conservar las fuerzas cuando tienes padres a los que alimentar.

No hubo ocasión para preguntar qué había pasado; Jacob había estado allí, al otro lado del teléfono, pero ya se había ido y estaban de nuevo en la semana pasada. La pared azul frente a ella era más tranquilizadora que el cielo, y su color más uniforme. De su nariz colgaban carámbanos; largos, delgados, de color gris perla: «Como husos mágicos», pensó Jill, pero no eran más que mucosa, así que fue en busca de pañuelos de papel. Ahora Jill y Jacob hablaban sobre los Wallace. Jill siempre supo que a Jacob lo adoptarían. Sólo era cuestión de encontrar a unos adultos que no trataran de darle gato por liebre; hasta la mentira más piadosa le hacía rebelarse, momento en que se descubría que no «encajaba». Y entonces aparecieron Greg y Petra Wallace, y resultó conmovedor que una pareja de políticos ultraconservadores y blancos se enamoraran perdidamente de Jacob como lo hicieron. A su hijo adoptivo le llevó mucho tiempo convencerse de que no existía algún motivo oculto por su parte. Jacob estaba más que harto de que los organismos tutelares lo exhibieran en público, harto de que una mano paternal se posara en su hombro mientras los periodistas apuntaban cosas como: «Por ejemplo, este joven trabajador…, un modelo a seguir mucho mejor para nuestros jóvenes desfavorecidos que otros que se aprovechan de las ventajas de…». Pero nunca sucedió nada semejante, sino que los Wallace mostraron un apoyo tan entusiasta y tenaz por todo lo que Jacob hacía que al final tuvo que rendirse (y también Jill).

Antes de Greg y Petra ninguna de las personas que invitaron a Jacob a sentirse «como en casa» lo había dicho en serio…, pues tanto daba haberlo dicho. Los Wallace entregaron a Jacob una llave de la casa y un día Jill se la confiscó temporalmente, sólo para ver lo desconsolado que se sentía Jacob ante la perspectiva de llegar tarde a casa. Lo que descubrió fue que Jacob Nunes, un chico que siempre estaba dispuesto a una carrera más de tres piernas, a llamar una vez más a una puerta y salir corriendo o a una pelea más de lucha libre, estaba ahora desconsolado por tener que seguir jugando en lugar de irse a casa. Los Wallace eran tan encantadores que parecía desconsiderado no quererlos. Que Jacob se hiciera miembro del Partido Laborista probablemente entristeció más a sus padres de lo que dejaron traslucir, pero no se puede tener todo en la vida…

A las doce y media Jill fue al cuarto de baño, encontró champú y se lavó el flequillo sudado. Utilizó agua caliente y vio cómo salía

vapor del agua, pero a su contacto la piel se volvía azul en lugar de roja. Tanto daba, era incapaz de sentir nada. Sin embargo, le entraron ganas de comer una cosa muy concreta: pepinillos. Como al colocar las compras había visto un tarro en el armario, fue en su busca, teniendo cuidado de no resbalar sobre el reguero de agua que iba dejando. «¡Sííííí, pepinillos!». Pero no consiguió abrir el tarro. Escuchó una voz en la habitación contigua (¿sería otra vez Jacob, aunque le hubiera pedido que se marchara?) y fue a ver quién era: sólo la televisión. Como estaba encendida se puso a ver algunos canales. «¿Recuerdas cuando casi todo el mundo era mayor que nosotros en la televisión, Jacob?».

Anotó estas cosas en la libreta, apresurándose porque eran casi las doce y media, tiempo de irse a la cama, oscuridad instantánea y completa, otra cabeza en la almohada junto a la suya; quizá durante la noche le crecía una nueva y ésa era la razón de que el sueño nocturno fuera tan profundo: era un sueño doble.

Un vecino golpeó varias veces la puerta y la despertó protestando por los gemidos que salían de su piso. El vecino era un hombre moreno de mediana edad vestido con una bata extraordinariamente estrecha; no tuvo necesidad de advertirle que no entrara porque el hombre se mantuvo bien alejado de la puerta. Sentía el frío. Lucía una barba atractiva; estaba claro que se la cuidaba mucho.

—¿Estaba escuchando algún tipo de música étnica o necesita una ambulancia o le pasa otra cosa…?

—Otra cosa, es otra cosa…—le respondió Jill.

Se disculpó y prometió que no se repetiría el ruido, aunque no estaba nada segura de ello. Debió de cesar porque no tuvo más noticias de él.

A las doce y media se levantó de nuevo para ir al baño. Como la televisión volvía a estar encendida (¿o no se había apagado?) la desconectó. Atravesó la cocina y pasó de largo, luego regresó y miró la mesa. El tarro de pepinillos estaba donde lo había dejado, pero ahora la tapa estaba abierta. ¡Genial! Comió un pepinillo y comprobó que la temperatura de la habitación había bajado aún más. Había olvidado preguntar si el programa Presencia era potencialmente mortal. Fuera hacía buen tiempo; no tardaría en salir a la calle. Quizá a las doce y media. La lluvia se abría paso entre los rayos de sol, era lo que Sabine Akkerman llamaba la lluvia del zorro. En su recuerdo, la madre de Jill sacudía el paraguas del que caían gotas de lluvia iridiscentes mientras decía: «Hoy los lobos están celebrando banquetes de boda y las brujas se cepillan el pelo».

El programa Presencia cumplía sin duda alguna su objetivo, pero quizá el propio objetivo era erróneo y necesitaba ajustes. Jill lo anotó en su libreta.

La siguiente vez que fue a la cocina había un chico sentado a la mesa, de unos doce años, quizá doce y medio, comiendo tostadas. Se parecía a Jacob y se parecía a Jill y llevaba un peinado a lo científico loco que parecía de su propia invención. Tuvo que remontarse rápidamente hasta el siglo XVpara encontrar una palabra que definiera lo guapo que era. El chico estaba sin hacer. De la cabeza a los pies no había quien lo igualara, el hijo que ella y Jacob no tuvieron tiempo de tener, su niño de postguerra. Tener un hijo propio, sí, ahora entendía por qué todo el alboroto con el asunto.

—Gracias por abrir el tarro de pepinillos, mi hombretón—le dijo Jill, cogiéndole la otra tostada.

Podía hacer más.

—De nada—respondió él flexionando su flaco tronco.

Estaba tan nuevo que toda su ropa tenía todavía las etiquetas pegadas. Las examinaron una a una.

—¡Jesús!, pero ¿cuánto vale esto? ¡Son unos ladrones! Ni siquiera te van a servir en cinco minutos.

Su hijo le frotó las manos hasta que se las calentó. Le resultó agradable y no le importó que le estuviera dando coba antes de pedirle algo. Quería un monopatín y le explicó una serie de razones por las que tenía que dejarle tener uno, y ella no discutió:

—Claro que sí. No te vayas, ahora vuelvo.

Tenía un billete de cincuenta libras en el bolso, y fue a buscarlo. Cuando regresó todavía seguía allí pero un poco mayor, de unos quince años y medio, y ya no quería un monopatín, quería una consola de vídeo-juegos o algo así. Le dio todo el dinero en metálico que tenía y le dijo que tendría que pedirle el resto a su padre.

Abrazos, besos; bien, lo habían educado para que fuera efusivo y sobón.

—¡Eres genial, mami!

—Sí, claro, claro…

Él le secó las lágrimas que repentinamente le habían brotado.

—No llores mientras estoy fuera, mami.

—¿Vas a volver de verdad?

—Sí, pero si me echas no volveré.

—No tengo puñetera intención de echarte.

—Fenomenal, entonces, hasta luego.

Y puso el plato en el fregadero; no, más bien lo lanzó al fregadero como si fuera un frisbee y aterrizó en el fregadero. Pura chiripa.

—Espera…, ¿cómo te llamas?

—Alex, ¿no?

—¿Tienes amigos? ¿Quiénes son tus amigos?

Puso los ojos en blanco, le enseñó unas cuantas fotos de su teléfono y pasó otras rápidamente.

—Mamá, son casi las doce y media, se me hace tarde… Te veo luego, ¿vale?

Esta vez ni se molestó en escuchar el ruido de la puerta de la calle. Quería decir algo a su marido sobre su hijo. Conectó el ordenador y redactó un mensaje para Jacob con el asunto: «¿¿¿Has visto lo que hemos hecho???», pero en lugar de enviarlo se colocó los auriculares y puso en marcha la tercera conversación que habían filmado. Una pregunta y una respuesta.

—¿Cuál es la mejor hora del día?

La respuesta, conocida por ellos y por cientos de miles de seguidores de una tal banda pop K, era las dos de la tarde.

En la pantalla, Jacob esperaba su pregunta.

—Hola, Jacob, ¿cuál es la mejor hora del día?

Su respuesta:

—La mejor hora del día son las dos de la tarde.

Se quedó desconcertada. Jill frunció el entrecejo. En realidad, dos cosas le preocupaban: que hubiera dicho «La mejor hora del día son las dos de la tarde», cuando la respuesta habitual era simplemente «Las dos de la tarde»; y además la aparición de la mano de Vi en la toma. No aparecía más que un instante antes de que la retirase con un «Uf» apenas audible, pero Jill se dio cuenta entonces de que la mano en el aire era probablemente la razón de que Jacob se riera un poco mientras se preparaba para responder (quizá había olvidado momentáneamente la pregunta): «La mejor hora del día son las dos de la tarde».

Alex regresó antes de que ella pudiera volver a poner la tercera conversación, y ya estaba al comienzo de la veintena: lucía una barba incipiente y llevaba pantalón chino de color rojo. Pese a lo que Jill temía, no protestó cuando le pidió que vieran la tele juntos. De hecho, aceptó la idea de bastante buena gana y colocó el brazo en el respaldo del sofá para darle calor. Ella no tenía ni idea de lo que estaban viendo, pero se dedicó a absorber cada detalle de su rostro para que, más tarde, cuando él se hubiera ido de nuevo y fueran las doce y media de la noche, el joven que se parecía a Jacob y a ella pudiera aparecer en la oscuridad.

Alex regresó por la mañana como un hombre a finales de la treintena, con fotos de su mujer, Amina, y de la nieta de Jill. Después,

Jill fue a la tienda de la esquina: quería estar preparada para la llegada de su hijo en su misma década de vida. No se había mirado al espejo antes de salir a la calle y Darren, el dependiente de la tienda, se mostró asombrado y le preguntó si se encontraba bien. Ella le respondió que estaba bien, y preguntó a qué fecha estaban y qué hora era. En el mundo exterior eran las cuatro de la tarde y había pasado una semana y cinco días desde que comenzó el experimento de Presencia. Seguía cayendo la lluvia del zorro (¿todavía?), y Jill dijo:

—El tiempo vuela, cómo vuela el tiempo.

Darren volvió a preguntarle si se encontraba bien, y esta vez ella le preguntó qué tal estaba él. Darren también se encontraba bien, o al menos eso dijo.

—No me puedo quejar…

Jill compró un bálsamo labial y se marchó a casa.

Se perdió la cuarentena de Alex:

—Ando por los cincuenta ahora, mamá…

No los aparentaba… A lo mejor estaba mintiendo, o tal vez un hijo siempre te parece tu niño. Pero no se sintió capaz de quedarse en casa con un hijo que era mayor que ella. Él podría enseñarle muchas cosas, lo sabía, pero eso hubiera supuesto quedarse en ese piso donde la temperatura estaba tan por debajo de cero que los números habían dejado de tener sentido. Tampoco se sintió capaz de echar a Alex. Así que se lavó, esta vez no sólo el flequillo, sino de arriba abajo. Sacó de la maleta ropa y se cambió. No se despidió de Alex; lo dejó durmiendo en un colchón que habían colocado en el cuarto de invitados, entre los escenarios de marionetas, todavía sin terminar de hacer, aunque para las doce y media su presencia se habría desvanecido completamente. Jill cerró con llave la puerta de entrada e hizo dos viajes: primera parada, en el trabajo, para preguntar por los chicos en los que todavía tenía puestas esperanzas. La celadora de la entrada hizo unas cuantas llamadas en voz baja de espaldas a ella, luego le dijo que estaban bien, no había pasado nada fuera de lo normal, y ¿no tenía que volver a incorporarse mañana al trabajo?

—Sí, es verdad… Hasta mañana.

El segundo viaje de Jill fue a su casa de Holland Park. En el tren pensó en la posibilidad de que Vi estuviera allí con Jacob. Aunque fuera un momento, había estado presente en un plano de la cámara. Su respuesta todavía estaba por llegar, y cuando se detuvo frente a la casa la puerta estaba abierta y tan oscura y fría como el piso que acababa de dejar; eran las doce y media y allí estaba Jacob, desplomado sobre la mesa de la cocina con los auriculares puestos. Se los quitó y preguntó de nuevo:

—¿Cuál es la mejor hora del día?

Esta vez la respuesta llegó sin aquel peso muerto verbal de antes:

—Las dos de la tarde…

Él la rodeó con sus brazos y ella con los suyos, nudos y marañas que sólo podían deshacer con los ojos cerrados.

—Estás tan calentita…

—Y en cuanto a Presencia—dijo ella—, tíralo a la basura. No sometas a nadie más a esto.

—De acuerdo.

Jacob mencionó sólo una vez a Alex, mientras comparaban sus notas.

—Ojalá tuviéramos al menos una foto—dijo él, y Jill supo de inmediato a quién y a qué se refería.

Ella no estaba de acuerdo, pero tampoco contradijo su deseo. Al fin y al cabo era suyo.

BREVE HISTORIA DE LA SOCIEDAD DE LAS FEAS CON GANAS

De: Willa Reid stonecoldwilla@hotmail.com

Para: Dayang Sharif okinamaro1993@gmail.com

Fecha: 12 de noviembre de 2012, 18:25

Asunto: ÚNETE A NOSOTRAS

Querida Dayang:

Entre la multitud de clubes, sindicatos, foros académicos, grupos de interés, células activistas y sociedades de Cambridge hay una cofradía femenina que surgió como oposición directa a las hermandades masculinas. Lo que le falta a esta cofradía en número de miembros lo compensa sobradamente en valor:* la Sociedad de las Feas con Ganas. Al hablar de las Feas con Ganas es necesario señalar en primer lugar que fue la Sociedad Bettencourt la que hizo necesaria precisamente la existencia de este tipo de presencia femenina organizada y ocasionalmente beligerante en la universidad.

La Sociedad Bettencourt existe desde 1875. Sus miembros también son conocidos como «los franciscanos», porque para ser aceptado en esta sociedad es preciso que los aspirantes tengan suficiente carisma para domesticar tanto a las aves como a las bestias, igual que san Francisco de Asís. Cada año al final del trimestre de invierno la sociedad celebra una cena en su sede, un pequeño palacio en Magdalene Street que donó a la universidad sir Hugh Bettencourt con la condición de que fuera utilizado únicamente para actividades de la Sociedad Bettencourt. Si has oído hablar de ella, quizá ya sabes lo siguiente: que ninguna mujer puede acceder a ese edificio a menos que un miembro de la sociedad la haya invitado, y ningún miembro de la Sociedad Bettencourt invita nunca a una mujer salvo para asistir a la cena anual de los miembros. Una condición para ser invitada a esa cena es que seas considerada excepcionalmente atractiva.

La Sociedad de las Feas con Ganas sólo existe desde 1949. Sus primeras integrantes conocían la Sociedad Bettencourt y no sentían una especial admiración por los estatutos de los llamados

«franciscanos». En cuanto a su cena anual…, mmm, no encajaba que personas inteligentes se dedicaran a darse palmaditas en la espalda por tener don de gentes y llevar chicas guapas a cenar con ellos. Pero, en fin, cada cual puede hacer con su tiempo lo que le plazca. No, las primeras integrantes de la Sociedad de las Feas con Ganas no tenían problemas con la Sociedad Bettencourt hasta que Giles Rutherford (presidente de la Sociedad Bettencourt en 1949, candidato a doctor en la Facultad de Clásicas) se puso a escribir un poema y se quedó atascado. Lo que necesitaba, dijo, era poner los ojos en una chica cuyo nombre evocara la idea de fealdad al igual que el nombre de Helena de Troya evocaba la de belleza. Por suerte para el poema de Giles Rutherford, la primera hornada de alumnas aspirantes a graduarse en Cambridge estaba a mano para ser inspeccionada. Rutherford encargó a sus hermanos de la Sociedad Bettencourt la tarea: «Encontradme a la tía más fea con ganas de la universidad. Buscadla por todas partes, no descanséis hasta que hayáis dibujado su cara y su figura y me hayáis traído el dibujo. Peinad Girton,[3] en particular; algo me dice que la encontraréis allí».[*] Los bettencourtianos miraron hasta en el último rincón de Newnham y Girton y encontraron muchas que prometían convertirse en leyendas. Hicieron una lista de las tías más irremediablemente feas de Cambridge, y esa lista cayó más tarde en manos de una de las mujeres invitadas a la cena anual de la sociedad. Esta dama robó la lista y buscó a otras mujeres que habían aceptado invitaciones a dicha cena. Tras reunir a unas cuantas, les mostró la lista de tías feas con ganas y preguntó: «¿Os parece bien que exista una lista semejante?». «No, no nos hace ni pizca de gracia», replicaron las demás. «Esto es Cambridge, por el amor de Dios: si no es posible venir aquí a pensar sin tener que soportar este tipo de fastidios, ¿dónde se supone que hay que ir?».[*]

Dudaban si decírselo o no a las mujeres cuyos nombres aparecían en la lista. Algunas de las invitadas a la cena de los bettencourtianos eran amigas de las feas con ganas y no querían darles un disgusto. ¿Quién deseaba ver su nombre en una lista como aquélla? Pero al final decidieron que era la única manera de sumar fuerzas para plantar cara. Dar prioridad a la delicadeza sobre la plena difusión sólo terminaría volviéndose en su contra. Moira Johnstone, la primera de las feas con ganas que fue informada de que aparecía en la lista, tuvo que suspender el proyecto en el que trabajaba en su tiempo libre: la construcción de una bomba. Estaba buscando respuesta a una pregunta sobre los efectos de un tipo particular de explosión, pero la tentación de probar su prototipo con un puñado de imbéciles era demasiado fuerte. Las demás reaccionaron de forma similar, y no tardaron en decidirse por una réplica sencilla pero contundente. En lo que la elaboraban, las invitadas a la cena de la Sociedad Bettencourt y

las feas con ganas descubrieron que, en general, se caían bien y sentían interés mutuo por sus actividades, así que se constituyeron en sociedad y consiguieron el apoyo de nuevas integrantes que no pertenecían a lista alguna. No obstante, las integrantes de esta nueva sociedad adoptaron el nombre de Feas con Ganas para todas sin excepción.

La cena de la Sociedad Bettencourt de 1949 comenzó plácidamente: fluían el champán y las galanterías, los flirteos y el debate de ideas. Las mesas fueron atendidas por camareros contratados para la ocasión, y siempre que un miembro de la Sociedad Bettencourt no estaba de acuerdo con una de las invitadas, se aseguraba de mitigar su desacuerdo con una galantería sobre el vestido de su adversaria, recordándole de ese modo cuál era el verdadero espíritu de la velada: ¡la diversión! Al menos lo era para los chicos, hasta que, cuando los camareros se preparaban para servir el primer plato, se escuchó un tremendo estruendo en la habitación de al lado. Rutherford llamó al *maître*; éste informó de que había ocurrido «algo un poco extraño», pero que el servicio se reanudaría en cuestión de minutos. Esperar cinco minutos para un plato no fue demasiado duro—más galanterías y champán—, pero cuando se interrogó al *maître* sobre la razón del retraso, éste preguntó en plan chistoso: «¿Usted cree en fantasmas?».

Las luces de la cocina se habían apagado y encendido de nuevo mientras se iba sirviendo la comida en los platos; luego los camareros escucharon pasos en la habitación de al lado, y más tarde el retrato de sir Hugh Bettencourt que estaba en esa misma habitación cayó al suelo. Los miembros de la sociedad masculina se rieron al escucharlo, pero sus invitadas se pusieron pálidas y perdieron un poco el apetito. ¿Quién sabía lo que pudo pasar con la comida cuando se apagaron las luces? Los chicos rieron más fuerte aún. Hasta la mujer más inteligente puede ser tonta. Cuando se produjo la misma secuencia de acontecimientos entre el primer y segundo plato—pasos y caída de objetos, esta vez en el techo del comedor—los miembros de la Sociedad Bettencourt dejaron de reírse y buscaron armas que les sirvieran para detener a los intrusos, espectrales o del tipo que fuese. Sus invitadas ya se les habían adelantado y apoderado de todo objeto que pudiera ser adecuadamente utilizado para apuñalar o golpear a alguien, cubertería incluida. «¿Queréis que vayamos y echemos un vistazo?», preguntó Lizzie Holmes, la primera secretaria de la Sociedad de las Feas con Ganas. «No, no, quedaos aquí, nosotros nos ocupamos de esto», dijo Rutherford, el presidente de la Sociedad Bettencourt, añadiendo un significativo «¿No?» a sus evidentemente reacios hermanos, que no obstante respondieron: «Sí, sí, faltaría más…». Los miembros de la sociedad tuvieron que partir desarmados,

dado que las asustadas mujeres se negaron a desprenderse de un solo par de pinzas para el hielo. Se abalanzaron escaleras arriba, sin luz alguna que los guiara («Nosotros esperamos en la cocina», dijeron los camareros), inspeccionaron hasta la última habitación del primer piso y no encontraron a nadie. Pero cuando regresaron al comedor se lo encontraron lleno de mujeres no invitadas, sentadas en las sillas que habían dejado vacías los miembros de la Sociedad Bettencourt y dando buena cuenta de los platos de comida temporalmente abandonados por ellos. «¡Sentaos, sentaos, acompañadnos!», exclamó Moira Johnstone, la fea con ganas número uno. Los bettencourtianos miraron a Rutherford para saber cómo tenían que comportarse: éste decidió que la única respuesta digna de un caballero era proceder de forma amable, de manera que él y sus hermanos mandaron colocar otra mesa, hicieron que los camareros la prepararan, se sentaron y comieron en compañía de las feas con ganas, cuyo plan se desarrolló como ya habrás podido adivinar: al comienzo de la velada la última de las mujeres «más atractivas» que entró en la sede de la Sociedad Bettencourt se demoró en la puerta y dejó entrar en el edificio a la primera de las feas con ganas.

Que sepamos, la Sociedad Bettencourt no volvió a confeccionar nunca más una lista de feas con ganas. La Sociedad de las Feas con Ganas floreció durante un tiempo, pero luego se fue quedando sin integrantes a medida que las siguientes generaciones de alumnas de Cambridge no tenían necesidad de ponerse etiquetas o de enfrentarse a los miembros de la Sociedad Bettencourt (cuyo número de socios permaneció constante). Las actividades de la Sociedad de las Feas con Ganas se celebran fundamentalmente bajo la divisa de «Risas, aperitivos y pasar un buen rato», pero en respuesta a los consejos de las Feas con Ganas que se han ido graduando desde la fundación de la sociedad, se edita una revista trimestral, con vistas sobre todo a la posteridad; no tenemos más lectoras que nosotras mismas.

De manera que si quieres hacerte socia, las preguntas que queremos hacerte son:

¿Quiénes son las Feas con Ganas en nuestros días?

¿Qué te hace pensar que eres una de ellas?

Tu respuesta es una llave que abrirá mundos (el tuyo, el nuestro), así que te rogamos que respondas de la manera más completa y *bigarrure* que puedas.

Quedamos a la espera de tus prontas noticias,

WILLA REID (tercero de Historia del Arte, Caius), ED NIANG (segundo de Biología, Clare), THEO ACKNER (segundo de Historia, Emma), HILDE KARLSEN (tercero de Historia de la Ciencia, Girton), GRAINNE MOLLOY (segundo de Derecho,

Peterhouse), FLORDELIZA CASTILLO (primero de Ciencia Informática, Trinity) y MARIE ADOULA (tercero de Programación Informática, King's).

A Dayang Sharif (segundo de Inglés, Queens') le llevó días encontrar una respuesta completa y variopinta. En cuanto leyó el e-mail quiso ser miembro de la sociedad—en realidad fue en cuanto conoció a Willa y Hilde en el tren—, pero como sucede con todos los grupos, los obstáculos para afiliarse no radicaban tanto en convencer a las Feas de que era una de ellas, sino en convencerse a sí misma. Miró en el diccionario la palabra *bigarrure* y descubrió que podía significar «diversidad de colores y de aspecto» y también «multiforme, mezclado, diverso y abigarrado». La diversidad de colores le hizo pensar en su jefe de estudios, el profesor Chaudhry, que le dijo: «Te vi con tu pandilla de Suffolk, Dayang. Una banda muy colorista». Ella lo miró para comprobar qué quería decir con «colorista» y por su expresión le pareció entender que correspondía a «encantadora» o a «Me habéis alegrado el día».

Para redactar su respuesta Day se centró en la noche en que conoció a Hilde y Willa. Había subido al tren en King's Cross con Pepper, Luca y Thalia. Tras pasar la noche del viernes en Londres, los cuatro estaban sudorosos y exultantes, y por fin se disponían a regresar a la habitación que compartían para descansar. Hilde y Willa estaban sentadas enfrente compartiendo una magdalena de color rojo. Day recordaba que trató de no fijarse en dos chicas hechas y derechas temerosas de comerse una magdalena entera cada una. No sabía nada de ellas ni de sus miedos. Se fijó en el largo cabello castaño de Willa y en los ojos de Hilde, que eran como grandes almendras azules. No las había visto antes, pero les hizo un gesto con la cabeza; ellas le correspondieron y siguieron con su conversación, que parecía tratar sobre una comparación entre la logística del secuestro medieval y la moderna. Pepper y Luca charlaban con Thalia sobre sus problemas en la Facultad de Bellas Artes, y Day estaba a punto de dar su propia opinión cuando cinco chicos que parecían tener la misma edad atravesaron tambaleándose el vagón mientras entonaban canciones de rugby. En realidad Day no sabía nada de rugby, así que tal vez no fueran auténticas canciones de rugby, pero los tipos tenían claramente la complexión de los jugadores de rugby. Mientras pasaban junto a Day y sus amigos, los miraron fijamente; Day sintió una punzada en el estómago cuando retrocedieron unos pasos y dejaron de cantar. Podía adivinar que estaban pensando algo o a punto de hacer o decir algo. Si decían algo, Luca plantaría cara, y también Pepper, pero ¿qué se supone que tendrían que hacer Day y Thalia?, ¿negociar la paz? Difícilmente. Day podía dar puñetazos: a sus padres sólo les habían

convocado dos veces en el colegio y las dos fue por puñetazos. No necesariamente por el hecho de que hubiera pegado a alguien; no, era su forma de hacerlo. Day golpeaba con fuerza, y cuando lo hacía apenas avisaba. Golpeaba en las venas. Aparte de que resultaba desagradable de presenciar, los puñetazos en las venas resultaban extremadamente dolorosos para quien los sufría; el vínculo existente entre corazón, pulmones y cerebro se estremecía y luego parecía partirse; a continuación, los miembros de su víctima se contraían de cualquier manera mientras trataban de recuperar alguna noción de gravedad. De vez en cuando la hermana de Day le pedía que le enseñara a dar puñetazos, pero no era una habilidad que Day pudiera enseñar, simplemente sabía hacerlo y punto. Creía que tal vez tenía algo que ver con la ansiedad y con la necesidad de estar absolutamente segura de transmitírsela al otro. Y aquella noche ella no tenía ganas de golpear a nadie. Se lo había pasado bien y quería seguir sin malos rollos…

Dos de los chicos con aspecto de jugadores de rugby eran negros. Ambos llamaron la atención de Pepper, y los tres tenían aspecto de estar pidiendo disculpas por mirarse fijamente. Pero eso no significaba que no fuera a haber pelea. Así que Day, Thalia, Pepper y Luca se pusieron tensos. Day observó algo interesante: Cabello Castaño y Ojos Azules Almendrados habían dejado de comer y también estaban en tensión. No como cuando una está a punto de huir, sino como cuando no está para tonterías. Al mirar a su alrededor, Day también observó que Cabello Castaño y Ojos Azules Almendrados no eran las únicas. En el vagón había otras personas alerta; algunas levantaron la vista de las pantallas de sus teléfonos y otras se disponían incluso a remangarse las mangas de la camisa. «¡Largaos, chavales!», aconsejó un tipo fornido; los chicos parecieron sopesar un momento el número y se marcharon llevándose consigo la idea de liarla en el vagón. Cuando se hubieron ido, Cabello Castaño se inclinó sobre la mesa y dijo:

—Me llamo Willa.

Ojos Azules Almendrados se presentó como Hilde y dijo, sin que viniera a cuento:

—Cuando éramos pequeñas pasamos juntas la varicela.

—Ah—respondió Luca, muy perspicaz—, así que por eso estáis muy unidas.

Willa se frotó la nariz.

—Sí, pero no lo hicimos adrede…

Willa era una auténtica pija. Trató de poner acento del Estuario pero no lo consiguió. En la estación, Hilde se volvió hacia ellos y preguntó:

—¿Estudiáis aquí?

Thalia, Pepper y Luca respondieron al mismo tiempo, cómo no, y apuntando a Day con un dedo:

—Es ella la que estudia aquí, la señora Sistema…

A lo que Day respondió:

—Por favor, chicos, no reprimáis vuestro resentimiento.

Willa anotó la dirección de correo electrónico de Day y le dijo que le escribiría.

—Tenemos que quedar todos un día para perrear.

—¿Perrear?

Pepper pensó que era una alusión sexual, pero Luca dijo que quizá tenía algo que ver con ir de caza: «Está clarísimo que esa pija va de caza». Thalia soltó una risita tonta.

El encuentro del tren respondió en cierto modo la cuestión de qué le hacía pensar a Day que podría ser miembro de las Feas con Ganas, pero no respondió a la cuestión de qué era una Fea con Ganas. Segundo curso era un año en que había que aplicarse a fondo en los estudios; no podía permitirse volver a fallar en un examen como el curso pasado (demasiado tiempo visitando a Pepper en Oxford Brookes), así que sólo podría concentrarse en cuestiones de tías poco agraciadas después de haber trabajado al máximo en sus estudios, leído todos los libros, tomado notas y consultado todas las referencias posibles en un día. Day llevaba Queens' en la sangre porque había sido el colegio de su padre. En sus tiempos, él recorrió miles de kilómetros para matricularse, mientras que ella venía simplemente desde Suffolk. Cuando mejor se estaba en la biblioteca de su *college* era tarde por la noche. Era entonces cuando las figuras de las vidrieras parecían dormir y las luces de cada mesa proyectaban en el suelo una suave luz anaranjada hasta formar un gran globo que se proyectaba en cada revuelta de la escalera que conducía a los niveles superiores. Cuando observó la escena, a Day le pareció que era el sueño de las figuras de las vidrieras. Y allí estaba ella también, viviendo en ese sueño. Se estiró, suspiró. «Bueno, soy una chica imaginativa, ¿pero soy fea con ganas?». Su hermana Aisha estaba tratando de ingresar en Murray Edwards, el *college* de su madre.

El suspiro de Day no había pasado desapercibido; pocas mesas más allá, Hércules Demetriou (primero de Derecho) la miró detenidamente y sonrió. Ella apartó la mirada. No porque pensara que fuera mala persona ni nada parecido, pero era problemático. La culpa era sólo suya por sentirse atraída por él y eso que ya formaba parte de la Sociedad Bettencourt. Era un chico alto y bien formado, con el cabello ondulado, dentadura perfecta e inquebrantablemente equilibrado. De cerca se apreciaban ligeros indicios de acné, pero ni siquiera eso era

un consuelo. El tono de su piel le confería suficiente ambigüedad étnica para que los niños cuyos padres tenían afición por las películas antiguas de Disney corrieran hacia él y le preguntaran: «¿Eres Aladino?». Él les lanzaba una deslumbrante sonrisa y respondía: «No, soy Hércules».

Hércules del barrio de Stockwell. ¡Qué creído! No era una atracción que Day pudiera confesar a cualquiera. A pesar de todo, Hércules le hablaba. «Quedamos en el bar, ¿vale?», le decía al pasar junto a ella y sus amigos. Luego Mike o Dara o Jiro la miraban y decían cosas como: «¿En serio te vas a encontrar con él en el bar? Y ya puestos, ¿por qué no en su cama?». Fatal. Cuando Hércules Demetriou le dirigía la palabra, su corazón latía con fuerza y sus caderas actuaban como si no supieran lo que el resto de ella pensaba de él. ¿Qué andaba buscando? En realidad, Day no pensaba que fuera fea con ganas; su aspecto era más que pasable y a veces incluso muy pasable. Las dos cosas que menos le favorecían eran las gafas, que solían inducir a la gente (ella incluida) a anticipar un efecto de bibliotecaria sexy: ese rollo de… te quitas las gafas, te sueltas la melena y… ¡tachán! Pues no. También tenía los pies demasiado grandes. Nunca pudo llevar zapatitos de princesa. ¿Por qué un tío perfecto como Hércules Demetriou seguía intentando hacerse amigo de ella? No tenía sentido. A no ser que los babosos de la Sociedad Bettencourt estuvieran confeccionando otra lista de tías feas con ganas.

El joven héroe la seguía mirando. Day se quitó las gafas, las limpió, se las volvió a poner y escribió un par de párrafos en el ordenador.

¿Quién es fea con ganas en nuestros días? ¿Es una chica que examina concienzudamente a todo hombre al que su madre haya descubierto mirando a una fea con ganas? Dejar estas cosas a Aisha significaba dejar que todo se fuera al infierno. ¿Qué pensar de una jovenzuela a la que suele costarle menos hablar con el novio de su padre que con éste? ¿Qué tipo de fea es ésa? El papá de Day todavía ayunaba en Ramadán, aunque ya no fuera a la mezquita, y de vez en cuando se ponía furioso cuando Day y Aisha daban muestras de «falta de respeto secular», que estaba seguro aprendían de su madre. (No era verdad, en todo caso lo estaban aprendiendo de Antón, el novio de su padre). Pero aparte de estar menos obsesionado por los modales, Antón era menos susceptible que su papá. Day mencionó un día que tenía envidia de su amiga Zoe por tener dos mamás: se puso a hablar del milagro de tener dos madres y las dos tan enrolladas, pero su padre lo interpretó como que a ella no le gustaba la familia que le había tocado, y se quedó tan cariacontecido que a ella le costó un buen rato hacerle entender lo que había querido decir, logrando sólo que sonara aún más despectivo para él y Antón, hasta que a su padre

no le quedó más remedio que reírse.

La chica que estaba sentada en la mesa contigua a la de Hércules—Day creía recordar que se llamaba Lakmini—le escribió una nota; tuvo que ser una nota atrevida porque él se abanicó con ella. Pero a la señorita Dayang Sharif no podía importarle menos lo que dijera esa nota. Le daba igual.

¿Quiénes son las Feas con Ganas en nuestros días?

Escribió sobre su primer novio, Michael, el primero y último novio hasta la fecha. Estaba enamorada de él, y cuando rompieron el amor permaneció. De hecho, el amor se volvió, no más sincero, sino mejor. Los padres de su amiga Maisie se marcharon el fin de semana en que se celebró la Gran Final del Festival de Eurovisión, así que Maisie invitó a su casa «a todas sus brujas eurovisivas», que luego resultaron no ser tantas. Sólo estuvieron Maisie, Day y Aisha, hasta que apareció Michael con dos amigos, Luca y Thalia. Un taxi se detuvo frente a la casa de Maisie y de él salieron Michael, Luca y Thalia, los tres con ajustados vestidos de seda, de gruesa seda auténtica. Maisie fue corriendo a asomarse a la puerta: «¿Qué? Pero ¿quiénes son? ¿No serán Las Supremes las que están a punto de entrar? Uf, tuve que ser una heroína en una vida anterior…».

Day tardó un par de horas en ser capaz de hablar con Thalia y Luca. Sólo tenía ojos para Michael. Era la primera vez que veía a alguien que tuviera todo lo que a ella le gustaba del Hollywood anterior al tecnicolor. Su manera de andar contoneándose, labios que podían decir mentiras crueles y dulces verdades con una sonrisa inalterable, pestañas de vértigo. Si Bette Davis y Rita Hayworth hubieran tenido un hijo natural caribeño, ese hijo hubiera sido Michael tal como estaba aquella noche. Se abrazaron durante largo tiempo y más tarde hablaron fuera, en el balcón.

«Bendita sea Internet—dijo él—. Si no existiera, no habría encontrado a Luca y Thalia. El mundo está lleno de pirados, pero mi pirado me ha encontrado…».

Él se había cambiado el nombre por Pepper. Day recordaba el resto de la noche a cámara lenta: los altavoces vibraban y sonaban tan alto que la música sacudía el aire y el ritmo de la música retumbaba en la cabeza, la cadencia era como una hamaca en la que te desplomabas. El corro de la patata, flautas de pan, trompetas y cantos tiroleses: Day le daba la mano a Luca, que a su vez le daba la mano a Aisha, que le daba la mano a Maisie, que le daba la mano a Pepper, que le daba la mano a ella, danzando en círculo con los bolsos y abrigos apilados en el centro, aclamando a los países que se habían esforzado más con la escenografía o que proyectaban la imagen más estrafalaria. Luca y Thalia se rindieron también a Day: «Para toda la vida, ¿eh? No sólo para Eurovisión…».

A Thalia ni siquiera le gustaba Eurovisión. Dijo que había ido sólo por conocer a Day: «No para de hablar de ti», dijo señalando con un gesto a Pepper.

El padrastro de Day, Antón, que había tenido problemas para recordar el nombre de Michael, recibió con alegría el de Pepper, aunque le tomara a Day el pelo por las veces que había dicho que Michael era el único. Day se limitaba a encogerse de hombros. Pepper no salía siempre a relucir, pero tanto si ella estaba con Pepper cuando era Pepper o con Pepper como Michael, Day sentía haber encontrado a la persona con la que sería eternamente joven, con la que comería bombones helados en montañas rusas, con la que siempre se renovaría su capacidad de jugar.

Entonces, ¿quién es una Fea con Ganas?

Day escribió sobre Luca, el musculoso lleno de piercings, que en aquel primer Festival de Eurovisión que pasaron juntos llevaba el pelo del mismo tono verde pastel que el traje que se había puesto. Él y Thalia eran un poco mayores, acababan de inaugurar la veintena. De día vendía accesorios de moda: «Todo el mundo quiere huir de aquí pero no todos pueden construirse sus propias alas…, así que me las compran a mí…». De noche era un vividor infatigable; siempre sabía cuál era el estimulante adecuado para esa velada y el cóctel farmacéutico que provocaba las resacas más llevaderas. Algunas noches se había pasado tanto que apenas podía creer que siguiera vivo —«No, esto no puede ser el más allá. Uf, seguro que no»—. Luca se ríe a carcajadas largo tiempo y mientras lo hace le tiembla todo el cuerpo. Es mejor olvidando que perdonando y, según dice, eso es lo único de él que le da miedo. Al hablar de Luca, el padre de Day dice: «Es tan… vulnerable». Su padrastro, en cambio, suele decir: «¡Menudo desvergonzado!». Pero ninguno de los dos tiene razón. Cuando Luca era más joven sus padres lo echaron de casa durante un tiempo confiando en que se volviera menos desvergonzado, pero no lo hizo: se quedó en casa de unos amigos, se volvió aún más descarado, y cuando regresó a casa actuaba como si se sintiera muy ofendido por sus padres y no al revés. Day sabía que Pepper y Luca estaban juntos. También había oído que Luca tiraba los tejos a hombres heterosexuales. Thalia se refería a ello como «el deporte de riesgo de Luca». Pepper decía que no le pasaría nada. «Nos tiene a nosotros».

Ah, y estaba Thalia, Day tenía que hablar de T. La estética de Thalia era personalísima (Pepper había aprendido un montón de sus tutoriales sobre maquillaje en YouTube) y Thalia era su nombre a tiempo completo. Era tranquila, reservada y vivía con un hombre mayor a quien ninguno de sus amigos conocía; sus amigos sólo tenían noticia del hombre mayor porque T había estado en éxtasis durante

toda una semana tras vender cinco trípticos y recibir una nota muy considerada sobre ellos del comprador, que además le hacía unos comentarios sobre su obra muy perspicaces. Pero luego descubrió que el comprador era su novio, de modo que estuvo furiosa durante un par de días y luego la furia se tornó de nuevo en euforia. Luca sostenía que el novio solamente estaba invirtiendo en una artista que sería famosa algún día, y siempre que Thalia lo oía decía «lo lleva claro», para indicar que no lo sería. Thalia pintaba escenas en espejos, rodaba dramáticas escenas televisivas de plano-contraplano de historias que sólo existían en su mente. Sus pinturas en espejos mostraban huecos allí donde deberían estar los rasgos faciales de los personajes, de manera que el rostro del espectador podía convertirse fácilmente en el del cuadro. Las pinceladas de T. son finas, translúcidas y vivaces, se arremolinan unas sobre otras. Sus colores, el blanco y el plateado. Thalia pinta en torno a las imágenes unas cuantas palabras del guion: un marco alfabético. El favorito de Day era una voz en off: «El catador de venenos se siente un poco enfermo. Le pagan bien, pero detesta tanto a su jefe que hoy, el día que finalmente prueba el veneno, ingiere demasiado, y está tratando de mantener una expresión normal hasta que su amo haya comido al menos tanto como él. Come con ganas, jefe, deja limpio el plato…».

¿Quién es una Fea Irremediable? Luca lo es, y Day, y también Pepper, Thalia, Hilde, Willa y cualquiera que no se contente sólo con aceptar una invitación sino que quiere que vaya más gente a la fiesta, mucha, mucha gente… Day oye a Pepper y Luca subirse a una mesa en esa fiesta y gritar (tienen que gritar a través de megáfonos ya que están imaginando una concurrencia que llenaría el Coliseo de Roma muchas veces): «Hola a todo el mundo, es fantástico veros a todos los feos y las feas con ganas».

Enviar.

Las Feas con Ganas no tienen una sede fija y todas sus integrantes coinciden en que así mantienen una imagen de sencillez al depender de la oferta de tentempiés y mobiliario de la socia a la que le toque ser anfitriona de la reunión mensual. Febrero era el mes en que tocaba a Day organizar la reunión y en esta ocasión se había convocado para tratar de los artículos del trimestre de invierno de la revista *Las Feas*. Incluiría dos entrevistas: una con una ladrona de bancos que había desvalijado un lugar en Cambridge y ahora se arrepentía un poco. Marie cubría la historia: tenía talento para el remordimiento agridulce y las mujeres mercenarias. La otra entrevista era con Mirna Semiónova, autora de una novela, *Tragedia*, que había escrito para hacer reír a su novia, sobre una larga celebración empapada en whisky de todos los errores que dos poetas (uno joven, otro de

mediana edad) habían cometido y seguían cometiendo en sus vidas. El narrador de la novela era el bar donde bebían los dos poetas, y como Semiónova había publicado el libro bajo el pseudónimo Reb Jones, estaba siendo aclamada como el nuevo Bukowski. Willa cubría este artículo y su reacción a que *Tragedia* estuviera siendo tomada tan en serio fue la misma que la de la novia de Semiónova: hacía que la broma fuera doblemente graciosa. Ed estaba trabajando en una obra sobre jerarquías del conocimiento para los intereses amorosos femeninos en los primeros números de sus cómics favoritos; qué raro debe de ser funcionar dentro de una historia donde eres hábil, valiente, divertida, una profesional de éxito, y sin embargo no tienes la capacidad mental de percibir que el hombre al que ves o con quien trabajas cada día es exactamente la misma persona que el superhéroe que te salva la vida por la noche. «Como si hubiera alguien entre bastidores que sigue aferrándose a la idea de que la mujer a quien no eres capaz de atraer simplemente no puede ver quién eres de verdad, ¿no?».

Day observó todos los rostros. Marie podría llevarse bien con Thalia: ambas eran muy formales y nunca aparecían con un pelo fuera de lugar, aunque el acento francés de Zaire de Marie y su tendencia a llevar las chaquetas sobre los hombros le daban más prestancia. La sociedad era demasiado pequeña para tener una líder, pero de haber una, sería Marie. A veces, cuando Marie y Willa hablaban en francés, lanzando miradas alrededor, Day creía que se estaban metiendo con su forma de vestirse, pero Ed la había tranquilizado al comentarle que eso es lo que piensa cualquiera que sólo habla inglés ante quienes hablan francés con fluidez. Ed, llamada así por Edwina Currie, era mucho más fácil de tratar, no había tema del que no fuese posible hablar con ella. Si no entendía algo, simplemente lo decía. Era raro, muy raro, que alguien que estudiaba en Cambridge admitiera lagunas en su conocimiento…, pero Ed pedía que le contaran más. Esta chica juguetona con aire de chico era negra como Marie y londinense como Willa, pero como ella misma decía, «un tipo de negra y de londinense distinta». Era difícil imaginar un tiempo, lugar u ocasión que no fuera la universidad y la Sociedad de las Feas con Ganas para que personas como Ed, Willa y Marie se llevaran bien. En primer lugar, las tres tenían tendencia a asumir que todo el mundo estaba bromeando siempre y respondían en consecuencia: Willa con despreocupada frivolidad, Marie con sincero desencanto, Ed con diversas microexpresiones, semisonrisas, que daban risa a su interlocutora, aunque en realidad hablara en serio.

Theo y Hilde, por su parte, nunca pensaban que nadie estuviera bromeando a menos que se lo dijeran explícitamente. Theodora Ackner, de lo mejorcito de Nebraska, seguía estando desconcertada

por los fantasmas de Europa. Hilde, Ed y Grainne ya no podían escucharlos, pero los fantasmas parecían despertar de nuevo en torno a Theo, ya que ella sí podía. Lisboa, París y Viena eran lugares duros para ella, sitios hermosos cubiertos de sangre. Hilde se negaba a acompañar a Theo a Oslo: «Casi una cuarta parte de mi familia vive allí, Theodora. Deja que me entere de esas cosas a mi manera».

Y luego estaba Grainne Molloy, que había presionado para ser inscrita en los anales de la Sociedad de las Feas con Ganas como Grainne Molloy la Irrefrenable, sin ningún éxito, porque, como indicó Hilde, «a veces te frenas perfectamente». Grainne perdía de veras los nervios varias veces al día, pero su frenética energía servía ocasionalmente para oscurecer otro rasgo muy suyo: la fría y calculada colección de anécdotas incriminatorias.

La nueva integrante de las Feas con Ganas estaba medio enamorada de cada una de sus compañeras de sociedad, pero no estaba segura de lo que ella, Dayang, aportaba al grupo. Era miembro de la sociedad desde hacía tres meses y no había tenido una sola idea para algún artículo o alguna actividad del grupo. Ella sacaba las fotos de las reuniones para no tener una prueba material de ser la que sobraba. Quizá fuera capaz de conseguir nuevas adhesiones; unas cuantas amigas de su facultad parecieron mostrar interés cuando les habló de las Feas.

Flordeliza, la más joven de las Feas, de primer curso, llegó tarde. Como siempre. «¡Buenas tardes, señoras!». Cogió un puñado de galletas y se dejó caer sobre la cama de Day. Llevaba desde el verano cultivando un aspecto mohicano, de manera que la parte delantera del pelo era todavía mucho más larga que la de atrás. Su ropa estaba arrugada y por los restos de lápiz de ojos resultaba evidente que no se lo retiraba para dormir. Day apenas se había fijado en esto antes de que Flor anunciara que tenía que contarles una historia de oprobio. Pero también era una historia de oportunidades.

—Adelante—ordenó Theo desde su asiento junto a la ventana; se había envuelto en las cortinas de Day de manera que parecieran una voluminosa toga.

—De acuerdo, en primer lugar, no tenéis derecho a juzgarme…

—Somos todas amigas—replicó Marie, con voz seria.

Flordeliza reveló que a un miembro de la Sociedad Bettencourt le interesaba alguien de la comunidad filipina de Yorkshire.

—¿O alguien de ésta?—añadió señalándose a sí misma.

—Ay, por Dios—gritó Grainne—. ¡Por Dios, Flordeliza! ¿Qué has hecho?

Day esperaba oír hablar de Flor y Hércules. Se sintió un poco

mareada pero no era más que un bloqueo emocional, una sensación que las Dayang Sharif de este mundo conocen muy bien. La primavera se dejaba sentir en el ambiente, aunque todavía fuera febrero. Todo el mundo salvo Day tenía algún tipo de relación romántica: Marie con un motorista local, Willa con un conservador del museo Fitzwilliam, Theo con un guía que organizaba visitas al Londres de Dickens, Ed y Grainne entre ellas, y ahora Flordeliza con un chico de la Sociedad Bettencourt. Lo único que esperaba Day era que tras oír la historia Hércules Demetriou le pareciera tan repulsivo que, con un poco de suerte, a partir de entonces su reacción física cuando estuviera cerca de él quedara desactivada para siempre.

(El otro día, en King's Parade, pasó junto a él y otros chicos que, sospechaba, también eran de la Sociedad Bettencourt y aparentemente realizaban una encuesta a mujeres. «Otra vez clasificándolas», murmuró para sí. Hércules le sonrió y dijo: «Perdona, ¿qué has dicho?». «Nada. Adiós». «Espera, escucha, ¿quieres que…?». «Lo siento, no puedo. Adiós»).

Flor no hablaba de Hércules sino de alguien de tercero llamado Barney Chaskel, un chico del que ella no habría dicho que fuera miembro de la Sociedad Bettencourt:

—Porque… Bueno, es de perfil bajo y se ríe de su propia obsesión por las teorías de la conspiración y… es un encanto.

—¿Un encanto?

La pregunta le llegó de todos los rincones de la habitación. La de Day fue en tono más alto, más por curiosidad que por incredulidad.

—Flor—intervino Hilde—, ¿no te estás pasando?

—Mirad…, por el camino pensaba presentar todo esto como si lo hubiera seducido adrede para obtener información, pero la verdad es que no he sabido que Chaskel era de la Sociedad Bettencourt hasta esta mañana. He dicho que tenía que acudir a una reunión de las Feas y él ha dicho algo así como… «¿No serán las Feas con Ganas?». Y yo he contestado que sí, las mismas, y él ha añadido: «¡Qué gracia!, yo soy de los Bettencourt…».

—¿Qué gracia…? ¿Con que *ese* Barney Chaskel piensa que nuestras décadas de enemistad son algo gracioso…?—se preguntó Theo en voz alta.

—Flor—dijo Marie en tono sepulcral—, hasta ahora esta es la historia de nuestros enemigos que evolucionan hacia formas superficialmente más agradables. Has dicho que también era una historia de oportunidades.

—Flordeliza, si hay un giro en tu historia cuéntalo ya, o te puedes ganar unos cuantos palos…—añadió Ed.

Y efectivamente Flor les tenía reservado algo bueno. Siguió a

Barney Chaskel hasta la sede de la Sociedad Bettencourt y lo vio introducir el código que le permitía entrar en el edificio. Por eso había llegado tarde: había visto la secuencia, pero no los números exactos. Así que inspeccionó el terreno, descubrió que los Bettencourt salían por otra puerta y se dio a sí misma tres oportunidades de repetir el código que Barney había introducido.

—¡Nena!—dijo Willa—. ¡Nena! ¿Has acertado a la tercera?

Flor se rio y dijo:

—A la segunda.

Grainne y Willa silbaron y se abalanzaron sobre ella, pero Hilde, Ed y Theo se quedaron inmóviles.

—No tenemos necesidad de entrar en el edificio de los Bettencourt —declaró Hilde.

Theo le dio la razón:

—Las Feas hicieron el gesto definitivo hace años.

—Vamos, por favor, tenemos una oportunidad y sería un pecado desaprovecharla—dijo Grainne.

Pero Ed dio la razón a Hilde y Theo:

—Sí, no estaría mal joder un poco más a los Bettencourt, pero yo preferiría que avanzáramos, que nos concentráramos en nuestras cosas. Necesitamos más artículos para *Las Feas*… ¿No estábamos a punto de escuchar una idea tuya, Day?

—Creo que deberíamos entrar—dijo Day. Todas enmudecieron, aunque sus palabras iban dirigidas principalmente a Marie, que todavía no había dado su opinión en un sentido u otro—. Creo que deberíamos entrar e intercambiar libros.

—¿Intercambiar libros?—repitió Marie.

—Sí. Apuesto que los Bettencourt no tienen muchos en sus estanterías, y es posible que no haya uno solo escrito por una mujer. Y, hablando en general, tampoco nosotras tenemos muchos autores en las nuestras.

—Ya, bueno, pero es una preferencia personal y nuestro deseo de honrar lo que es nuestro, Day—respondió Hilde.

—Ya lo sé—prosiguió Day—. Y eso es lo que hago. Pero quiero leerlo todo. En lo que se refiere a los libros, a quién puede poner algo en ellos o sacar algo de ellos, eso nos concierne a todos, a nosotras y a ellos. Así que entremos de extranjis, veamos qué libros tienen, cojamos unos cuantos y en su lugar dejemos algunos de los nuestros.

—Y a otra cosa, mariposa—dijo Theo de mala gana.

—Yo habría preferido votar por destrozar el lugar, pero me da igual lo que hagamos con tal de que hagamos algo—comentó Willa—. Aunque supongo que eso acabará con el incipiente romance de Flor.

Flor se cubrió la cara y no negó que le gustara Barney Chaskel.

—Quiero que hagamos algo—intervino por fin Marie, que miraba fijamente por la ventana, y a medida que iba hablando la ira transfiguraba su rostro—. Llevo esperando la oportunidad de hacerles algo a los de la Sociedad Bettencourt desde que uno de sus miembros me utilizó como escudo humano en mi primer jueves en esta universidad…

—Lo perseguía otro tío—susurró Grainne a Ed y Flor—, y el que se refugió tras Marie le dijo que jamás habría creído que el otro tío golpearía a una chica…

—Así que estoy a favor de la propuesta de Dayang—concluyó Marie—. Las que estén a favor de la propuesta de Dayang que levanten la mano.

Day levantó la mano, como también lo hicieron Flor, Grainne, Willa y Theo, quien dijo que ella iría para asegurarse de que lo hacían bien.

Day encontró a Hércules Demetriou sentado en su mesa habitual de la biblioteca. En lugar de hablarle, fue hasta la mesa que solía ocupar, que estaba vacía, e instaló allí su ordenador portátil. Él la miró tres veces, ella lo miró una vez, sólo una y él se acercó. ¡Horror! ¿Acaso resultaba tan lastimosamente obvio?

Él acercó una silla a su mesa y se colocó en un extremo. Todo en él resultaba oscuro, delicioso, fluido…, sobre todo su mirada. Si ella movía el brazo sólo un poquito, tocaría el suyo. En su mano Hércules tenía un sobre.

—Oye, me han dicho que te gusta John Waters—dijo él.

—Es verdad, ¿por?—respondió Day.

Su hermana mayor regentaba un cine en Stockwell (lo describió como un cine diminuto, «de bolsillo») y le había regalado dos entradas para *Cosas de hembras*, y…

—No, gracias.

—¿Estás segura?

—¿Te cuesta creer que no quiera ir al cine con alguien tan alucinante como tú?

Él se echó para atrás, pero no se retiró. En cambio la sometió a un escrutinio aún más profundo. El primero que retirara la mirada perdería, así que ella no pestañeó.

—Me cuesta creer que una fan de John Waters no quiera una entrada para *Cosas de hembras*—dijo él, y a continuación desvió la mirada riendo un poco—. Aquí las tienes, quédate con las dos.

Puso el sobre frente a ella y se retiró a su mesa. Al cabo de un rato regresó:

—Dayang, ¿puedo preguntarte una cosa?

—Oh, no… Dime, dime…

—¿Por qué viniste aquí?

—¿Aquí?

—Quiero decir a esta universidad.

Pensó en el profesor Chaudhry, uno de los que la habían entrevistado, y recordó que le había comentado que le gustaban las relaciones que ella era capaz de establecer y la manera en que trataba de desarrollarlas para llegar a conclusiones, de cultivarlas para hacerlas crecer. Nadie le había dicho antes nada parecido. Lo que oía por lo general era algo así como: «¿No crees que das demasiadas vueltas a las cosas, Day?». Pero la imagen del jardinero cultivando pensamientos…, eso le había gustado.

Hércules se cansó de esperar a que Day le diera una respuesta.

—¿No te interesa conocer gente?—preguntó él—. Yo sé que ésa es una de las razones por las que vine, y la razón por la que voy a la mayoría de fiestas.

—¿Fiestas?—Day no pudo evitar sonreír—. Claro…, yo también.

—Así que aquí estamos los dos. Ahora te caigo fatal, pero de todos modos podrías tratarme como a una persona, a lo mejor podría llegar a caerte mejor.

—Eres un Bettencourt—respondió Day.

Él arqueó las cejas y replicó:

—Ah, vaya… Claro, soy un tío cerril, ya lo entiendo—admitió, pero parecía realmente desconcertado.

—Estamos en el trimestre de invierno. Se supone que estás buscando a alguien para que te acompañe a vuestra cena.

Por fin cayó en la cuenta.

—Eres una de las Feas con Ganas, ¿verdad?

—Y a mucha honra.

Él recogió sus cosas y se marchó de la biblioteca, meneando la cabeza y murmurando algo que ella no consiguió oír. Day sacó las entradas del sobre y envió un mensaje a Pepper con la fecha:

«¿*Cosas de hembras* en Londres, sí o sí?».

«Sííííííí».

Los miembros de la Sociedad Bettencourt eran tipos leídos en varios sentidos, al menos a juzgar por su biblioteca, que incluía gran cantidad de libros muy estimulantes en apariencia, menos del diez por ciento de los cuales escritos por mujeres. Las sustituciones se hicieron a la luz de una linterna, ya que nadie consideró buena idea encender las luces a las cuatro de la madrugada por miedo a que pasara por allí algún miembro de la Sociedad Bettencourt a ver si alguno de sus hermanos estaba dispuesto a tomar la última copa. (Las llaves de las

dependencias de la casa estaban en un gancho junto al interruptor de la luz en el pasillo de entrada, así que las chicas también se asomaron al mueble bar de la sociedad. Más que un mueble bar era un armario en el que se apilaban verticalmente botellas de licor desde el suelo hasta el techo. Había incluso pequeñas escaleras de mano para facilitar la búsqueda. Day no había visto nunca nada igual).

Flor, Day, Willa, Marie y Theo vaciaron sus mochilas y las volvieron a llenar con libros de las estanterías de los Bettencourt. Al no haber leído ninguno de los libros que estaba cogiendo, Day hizo los intercambios basándose en los pensamientos que los títulos o los autores le suscitaban. Intercambió dos novelas de Edith Wharton por dos de Henry James, los relatos de Lucia Berlin por los de John Cheever, *Te quiero verde* de Elaine Dundy por la edición inglesa de *Je suis an écrivain japonais* de Dany Laferrière, la edición inglesa de una novela de Dubravka Ugresic, *Lend Me Your Character*, por *Por qué se pelearon los dos Ivanes y otros cuentos* de Gógol, *Jane: A Murder* de Maggie Nelson por *A sangre fría* de Capote, *The Pillow Friend* de Lisa Tuttle por *Historias de fantasmas* de M. R. James. Pero finalmente dejó de establecer relaciones entre autores y títulos, porque si seguía haciéndolo se pasaría allí toda la noche. No obstante, se marchó con lo que parecía un alijo de calidad, y lo mismo hicieron las demás. Las Feas con Ganas pasaron semanas sumergidas en libros nuevos para ellas. Esperaron alguna respuesta del cuartel general de los Bettencourt, pero no llegó. Los chicos no parecieron darse cuenta de que su biblioteca había sido saqueada. Quizá hubiese sido más efectivo un intercambio de bebidas.

Flor y su Barney de los Bettencourt parecían estar cada día más enrollados; era grave, pero las Feas con Ganas actuaron como si no les importara para no fomentar un complejo tipo Romeo y Julieta en ellos. Además, Theo resumió lo que todas las Feas con Ganas sentían sobre el alijo de libros de los Bettencourt cuando levantó la vista de las páginas de *Your Republic is Calling You* de Kim Young-ha y dijo con resentimiento:

«Hay que reconocer que tienen buen gusto».

Hércules Demetriou no se dejó ver en la proyección de *Cosas de hembras*. Pero a quién le importaba; había palomitas, estaba Pepper y en la pantalla vieron muchas locuras diabólicas y divinas; y qué decir de la incomparable Cookie Mueller diciendo con su vocecita: «¡Todo el mundo está celoso porque somos guapas!».

«¿Buscas a alguien?—preguntó Pepper mientras salían del cine—. ¡No haces más que mirar a todas partes!».

Mintió y dijo que tan sólo estaba observando al público, pero era una mentira plausible porque Day era el tipo de persona que observa

al público.

Hércules estaba esperando en la escalera que conducía a su habitación, con las piernas totalmente estiradas sobre el peldaño y los pies metidos en dos ranuras de la barandilla. Leía uno de los libros que Flor había dejado en la sede de los Bettencourt: *For colored girls who have considered suicide / When the rainbow is enuf*. Cuando él la vio se puso en pie con dificultad y se golpeó la cabeza contra el techo de piedra. Ella pudo sentir su dolor, así que le dio una palmadita en el hombro mientras pasaba; él le tomó la mano y la siguió escaleras arriba hasta que se detuvo.

—¿Qué pasa?

—¿Esto es tuyo?—preguntó mostrándole el libro.

—No.

—Pero ¿lo has leído?

—Sí.

—¿Y no te parece buenísimo? Es como una nana…, al leerlo sientes como si estuvieras en una cuna colgada en las ramas de los árboles y éstos te mecieran, apenados, y es como si a medida que aumenta el volumen te dieras cuenta de que, mientras te acunan, los árboles deciden si dejarte vivir o morir, y al final, lamentándolo mucho, deciden hacerte trizas…

—Pero luego te resucitan, en un orden completamente diferente…

—Pero duele tanto que no sabes si el nuevo orden funcionará.

—Te curará. Antes de curarte tiene que doler, ¿no crees?

Él le estaba sonriendo de nuevo. Todavía no le había soltado la mano. Todo iba bien hasta que él la invitó a la cena de los Bettencourt. Day dudó durante un rato sorprendentemente largo (a ella, en todo caso, le sorprendió tardar tanto), hasta que contestó:

—Hércules, no puedo.

Él no se dejó intimidar; ella lo había llamado por su nombre y eso tenía que significar algo.

—Tú eres de las Feas con Ganas. No digo que entienda todo lo que ello entraña, pero no creo que la forma de ver las cosas de los Bettencourt y las Feas con Ganas siga siendo tan distinta. Risas, aperitivos y pasar un buen rato, ¿no? Nosotros también tenemos una revista que no lee nadie. ¿No podríamos intercambiarlas? Ya me imagino que preferirías que fingiera que no me pareces gran cosa, pero la verdad es que me pareces muy guapa: lo siento, pero es la verdad. Ven a la cena, ven y conoce a los Bettencourt y habla con ellos; ven y conoce a otras personas a las que consideran preciosas. No somos como la Sociedad Bettencourt del siglo pasado. Te garantizo que te sorprenderás.

Ambos rieron ante este final del discurso. Ella no quería sonrojarse pero lo hizo de todos modos y él se dio cuenta. ¡Day le parecía muy guapa! ¡Qué maravilloso espejismo! Le gustó la idea de las dos sociedades leyendo la revista de la otra. Se podía ver a sí misma poniéndose un vestido ajustado y asistiendo a esa cena, conociendo a los carismáticos hermanos de Hércules y a los chicos y chicas que invitaran. Pero también podía imaginar las miradas que algunos de los comensales lanzarían a otros comensales, las palabras que murmurarían cuando el objeto de su examen abandonara la habitación: «¿Has visto… a ésa?» o «Mona, muy mona». Ambas posibilidades le daban una pereza infinita. Mientras que con los chicos existía el supuesto fundamental de que tenían derecho a estar allí (no siempre, pero casi), con las chicas a la mínima de cambio surgía la pregunta: «¿Por qué ella?».

—Ya veo que piensas que sois muy modernos y habéis mejorado, pero celebrar esa cena donde cada uno de vosotros lleva a alguien para presumir ante los demás…

—¿Pero no es eso lo que se hace cuando uno tiene una relación?—preguntó Hércules, apoyando la barbilla sobre la palma de su mano.

—Bueno, sí, en fin, no sé nada de esas cosas…

—¿No has tenido nunca un novio? ¿Novia?

Ella retiró la mano, se puso de puntillas y le susurró al oído:

—Pregúntaselo a otra persona.

—Te pondrás celosa—susurró Hércules a su vez.

Day le hizo un gesto de despedida con la mano y subió los pocos peldaños que quedaban hasta su habitación.

—Seguro que no. Buenas noches, Hércules.

Él se colocó las manos en torno a su boca haciendo bocina y comenzó a bajar las escaleras gritando:

—¡Te gusto! ¡Le gusto, no sabe por qué y no puede creérselo, pero a Dayang Sharif le gusto!

La última reunión del trimestre de invierno que celebraron las integrantes de la Sociedad de las Feas con Ganas tuvo lugar en la habitación de Flordeliza Castillo en el Trinity. Los planes para un viaje al castillo de Neuschwanstein estaban ultimados y ya no quedaban cosas importantes que discutir, así que sonaba *La bruja del mediodía* de Dvorák mientras Grainne daba caladas a un cigarrillo electrónico sentada en el alféizar de la ventana con una mascarilla facial («¡Un fantasma! ¡Un fantasma bien hidratado!»), Flor estaba tumbada con la cabeza apoyada en el regazo de Day, que le leía *Orlando furioso*, y Ed y Marie preparaban cócteles. Theo le acercó uno a Grainne a la ventana, pero luego lo llevó hasta el escritorio de Flor porque el humo de

Grainne iba por el camino equivocado, y entonces chocó con Ed, que farfulló: «¡Vienen los Bettencourt! ¡Invasión de los Bettencourt!».

Seguro que Flor estaba metida en aquello, seguro que sí. Su habitación no era fácil de encontrar. De hecho, ¿quién diría que los acontecimientos de aquella histórica tarde no eran la culminación de un plan que Flor y Barney habían tramado allá por septiembre?

La pequeña pero valiente Sociedad de las Feas con Ganas se congregó en la ventana de Flordeliza Castillo y contempló la masa de hombres que había abajo, muchos de los cuales llevaban bebidas y comestibles. A la cabeza, en el lugar del presidente, estaba Hércules de Stockwell, ondeando una bandera blanca con mucho garbo y buen humor.

DORNIČKA Y EL GANSO DEL DÍA DE SAN MARTÍN

Matko, matičko, řeknête,
nač s sebou ten nůž béřete?
[Madre, madre querida, dime, por favor,
¿para qué traes el cuchillo?].

KAREL JAROMÍR ERBEN, «La rueca de oro»

Dornička se encontró con un lobo en el monte Radhost.

Bueno, tratemos de contar las cosas tal como fueron: no fue exactamente un lobo lo que encontró, sino *algo* que se había comido recientemente un lobo y se dedicaba a jugar con los restos. El morro, la cola y las patas estaban colocadas en un orden incorrecto. En medio de la niebla otoñal Dornička no podía ver lo que tenía ante sí, de manera que primero lo olió y el olor le hizo pensar en *gangrena*, aunque ella nunca hubiera olido antes nada semejante. Lo más aproximado a ese olor en su opinión era la fruta podrida. Luego vio una piel que rezumaba moscas, se tapó la nariz y pensó: «¡Uf, esto no me gusta nada!». Había subido a la montaña para contemplar la estatua de un hipotético dios pagano, y tras mirarla durante largo tiempo continuó siendo hipotético. Pero el camino de subida, a través de un sendero iluminado por el sol y rodeado de manchas grises y marrones, fue delicioso; como caminar años y años por la vida de un árbol, señalada por ese anillo de color en el corte de un tronco. Mientras caminaba pensó en la vida urbana y en lo contenta que se sentía de no vivir en una ciudad. En opinión de Dornička, las ciudades funcionan por la apática agonía de trabajadores que prestan servicios a otros trabajadores que apenas agradecen dichos servicios. No se puede llevar la contraria a Dornička; ha estado en varias ciudades y lo ha visto con sus propios ojos, así que sabe de qué habla. La gente de la ciudad sólo charla con las personas a las que conoce para evitar que los extraños se tomen demasiadas confianzas y les hablen en idiomas incomprensibles. Y, encima, la gente que vive en la ciudad se aburre

enormemente. Enseña maravillas a un habitante de la ciudad y bostezará o sacará una foto y se la mandará a alguien con este mensaje: «¡Uauuu!». Por lo visto, la última vez que estuvo en Praga Dornička cometió un patente error al comprar un billete de metro, porque su hijastra Alžběta chasqueó la lengua y le llamó pueblerina (pero Dornička seguía sin saber en qué se había equivocado, tal vez había usado un giro idiomático pasado de moda). De todos modos, en lugar de sentirse avergonzada, se sintió orgullosa y dijo: «A ver si vas a visitar a la pueblerina a su casa alguna vez». Así que Alžběta le iba a hacer una visita. Faltaba una semana para su llegada y traería consigo a su hija, Klaudie. Se sentía tan emocionada ante la visita que le costaba conciliar el sueño. Klaudie y Alžběta ya habían estado en otras ocasiones en su casa, y aunque se la llenaron de horquillas y de dúos desafinados, inspirados por cualquier cosa que se oyera en la radio, tenía muchísimas ganas de que llegaran ya. Dornička amaba su trabajo, a sus amigos y el pueblo donde vivía. Le gustaba haber desempeñado un papel importante en la educación de sus antiguos alumnos, que le seguían escribiendo e incluso a veces la visitaban y le traían noticias. Pero a lo que no podía habituarse era a ser viuda (se preguntaba si existía alguien que se acostumbrara) y en general no se sentía muy ilusionada por nada. Si no hubiese sido por la inminente visita de Alžběta y Klaudie habría sucumbido inmediatamente al «lobo». Pero como tenía que vivir por lo menos otra semana, se tapó la nariz y pensó: «¡Uf!». Le gustara o no, el «lobo» estaba allí en medio del camino y, por lo tanto, no podía pasar. En cuanto a por qué estaba allí en medio, pudo deberse a su capa roja. Nuestra Dornička había decidido que una vez has llegado al final de la cincuentena te puedes poner la ropa que te dé la gana y nadie te puede decir nada. Pero al parecer el monte Radhost es diferente, ¿no, Dornička?

El «lobo» se aproximaba sin prestar atención a las continuas súplicas de Dornička para que no lo hiciera, hasta que ella se quitó la capucha de la capa.

—¡Oh!—exclamó el «lobo» dando un paso atrás y haciéndose a un lado del camino para dejarla pasar.

Un tanto ofendida, Dornička miró fijamente por encima del hombro los vidriosos ojos del «lobo».

—¿Tan mal estoy?—preguntó ella.

—No, no, qué va, no se ponga usted así—se defendió el «lobo»—. Simplemente pensaba que era joven, eso es todo.

—Pues no, se ha equivocado—le respondió Dornička, volviéndose a colocar la capucha.

—Sí, ya me doy cuenta; por favor, siga su camino.

—Pero usted… ¿no será él?—soltó Dornička con una mirada cortante.

—¿Él?

—El Gran Lobo Malvado, quiero decir.

El «lobo» se atusó los bigotes con aire pensativo.

—La verdad es… que yo fui el modelo en el que se inspiró…

—¿No lo mató el leñador?

—Sí, sí, pero volvemos al principio y ahí lo tenemos de nuevo, listo para la acción. Estamos de nuevo en el comienzo y he pensado que usted era ella. En cierto sentido mejor que no sea ella. El lobo lleva un buen rato sin comer cuando ella aparece…

—¿Y ella es…?

—No se preocupe, no se preocupe, esperaré a la siguiente—murmuró el lobo.

Y Dornička se preguntó qué demonios habría dentro de esa piel putrefacta.

—Santo cielo…, pero ¡qué cosas hace!—replicó Dornička.

Avanzó unos cuantos pasos por el sendero pensando en «la siguiente», suspiró y regresó donde estaba el «lobo».

—Pero ¿qué es lo que necesita usted exactamente? No puede tener hambre; se acaba de comer un lobo entero.

El «lobo» se encogió de hombros y dijo:

—No lo entendería.

La desesperanza de su voz incitó a Dornička a tirarle de la lengua:

—Venga, explíquemelo.

—Vida—dijo el «lobo»—. Lo que necesito es más vida… ¿Cree que resulta fácil el cambio de estación en medio de este pedregal?

—Ya le entiendo—admitió Dornička—. Debe de costar mucho.

—Yo me conformo con poco, sólo necesito alguna migaja, carne joven y jugosa.

«¡Uf, seas lo que seas, apestas!». La desordenada configuración del «lobo» hizo que sintiera que ella misma se deformaba y necesitó tocarse los muslos y los antebrazos: no habían cambiado. Siempre que su difunto Tadeáš le daba una palmada en el trasero y, riéndose entre dientes, decía «firme y duro», Dornička ponía mala cara, pero ahora le parecía una bendición descubrir que seguía firme y duro. Un grupo de senderistas pasó por allí, y cuando se dieron cuenta de que presenciaban un encuentro de antiguos adversarios abuchearon al «lobo» y animaron a Dornička a que prosiguiera hacia su predestinado triunfo. Habrían sacado fotos si no fuera porque Dornička se negó a quitarse la capucha y revelar su perfil. El «lobo», en cambio, estaba encantado de posar…

—¡Vaya disfraz más poco ortodoxo…, interesante!

Los senderistas siguieron su camino, pero una de ellos, una chica

de mejillas sonrosadas que parecía tener unos dieciséis años, se arrodilló en el suelo para atarse los cordones. Dornička observó inquietarse al «lobo».

—¿Qué puedo hacer para ayudarte a soportar la monotonía de las estaciones en este lugar?—preguntó ella, chasqueando los dedos frente al hocico del lobo.

Una lengua salió disparada de entre un morro flácido.

—Mándame algo joven y jugoso.

—Muy bien, lo haré—prometió Dornička—. Pero no vayas detrás de nadie. Ten paciencia y te enviaré algo bueno. ¿De acuerdo?

—De acuerdo…—respondió el «lobo»—. Pero sólo para asegurarme…—Levantó una pata y le asestó un fuerte golpe en la cadera; por lógica tendría que haberle partido el hueso, pero no lo hizo, simplemente le dolió muchísimo—. Con esto debería bastar…

El «lobo» ascendió la ladera de la montaña y se refugió en una hendidura rocosa en espera de la llegada del bocado que Dornička había prometido enviar.

Dornička llegó a casa cojeando y de allí se fue al departamento de urgencias del hospital local, donde le aseguraron que no tenía nada roto ni lesionado. Lo único que vieron fue un moretón sobre el hueso izquierdo de la cadera, que empezó a crecer en tres dimensiones, sobresaliendo de su cuerpo como una verruga descomunal. El moretón tampoco tenía el color normal de un moretón: era de un rosa vivo como el de un trozo de jamón cocido. A veces Dornička sentía que se contraía y expandía, como si estuviera mamando de la articulación de su cadera. La visión y percepción de esa cosa le daba náuseas, pero un médico la examinó y tomó muestras del bulto añadiendo que se encontraba en buena forma y que el bulto se caería solo. Cuando Dornička se vistió parecía como si estuviera embarazada o hubiera engordado increíblemente de la cadera izquierda. Como la gente le hacía comentarios al respecto, el día antes de que Alžběta y Klaudie llegaran, Dornička cogió un cuchillo de trinchar, colocó el pie izquierdo en el borde de la bañera y cortó la protuberancia con forma de jamón. Como sospechaba, la operación resultó indolora y redujo la tensión que estaba viviendo, como si fuera una paciente de una época en que perder sangre fuera considerado todavía un procedimiento que equilibrara los humores del cuerpo. Curó la herida, la vendó, y luego lavó y secó la pesada bola de carne. ¿Era grasa, músculo o una mezcla de ambos? Metió el dedo en el centro de la bola: era blando, pero no tenía la menor elasticidad, como una papilla tibia. Tibia… «Ah, mejor que esta cosa no esté viva». Claro que no estaba viva, cómo iba a estar viva, claro que no. Pensó en pesarlo, pero luego desistió. También pensó en llevar el trozo de carne cortado al «lobo», pero sabía que era un viaje en balde, porque esa carne no cumplía los requisitos del

«lobo». Así que enterró la bola en el jardín, debajo de un fresno. Luego dedicó su considerable talento a preparar cosas ricas para Alžběta y Klaudie, y se pasó la noche cociendo a fuego lento, horneando y estofando todo tipo de viandas.

Klaudie tenía diecinueve años a sus espaldas y quién sabe cuántos por delante; sus ojos brillaban y no veían. A veces usaba bastón, a veces no, dependiendo de su propia confianza y del comportamiento de la multitud que la rodeaba. En Ostrava no lo utilizaba nunca. Aquel otoño recorrió la despensa de Dornička levantando tapas y abriendo puertas de armarios: «¿Qué es ese olor tan rico? ¡Quiero probarlo ahora mismo!». Alžběta y Dornička le sirvieron porciones de todo lo que había, picoteando mientras lo hacían, pero Klaudie olfateaba cada plato y lo dejaba intacto. Luego iba hasta el fresno de Dornička y respiraba de forma tan profunda y voluptuosa que Dornička comenzó a tener un presentimiento de esos que ni siquiera se atreve una a decir en voz alta.

—Ven, Klaudie—la llamó—. Necesito que me ayudes con una cosa.

El proyecto ideado por Dornička no era muy elaborado, pero era mejor que nada. Klaudie empuñó un taladro, Dornička una sierra y una regla, y entre ambas fabricaron una pequeña arca de madera, sencilla pero resistente. Cuando hubieron acabado, Alžběta fue en busca de su propia caja de herramientas y le colocó un cerrojo:

—Te lo hago gratis, querida Dornička, y espero que contenga muchos tesoros en los años venideros—dijo mientras daba un gran beso a su madrastra antes de ir a acostarse. Aunque el arca cerrada estaba vacía, Dornička durmió aferrando la llave en la mano, cerrada en un puño sobre su estómago.

Dornička era uno de los doce proveedores que preparaban la comida para los mineros del carbón de la ciudad. Alžběta y Klaudie le ayudaron a entregar sus carretadas de apetitosos alimentos. Eran muy apreciadas en la mina y no dejaron de reírse y charlotear mientras apilaban cajas de comida en el mostrador de la sala de descanso de la mina. Muchos padres pensaban en Klaudie como nuera y le cantaban las alabanzas de sus hijos, aunque la mayoría le advirtiera de que no se encadenara a nadie de allí:

—Ve a recorrer mundo, Klaudie, recórrelo a fondo, por dentro y por fuera, y si por el camino encuentras a un hombre o a tres, aprovéchalo, pero luego déjalos donde los encontraste.

Klaudie escuchaba a todos; eran personas que sentían el movimiento de la tierra mucho mejor que ella, y cuando visitaba a Dornička pensaba a menudo en ellos removiendo kilómetros y

kilómetros de tierra bajo sus pies. Temblores que apenas retumbaban bajo sus suelas destrozaban los cuerpos de los mineros. Conocían el riesgo y cuando la animaban en una dirección o en otra ya habían anticipado el futuro y tomado en cuenta muchas de las pérdidas que experimentaría. Había uno que siempre mantenía la boca cerrada; era un joven rudo al que no le gustaba meter la pata. Cuando Klaudie le hablaba él respondía «Eh…» y «Mmmm…» con evidente nerviosismo, y por eso era su favorito. Dornička prefería la luz de las velas a la luz eléctrica, y cuando Klaudie apareció en la sala de estar por la noche y se puso a encender velas, el vacilante reflejo de la luz por sus párpados se parecía al silencio de aquel chico en la mina de carbón. Dornička invitó al chico a cenar, pero la invitación lo puso nervioso y la declinó. Alžběta, cuyo esnobismo podía resultar escandaloso, dijo que el chico sabía que había cosas que no podían ser, cosas imposibles.

—…O que hay cosas que pasan cuando tienen que pasar—le dijo Dornička, en parte para chincharla y en parte porque era verdad.

Llegó el día de Todos los Santos y las tres mujeres fueron al cementerio donde estaban enterradas muchas personas con el mismo apellido. Hicieron guirnaldas con las hojas de otoño para adornar las tumbas, charlaron amistosamente con miembros de todas las familias sobre temas que sabían de su interés y en conjunto pasaron una tarde muy agradable. Hubo un poco de tristeza que no llegó a desolación, o al menos eso opinaban nuestras mujeres. En un momento de intimidad con Tadeáš, Dornička le habló del «lobo» que la había golpeado y del bulto que le había salido, y le explicó que ahora estaba enterrado; también le contó que Klaudie no paraba de hablar de un olor delicioso que desaparecía repentinamente y por último le confesó a su difunto que había encontrado señales reveladoras de que alguien no dejaba de cavar debajo de su fresno.

La desaprobación de Tadeáš le llegó con toda claridad:

—No tendrías que haber prometido nada a esa criatura.

Pero ella no podía lamentar su promesa dado que fue una elección entre eso o que el «lobo» se quedara a esperar a la siguiente.

—Pero ¿cómo vas a cumplir tu promesa, Dornička mía?

—No lo sé, no lo sé…

Tadeáš se ablandó y a ella se le ocurrió que lo menos que podía hacer era desenterrar el trozo de carne y hacer uso de la nueva arca de madera. Aprovechando que aquella noche Alžběta se había llevado a Klaudie a visitar a unos antiguos compañeros de colegio, Dornička se puso a cavar y examinó atentamente el pedazo de carne en busca de señales de mordiscos o de otras marcas de un posible consumo. Un

gusano muerto ocupaba el agujero que ella había practicado en la carne pero aparte de eso seguía fresca y entera. De hecho, estaba más rosada que antes. Klaudie había descrito el olor como a levadura y miel, como el de un bollo, así que Dornička se esforzó por pensar en aquel trozo de carne como un bollo, lo encerró en el arca y lo colocó encima de su armario ropero junto a la caja de sombreros donde tenía guardado el de su boda. En los días que siguieron se encontraría a menudo a Klaudie en su dormitorio «inspirando», según decía, vaharadas de perfume. Un par de veces la pilló incluso probándose su capa roja: nunca en su vida estuvo Dornička más cerca de sufrir un ataque al corazón. Pero no se separó de la llave ni un momento, así que tan sólo tenía que esperar la ocasión de encender una pequeña hoguera y hacer desaparecer ese trozo de carne para siempre.

Aquel año fue Klaudie quien eligió el ganso del día de San Martín. Las tres mujeres fueron al mercado y Klaudie preguntó a Pankrác, el criador de gansos, cuál era el más tragón de todos:

—Queremos uno que coma de la mañana a la noche.

Todos los clientes de Pankrác querían un ganso con las mismas características para el día de San Martín, pero él tenía sus razones para querer ganarse el favor de Dornička, así que cuando la hija de su hijastra le preguntó cuál era el ganso más tragón, él fue sincero y le entregó el ganso en cuestión. El ganso aceptó restos de lechuga de la mano de Klaudie y unos trocitos de manzana, pero parecía desconcertado por el giro de los acontecimientos. Graznó unas cuantas veces lo que Alžběta interpretó como: «¿Yo? ¿Yo…? Debe de tratarse de un error…».

—Gracias, Pankrác…, te guardaré el cuello.

Dornička puso periódicos en el asiento trasero del coche y colocó allí la jaula del ganso. El ganso graznó durante todo el viaje; era un ganso ruidoso, pero a Dornička no le importaba. Cuando Klaudie dijo que el ganso le daba lástima y que habría preferido ir al supermercado y comprar uno empaquetado, Dornička puso los ojos en blanco.

—¡Menuda urbanita está hecha tu hija!—le dijo a Alžběta, tras lo cual se dirigió a Klaudie—: No dirás eso cuando hayas probado el hígado.

El ganso se tranquilizó un poco cuando lo instalaron en el jardín trasero. Sólo comía de la mano de Klaudie, de manera que ella fue nombrada la encargada de alimentarlo. Es bien sabido que a los gansos no les gusta la gente, así que la relación surgida entre el ganso y Klaudie era una cosa rara. Klaudie hablaba al ganso mientras éste picoteaba su comida y le acariciaba las plumas para que estuvieran lustrosas. Dornička abrigaba recelos contra el ganso ya que se dedicaba a picotear sin parar en un rincón concreto del jardín: el lugar

donde estaba enterrado el maldito trozo de carne de Dornička. No es de extrañar que Klaudie y el ganso se llevaran bien, quizá hasta mantenían largas conversaciones sobre las cosas que podían oler. El ganso también era extraordinariamente tragón, el más tragón que Dornička había conocido hasta la fecha.

—Nos dejará la despensa vacía—gruñía Dornička cuando Klaudie se plantaba en la puerta de la cocina preguntando si había más restos.

Lo que le preocupaba a Alžběta era el cariño de Klaudie por el ganso.

—Puede que no nos deje matarlo—decía—. ¡Y ya sabes lo que me gusta la carne de ganso, Dornička!

—Tranquila, no te preocupes—le aseguraba Dornička—. Confía en mí, ese ganso tiene los días contados.

Cuando Dornička volvió a encontrar a Klaudie en su habitación, estuvo a punto de tener una trifulca con ella.

—Por última vez, Klaudie, ¿qué haces aquí?

Klaudie pestañeó repetidamente y murmuró algo sobre unos restos.

—¿Algún resto para el ganso, Dornička…?

Y eso le dio a Dornička una idea.

Una vez más, es inútil tratar de edulcorar los hechos, así que contaremos las cosas tal como fueron: mientras Klaudie y Alžběta dormían, Dornička alimentó al ganso con su trozo de carne. Éste lo engulló sin titubear y, a continuación, se puso a correr sin parar, trazando círculos por el jardín. Como era una visión mareante, Dornička evitaba mirarlo. Metió la llave dentro del arca vacía y se sirvió un chupito de *slivovice* para celebrarlo. ¡Que se vaya con viento fresco!

Al día siguiente, Klaudie se armó de valor para llevar el arca vacía a Dornička y preguntar qué había contenido.

—Las niñas no tienen por qué saberlo. Vete a dar de comer al ganso, Klaudie.

Pero Klaudie no quería. Decía que el ganso había cambiado.

—Ya no grazna y parece consciente…

—¿Cómo que consciente?—preguntó Dornička.

Y se fue a verlo con sus propios ojos llevando un cubo de comida al jardín trasero.

El ganso parecía haber duplicado su tamaño de la noche a la mañana.

Sus ojos también eran más grandes.

Miró a Dornička como si estuviera a punto de llamarla por su nombre.

Dornička lanzó al suelo el contenido del cubo y regresó a la casa a toda prisa.

—¿Ves lo que te decía?—le dijo Klaudie.

Era el 10 de noviembre, la víspera del día de San Martín. Estaba a punto de caer la primera nieve del invierno. Dornička dejó de utilizar la razón durante unos momentos, el tiempo necesario para conectar su ordenador y comprar otra capa roja. Esta vez de tamaño infantil, envío urgente. Cuando llegó la dejó en el jardín trasero junto a la comida del ganso y se dijo, a modo de plegaria: «Que pase lo que tenga que pasar».

Aquella noche dejó abierta la puerta de atrás, y cuando el ganso de San Martín subió las escaleras y entró en su habitación, no sintió sorpresa alguna, ni siquiera cuando vio que llevaba la capa roja y las llaves del coche de Dornička en el pico.

—Gracias, ganso—le dijo—. Te estoy muy agradecida.

Llevó al ganso hasta la base del monte Radhost y contempló cómo se perdía montaña arriba por el sendero, una mancha escarlata ascendiendo en el paisaje gris.

«Gracias, ganso. Te estoy muy agradecida».

Alžběta, la amante de la carne de ganso, no se quejó demasiado por la mañana. Se limitó a mirar fijamente a Klaudie y le dijo que se olvidara de elegir la carpa de Navidad.

¿FREDDY BARRANDOV ENTRA EN… PLANTILLA?

Como iba diciendo, no soy un buen hijo. No fui consciente de ello hasta que alcancé la edad que tenía mi padre cuando fue encarcelado por reparar las esferas rotas de torres de reloj sin autorización. Desató la ira de quienes exigen que ciertas cosas no funcionen. Aquellas torres de relojes estropeados eran consideradas recuerdos de una guerra civil que detuvo el tiempo en varias poblaciones dispersas por el país de mi padre. Arreglar sus mecanismos semejaba un acto político, aunque fuera imposible ponerse de acuerdo sobre el significado exacto de dicha forma de proceder. Cuando mi padre vio por primera vez esas esferas de reloj estropeadas pensó que si esas bellas e imponentes obras fueran restauradas, ya nadie te importunaría por lo tarde que hubieras llegado, por cuánto tiempo hubieras estado esperando o por cuánto más tendrías que esperar.

Mi madre tiene sus propias maneras de mostrarse vitalista: una de las más llamativas fue con ocasión de un premio literario patrocinado por el gobierno que se hacía pasar por un premio patrocinado por una empresa fabricante de máquinas de escribir. Un año, el escritor elegido para ganar el premio lo rechazó sin explicación alguna y pidió que no se relacionara su nombre con el premio bajo ningún concepto. Imperturbable, mi madre felicitó al segundo de la lista, pero éste casi se lo tomó a risa cuando lo llamó por teléfono: «Es todo un detalle de su parte, pero todo el mundo sabe que mi libro no es tan bueno», dijo. Eligió otra escritora y sugirió que se le diera el premio a ella, pero esta autora también se negó a aceptarlo. Tenía que haber un ganador, así que mi madre llamó a todos los candidatos seleccionados para el premio, pero todos respondieron con un «Gracias pero no» o con un «Oh, no puedo aceptarlo», así que volvió a contactar con el ganador seleccionado en un principio y consiguió que el autor reconsiderara el asunto y aceptara humildemente el premio.

Aunque nada cambiara especialmente, mamá desarrolló ciertos prejuicios contra los escritores; hay conductas que ella califica ahora de «propias de escritores», y creo que con ello se refiere a la falta de cooperación. De todos modos, mi madre apoyó a mi padre en el

asunto de las esferas de los relojes y se dedicó a organizar su restauración. Los recién casados trabajaron juntos en el proyecto, aunque él no permitió a nadie sugerir siquiera que ella estuviera implicada, cargando así con toda la culpa sobre sus propios hombros (con las especulaciones y, en algunos casos también, con el reconocimiento). Ante el tribunal mi padre declaró que creía estar demostrando espíritu cívico al ofrecer un servicio público gratuito. Entonces le preguntaron por qué había prestado aquel servicio público de manera anónima y a altas horas de la noche: ¿por qué trabajar en tales condiciones si creía que lo que estaba haciendo era irreprochable? Y todo lo que se le ocurrió responder a mi padre fue: «Claro, es verdad. Dicho así parece algo malo».

Otra cosa que no le gustaba a la ley: había irrumpido en las torres de reloj y las había dejado abiertas para personas que buscaban refugio, atrayendo así a todo tipo de elementos extraños a barrios acomodados y echando a los que ya estaban asentados a barriadas más destartaladas, de manera que ya no estaba claro qué clase de personas podía uno encontrar en cualquier parte de la ciudad.

A mi padre le cayó una sentencia de tres años de cárcel, de la que pudo salir incólume gracias a que era una persona útil, un auténtico manitas. Aprendió a solucionar una variedad de interesantes contratiempos técnicos que raramente ocurren en familias pequeñas y ahora trabaja junto a mi madre en un hotel especializado en Cheshire: el hotel Glissando, y lo de especializado viene a cuento de que cuesta un rato describirlo. Papá es el director de mantenimiento. Él se fija más o menos su propio sueldo, dado que el equipo directivo (liderado por mi madre) no ha encontrado todavía a nadie capaz de ocuparse de todas las cosas que hay que arreglar de repente en el hotel Glissando.

Como yo soy Frederick Barrandov Junior, había expectación por saber si seguiría los pasos de Frederick Barrandov Senior, y si dejaría mi trabajo como profesor de guardería y me uniría al equipo de mantenimiento del hotel Glissando.

Aproximadamente un mes después de cumplir treinta y tres años me enteré de que mamá había asegurado al millonario y solitario propietario del hotel que yo me incorporaría al equipo antes de que terminara el año.

Me lo comunicó mientras comíamos.

—¿Dónde te ves a ti mismo dentro de diez años?—me preguntó.

Mi respuesta:

—No estoy seguro, pero quizá en una playa leyendo una buena novela de misterio. No de crímenes sino de ésas en las que el narrador debe descubrir en qué año vive y cuál es la razón de haber nacido…

¿Hubiera respondido de otro modo de haber sabido que mamá pretendía tener una conversación seria sobre mi futuro? Probablemente no.

Mamá se quedó lívida.

—¿Sentado en una playa leyendo una buena novela de misterio? ¿Sentado en una playa leyendo una buena novela de misterio? Freddy, si ése es el colmo de tus ambiciones, entonces tú y yo hemos acabado.

—Por favor, mamá, no exageres… ¿Cómo vamos a acabar tú y yo? Soy tu hijo…

—Muy bien, te daré otra oportunidad—dijo—. ¿Qué planes tienes para los próximos años? ¿Qué es lo que te motiva?

Hablé del pasado en lugar del futuro; un pasado, dicho sea de paso, que yo nunca había vivido ni nadie me había contado. Recordaba un letrero que decía CIUDAD REBELDE en un idioma raro. Recordaba gente andando a zancadas y portando alfanjes, y una niñera que era un tigre y canturreaba las nanas dulcemente, entre dientes, chasqueando la lengua: «Duérmete un ratito, chiquitín, o duérmete para siempre».

—Ésa fue mi infancia, no la tuya—me espetó mi madre—. La tuya es una vida patética. Te he estado observando durante seis meses y lo único que has hecho, aparte de aparecer por aquí para jugar con niños en un recinto de arena, ha sido ir a galerías de arte, bares, cines y a un par de casas de amigos. ¿Qué clase de persona eres? He hablado con el que te vende la hierba y me ha dicho que ni siquiera le compras mucho. No tienes ni virtudes ni auténticos vicios. ¿De verdad piensas que puedes continuar así?

—¿Qué puedo hacer entonces?

—Empezarás a trabajar en el hotel Glissando la próxima semana.

—¿Yo? ¿No puede hacerlo otra persona?

—No, Freddy. Tienes que ser tú.

Era sexismo: mi hermana pequeña Odette es mucho más manitas que yo. Lo mencioné, pero mi madre no me hizo caso y propuso que acompañara a papá en el hotel durante unos meses hasta adquirir las habilidades que me faltaban. Le dije a mi madre que no podía y que no dejaría a mis parvulitos abandonados en ese momento crucial del desarrollo de sus mentes. Mamá dijo que se estaba jugando su propio puesto. Una mujer sin escrúpulos pero llena de energía y entusiasmo, la siguiente en la cadena de mando detrás de mi madre, ambicionaba ocupar su puesto; dejaba a mi madre fuera de juego de maneras sutiles haciendo que desconociera directivas cruciales y no estuviera al tanto de cambios en los numerosos calendarios y procedimientos que debía supervisar y cumplir. Podía intuir la tensión de mi madre mientras

hablaba: se percibía en su cabello, que por lo general llevaba muy bien peinado o peinado según normas dictadas por el Estado. Pero entonces el cabello de mi madre estaba lleno de nudos. Era la primera vez que se lo veía así.

Después de decir que consultaría mi decisión con la almohada, fui al piso de mi hermana y hablamos toda la noche. A los dos nos gusta bastante el Glissando. La discreción es su principal característica: vas allí para ocultarte. El mobiliario es una mezcla de rojos oscuros y morados. Atravesar el vestíbulo es como aplastar uvas y ciruelas y bañarse en el vino resultante. En el vestíbulo hay tres cabinas telefónicas. Los números se ocultan automáticamente y se utilizan principalmente para mentiras. Una vez, mientras salía del hotel para hacer un recado a mi padre, vi a un hombre con una trinchera entrar tambaleándose en una de las cabinas. En el pecho tenía clavado lo que parecía un cuchillo de carnicero, y debió de dejar un reguero de sangre en la cabina y perder mucha más a gran velocidad, aunque yo no la viera. El color de la sangre combina con el color del entorno, por lo que cada gota queda perfectamente integrada en él.

Me quedé por si hacía falta prestar ayuda. El hombre con el cuchillo clavado en el pecho cogió el teléfono, marcó un número y le explicó a alguien al otro lado de la línea que llegaría tarde por causa del trabajo: «Todo bien, guárdame una tajada». Su voz sonaba tan bien modulada que de no haberlo visto no habría albergado ni la menor sospecha de que tuviera clavado un cuchillo. Luego llamó a una ambulancia y se desplomó. Ese hombre me impresionó…, me impresionó mucho. Mientras esperaba a la ambulancia sus ojos se oscurecían y aclaraban, oscurecían y aclaraban, pero empuñaba el cuchillo con gran firmeza. Parecía sentirse honrado, extraordinariamente honrado, como si le importara más lo que desgarraba su carne que la propia carne, y se aferraba a la hoja como si fuera una mezcla de milagro y catástrofe, capaz de conferir divinidad o de ser una prueba de ella. Para el chico que miraba boquiabierto a través del cristal, aquel hombre se esforzaba por ser un digno receptáculo, por seguir viviendo con un cuchillo clavado, con su brillo hundido en las entrañas. Si era un hombre sin remordimientos, entonces era el primero que yo veía. Y recuerdo que pensé: «Bueno, está bien». No me importaría acabar así.

En el mostrador de recepción del Glissando los huéspedes pueden solicitar cualquier cosa que se les ocurra. Odette estaba allí cuando un hombre atacado de los nervios pidió un certificado que garantizara que los cimientos del edificio eran inexpugnables: estaba convencido de que lo perseguía un ente subterráneo que se metía debajo de todos

los edificios que él habitaba y elevaba el suelo un pie cada año, con el objetivo de levantar una cantera tan alta que su víctima no pudiera descender nunca más al mundo de los humanos. Nuestra madre no hizo comentario alguno: se limitó a entregarle un certificado que decía que nunca había habido ni habría espacio para ningún tipo de vivienda bajo el hotel Glissando. Lo único que no puede pedir un huésped del hotel es, por la razón que fuere, una cartera de piel de iguana. A la mujer que pidió una se le dijo: «Largo de aquí y no vuelva nunca más». Y también el portero, mientras arrojaba el equipaje de la señora a la calle, exclamó: «¡¿Una cartera de piel de iguana?! ¡¿Pero dónde se ha creído que está?!».

Que sepamos, ésa es la única vez que no se satisfizo la solicitud de un huésped del Glissando. Durante años Odette y yo hemos pensado que el celo de nuestros padres por ocuparse de los huéspedes del hotel roza lo antinatural. Odette me dijo que en cierta forma el hotel y sus huéspedes son como las esferas estropeadas de los relojes, salvo que mamá y papá son compensados por su trabajo en lugar de ser castigados.

Pero aun así:

—Han entregado los mejores años de su vida a ese lugar y es su negocio, pero ¿por qué quieren que yo le dedique también mi vida?

Así es como se lo expuse a Odette. Odette dijo que yo estaba pasando algo por alto: desde que conocemos a nuestros padres, el valor profesional de mi madre ha dependido del de nuestro padre. Ella ha sido considerada una mediadora de sus talentos durante tanto tiempo que ha llegado a creer que ésa es la razón de su vida: mamá llevó a Barrandov Senior al hotel Glissando, de modo que, por las buenas o por las malas, también llevaría a Barrandov Junior.

—No lo sé…, si le hago caso, ¿no estaré confirmando para siempre esa imagen? ¿Y eso es realmente bueno para mamá?

A Odette le brillaron los ojos y de inmediato me dijo que en realidad yo destruiría esa imagen, porque era imposible que yo pudiera estar a la altura de papá.

—Gracias, hermanita…, muchas gracias…

—Sin embargo, yo *puedo* estar a la altura de papá e incluso superarle.

¿Tenía fundamento la confianza de Odette en sí misma? Yo estaba convencido de que sí. Ella siempre quiso aprender todo lo que papá deseaba enseñarnos. Y cuando preguntábamos a papá con quién prefería trabajar de los dos, él decía: «Con Odette, claro». Mi hermana ya se había forrado trabajando como fontanera por cuenta propia, pero lo dejó todo para estar con mis padres. No lo lamentaba. Decía que le gustaba su trabajo y podía intuir por qué nuestros padres

estaban tan entregados al Glissando. Le pedí que se explicara, pero se puso tan sentimental que me hizo sentir muy solo.

En cuanto a mí, perdí el rumbo durante un tiempo. A mamá le dio por comportarse como si yo no hubiera existido nunca:

«Imagina si yo sólo hubiera tenido un hijo… Un hijo que iba a echar por tierra el trabajo de mi vida para ocuparse de una clase de tarados o como se llamen», dijo a Odette.

Papá y yo seguíamos pasando las tardes de domingo en el pub como siempre, pero ya no era lo mismo. No me había dado cuenta de lo importante que era para mí que papá y mamá estuvieran de mi lado. Mamá hizo mucho por nosotros cuando estábamos creciendo. Como hicieron con su trabajo, ella y papá se repartieron a medias la labor de criarnos: buscaron adultos dignos de confianza cuando ellos no podían ocuparse de nosotros, estaban al tanto de todos nuestros justificantes para ausentarnos del colegio, conocían nuestras aficiones, obsesiones, alergias (tanto falsas como auténticas), por no mencionar los estirones, los cambios de humor, la competencia para captar su atención y los intentos de evitar su vigilancia. Recuerdo a mamá repitiéndonos a menudo que teníamos buen corazón y buenos cerebros. Cuando decía eso nosotros decíamos «Gracias», y tal vez sonara como si le estuviéramos dando las gracias por vernos de esa manera aunque en realidad le estábamos agradeciendo por darnos lo bueno que hubiera en nosotros. Mamá creía que yo no me esforzaba todo lo que podía en aprender y tenía razón. Ella querría que se hiciera buen uso de los buenos corazones y de los buenos cerebros, pero no estoy seguro de que todo el mundo deba vivir de esa forma, ni de que todo el mundo pueda hacerlo.

Aisha me dijo… ¿Qué me dijo en realidad? ¿Qué es lo que me suele decir? Es lo que se llama una cineasta prometedora: mucho más dada a mostrar que a decir. Entonces, ¿qué me enseñó? Muchas cosas, pero no todo. Vivíamos en el mismo edificio y nos encontramos en la escalera: me había quedado fuera con la puerta cerrada y estaba esperando a que llegara Pierre, mi compañero de piso. Iba a tener que esperar mucho tiempo antes de que llegara a casa: en fin, ser una parte fundamental del proceso de socialización de sus chiquitines es sólo la identidad diurna de Pierre. Durante los fines de semana se convierte en el cantante de un grupo, Hear It Not, Duncan, y sus conciertos no terminan nunca. Como estaba claro que no había manera de comunicarme con él por teléfono y parecía que cualquier otro amigo que viviera en nuestra ruta de autobús estaba también en el concierto, me senté junto a la puerta y repasé todas las tarjetas de empresa que me habían dado y llamé a todos los números de teléfono que aparecían en ellas; a cada llamada se disparaba el contestador porque ya nadie quiere recibir llamadas sorpresa.

Aisha pasó a mi lado cuando yo estaba dejando a alguien un confuso mensaje de voz en el que le contaba que un día, al pasar por delante de la puerta de un vecino, llevado por un impulso, metí la mano en el buzón y alguien desconocido al otro lado de la puerta agarró firmemente mi mano (juro que me sucedió y que nunca he pasado más miedo, ni he corrido más rápido desde entonces). Aisha pasó a mi lado, escuchó lo que contaba y sonrió. Sonrió. Por desgracia soy un chaval sencillo, la clase de chico al que una chica como Aisha no puede sonreír a menos que quiera un novio. Le dije que no tenía llave para entrar en casa e hice todo cuanto pude por dar lástima; me preguntó si tenía coche y si podíamos ir a recoger autoestopistas y llevarlos hasta su destino. Dijo que siempre había querido hacerlo. «Sí, yo también», le contesté. Así que condujimos por la A534 en ambos sentidos, pero no pudimos convencer a nadie de que se subiera al coche; quizá parecíamos demasiado entusiastas. Cuando regresamos al amanecer Pierre ya había vuelto; me pregunto qué habría sucedido si no lo hubiera hecho.

Aisha ha tomado la costumbre de llamar a la puerta siempre que pasa e invitarme a estrenos de películas y otras cosas, pero sea cual sea la hora de nuestra cita llega media hora tarde, a veces cuarenta y cinco minutos tarde. A veces la espero una hora o más, pero ella ni siquiera se da cuenta. La perseverancia no parece su fuerte; sólo consigo seducirla hasta cierto punto. He tratado de cavilar sobre el asunto, pero mis cavilaciones avanzan tan poco como mi seducción. Cuando estamos entrelazados, nuestros cuerpos producen la clase de ardor en que la sensación supera a los sentidos—es posible saborear el sonido—, ese medio hipido y medio suspiro me dice que a ella le gusta lo que mi lengua le está haciendo. Entonces cada uno se sirve un poco más de lo que le gusta y nuestra pasión se desborda hasta que…, hasta que ella se retira. No está permitida la penetración, por muy desnudos que estemos o por muy placenteras que sean las caricias y los roces, por muy apetitosamente mojada que esté cuando le abro las piernas con la rodilla. La miro a los ojos y leo en ellos deseo, pero también algo que podría ser repugnancia. Entonces ella se retira.

Puede que a nadie le guste un hombre sin ambiciones y se le niegue todo hasta que cambie de proceder. Puede que Aisha se esté reservando para algún personaje de ficción, como Willow Rosenberg o ese imbécil de pelo lacio, Theodore Lawrence, o alguien parecido. ¿Habrá algún otro, alguien de carne y hueso? ¿Lo hace para obligarme a decir con palabras que la deseo? No me gusta decir esa clase de cosas. Así que por el momento, si ella no quiere, no hay nada que hacer. Suena muy obvio, pero he escuchado historias, de hombres, de mujeres, que demuestran que no todo el mundo reacciona así. El

consentimiento es un movimiento descendente, creo—un salto o una caída—, y tanto si lo admiten como si no, hasta las personas más resueltas pueden verse incapaces de decir si dieron su consentimiento libremente. Esa imposibilidad de saber si te lanzaste o si te empujaron provoca una mirada vacía y un característico sentimiento de devastación.

Pierre dice que tiene pinta de que a Aisha no le van las pollas.

—¿O sea que prefiere los coños?

—Tal vez, pero lo único que a ti te afecta en particular es que no le van las pollas. Lo que quiero decir… Vamos a ver, la cosa es así: estás con un tío que está absolutamente desesperado por metértela. Visto así, ¿no es un poco desagradable?

Siempre puedo contar con Pierre para que me dé su opinión más sincera. O para que me cause un complejo. O ambas cosas.

Pero lo que me impide precipitarme es que las otras pasiones de Aisha la dejan al descubierto. Le gusta tanto el cine que puedo encontrar pistas y claves en cada una de sus películas favoritas. Sé de quién es ese insolente fruncir de labios que imita cuando escucha una orden que no tiene intención de cumplir y sé a quién está citando cuando suelta: «Cuando pierdo los nervios, cariño, más vale que busques donde esconderte». Es cierto que el pleno conocimiento carnal de esta mujer me está vedado, sin embargo, la conozco. Durante un tiempo Aisha quiso escribir poesía, porque le gustaba leerla. Pero las musas no la inspiraron. Luego quiso escribir prosa, pero dejó de molestarse cuando se dio cuenta de que era incapaz de escribir sobre sexo: «Un auténtico escritor debe ser capaz de escribir sobre el cuerpo. Hay que hacerlo, vivimos en un cuerpo».

De manera que el punto débil de Aisha podría ser simplemente que no quiere que sea la lujuria la que condicione mis actos. Tal vez la lujuria sea una traidora imponente, la hija del guardián vista en la ciudad amurallada a cualquier hora de la noche cantando bajito y provocando al aire con una pluma de cisne iluminada por las estrellas. Lujuria, la hija del guardián, quizá sea un poco irresponsable. No provoca grandes daños hasta el día en que su telescopio le muestra que avanzan tropas hacia la ciudad amurallada. Entonces, cuando cae la noche, se desliza por las calles silenciosas, recibe al enemigo en las puertas de la ciudad y las abre de par en par: «Apodérate y usa todo lo que quieras y destruye el resto hasta los cimientos».

Cuando todo ha terminado, ningún observador es capaz de establecer el motivo que impulsó la traición de esta mocosa, ilógica o todo lo contrario. Los historiadores analizan minuciosamente su declaración de que estaba sonámbula. Ésas son las gestas de la lujuria, la hija de nuestras ciudades amuralladas. Pero dígase lo que se diga de ella, no es posible negarla. ¿¿¿O sí???

Me quedé sin trabajo casi sin darme cuenta: pasaba tanto tiempo en el vestíbulo del hotel Glissando que no tenía tiempo de ir a trabajar. Alguien del hotel podía necesitar alguna de mis habilidades, y entonces me reincorporaría a mi familia y continuaría con la tradición Barrandov de satisfacer necesidades cuestionables. Pero nadie tenía necesidad de mí. Veía a mi madre andar frenética de un lado para otro murmurando cosas a un walkie-talkie y a mi padre y a Odette deambulando resueltamente con los pulgares metidos en los huecos libres de sus cinturones de herramientas. ¿Había perdido mi oportunidad? Mientras gastaba mis ahorros decidí trabajar en desarrollar mi ambición y divertirme al mismo tiempo. Robé artículos caros y en el momento en que me hacía con ellos descubría que no quería conservarlos ni molestarme en venderlos. Los restituía antes de que alguien se diera cuenta de que habían desaparecido. La empresa más complicada y gratificante (también la cuestión que requería ir a Londres y aplicarse un maquillaje cuidadoso y hablar con perfecto acento vienés hasta en la pronunciación de la última sílaba) fue el robo y devolución sin jaleos de un collar de diamantes en el Tiffany's de Old Bond Street. Estuve a punto de no devolver el collar, pero a Aisha no le gustaba y no se me ocurría nadie más a quien regalárselo. Los diamantes estaban turbios. Al robar el collar mi primer impulso fue darle una buena pasada con un trapo.

Hay un corto de Aisha que vi muchas veces en esa época. Se llama *Mortalmente gris*: está ambientado en la época de la Guerra Fría en San Petersburgo y narra el deterioro de la salud mental de una pareja de hermanos de mediana edad. Comparten una casa y ambos son miembros veteranos del Partido, y trabajan como escritores de propaganda. Una noche reciben una notificación de Moscú diciendo que ya es hora de que aporten su granito de arena para fortalecer el Partido. Lo tienen que hacer sembrando sutiles sospechas entre sus compañeros de Partido para que todos crean que ellos, el hermano y la hermana, son en realidad espías; también deben espiar la investigación de sus actividades al tiempo que hacen todo lo posible por desbaratarla. Como está prohibido hablar de este «ejercicio de investigación», los hermanos ni siquiera saben si sus colegas de San Petersburgo están al tanto de este ejercicio. Tampoco tienen la menor idea de a quién tienen que informar en Moscú. La carta que reciben lleva estampado un sello oficial auténtico, por lo tanto era imposible rechazar la misión. La carta les es entregada a altas horas de la noche: la hermana la toma de la temblorosa mano de un hombre que es abatido por un francotirador mientras se aleja de su puerta. Los hermanos escuchan a continuación más tiros a diferentes alturas y distancias que les hacen sospechar que también el francotirador ha

sido abatido. En suma: no hay duda de que desobedecer sería un error absurdo. Tampoco hay duda de que una obediencia poco entusiasta será mal recibida: si el hermano o la hermana no realizan su cometido de manera satisfactoria recibirán «reprimendas» (¿qué significa eso, qué quieren decir amenazando con un castigo plural por no cumplir su cometido?). El primer cometido es pues romper la carta y comérsela. Para recibir las instrucciones de la semana visitan por turnos una casa en ruinas en las afueras de la ciudad, donde las encuentran escritas en la pared de un dormitorio. Son instrucciones para establecer varios contactos programados y para preparar informes codificados y absurdos. Tras leerlas y memorizarlas, deben cubrirlas con pintura. Los hermanos tienen prohibido entrar juntos en la casa. Así que él entra solo, ella entra sola, y no resultaría difícil calumniar al otro siempre y cuando tuvieran cuidado de no mirarse a los ojos. Otra causa de preocupación: algunos de los contactos programados que han establecido también parecen demasiado auténticos.

Los hermanos se sienten muy desgraciados por esta situación. No pueden entender que les esté pasando esto a ellos cuando nunca han cometido errores. Un colega hace un comentario jocoso durante el almuerzo y sugiere la posibilidad de que alguien en Moscú esté harto de los encantadores hermanos, los encuentre poco sinceros y haya puesto en marcha este enrevesado programa para obligarlos a cavar sus propias tumbas. Mientras contemplas a estos hermanos pelear por las tareas diarias e intercambiar comentarios insulsos sobre todo lo que hacen los vecinos, ves lamentables indicios de que cada palabra de alabanza que escriben es profundamente insincera y lo ha sido desde el principio. Se han privado a sí mismos de todos los lazos sociales; sólo tienen conocidos. Ahora buscan sus almas, distinguen siluetas de caballos salvajes galopando en estampida en las hojas de té depositadas en el fondo de sus tazas… ¿De qué son presagio? «Los caballos nos dicen que bebamos algo más fuerte que té». Este consejo no tiene precio: los hermanos desean fervientemente estar callados, y saben por experiencia que el alcohol les ata la lengua. De manera que beben sentados a la mesa de la cocina, con la mirada perdida y las rodillas juntas mientras cada uno mira fijamente la pared llena de micrófonos ocultos tras la cabeza del otro.

Es una película espectral, una película en el sentido literal del término, una capa que cubre las pupilas, más que un desfile de imágenes que se mueven ante tus ojos. Más que verla, la sientes; la tensión oscurece cada fotograma; al final ya no logras entender ni la vida íntima de estos hermanos ni la vida exterior. Y se diría que tampoco ellos entienden nada. La película parece un comentario sobre la palabra escrita y el completo dominio que ejerce. ¡Ay de quienes creen en lo que está escrito y ay de quienes no creen!

Cuando le expuse esto a Aisha, negó con la cabeza: «Es un espectáculo de marionetas».

Sí, también es eso. Los hermanos de la película están representados por dos títeres de aspecto femenino y doblados por un cantante y un titiritero, ambos amigos del padrastro de Aisha. La hermana destaca sobre el hermano porque es de madera. El hermano está hecho de metal y su cara es una de las más llamativas que he visto nunca, compuesta enteramente de escamas irregulares: los párpados son escamas; la nariz, una escama con forma de botón. Cuando abre la boca para hablar, es como si estuviera hablando el mar.

Decidí enseñar la película a mi hermana Odette, y mientras esperaba en el vestíbulo del hotel Glissando utilicé el wifi gratuito para verla en la pequeña pantalla de mi teléfono. Un hombre me dio un golpecito en el hombro y yo levanté la mirada: era un hombre negro, de la edad de mi padre aproximadamente, y media cabeza más bajo que yo. Y sus patillas… las había visto antes (y a él), pero era incapaz de recordar dónde. Al ver que el hombre me hablaba me quité los auriculares

—… buen aspecto, Freddy. ¿Qué tal estás?

—Muy bien, gracias. ¿Y usted?

Seguía sin tener ni idea de quién se trataba, pero mientras uno de nosotros supiera de qué iba el asunto no me importaba charlar. Me dio un codazo y me guiñó el ojo.

—Estás sorprendido de verme, ¿eh? Creías que había muerto, ¿verdad?

Y entonces, cuando dijo eso, lo recordé todo: se suponía que este hombre estaba muerto. Era mi padrino, y la última vez que lo vi fue en mi bautizo. Tal vez fui a su funeral, pero no estoy seguro: he estado en tantos que todos se confunden en mi mente.

—¡Cielos, sí! ¿Así que estás vivo? Fantástico. ¿Cómo lo has conseguido? Quiero decir, fuiste a…

—Navegar en un barco de vela—respondió, sonriente.

—Exacto, a navegar en un barco de vela; fuiste a dar la vuelta al mundo en tu barco y luego hubo ese huracán en Cuba y aparecieron restos del barco en diversos sitios…

—Me deshice del barco muy pronto, Freddy—me dijo mi padrino serenamente—. La vela no es para mí. Sólo fue un pretexto para deshacerme de mi mujer y mi hijo, en realidad, de modo que en cuanto llegué a Florida dejé el barco a la deriva sin mí.

—Así que permitiste que tu familia pensara que estabas muerto, este… ¿Jean-Claude?

—Eso es. He estado viviendo aquí en el Glissando durante años.

Lo vi mover la mano en el bolsillo y adiviné lo que estaba

haciendo, porque había visto a otros realizar el mismo ritual: estaba deslizando el dedo una y otra vez por el borde de la tarjeta llave de la habitación, haciendo lo que tendría que haber hecho antes de registrarse y quedar sujeto a las reglas. Antes de asumir la propiedad de una llave había que examinarla atentamente. No sólo porque el huésped podía necesitar identificarla más tarde, sino porque mirar una llave es tener una impresión de la cerradura para la que fue hecha y, por añadidura, de todo el establecimiento que rodea la cerradura. Una vez que te registras en el hotel Glissando ya no puedes marcharte nunca: imagino que es una anticipación de lo que es estar muerto. En muchos cuentos aparecen personajes que han muerto y no se dan cuenta de ello hasta que tratan de viajar a un lugar nuevo y descubren que no pueden llegar. Lo único que pueden hacer estos fantasmas es regresar a lugares donde ya han estado. Dependiendo de la persona, su existencia fantasmal puede ser incluso viajera. Pero tanto si su propietario ha viajado mucho como si no, la tarjeta llave de cada habitación del hotel Glissando es circular: coger la llave en la mano y pensar en ello antes de firmar el contrato de residencia permite saber al huésped que vaya donde vaya debe regresar y siempre regresará a su habitación.

—Este lugar es muy tranquilo y agradable, y cada mañana desayuno huevos cocinados como me gustan—dijo Jean-Claude—. Jana se divorció *in absentia* y se volvió a casar; está bien. Y mira lo bien que le va también a mi hijo.

Mi padrino abrió una revista de celebridades y me enseñó un artículo de cuatro páginas sobre la espléndida casa de su hijo: «La misteriosa y lujosa casa de las cerraduras de Chedorlaomer Nachor».

—¿Chedorlaomer Nachor es tu hijo?—Y enseñándole mi teléfono a Jean-Claude añadí—: ¿Sabías que actúa en la película que estoy viendo?

Como la película había terminado mientras hablábamos, la volví a poner. La mirada de Jean-Claude se deslizaba suspicaz entre mí y la pantalla de mi teléfono.

—Yo sólo veo marionetas.

—Sí, él es la voz del hermano.

Esperé hasta que el rostro plateado ocupara la pantalla y luego subí el volumen. Jean-Claude escuchó unos instantes y luego asintió con la cabeza.

—¿Qué es esta película?

—Ah, es de mi novia. Bueno, ella escribió el guion y la ha dirigido.

Jean-Claude me agarró del brazo.

—¿Conoces a mi Chedorlaomer?

—Bueno, personalmente no, pero… ¿por qué, quieres…, ya sabes,

encontrarte con él?

Después de todo no había perdido mi oportunidad: había un servicio que podía prestar a Jean-Claude y su famoso hijo. Ello me acercaría a su vez a mi madre, que reconocería mi existencia de nuevo. Pero Jean-Claude no deseaba tener un encuentro con su hijo: su contable desaconsejaba vivamente semejantes deseos. Lo que quería era que yo rescatara a su hijo de las garras de un peligroso personaje.

—¿Peligroso personaje?

—Su nombre es Tyche Shaw—me contó Jean-Claude con voz ronca.

—¿En serio?

—¿La conoces?

—¡Ella es la voz de la hermana!—le respondí dando unos golpecitos en la pantalla de mi teléfono.

Jean-Claude pasó las páginas de otra revista hasta que encontró fotografías de Chedorlaomer de la mano de una mujer negra, alta y pechugona. Llevaba el cabello recogido dejando a la vista un cuello propio de una película de vampiros de serie B. No hubiera imaginado que fuera marionetista, y tampoco lo sabía el que había escrito el pie de foto: «La misteriosa pareja de Nachor. ¿La conocen? ¡Escríbannos!».

—Freddy—me confesó Jean-Claude—. Llevo varios días vigilándote.

—¿Vigilándome? ¿Desde dónde?

Indicó una palmera en una maceta detrás de la cabina telefónica más alejada.

—Hay una silla ahí detrás. Sí, te he estado vigilando, y te veo bien, te veo de veras muy bien, pero también me da la impresión de que andas un poco perdido. —No le llevé la contraria—. ¿Te gustaría hacer un trabajo bien pagado, Freddy?

—Bueno… Sí.

—Perfecto, pues mira, te pagaré esto—me explicó Jean-Claude mientras escribía una cifra en la portada de la revista—si te ocupas de que esos dos rompan cuanto antes.

Como la cifra era elevada tuve que preguntarle por qué tenía tanto interés en la ruptura.

—He hecho algunas averiguaciones y descubierto cosas sobre Tyche Shaw—me explicó Jean-Claude, poniendo los ojos en blanco durante un instante—. No preguntes de qué se trata, digamos simplemente que es la clase de persona con la que mi hijo no debería salir. Sálvale. Si no por el dinero, hazlo por bondad humana.

—Haré lo que buenamente pueda. Pero ¿has tratado de pedírselo a mi madre o al recepcionista?

—Sí, por supuesto, pero dicen que sus atribuciones sólo atañen a solicitudes que puedan satisfacerse dentro del hotel.

—Ya veo… Muy bien, no te preocupes, Jean-Claude, yo me ocuparé de ello.

—No sabes cuánto me alegra oírlo, Freddy. Así habla un auténtico Barrandov.

Iba a tener un montón de dinero en breve, pero la perspectiva no me hacía muy feliz. Quizá me iría sintiendo mejor sobre la marcha. Aisha me presentó a Chedorlaomer sin que tuviera que insistir mucho; le hacía gracia haber descubierto en mí al fan de un cantante.

«Todo amigo de Aisha es amigo mío».

Chedorlaomer Nachor era famoso desde hacía muchos años y se había acostumbrado a vivir bien y a celebrar fiestas con sus compañeros de juego; si decías que te gustaba algo suyo, te lo daba, aunque tuviera que arrancárselo de su propio cuerpo para ponerlo en el tuyo. También era delirantemente feliz, así era su carácter. Admitía sin problemas que Tyche era su primer amor, lo admitía ante cualquiera que estuviera dispuesto a escucharle. Estuviera donde estuviese, la deliciosa y exquisita Tyche Shaw no andaba lejos. No podían quitarse las manos de encima. De sus epidermis se desprendía un aroma a azufre, pegajoso y dulzón. ¿No era él demasiado mayor para enamorarse por primera vez? ¿Quién era ella? Como Jean-Claude no me dijo lo que sabía, hice algunas pesquisas por mi cuenta. Era marionetista, y no demasiado conocida, aunque estaba asociada con gente como Radha Chaudhry y Gustav Grimaldi. Aisha añadió de pasada que Tyche también hacía trabajillos e invocaciones. ¿Trabajillos? ¿Sería algo relacionado con la prostitución?

Chedorlaomer parecía buena persona y Tyche también; si alguno era de naturaleza perversa, lo disimulaba bastante bien. Pero eso era lo de menos. Me había propuesto acabar con su romance. Estaban enamorados, se reían por cualquier cosa y desprendían un olor abrumador a todo el sexo que se me negaba a mí. He dicho *negar*, como si yo tuviera derecho a ello, lo sé. Pero esos dos me llenaban la cabeza de guarrerías: los veía sobarse, había visto *Mortalmente gris* de Aisha, así que cada vez que pestañeaba aparecían ante mí toda una variedad de divinas contorsiones entre sábanas de seda. Los cuerpos que veía y sentía entremezclándose eran el mío, el de Aisha, el de Chedorlaomer, el de Tyche…, hasta las marionetas participaban. Me insinué a Chedorlaomer, pero el hijo de Jean-Claude resultó inmune a mis encantos, al margen de la tibieza de mis intentos. Habló de Aisha y me quedó claro que si alguien le hacía daño iba a tenerlo difícil para seguir viviendo con la cantidad de heridas que él y el padrastro de Aisha le infligirían. Hizo estas observaciones en un tono tan zalamero

que me costó un tiempo darme cuenta de que me estaba avisando.

Después de eso necesitaba explicarle a Aisha lo que me traía entre manos antes de que el señor Protector se lo contara. Al oírlo me miró con una expresión de lo más extraña.

—¿Así que tienes tendencia a estar satisfecho con lo que tienes?—preguntó.

—Sí.

—¿Y te parece que eso es un problema?

—Está claro que sí; es una diferencia que me está separando lentamente de mi familia.

—¿Qué pasaría si te dijera que conozco a Ched y Tyche lo suficientemente bien como para estar bastante segura de que no hay ninguna necesidad de lograr que rompan?

—La cuestión es que tengo que conseguirlo igualmente porque he dado mi palabra. Le dije a Jean-Claude…

—En cuanto a Jean-Claude…—le interrumpió Aisha removiendo el té con aire siniestro.

—No, por favor…

—Está bien, olvidémonos de Jean-Claude por el momento. Escucha, Freddy, tú eres mi chico y juntos podemos conseguir lo que queramos. Te diré cómo vas a conseguir que rompan…

—Tu *chico*…, conseguir lo que queramos…, lo que queramos, tu *chico*—repetí yo, hablando para mí mismo, pero ella me escuchaba y me preguntó si me encontraba bien—. ¿Yo? Sí, quiero decir…, sí. Siempre. Yo…, lo siento, te he interrumpido, ¿verdad? Continúa.

Aisha conocía a un hombre que se dedicaba a destruir relaciones. Sugirió juntar a este hombre con Tyche una noche, darles mucho vino y dejar que la naturaleza siguiera su curso. Así lo hicimos, y fingí que lo encontraba gracioso hasta que descubrí que el arruinador de relaciones era Pierre, mi compañero de piso.

Tyche vino con Chedorlaomer y se marchó también con él. Una pareja tan sociable, capaz de disfrutar tanto el uno del otro como de los demás, él tan vital, ella tan ocurrente; no dejaron de mostrar su capacidad visionaria en ningún momento, hablaban de sus planes y esperanzas, todo un poco agotador, en realidad. Mientras tanto Pierre bebía sin parar, sin llegar a emborracharse. También lanzaba miradas elocuentes a Aisha. Yo bebí agua toda la noche; más bien la tragaba, tratando de refrescarme. Evitar emborracharme me ayudó a pensar con claridad y a no dar toda la noche por perdida. En la encimera de la cocina estaban los vasos en los que habían bebido Tyche y Chedorlaomer. Los birlé para la siguiente fase del proyecto.

Los resultados de la prueba de ADN fueron desalentadores. Tyche y Ched no tenían la menor relación sanguínea, así que me tocaba esforzarme un poco… Estudié los resultados atentamente, consulté amigos con ciertos conocimientos en el campo y me puse a falsificar los detalles. El resultado final sólo tenía que parecer legítimo a dos legos en la materia estupefactos. Insisto en que esto no tenía que ver con la Tyche-fobia de Jean-Claude, ni con dinero, ni siquiera con demostrar a mi madre que yo podía realizar cualquier tarea como un auténtico Barrandov. Les pedí que se reunieran conmigo en el bar del Glissando.

—¿Qué cuentas?—preguntó Chedorlaomer, y Tyche pareció meditar unos segundos al reparar en los dos sobres que tenía en el mostrador ante mí antes de preguntar qué había en ellos.

Mi mente iba al ralentí mientras yo balbuceaba las palabras que tenía preparadas: dije cosas como que nunca llegamos a conocer realmente a nuestros padres, que sólo creemos que los conocemos, que los escarceos con desconocidos de nuestros padres pueden provocar que el mundo a nuestro alrededor esté repleto de carne de nuestra carne y de sangre de nuestra sangre, vínculos que nosotros sólo podemos reconocer subconscientemente.

—¿De qué está hablando exactamente?—preguntó Tyche a Ched mientras me miraba.

La voz de la razón resonó en mi oído, gris hasta la médula:

—Freddy ha perdido la chaveta.

¿Perdido? ¿Qué tenía que ver esto con la pérdida? Ah, sí tenía algo que ver: había encontrado algo que realmente quería con todas mis fuerzas. Lo que más deseaba era que Tyche y Chedorlaomer creyeran mi mentira. Si me creían y se apartaban el uno del otro yo habría vencido. Si me creían y seguían estando juntos, entonces…, en fin, ésa era otra versión que también merecía la pena contemplar, aunque significara que yo había perdido. Sigo creyendo que no habría llegado tan lejos si no hubieran llegado envueltos en ese aroma que me llevaba al borde del delirio.

SI UN LIBRO ESTÁ CERRADO CON LLAVE PROBABLEMENTE HAY UNA BUENA RAZÓN, ¿NO CREES?

Cada vez que alguien sale del ascensor del edificio en el que trabajas piensas que ojalá las puertas del ascensor fueran de cristal. De ese modo podrías ver quién llega un poco antes de que salga y habría tiempo suficiente para preparar la expresión facial correcta. Tu nueva compañera sale del ascensor vestida de forma un poco más informal de lo adecuado para el trabajo, y como no estabas preparada dices «¡Hola!» en un tono demasiado fuerte. Ella: es negra, tiene un rostro con forma de corazón y mejillas sutilmente coloreadas, pelo corto, liso y bien cortado, y ojos alargados, aunque no grandes. Esta nueva compañera no es de la ciudad: lleva botas, tejanos y pañuelo con un aplomo bohemio que hace que los demás le pregunten dónde compra. «Ah, pues en las tiendas de segunda mano», dice con una risita. George, el del mostrador de recepción contiguo al tuyo le pregunta: «¿En tiendas benéficas?», y la recién llegada contesta: «Sí, tiendas de segunda mano con fines benéficos».

Su acento es de Nueva York con un toque de otra parte de Estados Unidos, de algún lugar del Medio Oeste. Se llama Eva. No es que sea reservada…, pero jamás hace preguntas que no estén relacionadas con el trabajo. Sus respuestas son breves y no invitan a entablar conversación. En los lavabos de mujeres te encuentras con un grupo de compañeras ante el espejo, examinando qué aspecto tienen con ojo crítico, y luego, una por una, se aplican un toque de pintalabios rojo. Por lo general su maquillaje se ha desvanecido al final de la jornada laboral, pero ahora tus compañeras están demostrando que Eva no es la única que puede resplandecer. Cuando llega tu turno ante el espejo jugueteas con la camisa. Te subes las mangas para mostrar piel de forma desenfadada, ¿pero no será un poco llamativo el cambio de aspecto?

Eva no hace caso de estos acicalamientos. Trabaja durante la pausa de la comida, tecleando con la mano derecha y sujetando el sándwich con la izquierda. Como tú también comes el almuerzo en tu mesa,

como has hecho siempre desde que entraste a trabajar en este lugar, tras ser testigo de su cuarta negativa a una invitación a comer le dices:

—Diles simplemente que eres una persona solitaria, así no te molestarán más. Es lo que hice yo.

Eva no aparta la mirada de la pantalla de su ordenador y por un momento parece que va a ignorar tu comentario, pero finalmente dice:

—Ahá… Pero es que yo no soy una persona solitaria.

¡Vale! Vuelves a tu trabajo, la interpretación de datos. Haces unas cuantas llamadas telefónicas para localizar unos documentos que faltan. Tu empresa se dedica a ayudar a otras empresas a racionalizar sus recursos humanos y optimizar la productividad; el papel que gente como tú y Eva desempeñáis es asignar valor monetario bruto a los esfuerzos de empleados concretos y enviar esas cifras a alguien de un nivel jerárquico superior para que pueda decidir quién sobra. Las evaluaciones de tus superiores están más matizadas. A menudo tienen que ir a los despachos a observar a los empleados que están siendo escrutados, y en sus recomendaciones definitivas están autorizados a considerar una misteriosa cualidad denominada «potencial». Tu objetivo es ser ascendida pronto, porque evaluar a personas basándote únicamente en las fluctuaciones de ingresos anuales te está empezando a afectar. Te gustaría que las cifras tuvieran un poco más de contexto. ¿Qué sucedió en la vida del empleado QM76932 entre febrero y mayo hace cuatro años? ¿Por qué las cifras presentan una caída tan espectacular? Las cifras mejoran de nuevo y permanecen estables hasta la fecha, pero ¿realmente QM76932 es un empleado digno de confianza? Con independencia de la calamidad ocurrida, ésta podría reproducirse cíclicamente, cada cinco años, convirtiéndolo en una apuesta menos segura que otro empleado con resultados moderados pero más constantes. Pero, como dice Susie, la razón de que tantos jefes prefieran externalizar estas evaluaciones es que el contexto y la familiaridad fomentan la indecisión. Cuando asciendan a Susie no va a molestarse en hablar del potencial. «Tenemos más poder que los asesores que entran en el despacho», dice. Y es bastante cierto: el retrato que elaboras en tu mesa de trabajo afirma o niega la rentabilidad. Tus superiores salen más a estirar las piernas y dan su opinión, por eso tú y Susie os esforzáis tanto por obtener un ascenso.

Pero últimamente… Últimamente te has sentido tentada de influir en las recomendaciones que se hacen. Últimamente has optado por alguien cuyas cifras te dicen que se irá sin duda a la calle y has decidido tratar de salvarle, manipulando los números con el corazón en un puño y muerta de miedo por si alguien decide comprobarlos. Y se comprueban, aunque sólo por encima. Tienes fama de ser concienzuda y además a tu jefe le resultaría difícil entender por qué harías algo semejante por una cifra y unas letras aleatorias que no

significan nada o en todo caso corresponden a alguien con quien seguro que chocarías en caso de conocerle. Y puesto que nunca llegas a saber qué pasa con las personas a quienes evalúas, lo que haces te resulta aún más desconcertante. ¿Por qué no elegir otro objetivo, un objetivo que al menos incluya la posibilidad de saber si lo has logrado o no? ¡Reconócelo, eres un bicho raro! Pero cuando piensas que se te ha ido la mano con tus manipulaciones, te acuerdas de tu abuela y sigues adelante. Tu abuela es tu inspiración secreta. La madre de tu madre logró salir de un Estado comunista derrotado con un impropio montón de objetos de valor y una memoria extrañamente en blanco en lo que respecta a recordar aquellos pavorosos años, aunque para muchas otras cosas tiene una memoria nítida, por ejemplo para los cambios de precios. Tu abuela es vehemente cuando habla de la supervivencia y escéptica respecto a cualquier afirmación sobre que sea posible elegir lo que una hace cuando llega el momento de la verdad. La historia oficial es que fue la habilidad de la abuela como dentista la que le permitió hacer dinero. Pero, dada su personalidad, resulta más creíble que fuera una traidora de proporciones monumentales. Haces grandes esfuerzos por no sospechar de ella, y por lo visto está encantada de que así sea.

Pero ¿no os sentiríais fatal tú y tu familia si, después de pensar que ella se confabuló activamente con uno de los regímenes más sanguinarios de la historia, surgieran pruebas de que la abuela era una simple dentista, tal como ella afirma? Podría resultar que fuera de veras una dentista que recibió ese dinero caído del cielo, lo cual les ocurre a veces a los profesionales honestos y reputados, y en su caso, como también era una mujer asustada, se habría aferrado a ese dinero con ambas manos, de modo que efectivamente tal vez sólo había sido una simple dentista, asustada y resuelta. Pero el caso es que ella nunca habla del asunto. No puede. Y sin embargo tú podrías comprenderlo todo o al menos sentir un sincero respeto. Pero ¿lo contará algún día?

El catolicismo de tu abuela parece provenir de su devoción a dos santos cuya obstinación pervive a través de los siglos: san Juan Nepomuceno, ejecutado por la testarudez con que mantuvo los secretos de confesión, y san Juan Ogilvie, que murió tras negarse a dar el nombre de aquellos de sus conocidos que compartían su fe. En lugar de crucifijo tu abuela lleva un relicario en torno al cuello en el que hay una reproducción en miniatura de una pintura que representa a san Juan Nepomuceno, unos soldados con cascos, unos cuantos espectadores horrorizados, cuatro ángeles y un caballo. En la pintura los soldados empujan a san Juan Nepomuceno por el puente Carlos de Praga, pero el santo no parece preocupado en absoluto sino que levanta la mirada como si ya estuviera escuchando futuras confesiones e intercediendo por sus torturadores ante el cielo: «¡Cosas de niños!,

Padre», parece decir la expresión del santo. El caballo solitario parece darle la razón. Estamos en el siglo XVI y los ángeles están ahí para depositar a san Juan Nepomuceno en el lecho del río donde le aguarda un halo compuesto de cinco estrellas. Es una escena que tu abuela no muestra a menudo, pero a veces la ves llevarse la mano al relicario cerrado como si sopesara la idea de sacarlo de la cadena.

«Sospecha de mí si eso es lo que quieres hacer». «¿De qué me sirve decir más de lo que he dicho?». «¿Es la elocuencia lo que os hace creer en algo? Sois todos unos imbéciles». Éstas son las cosas que dice tu abuela, y entonces tú y tus hermanos respondéis: «No, no, abuela, ¿qué estás diciendo, qué quieres decir, de dónde te has sacado eso?», sin atreveros apenas a miraros a la cara.

Estabas en la guardería cuando tu abuela te eligió a ti inesperadamente entre todos los hermanos y te declaró su protegida. Al principio parecía que todo se reducía a que pagaría tu educación. Para tus padres eran una buena noticia, y también para tus hermanos, porque así les tocaba más por cabeza. Tu gratitud es auténtica, pero también lo es tu eterna deuda. Después de pagar por todo lo que ha ido entrando en tu cabeza durante tus años de formación, la abuela tiene cierta sensación de que le perteneces. Te llama por teléfono cuando necesita diversión, y tú tienes que ponerte elegante, coger el violín y tocar en su casa melodías agradables para ella y sus amigos del club de ajedrez. Cuando la disgustas se desquita con tu madre; y en tu familia se da por sentado que cuando la abuela no pueda cuidar de sí misma tú tendrás que ocuparte de ella. (¿Realmente valió tanto tu educación?). Así que cuando te acuerdas de ella, piensas en que más te vale aprovechar la vida mientras puedas.

La popularidad de Eva aumenta a pesar de que sus respuestas son cada vez más lacónicas. Susie, normalmente tan centrada en su trabajo, dedica mucho tiempo a intentar que Eva hable. Kathleen hace compras durante la pausa del almuerzo; aunque trata de mantener ocultas sus adquisiciones, de vez en cuando tienes un atisbo de lo que está guardando en su taquilla (réplicas caras de las elegantes prendas de las tiendas benéficas de Eva). Algunos individuos interesados dan a Eva información espontánea sobre sus vidas privadas para ver lo que hace con ella, pero Eva se limita a soltar una risita y no contesta. Te gustaría preguntarle si está segura de no ser una persona solitaria, pero no has hablado con ella desde que desoyó tu consejo. No obstante, un día la suerte de Eva en la oficina cambia. Un lunes por la mañana Susie llega sin aliento de subir por las escaleras y dice:

—Eva, ha venido alguien a verte. Está subiendo en el ascensor y… está llorando.

Otro ejemplo de que un ascensor con puertas de cristal sería más ventajoso. No para Eva, porque ya parece saber quién es el visitante y busca con la mirada un lugar donde esconderse, sino para el resto de empleados de la oficina, porque nadie sabe qué hacer o decir cuando se abren las puertas del ascensor y aparecen una mujer llorando y un niño de unos cinco años—que todavía no está llorando, pero casi: ¿no le tiemblan los labios?—. La mujer se parece mucho a Eva dentro de diez años, o quizá quince. En cuanto esta mujer ve a Eva comienza a decir:

—Por favor, por favor, ni siquiera estoy enfadada, sólo te pido que por favor dejes en paz a mi marido, somos una familia, ¿es que no lo ves?

Eva retrocede, y al hacerlo tira el bolso de su mesa sin querer. Quedan varias cosas desparramadas por el suelo, pero no tiene tiempo de recogerlas: la mujer y el niño avanzan hasta que la tienen acorralada contra el armario de oficina. La mujer se pone de rodillas y el niño permanece a su lado, con el rostro contrito y llorando tanto que ni siquiera ve.

—Tú podrás encontrar a otro sin problemas, pero yo no puedo, no ahora… ¿No ves que esto te puede ocurrir también a ti algún día? Te ruego que dejes de verle, déjale en paz…

Eva agita las manos y habla, pero sea cual sea la excusa o la explicación que esté dando, queda acallada por las súplicas. Tú dices que alguien tendría que llamar a seguridad y los demás están de acuerdo, pero nadie hace nada. Todo el mundo está de brazos cruzados con los labios fruncidos. Kathleen murmura algo como «Mejor dejar que la mujer diga lo que tenga que decir». Tú misma llamas a seguridad y finalmente echan a la mujer y al niño. Recoges las cosas de Eva del suelo y las metes en su bolso. Una de las cosas te llama la atención: un diario de cuero con un candado de latón. Una mujer callada con un libro cerrado con llave. Eva está empezando a intrigarte. Regresa a su mesa y sigue trabajando. Todo el mundo vuelve a su mesa para intercambiar mensajes sobre Eva, o al menos eso supones. Nadie te envía a ti una copia de esos mensajes, pero todo el mundo salvo tú y Eva parece estar recibiendo un volumen más elevado de mensajes del habitual. De vez en cuando miras a Eva, cuyo blanco de los ojos se ha vuelto rojo, pero ella no te mira ni deja de trabajar. Fax, fax, fotocopias. Responde algunas llamadas telefónicas y su tono es de una amabilidad profesional.

Surge un movimiento anti-Eva. Sus miembros ya no se dejan engañar por su glamur: Eva es la personificación de lo que existe para romper vínculos, destrozar compromisos, impedir que el verdadero amor fluya sin estorbos. No te definirías a ti misma como pro-Eva,

pero llevar a un niño pequeño y angustiado a la oficina para enfrentarte a la amante de tu marido te parece, como poco, bastante manipulador. Quizá eres la única persona que piensa así: esa perspectiva no se toma en cuenta. Kathleen deja inmediatamente de tratar de imitar a Eva. Los que aún se sienten atraídos por Eva se indignan cuando advierten que su desinterés por hacer amigos persiste. ¿Quién se cree que es? ¿No se da cuenta de lo majos que son?

«Sí, debería estar agradecida de que todavía la inviten a salir», concedes tú, y la mayoría de las personas a quienes se lo dices asiente con la cabeza, satisfechas de que les des la razón, aunque Susie, Paul y otros dos te miren con suspicacia. A Susie le da por ponerse detrás de tu mesa mientras trabajas, y dadas tus manipulaciones clandestinas, esa presencia vigilante te pone de los nervios. Es mejor no meterse con Susie.

Un día, durante el almuerzo, Eva trae su sándwich a tu mesa y coméis juntas; es algo repentino, y después de eso ya no puedes burlarte de los demás hablando mal de Eva, porque podría oírte por casualidad y malinterpretarte. Preguntas a Eva por su diario y te cuenta que comenzó a escribirlo cuando cumplió trece años. Acababa de leer *El diario de Anna Frank* y la conmovió pensar que la voz de aquella muchacha hubiera sido silenciada y luego la conmovió más aún pensar en todas la voces que son silenciadas antes siquiera de que sepamos que existen.

—Y, ¿sabes?, pensé: que se jodan todos y todo lo que inhibe expresar mal humor, ternura e inteligencia. Con eso no quiero decir que yo fuera inteligente—aclara Eva—. Simplemente me propuse averiguar cómo ser mejor amiga, igual que hizo ella. Y se me ocurrió llevar un diario de aquella época, como hizo ella. Así que escribí de los trece a los quince años, como Anna Frank.

Preguntas a Eva si sentía que también a ella iba a ocurrirle algo.

—¿A mí?

Le pones un ejemplo.

—Crecí en una ciudad donde la gente se caía mucho por las ventanas—le explicas—. Así que solía practicar el caerme. Pero tras romperme unos cuantos huesos, decidí que lo mejor es no ponerse demasiado cerca de una ventana.

Eva te lanza una mirada penetrante.

—No, nunca pensé que me iba a pasar nada a mí. Sólo apuntaba las típicas cosas de adolescente. Pero, eso de tu ciudad…, ¿es un eufemismo lo de caerse por las ventanas? Y cuando dices «caer» o incluso «ventana», ¿estás aludiendo a otra cosa?

—¡No! ¿Qué te ha hecho pensar eso?

—Todo en tu forma de hablar suena elusivo. Lo siento si parezco grosera.

—No eres grosera.

Ya te han dicho muchas cosas sobre tu carácter evasivo, sobre todo tus ex novias desesperadas.

—¿Te puedo hacer otra pregunta sobre tu diario?

Eva asiente levemente.

—¿Por qué lo sigues llevando contigo si dejaste de escribir hace años?

—Para saber siempre dónde está.

Susie no da tregua.

—Pregunta a la señorita Engreída si sigue viendo a su amante casado—te pide.

Le dices que no piensas hacerlo.

—El ambiente de esta oficina está enrarecido—dice Susie, y decide intentar que la señorita Engreída dimita de su puesto.

No ves ni escuchas a nadie que acepte ayudar a Susie a lograr su objetivo, pero quizá no lo hagan en tu presencia, dado que ahora almuerzas con Eva cada día. Así que miras directamente a Susie, aunque sabes que no está actuando sola cuando Eva se da la vuelta un momento, deja la comida que acaba de comprar, y al volverse se la encuentra desparramada encima de la mesa; cuando roban la llave de la taquilla de Eva y se la encuentra llena de condones; cuando envían a Eva un archivo con aspecto inocente que deja bloqueado su ordenador durante horas y nadie puede pasarse sin usar el suyo ni siquiera un minuto. Los abusos de Susie han llegado tan lejos que se pasea por la oficina riéndose tontamente con los ojos entrecerrados. ¿Es el trabajo el que os está volviendo así a todos o estos jueguecitos se llevan a cabo en cualquier ámbito? Una chica nueva tiene que ser simpática y moralmente íntegra; debe ser abierta, elegir a alguien y ser comunicativa con esa persona, hacer comprensibles sus actos. Habría bastado un «No sabía que estuviera casado», por muy seca que fuera la forma de expresarlo. Danos por lo menos *algo* para empezar, señorita Engreída.

Alguien abre el bolso de Eva y le quita el diario; cuando Eva lo descubre se sube a la mesa y pide que se lo devuelvan. Ofrece dinero por él:

—Lo que queráis. Sé que no os gusto, y vosotros tampoco me gustáis a mí, pero ya vale. Son dos años de una vida. Dos años de una vida.

Todos parecen desconcertados por sus palabras. Kathleen aconseja

a Eva que vaya a mirar en los lavabos y Eva sale corriendo para hacerlo, regresa con las manos vacías y haciendo muecas. Sigue trabajando, y la siguiente vez que va a la impresora hay una nota esperándola encima de su documento: MÁRCHATE Y TENDRÁS TU DIARIO.

Eva demuestra lo mucho que le importa el diario al presentar ese mismo día su carta de dimisión. Cuando te dice adiós no respondes. Con el tiempo podría haber derrotado a Susie y compañía, podría haberles obligado a aceptar que ella estaba allí nada más que para trabajar, pero dejó que le ganaran. ¿Por qué? ¿Por un cuaderno? Patético.

Al día siguiente, George «encuentra» el diario de Eva cerca de la máquina de café, y cuando ves sus manos sin guantes te das cuenta de lo que no viste el día anterior: él y todo el mundo salvo tú llevaron guantes todo el día dentro de la oficina. Para evitar dejar huellas en el diario, supones. Estupendo: esto sólo puede significar que tus compañeros de trabajo están mucho peor que tú.

Te ofreces para devolver a Eva el diario. Pero la cuestión es que no tienes ni su dirección ni su teléfono: nunca la viste fuera del trabajo. Recursos Humanos no te puede revelar los datos de contacto de Eva; tampoco está en el listín de teléfonos, y no tiene presencia en Internet. Te vuelves hacia el diario porque no tienes otra opción. Tratas de abrir tú misma el candado y no lo consigues, y tu hermana mayor te dice:

—Prueba a ver si la abuela…

—Oh, los candados de los diarios son sencillos—dice tu abuela en tono acusador (qué clase de protegida es una que no puede abrir un simple candado de diario).

Consigue abrirlo en un momento. No pide leerlo; duda que haya nada que merezca la pena en él. Te dice que tiene aspecto de ser barato; que lo que consideraste cuero no es más que una imitación. Barato o no, el diario te atrae. Las guardas tienen un estampado floral y las páginas son de un papel finísimo. La diarista escribió con tinta violeta.

«Por qué ya no me gusta hablar», lees, y luego apartas los ojos y vas a la página pegada a la tapa de atrás. Allí hay una dirección, y hay muchas posibilidades de que sea una dirección actual dado que está escrita en un trozo de papel pegado a otros trozos de papel con otras direcciones. Copias la dirección en otro papel y luego te quedas mirándolo fijamente, preguntándote cómo es posible que las letras y números que has escrito con un bolígrafo negro se hayan vuelto de color violeta. Y también…, también, mientras buscabas bolígrafo y papel, el diario se ha ido desplegando. No ha crecido exactamente, pero se ha puesto vertical sobre la mesa y parece llenar o absorber el

aire a tu alrededor de manera que éste gira de un lado a otro, como las páginas. De hecho, el cuaderno es como una mano y tú, tu sala de estar y todo lo que hay en ella sois como páginas que alguien pasara. Te acercas al cuaderno, lenta y desconfiada—si al menos pudieras cerrarlo a distancia—, pero cuanto más te acercas, más tenue es la luz de la habitación y más difícil resulta moverse; de hecho es como caminar por un túnel de papel que se está estrechando a tu alrededor, mientras oyes una voz: «Habla, Eva» y «Eva, hablas demasiado deprisa, cálmate» y «¿Conque te gusta hablar mucho, no?». Escuchas: «Sabes lo que estás diciendo, ¿verdad?» y «Disculpe, señorita, ¿no hay algo que debería estar diciendo?» y «¡Dilo otra vez!». Escuchas: «¡Shhh!» y «¿Alguno de vosotros sabe de qué está hablando?» y «Vale, pero ¿a qué viene esto?» y «¿Has oído lo que acaba de decir?».

Sobre todo escuchas a hombres, o al menos parecen voces masculinas. Pero no todas. Entre las mujeres se puede escuchar a Eva haciéndose callar a sí misma. Tú cantas y gritas y dices cucú. Recitas versos, cualquiera que te venga a la mente, te da igual. Así es como atraviesas el edificio de silencio de Eva, y en lo que montas este número tuyo logras acercarte lo suficiente al cuaderno como para agarrarlo por las dos tapas (aunque ya no puedes verlas) y cerrarlo de golpe. Luego te sientas sobre él un rato, riendo histéricamente, y después te deslizas por el suelo sujetando fuerte el diario contra tu cuerpo hasta que encuentras un rollo de cinta adhesiva para envolverlo. ¡Por los pelos, niña, por los pelos!

Durante el fin de semana vas a la dirección que encontraste en el diario y un hombre de pelo gris y aspecto oriental te abre la puerta. ¿El amante de Eva? Primero te dice que Eva ha salido y luego añade:

—Espera, dime otra vez a quién buscas.

Repites el nombre de Eva, y entonces te dice que en realidad Eva no vive en esa casa. Preguntas desde cuándo y te responde que nunca ha vivido allí. Pero cuando le dices que has encontrado el diario de Eva te deja entrar:

—Creo que la vi una vez en el tejado.

Su renuencia a comprometerse revelando cualquier hecho te recuerda vagamente a la actitud de los políticos. Subes al tejado sin tener una idea clara de si Eva estará allí o no. No está. Miras desde arriba hacia los diminutos jardines, los grandes aparcamientos y antenas parabólicas. Un viento glacial te golpea las orejas. Si fueras el personaje de una película éste sería un buen tejado en el que combatir y derrotar a algún representante urbano de las fuerzas del mal. Colocas el diario en la cornisa del tejado y te vuelves para marcharte, pero luego oyes a alguien que grita:

—¡Eh, eh! ¿Eso no es mío?

Es Eva. Está en el tejado de al lado. Ha debido de aparecer cuando tú contemplabas las vistas. En el tejado vecino hay un columpio, con dos asientos uno al lado del otro, y contemplas cómo Eva se lanza hacia delante con los pies perfectamente en punta, vuelve hacia atrás y se impulsa de nuevo. Parece no recordarte de nada aunque sólo hace unos días que se fue, lo cual dice mucho tanto de ella como de ti. Dices a Eva que aunque parezca que el diario haya sido muy manoseado, estás segura de que su contenido sigue siendo secreto.

—De todos modos, no lo he leído—dices.

El columpio cruje mientras Eva navega por el cielo nocturno, tan alto que parece como si no tuviera intención de regresar. Pero regresa, y cuando lo hace te pregunta:

—¿O sea que sigues creyendo que por eso lo cerré con llave?

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a: Piotr Cieplak, Marina Endicott, Tracy Bohan, Jin Auh, Bohdan Karásek, Sarah McGrath y Kate Harvey. El apasionante libro de Kenneth Gross, *Puppet: An Essay on Uncanny Life*, también ha sido decisivo para la escritura de este libro.